
FINGE QUE
me amas,
VECINO
YULE TRAVALON

FINGE QUE *me amas,* VECINO

YULE TRAVALON

Copyright © YULE TRAVALON

Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Cubierta: Gi Martins

Esta es una obra de ficción. Su propósito es entretener a las personas. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con nombres, fechas o eventos reales es pura coincidencia.

Se prohíbe el almacenamiento y/o la reproducción de cualquier parte de esta obra, por cualquier medio —tangible o intangible— sin el consentimiento por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.

Índice

Índice
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Epílogo
¡Lee también!

Sigue siempre el camino de las hormigas.

Prólogo

Anne Moore

—¡Mentiroso! ¡cabrón de mierda! *¡qué hijo de puta más desgraciado!*

Buenos días. El día acaba de amanecer en Miami Beach. Desde la ventana de la cocina contemplo el cielo despejado, azul celeste con apenas unas nubes y la brisa salada que huele a mar. Un día precioso para descubrir que mi novio va a casarse con otra.

Debí haber despertado a todo el vecindario con mi grito. ¿Y sabéis qué? Me da absolutamente igual. Que llamen a la policía, a los bomberos, ¡y hasta a los loqueros si hace falta! Nadie va a detenerme. Voy a arruinarle la vida a ese hombre.

—Grita más fuerte, anda —dice Emmanuelle señalando por la ventana mientras contiene la risa—. Que en el barrio de al lado aún no te han oído.

Agarro el sobre con tanta fuerza que estoy a punto de romperlo. Este lunes ha empezado de maravilla: estoy ciega de rabia, con ganas de romper todo lo que se me ponga delante y deseando estrenar mis antecedentes penales.

—¿Cómo ha podido engañarme todo este tiempo? —muerdo con fuerza mi labio inferior y miro a Emms.

Ella deja de reír al instante. Se le ablanda la mirada, casi maternal, y se acerca despacio para apoyarme las manos en los hombros.

Estoy esperando algo inspirador. Siempre tiene algo sarcástico y brillante que decir, y ahora más que nunca necesito unas palabras que me saquen del agujero.

—¡Deja de hacer el ridículo! —Emmanuelle me zarandea como si fuese un espantapájaros en plena tormenta. Para rematar la humillación, me da tres bofetadas para ver si vuelvo en mí.

Pues sí. Vuelvo. Y con el odio multiplicado.

—Anne, cielo, ¡mírate bien! —me arrastra hasta el espejo que hay junto a la puerta de entrada.

Me observo durante un segundo: despeinada, ojos hinchados y con cara de que podría cometer un crimen en cualquier momento. Mejor que alguien avise a la policía ya.

—¡Mira! —insiste zarandeándome de nuevo—. Tienes veinticinco años, eres una mujer de éxito, llena de vida. Sí, te reencontraste con el hombre de tus sueños, ese chico que te hacía suspirar en el instituto, y tuviste una noche intensa con él. ¿Fue buena?

—Fue maravillosa —gimoteo.

—Pues eso, cariño, despierta ya —vuelve a sacudirme y lo único que veo en el reflejo es mi pelo convertido en un nido tras el paso del huracán Katrina—. ¿De verdad pensaste que algún día te iba a pedir matrimonio?

Suspiro con fuerza. La verdad... sí. Sí que lo pensé.

Samuel y yo pasamos un fin de semana estupendo. Y cuando digo estupendo, quiero que quede claro que fuimos a un motel espectacular, descorchamos champán, bebimos hasta acabar bailando sin música y echamos un polvo que duró unos deliciosos... cincuenta segundos. Vale, tiene eyaculación precoz. No pasa nada. Suele pasar. Pero es que el tío siempre fue un dios griego desde adolescentes.

Rubio, ojos azules, cuerpo atlético: el príncipe de los cuentos de f*llar, mi fantasía prohibida.

Estuvimos saliendo diez años.

Me tuvo enganchada toda una década, desde que era una cría... Nunca íbamos juntos a fiestas, me convenció de que si nadie sabía lo nuestro sería mejor... ¿Cómo pude ser tan idiota? ¿Cómo no vi las señales?

Miro otra vez el sobre. Antes de que me dé por destrozarlo a mordiscos, Emmanuelle me lo arrebata de las manos y saca la invitación de boda junto con una carta escrita a mano.

Emms echa un vistazo al sobre, luego a la carta. La lee rápido y su cara empieza a descomponerse.

—Hostia... No. No ha hecho esto.

—¡Malnacido! —me tapo los ojos y empiezo a imaginar formas de descuartizar o esconder un cadáver.

—No solo te ha invitado a su boda, ¡quiere contratarte para hacer el catering! Amiga, este tipo tiene unos cojones enormes.

—Tenía cojones —gruño mientras le arranco el sobre—. ¡Porque pienso arrancárselos yo misma! ¡Con los dientes!

—Qué salvaje eres, amiga... Luego me cuentas si esa dieta funciona —se burla Emms.

—Dime, ¿qué hice mal?

Emmanuelle arquea una ceja rubia y me mira como preguntando si de verdad quiero que me dé una clase magistral de tres horas repasando toda mi tragicomedia con Samuel.

No, no necesito eso ahora mismo.

—¿A dónde vas, loca? ¡Tenemos que ir a la tienda! —intenta agarrarme del brazo.

—Voy a prepararme psicológicamente para asistir a esa boda.

—¿¡Que vas a ir!? Dame un segundo, voy a llamar a un buen psiquiatra —se aleja mientras saca el móvil—. ¿Hola? ¿Freud? Tenemos una urgencia —se aguanta la risa—. ¿Tú crees que todavía usan camisa de fuerza hoy en día? —pregunta en voz alta, como para sí.

—¡Voy a arruinar esa boda o no me llamo Anne Moore! —rugí.

—*Annelise* Moore —me corrige Emmanuelle, muy formal.

—¡Da igual!

Capítulo 1

Anne Moore

Desde hace dos años, Emmanuelle, Luna y yo vivimos en Miami, en una casa bastante espaciosa. Emms y yo nos graduamos en gastronomía y vinimos aquí para montar nuestro propio negocio de catering para bodas, graduaciones y todo tipo de eventos. Luna, una brasileña supercañera, llena de simpatía y entusiasmo, se unió a nuestra aventura y así, aquel pequeño emprendimiento culinario se transformó en una agencia de eventos para todo tipo de público.

Todavía no somos ricas, pero ya podemos pagar el alquiler, la hipoteca, las facturas... y algún que otro karma que se nos cruce durante el mes.

El karma del mes se llama Samuel Griffin. El tipo del que siempre estuve enamorada, desde el instituto.

Sabía que todo esto estaba saliendo demasiado bien, y este cuento de hadas me engañó de verdad. Creí que el final feliz estaba al caer, pero en realidad lo que llegó fue... el final. Y en este cuento de hadas, la princesa pringada acaba con el corazón roto.

—¡Fuera de la cama! —Luna me agarra del pie y empieza a tirar. Lleva tres días empeñada en sacarme de la cama cueste lo que cueste.

¿Es que una mujer adulta ya no puede pasarse tres días metida en la cama, comiendo chocolate y escuchando Evanescence hasta quedarse deshidratada?

—¡Necesito un tiempo!

—¿Sabes lo que necesitas, Anne? Dejar de escuchar música que dan ganas de abrirse las venas.

Me aferro al cabecero de la cama de madera, una joya en medio de tantos muebles modernos, y Luna no cede: sigue tirando como si fuera mi salvadora y la cama, mi bote a la deriva.

—¡Emms! —grita Luna desesperada. No pasa ni un minuto antes de que la otra irrumpa en mi habitación, me agarre del otro pie y empiece a tirar también.

—¡Vais a romper mi cama! —protesto.

—Si lo hacemos será por tu bien. ¡Venga, fuera de ahí! —Luna me clava las uñas en el tobillo.

Suelto un grito de desesperación, y por reflejo también suelto el cabecero. Las tres acabamos rodando por el suelo: Emms, toda elegante con camisa blanca, falda negra hasta la rodilla y un tacón puesto, el otro perdido en el pasillo; Luna en top corto y vaqueros; y yo, en mi conjunto de chándal rosa, envuelta como un huevo de Pascua.

Nos miramos con odio durante unos segundos, listas para matarnos... pero al final rompemos a reír como las tres idiotas que somos y acabamos abrazadas en el suelo.

—Amiga, estoy tan preocupada por ti —dice Luna, cogiéndome la mano—. Tú nunca has sido así. Siempre tan llena de vida, tan luminosa... Verte así me parte el alma.

Bajo la mirada y suspiro. Nunca me había parado a pensar que Luna me veía de una forma tan bonita. Me enternece saber que, además de socia, me considera una buena persona.

¿Por qué Samuel no podía verme así? ¿Por qué no me vio como la persona adecuada?

¿Por qué eligió a otra para casarse cuando teníamos una historia de amor tan bonita?

—Necesito tiempo.

—¿Cuánto tiempo, amiga? Las facturas no entienden de «tiempo». Ni los eventos que tenemos que preparar. Eres nuestra chef. Nadie domina la cocina como tú.

—Gracias, Emms.

—No es un cumplido, pedazo de vaca. Es un aviso: si no vuelves al trabajo, vamos a perder contratos. Y prefiero dejar de aceptar clientes antes que entregar algo a medias. Te lo digo en serio.

Estoy de acuerdo. Hasta en eso pensábamos igual.

La vida es curiosa, ¿verdad? Desde que llegamos a Miami y alquilamos esta casa, apenas hemos tenido tiempo para disfrutarla: su comodidad, el ambiente, el paisaje... ¡ni siquiera conocemos a los vecinos!

Salimos de casa al amanecer rumbo a nuestra tienda/oficina y volvemos tarde. ¿De qué sirve vivir en una zona carísima si no la aprovechamos?

—Solo necesito unos días más escuchando a los pajaritos cantar en la ventana... —me pongo de rodillas, dispuesta a levantarme.

—Despierta, cariño, que tú no eres Blancanieves. Deja los pajaritos para cuando los escuches a través de los barrotes de la cárcel, si un día —Dios no lo quiera— decides usar tus antecedentes —dice Luna, entre el sarcasmo y la advertencia.

—No he cambiado de idea —digo con firmeza—. Voy a esa boda.

—Pues cóbrale más caro a ese cabrón por organizarle la fiesta de sus sueños... —responde Emms, toda una mujer de negocios.

—Pero si vas a organizar la fiesta solo para arruinarla… ¿no sería como romper el contrato? —Luna me ayuda a levantarme, y entre las dos agarramos de las manos a Emms para subirla también.

Me cuesta admitirlo, pero tiene razón. Aun así, voy a aparecer en esa boda. Me presentaré al más puro estilo Maléfica, pero con invitación. Hasta he practicado mi sonrisa de villana Disney frente al espejo. Ni siquiera necesito los cuernos del disfraz, ya que mi ex se encargó personalmente de colocármelos.

Como dice Emms: los cuernos no existen, es algo que te ponen en la cabeza.

—Creo que le está dando un ictus… —murmura Emms.

—¡Amiga, deja de reír como una psicópata! —Luna me da un manotazo en la mano.

Pongo cara de dolor fingido por el golpe, pero antes de responder, las agarro a las dos por los brazos y las tiro conmigo al suelo.

—¡Dios mío! —protesta Luna, quedándose en cuclillas—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—¡Annelise, voy a llevarte al psiquiatra aunque sea a rastras! —Emms se zafa también.

—¿Vosotras habéis visto quién vive al lado? —las miro a ambas, con los ojos brillando.

—¿Quién? —Luna asoma la cabeza hacia la ventana—. ¡Santa madre de Dios! —su voz se alza y yo la agarro del brazo para que se agache.

—¿De qué habláis? Yo no tengo tiempo para estar mirando… —empieza a decir Emmanuelle mientras se incorpora, pero en cuanto ve al vecino por la ventana, se agacha de golpe y me clava su mirada azul, con los ojos como platos—. Eso no es un rabo, ¡es un pincel! Y yo estoy lista para ser su obra de arte. ¡Pablo Picasso, llámame lienzo en blanco y haz algo surrealista conmigo!

Le agarro la mano con la que saluda por la ventana y la bajo de un tirón.

—¿Pincel? —Luna se apoya en el marco de la ventana con los dedos y se alza hasta ver con claridad—. Querrás decir mazo. —Suspira y empieza a abanicarse con la mano—. ¿Estamos viviendo al lado de Thor, el dios del trueno? ¿Ese pedazo de hombre es nuestro vecino? ¿Cómo no lo había visto antes?

—¡Es lo que llevo diciendo! —me levanto poco a poco para espiarlo—. Llevamos tanto tiempo viviendo aquí, pero nunca estamos en casa. Vivimos solo para trabajar. Si no me hubiese cogido estas vacaciones forzadas, jamás habríamos descubierto a este dios griego.

—Esta vez tengo que darte la razón: dios griego total. Samuel es un boceto de hombre al lado de este macho alfa —Emms se relame los labios.

—¡Lo vi yo primero! —le doy un pellizco.

—¡Ah, con que por eso la señorita estaba encerrada en la habitación! Y yo preocupada, pensando que ibas a tirarte por un puente, pero lo que tú querías era tirarte encima de otra cosa, ¿eh, Annelise Moore? ¡Espiando al vecino! —Luna me pincha con tono burlón.

En realidad, estaba sumida en mis crisis de inseguridad, tristeza e impotencia. Pensando si no era lo bastante guapa, lo bastante lista o moderna... Al parecer, para Samuel, no lo era.

Me engañó. Va a casarse con otra y todavía ha tenido la poca vergüenza de invitarme... ¡y encima encargarme la fiesta!

Sé que soy la otra en esta historia, pero me siento estafada. ¡Y con razón!

Pero volvamos, por favor, al tema del dios griego —o nórdico— con martillo incluido. Es el tercer día que lo veo y, por Dios, podría quedarme semanas mirando sin cansarme.

Nuestro encantador vecino es un espectáculo para la vista: la barba de unos días, las cejas gruesas… llaman la atención, sí. Pero ese torso ancho, perfectamente marcado y con tatuajes... provoca suspiros nada discretos. Y si de pie ya se ve así de grande, no sé si tendré que arrodillarme para...

—¡Anne! —me pellizca Luna.

—¡Ay! —la pellizco de vuelta—. ¿Qué pasa?

—Amiga… ¿está tirándose a esa mujer con la ventana abierta? ¡Dios mío! —Luna abre bien los ojos, alucinando.

Las tres compartimos la misma mirada: ¿quién no querría ser esa mujer?

El tío la empotró contra la pared y le subió la pierna en cámara lenta mientras le lamía los pechos hasta el cuello, como si lo hiciera por encargo.

—Tiene buena técnica —me suelta Emms, dándome un codazo.

La puso a cuatro patas, y la hizo suplicar que la follara. En su lugar, yo me pondría de rodillas, a cuatro, en ocho... ¡hasta haría origami con mi cuerpo solo para que ese hombre se me echara encima y me destrozara!

—¿Vamos a por una silla? ¿O mejor un cojín, para disfrutar del espectáculo? —pregunto.

—¿Ah, se demora? —Luna vuelve a abrir los ojos como platos.

—Hasta que la mujer no puede volver a levantarse de la cama. Así fue con, por lo menos, cinco...

—¿¡Cinco!? —preguntan las dos a la vez.

—Eso, hablad más alto, que igual aún no os ha oído —les suelto un manotazo en el hombro—. ¿No tenéis que iros al trabajo o qué? —cruzo los brazos.

—Entonces, ¿esa no es su novia? Jolín, ya me estaba muriendo de envidia de la compañera… pero ahora lo veo claro: ¡es mi oportunidad! —Luna se frota las manos—. Yo soy la primera de la fila, aviso ya.

—¿Tú crees que es *escort*? ¿O stripper? Mira, amiga, por ese cuerpo... ese hombre tiene pinta de profesional, pero de los buenos.

Y justo ahí, deja de hablar de golpe.

El vecino descarado desliza la mano por la espalda de la mujer y, tras agarrarla del pelo con fuerza —como si tirara de las riendas de un caballo salvaje—, prácticamente baila mientras se la folla.

—¡Segunda! —Emms levanta una mano mientras con la otra se abanica.

—Escuchadme bien, vosotras dos. Ni primera ni segunda. Llevo tres días en esta ventana espiando al bombón y he decidido que será mío... durante una semana.

—¡Qué golosa! ¿Una semana entera?

—Me lo voy a llevar como acompañante a la boda de Samuel —digo, convencida.

Si antes dudaba del plan, ahora lo tenía clarísimo. Aquel hombre —del que ni siquiera sabía el nombre— era capaz de parar el tráfico y dejar a cualquier mujer con las bragas empapadas. ¿Y yo iba a perder la oportunidad de plantarme en la boda del cabrón de Samuel con semejante monumento del brazo?

¿Arruinarle la boda? Qué va. Lo que pensaba arruinarle era la cabeza. Para que se le quedara bien claro quién había salido

ganando en esta historia.

—Sí, soy yo —Emms sonríe dulcemente mientras cambia el móvil de oreja—. Me gustaría pedir una cita para mi amiga, que ha perdido la cabeza... no, todavía no lo ha admitido, pero si pueden proporcionarme una camisa de fuerza, yo misma...

Le arrebato el teléfono de las manos y cuelgo.

—¡Deja de hacer el payaso! ¡Estoy bien! ¡Solo quiero vengarme!

—Perdona, amiga, pero llevarte a ese pibón a la boda del «ups, me corrí porque estás muy buena» suena más sensato que cargarte el catering y arruinar nuestra reputación en el mercado, ¿no te parece? —Luna le dice a Emms.

Emmanuelle no está muy convencida al principio, pero al final, con resignación, acepta.

—¿Y después de usarlo en la boda, puedo quedarme con él? —pregunta Emms—. Amiga, si me siento encima de ese hombre, necesito cinco días de baja laboral por no poder caminar. ¡Por favor!

—Estás loca, ¡si tú eres tu propia jefa, no necesitas baja! —respondo.

Emms me agarra por los lados de la cara y me obliga a mirar la escena. Es hipnótica. No es de esas cosas que miras y luego sigues con tu vida. No. Esto se te queda grabado. Parece que lo hubieran diseñado en un laboratorio exclusivamente para mi placer.

—Vale, yo también voy a necesitar diecisiete bajas médicas —me rindo.

Capítulo 2

Anne Moore

Ahí está él. Una víctima más acaba de salir de su matadero.

El vecino buenorro sonríe de forma tan encantadora que me deja sin aliento. Se apoya en el marco de la puerta de la mansión y le hace un gesto con la mano a la madurita que sube al coche del año y se lía para arrancarlo.

Yo también me liaría.

Para provocar, se abre un poco el albornoz azul marino, dejando ver ese pecho ancho y definido, y ya me imagino cómo debe oler esa piel bronceada y untada en aceite. ¡Qué cabrón! Sigue sonriendo como el mismísimo diablo, se baja un poco más el albornoz y deja al descubierto los abdominales marcados. Este tío sabe que es la perdición.

Y yo quiero perderme en esos brazos hasta que mi foto acabe en la sección de «personas desaparecidas».

Observo cómo la afortunada intenta meter la llave en el coche una, dos, tres, cuatro veces... sin éxito.

Se baja las gafas de sol, respira hondo —aparentemente con las piernas temblando— y por fin consigue arrancar. El coche empieza a moverse.

El vecino se sube bien el albornoz, tapa ese abdomen, los brazos torneados y parte del pecho, y da media vuelta para entrar. Pero antes de hacerlo... nuestras miradas se cruzan.

Él, el desinhibido, tatuado, irresistible, y yo con una taza de café, toda babeada y descompuesta, observando esa obra de arte que respira.

Su sonrisa me hace sonreír. Intento tragar un sorbo de café y, con ese simple gesto, me atraganto, escupo el líquido oscuro contra el cristal de la ventana y empiezo a toser como una loca.

—¡Muy bien, ahora también se ahoga con el café! —protesta Emms, baja el tablet donde la portada del *New York Times* anuncia las noticias del día y se levanta para venir a socorrerme.

Aún alcanza a ver, desde lejos, al vecino curioso y preocupado, con su ceja gruesa alzada, intentando averiguar qué ha pasado. Pero yo corro a cerrar las cortinas de golpe.

—¿Y ahora qué?

—Es demasiado guapo para mí —gimoteo.

—Así se habla, Annelise. ¡Autoestima bien arriba para arrancar el finde con fuerza!

—No me llames Annelise, solo mi madre me llama así —hago un puchero.

Dejo la taza sobre el fregadero y cojo un paño para limpiar el desastre.

—Vosotros hacéis una buena pareja. Lo importante es llegar a la boda, darle celos a Samuel y ya está.

—¿Pero cómo me acerco, tía? ¿Qué le digo? ¡Ni siquiera sé cómo se llama el vecino!

La mirada que me lanza Emmanuelle me deja claro que hoy no tiene paciencia para mis dramas.

—Hola, ¿qué tal? —dice con voz sensual y descarada, meneando los hombros mientras se me acerca—. Me llamo Anne, soy tu vecina. Como trabajo mucho, nunca coincidimos. ¿Puedo pasar? He traído estas galletitas caseras. Están riquísimas. Y saben mejor si te las comes encima de mí —Emmanuelle menea el pecho al acercarse tanto que me deja en estado de shock—. Venga, coge una galletita, anda —y sigue moviendo el escote.

—Vale, ya basta. Deberías ser guionista porno, no mi socia.

—Tengo muchos talentos, flor —Emms se da la vuelta y me lanza el pelo a la cara como toda una diva.

—Voy a centrarme en el dinero. Hola, necesito un noviete falso para darle celos al cabrón de mi ex, que me ilusionó, me prometió el cielo y la tierra, y ahora se casa con otra. ¿Qué tal diez mil dólares por pasar una semanita conmigo y hacerle la vida imposible?

—¿Diez mil dólares? —Emms alza una ceja.

—Diez mil —repito—. ¿Es demasiado? ¿Me he pasado?

—Amiga, ¡mira bien a ese hombre! —se levanta tan rápido que casi tira la mesa, la cafetera y la cesta de fruta—. ¡Mira, mira! —abre de par en par la cortina.

Vemos al bombón cremoso en el jardín, solo con un short. Vale, su pecho es precioso, pero centrémonos en esos muslos y esas piernas. Este no es de esos tíos que cuanto más baja la mirada, más decepcionan… No. Este mejora a cada centímetro. Este hombre ha sido esculpido. Literalmente.

Piernas firmes, muslos gruesos, un culo perfecto y el bulto en el pantalón que, sinceramente, capta la atención al instante. Y con cada pose que hace, parece que emana testosterona en estado puro.

Se ríe como un niño, con la sonrisa más bonita del mundo. Los ojos se le curvan de felicidad, se le marcan los hoyuelos incluso desde lejos… Me da subidón solo de mirarlo.

—Ese hombre cobra mínimo cinco mil dólares la noche, loca. ¿Diez mil? Con suerte se queda dos días contigo —Emms intenta volver a la mesa, pero no consigue apartar la vista de ese espectáculo de vecino.

Cierro la cortina de golpe y la encaro.

—Entonces tendremos que cobrar mucho más caro por hacer el catering de esa boda —digo con la nariz bien alta—. En la carta dice que sería ideal que llegáramos unos días antes para preparar comidas para los invitados que vayan llegando… ¿Cuánto crees que deberíamos pedir?

—Mira, Anne, sé que me pediste que no investigara demasiado, pero…

Pongo los ojos en blanco. Mierda. Va a soltar algo que va a destruir mi autoestima. Lo sé.

—Samuel se va a casar con una mujer cuya familia es multimillonaria. Dueños de una empresa potentísima. Y además es guapísima. Ya lo he dicho.

¿Ves? ¡Lo sabía! ¡Lo sabía!

Antes de que me dé por encerrarme otra vez en mi cuarto, a llorar con un bote de helado, galletas rellenas y pizza, Emms se levanta, me agarra por los hombros y pone esa cara que siempre es preludio de una bofetada emocional.

—La buena noticia es que podemos pedir una pasta. Y con tu porcentaje puedes pagarte al acompañante —alza las cejas con picardía—. Y luego me cuentas cuánto cobra.

—Vale —respondo completamente en las nubes.

—Ahora ve.

—¿Ve? ¿A dónde? —mis pies tocan el suelo pero mi cabeza entra en modo pánico.

—A hacerle la propuesta al vecino, ¡venga ya! Cuanto antes lo resuelvas, antes vuelves al trabajo.

—Pero, Emms…

—Llevas cinco días espiándolo. Cinco. En nada, Netflix te ficha para protagonizar la serie *You*. ¿Y cuántas mujeres distintas has visto salir de esa casa? —me suelta.

—Nueve.

Emms me lanza una mirada que dice: no hace falta que te diga nada más. Pero igual remata:

—¡Sabemos que está muy solicitado! Así que corre, reserva una semana en su agenda y negocia el mejor precio que puedas.

—Necesito una ducha —miro a un lado y a otro, intentando recordar dónde está el baño, dónde están las escaleras, dónde está mi cuarto.

En medio del frenesí, tiro el bote de azúcar al suelo y me doy un bofetón en la cara.

—¡Lo dejo ahí, lo juro que luego lo limpio! —digo sin aliento, caminando de un lado al otro—. ¡Dios mío! ¡No estaba tan nerviosa desde la primera vez que Samuel me pidió salir!

—¡Rápido, amiga! ¡Después de Sweet Show, esta es la mejor inversión de tu vida! —Emms se parte de risa a mis espaldas.

*

Me doy una ducha a conciencia, me arreglo bien el pelo para darle volumen y me maquillo con tonos neutros.

Paso media hora decidiendo qué ponerme, pero Luna y Emms casi echan abajo la puerta de mi habitación. Así que, bajo presión, me enfundo una falda negra por encima de la rodilla y una blusa amarilla que realza mis curvas, marcando el pecho y entallando la cintura.

—¿Y bien? —salgo del cuarto jadeando. Parece que acabo de correr una maratón, pero en realidad ha sido pura ansiedad, presión y nervios.

—Pareces una colegiala virgen dispuesta a seducir al profe buenorro. ¡Me encanta! ¡Ve a por ese bombón! —Luna cierra los puños y hace un gesto de victoria.

—Sí... buena suerte... y ten cuidado, que como esa falda se te suba un poco más... —Emms me lanza una mirada acusadora.

—Ok. —Respiro hondo, termino de atarme las Converse y pongo la mano en el pomo de la puerta—. Quizá no sea tan buena idea después de todo —me rajo y salgo corriendo escaleras arriba.

—¡Ah, no, tú ahora vas! —Emms me persigue y no me deja huir.

—¡Yo también quiero verlo! ¡Vamos! ¡Ya es hora de que dejes de ser la Anne llorona y te conviertas en la Anne guerrera, la que va a hacer que Samuel se muera de celos y de arrepentimiento! —gruñe Luna.

Vale... ahora me siento un poco más segura. Con la cabeza agachada, vuelvo hacia la puerta principal.

—¿Pero y si él...?

—¡Ve! —las dos me empujan y me cierran la puerta en la cara—. ¡Solo piensa en los días que vas a pasar sin poder andar después de una noche feliz! —gritan, partiéndose de risa.

—¡Dios mío! —suspiro.

Miro al cielo incandescente; las nubes doradas y el horizonte anaranjado anuncian el atardecer. Me paso las manos por los brazos para quitarme el escalofrío que deja la brisa del anochecer. De repente, esta blusa me parece demasiado pequeña y la falda me atormenta con la idea de que un soplo de viento pueda dejarme en evidencia.

Normalmente voy al gimnasio con faldas así, pero al menos me pongo un short debajo. Ahora no. Solo llevo bragas y falda, y la verdad, no puedo pensar en otra cosa que no sea que parezco una universitaria intentando ligarse al profe cañón.

Sin darme cuenta, ya estoy frente a su mansión. No hay muros, solo una valla blanca que me llega a la cintura y un jardín delantero todo cubierto de césped, con muchas macetas, flores, plantas... y tierra. También hay algunos hoyos por el suelo.

Entro y me acerco al arco majestuoso que enmarca la entrada. Antes de tocar el timbre, el dedo me tiembla.

¿Debería hacerlo?

Estoy muy nerviosa. No me sentía así desde la primera vez que Samuel me devolvió la mirada y me dio aquel beso. Es una sensación rara pero agradable. Ese cosquilleo en el estómago, esa mezcla de miedo y deseo... Pensé que de adulta eso desaparecería, pero parece que es parte de la vida.

Lo deseo mucho...

Pero no sé si debo...

Respiro hondo y me río de mí misma.

¡Qué idea más loca! ¿En qué estaba pensando? ¡Mejor me voy!

Desisto de tocar el timbre y me doy la vuelta para marcharme.

En ese simple movimiento, escucho la puerta de madera abrirse. Luego oigo sus pasos. Me giro para mirarlo, buscando una excusa decente para justificar que estoy allí, y justo en ese momento él avanza sin verme —porque está mirando hacia dentro de la casa— y choca conmigo.

Suelto un grito y me agarro con fuerza a su brazo con ambas manos.

El vecino buenorro —y muy educado, todo hay que decirlo— deja caer la bolsa negra que lleva, se limpia la mano en los vaqueros y me agarra por la cintura para ponerme en pie. Pero no sé si es por su fuerza, por mi ligereza... o quizás por el magnetismo animal que hay entre nosotros, ¿quién sabe?, el caso es que acabo lanzándome a sus brazos.

Y qué maravilla.

No solo es un bombón. Huele bien. Ese perfume cálido hace que el corazón se me dispare. Siento cómo se me calienta todo: las mejillas, el cuello, los pechos, entre las piernas… hasta el cerebro me hierve.

—Uy… —me abraza contra su cuerpo y ríe, bajando el rostro hasta apoyar la barbilla en lo alto de mi cabeza.

Qué encaje, señoras y señores. Qué maldito encaje.

Si me siento encima de este hombre, ¡ni el rey Arturo consigue sacarme!

Si el dicho es cierto y cada olla tiene su tapa… yo quiero ESTA tapa.

Me envuelve durante horas, o al menos así lo siento. Pero en realidad no pasan de dos segundos. Como mucho.

Me separo, torpe y riéndome de puro nervio.

—Hola —me paso la mano por el pelo, lo echo hacia atrás y parpadeo más de lo que sería normal en alguien sin derrame cerebral.

—Hola —responde él.

Vale. Pago cien mil. ¿Son cien mil lo que quieres para llevarme al cielo? Pues son cien mil lo que te ingreso, bombón.

—Perdona, iba un poco distraído y no te vi —dice, cruzándose de brazos con una sonrisa.

Ese tono de piel bronceada es una auténtica tentación. Seguro que va mucho a la playa, quizás hasta sea surfista con ese cuerpo tan bien esculpido. Ni la ropa consigue esconderle los músculos, la postura... y ese porte.

Tiene pinta de no valer ni un dólar. Y yo, loca perdida, estoy dispuesta a ofrecerle cien mil.

—Tranquilo —intento no reírme de los nervios—. Soy Anne, tu vecina —señalo hacia la casa de al lado.

Él alza una ceja, mira en dirección a mi casa y asiente. Parece que me ha reconocido.

Por la mirada que me lanza y esa sonrisita canalla… debe estar recordando la escena del café escupido contra el cristal. Dios mío. Tierra, trágame.

—Claro —dice—. Kaleb. —Me tiende la mano y yo la agarro sin pensarlo. — Tu vecino. A tu entera disposición.

Qué mano. Qué apretón. Qué firmeza.

¿He dicho antes que me sentía caliente? Caliente no lo define. *Ardiendo* se queda más cerca. Me arden las orejas, respiro entrecortada y llevo la otra mano al dorso de la suya para acariciarla un segundo.

No puedo dejar de imaginarme esa mano tan firme dándome un masaje en la espalda... o quizás unas palmadas en el culo. O incluso apretándome el pe...

—¿Anne?

—¿Sí?! —parpadeo como una loca.

Sonríe, dejando ver esos colmillos marcados, dientes alineados y blancos. Los labios gruesos se curvan en una sonrisa que invita al pecado. ¿Podemos saltarnos ya esta parte de las presentaciones y que me toque una teta? Porque si sigo aquí un minuto más, le agarro yo el pecho. Y de paso le como la boca.

—Cuéntame qué honor tengo al recibirte en mi casa —dice Kaleb.

Tiene pinta de hombre ocupado, de negocios, con postura seria, aire de macho alfa. Pero habla con una ligereza y una energía tan viva que me desarma. No dejo de sonreír y tocarme el pelo como una tonta.

—Pues… yo… hmm… quería saber cuánto cobras.

Se interesa. Alza una ceja y entreabre los labios.

—Por dejarme de baja médica —suelto.

Él sonríe con picardía y me señala con el dedo índice.

—Pero yo no soy médico —responde Kaleb.

—No, no… no es eso, no eres el médico, tú… tú me vas a dejar de baja... no, espera... —me doblo hacia delante, agarrándome las rodillas mientras me río sin control—. Espera… necesito un segundo para ordenar las ideas.

—No hay problema —dice enseguida—. Voy a sacar la basura. Mientras me acompañas, puedes ordenar tus pensamientos —añade y cierra la puerta de su casa.

Hmm… al parecer no tengo permiso para entrar en tu mundo prohibido todavía, ¿eh, Kaleb?

—Vale, te ayudo —agarro una de las bolsas negras del suelo y lo acompaño.

Capítulo 3

Anne Moore

Luna y Emmanuelle casi se me echan encima cuando regreso a casa. Pero lo único que hago es bajar la cabeza y seguir mi camino de vuelta al dormitorio.

—¿Y bien? ¿Qué dijo el vecino buenorro sobre tu propuesta? —Emms se me cuelga del brazo.

Luna se coloca al otro lado y me acompaña.

—No quiero hablar del tema —respondo.

—Ay, Anne, ¡cuéntanos! ¡No puede haber sido tan horrible!

—Lo fue —digo, desanimada, y aun así no se despegan de mí.

—¿Cuánto le ofreciste? ¡No me creo que te dijera que no! —Emms empieza a subir el tono, visiblemente indignada—. ¿Pero quién se cree que es? ¿Por ser guapo se piensa que está por encima del bien y del mal?

—A lo mejor sí —murmura Luna, incómoda.

—El «no» ya lo tenía, chicas. Yo fui en busca de la humillación —me quejo, y entonces ambas me abrazan—. Olvidad ese plan estúpido de arruinar la boda de Samuel —gimoteo.

La indignación de Emmanuelle se evapora de golpe, y sus grandes ojos reflejan ahora pura empatía. Me abraza con fuerza y no para de repetirme que todo va a salir bien.

—Solo tengo que aceptar que no era amor. Él me estaba usando, aprovechándose de mí. Y encima tuvo la desfachatez de reírse en mi cara cuando intentó contratarnos para servirle como si fuera un rey el día de su boda. Dejemos todo esto atrás. Mañana vuelvo al trabajo y punto.

—Amiga, pareces tan derrotada. Nunca te había visto así —Luna me coge la mano y me abraza también, con fuerza.

—Tómate el tiempo que necesites para recuperarte, flor. Nosotras cubrimos por ti, ¿vale?

—Está bien. Haré lo posible.

—Pero… ¿qué dijo el tío bueno? ¿Te insultó? ¿Te trató mal?

Respiro hondo y cierro los ojos.

—No, no… fue mucho peor...

Kaleb Petterson

Un día después

Compruebo la temperatura del agua con el termómetro y vuelvo a observar a Jacob Parker, uno de mis mejores amigos, desternillarse de risa. El tío es incapaz de mantener la compostura, se lo está pasando como nunca lo había visto.

—Eres mi héroe —dice, haciendo una reverencia larga y dramática—. ¡Eres el puto amo! ¡Una leyenda! —remata, aplaudiéndome con entusiasmo.

Me apoyo en la encimera y cruzo los brazos. En algún momento levanto la cabeza, solo para comprobar si la vecina está bien.

—¿Y esa cara, Kaleb? ¿Cuál va a ser tu próxima víctima? ¿La vecina? —Jacob apenas puede hablar entre carcajadas.

—Ah, la vecina es bastante maja. Ayer vino por aquí, incluso me ayudó a sacar la basura —levanto una ceja, esperando ver alguna señal en la casa, pero parece que no hay nadie—. Venía por algo, no sé qué, pero cuando estábamos yendo hacia la calle...

—¿Qué? ¿Qué pasó? —pregunta, impaciente, tras unos segundos de silencio.

—No vio la valla y tropezó. Menos mal que la bolsa de basura amortiguó la caída, si no, se habría hecho daño.

—Joder...

—Ya... La cogí en brazos, la llevé al porche y le pedí un momento para ir a buscar unas toallitas húmedas, quería limpiarla un poco porque... olía raro, la verdad. Y tampoco quería que entrara y molestara a Nicolas. Ya sabes cómo se pone cuando ve gente nueva...

Jacob asiente de inmediato y señala los fogones. Vuelvo a ellos, compruebo la temperatura y esta vez está perfecta, justo como le gusta a Nicolas.

—... cuando volví a la puerta, ya no estaba. La verdad, estoy preocupado. Quiero ir a ver si no se hizo daño. No fui ayer porque necesitaba pasar un rato con mi peque.

—Eres el padre del año, amigo mío —dice Jacob mientras se seca las lágrimas de la risa y por fin recupera la compostura—. Y el peor hijo del año también. Quiero ver la cara de tu padre cuando se entere de que literalmente te has foll...

—¡Shhh! —lo corto con la mirada—. No uses ese lenguaje en mi casa. No quiero que mi hijo escuche esas palabras.

Jacob levanta las manos, como si lo hubieran pillado con las manos en la masa, prometiendo que no se repetirá.

—Voy a ver si está arriba. Ahora vuelvo.

Empiezo a llamar a Nicolas por toda la mansión, pero no está por ninguna parte. No está en ninguna de las habitaciones, ni en la biblioteca, ni en su sala de juguetes, ni en ningún otro sitio.

—¿Dónde está mi sobrino? —veo a Jacob preparando el cacao de Nicolas cuando vuelvo a la cocina—. Esto se va a enfriar y ya sabes que solo se lo toma si está a la temperatura exacta.

Le lanzo una mirada que dice «créeme, lo sé mejor que nadie» y me asomo por las ventanas que dan al jardín interior.

—¿Has dejado alguna puerta abierta? —Salgo marchando hacia el recibidor, compruebo todas las ventanas y, por último, salgo al exterior.

Nicolas no está por ningún lado.

—¿Dónde coño se ha metido? —Jacob aparece con la taza marrón decorada con antenas y ojos—. Esto se enfría.

—¡Olvídate de esa mierda! ¡Tengo que encontrar a mi hijo!

Echo a correr hacia la calle y empiezo a buscarlo por todas partes.

Capítulo 4

Anne Moore

Ya estaba lista para ir a la oficina y poner mi vida en orden.

Estaba, porque en cuanto abrí la puerta me encontré con un niño que no debía tener más de cinco años. Pelo castaño, ojos azules enormes y una carita que… me resultaba familiar.

—Si estás vendiendo galletas, yo no… —digo en automático, pero él ni se inmuta.

Se ajusta lo que parece unos auriculares enormes que le cubren las orejas y parte de la cara, y sostiene una lupa en la mano derecha. Entra en mi casa como si nada, con la seguridad de quien sabe exactamente lo que está haciendo.

—¡Eh! ¿Quién eres tú? ¿No sabes que está prohibido entrar en propiedad privada?

Lo observo, pasmada, caminar encorvado hacia delante con la lupa pegada a la cara. Se detiene en mitad de la cocina.

—Lo que me faltaba ya, Dios mío…

Dejo la puerta abierta y voy hacia él, aún sin entender lo que está pasando.

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿Dónde están tus padres? ¿No sabes que no se entra en casa de desconocidos sin pedir permiso?

El niño levanta la cara hacia mí. La lupa agranda uno de sus ojos y, como si habláramos idiomas distintos —o como si directamente no le importara lo que le estaba diciendo—, vuelve a inclinarse.

—¿Qué eres, el inspector de sanidad? ¿Vas a revisar mi…?

Me detengo de golpe. ¡El azúcar! El maldito azúcar que derramé, junto con el bote.

Al ver los cristales rotos en el suelo, lo levanto en brazos de inmediato. Él se retuerce entre mis brazos y empieza a emitir unos ruiditos raros. Lo dejo en el sofá y me agacho a su altura, entrando en su campo visual.

—No puedes estar allí, podrías cortarte. Voy a limpiar eso y…

Me callo cuando me pone la lupa delante de la boca.

Vale, esto está empezando a ser un poco raro. Incluso para mí, que anoche estaba a punto de pedirle a un vecino —al que ni siquiera conozco— que viniera conmigo a sabotear una boda.

—Bueno… quédate aquí, ¿sí? No quiero que te hagas daño. ¿Dónde están los padres de este niño? —miro a mi alrededor, preocupada.

—*Jomigas* —dice el niño.

¡Ah! ¡Sabe hablar!

—¿Qué has dicho? —me agacho, con la esperanza de que diga el nombre de su padre o madre y poder salir gritando por la calle.

—*Jomigas* —repite, y acerca la lupa a su ojo azul que, por si no fuera ya lo bastante grande, se vuelve hiperdetallado con la lente.

—¿«*Jomigas*»? —pregunto, sin entender bien a qué se refiere.

El pequeñín pone los pies en el suelo y va dando saltitos hasta la cocina, donde el azúcar sigue esparcido por el suelo. Corro tras él. Lo último que necesito ahora es que un niño salga herido.

—¡Ah! —cuando miro hacia donde él señala con el dedo, lo entiendo todo—. ¡Hormigas! —yo también señalo y lo miro.

El pequeño me levanta la cara.

—*Jomigas* —dice, e intenta agacharse de nuevo.

—¡No, no, no! —lo detengo—. Espera, tengo que limpiar el suelo. Hay cristales rotos y podrías cortarte. No quiero que te hagas daño.

—*Jomigas* —replica con firmeza.

Vale. Un argumento contundente. Retórica nivel experto.

Niego con la cabeza con la sutileza de una estampida de elefantes sobre un cocodrilo y corro a buscar el recogedor y la escoba para sacar los cristales.

El niño me observa en silencio. Vuelve a emitir esos ruiditos de frustración en cuanto se da cuenta de que, al quitar los cristales, también estoy quitando algunas de las hormigas. ¿Qué quiere, que las deje vivir ahí para siempre?

—¡Vale, vale! Mira, mira… —empiezo a sacar los trozos de cristal uno por uno del recogedor y devuelvo parte del azúcar, con las adoradas *jomigas*, al suelo.

Se detiene, enfoca la lupa hacia los diminutos insectos y parece volver a concentrarse.

Qué afición tan rara tiene este niño…

Termino de recoger todos los trozos del bote roto, no sin cortarme en el proceso. No sé si fue por despiste o por quedarme observando al pequeñajo seguir el recorrido de las hormigas… tan metido en lo suyo, tan tierno y al mismo tiempo tan lejano. No respondía a nada de lo que le decía. No hablaba de otra cosa que no fuera *«jomigas»*...

—¿De verdad no vas a decirme...? —Antes de terminar la frase, fui interrumpida. El corazón casi se me salió por la boca y empecé a temblar.

Un hombre extraño entró por la puerta de mi casa y avanzó hasta el salón, donde me encontró en cuclillas con el niño. Instintivamente, lo abracé como si pudiera protegerlo.

¿Por qué no llamé a la policía, Dios mío?

Parece que hoy todo el mundo ha decidido colarse en mi casa...

—¡Lo he encontrado! —grita el hombre desde la calle.

Unos segundos después, caigo sentada en el suelo con el niño en mi regazo. Esto tiene que ser una broma...

—Hola, vecina —dice Kaleb al entrar en la cocina, con la mejor de sus sonrisas.

Está sudado y visiblemente agitado. Incluso así, su olor es fresco, llena toda la casa de un perfume masculino que, por lo visto, también alcanza al pequeño. Gira el rostro y le apunta con la lupa al grandullón.

—*Jomigas* —dice el niño.

Kaleb lanza una mirada de soslayo al otro hombre que había irrumpido en mi casa segundos antes, y se acerca con calma, haciendo un gesto con las manos para que me tranquilice. Se arrodilla frente a nosotros y observa al pequeñín que me agarra del brazo mientras se inclina hacia el suelo para seguir el camino de las hormigas.

—Hijo —lo llama Kaleb.

¿Hijo? ¿Es el padre del niño?

Vale, hay un parecido innegable, pero jamás habría imaginado que semejante bombón tuviera un hijo...

—¿Nicolas? —lo llama de nuevo, ahora por su nombre.

Nicolas se aparta suavemente los auriculares —más bien protectores auditivos— y se vuelve hacia su padre.

—¿Qué te ha dicho papá sobre salir de casa sin avisar?

—¿Que no puedo? —responde el pequeño con voz melosa.

No sé el padre, pero yo tengo unas ganas de apretarle esas mejillas que no podría soltarlo nunca más.

—No puedes. Papá se preocupó. Papá te buscó por todas partes y no te encontraba. Papá pensó que te había perdido.

Me muerdo el labio inferior al escuchar eso. No solo es el vecino cañón, también parece un buen hombre, de los que de verdad se preocupan. Por su estado, diría que ha corrido una o dos maratones para llegar hasta aquí.

—*Jomigas* —replica el niño, usando la lógica más imbatible del planeta.

¿Quién necesita a Aristóteles teniendo a Nicolas de las *Jomigas*? Un genio de la refutación. Un prodigio.

—Hijo, papá...

—Las *jomigas* van a volver a casa. Y yo también, papá. Pero con ellas —dice la última parte mientras se levanta de mi regazo, sin soltarme la mano.

No entiendo nada. Solo lo acompaño con la mirada mientras vuelve a observar los insectos, como si fueran realmente

importantes para él. Y por mí, está bien. Sobre todo ahora, con mi casa entera oliendo a este macho sudado que...

Giro el rostro de forma casi imperceptible y por reflejo estoy a punto de apartarme. Pero me obligo a quedarme donde estoy.

Siento la respiración cálida de Kaleb contra mi cara, nuestros labios a escasos centímetros. Él alza las cejas y sonríe como si no tuviera el más mínimo control sobre lo que hace su hijo. Y yo tampoco tengo control sobre mi corazón, que late como si quisiera escapar de mi pecho.

—Perdón por Nicolas. Si ha roto o tirado algo, yo me hago cargo.

—No ha roto nada. Solo está obsesionado con el caminito que han hecho las hormigas desde no sé dónde hasta aquí.

Kaleb se ríe. Y, por si no lo había dicho ya: lo hace a solo unos centímetros de mi boca.

Un imán invisible parece arrastrarme hacia él. Su boca carnosa tan cerca de la mía me impide pensar, solo quiero que me bese.

—Siento lo de ayer... me dio mucha vergüenza y... —al hablar, siento como si mis labios rozaran los suyos.

¿Y sabes qué hace este cabrón delicioso? Sonríe.

—Me preocupé por ti —dice, ladeando la cabeza para observar a su hijo—. Nicolas nunca habla con extraños. Me sorprende que aún esté agarrado a tu mano. Él odia el contacto físico.

—¡Dios mío! ¿Y ya es antisocial a esta edad? —estoy tentada de apartar la cara, pero prefiero quedarme así. Con su cuello delante de mí y ese olor que me eriza toda.

Kaleb se ríe, profundo y delicioso, y vuelve a mirarme. Nuestras narices se tocan y ninguno de los dos se aleja. Nuestras respiraciones calientes se encuentran y sonreímos al mismo tiempo.

—Nicolas es autista —dice Kaleb.

Capítulo 5

Kaleb Petterson

Esta mujer es... extraña.

Ayer apareció en la puerta de mi casa y luego desapareció cuando entré a buscar unas toallitas para ayudarla. Tampoco aparta la mirada cuando estamos tan cerca el uno del otro... y Nicolas, que hasta anoche rechazaba cualquier contacto humano que no fuera el mío, estuvo más de cinco minutos agarrado de su mano.

Anne. Una chica peculiar, extraña... y que ha captado toda mi atención.

—¿Llevamos a las hormigas a casa, hijo? —le pregunto después de ayudar a Anne a limpiar el suelo y meter el azúcar y las hormigas en una cajita pequeña.

Nicolas asiente y se agarra fuerte a mi pierna en cuanto me ve coger la caja.

—Ella —dice, señalando a Anne.

—¿Quieres que sea Anne quien lleve las hormigas de vuelta al jardín? —me agacho y acerco mi cara a la suya.

—Anne —repite.

—¡Me hace feliz que ahora diga hasta mi nombre! —Anne saluda a Nicolas con la mano. Él la mira sin mostrar emoción alguna y, en cuanto le entrego la caja, sale andando delante de nosotros.

Con cada paso, se inclina, examina el suelo con la lupa y les dice a las hormigas:

—¡Casa! —y señala hacia fuera.

Y así, a paso lento y contando cada pisada, regresamos a la mansión. Lo que me da más tiempo para hablar con mi vecina.

—¿De verdad estás bien? ¿No te hiciste daño de verdad ayer? —pregunto.

—Ayer no. Pero hoy… —responde con humor, enseñando el dedo que, por lo visto, se ha cortado hace poco.

—No parece grave —nos detenemos y le tomo el dedo entre los míos—. En cuanto lleguemos a casa, lo limpio y te pongo una tirita.

—No hace falta, de verdad.

—Es lo mínimo que puedo hacer.

Anne y yo volvemos a quedarnos mirándonos. Parece que quiere decir algo y yo estoy deseando saber qué va a salir de los labios de la mujer que ha hechizado a mi hijo... y ha conseguido que le diera la mano más de cinco minutos. Ni yo mismo he conseguido eso estando despierto; mi récord son dos.

—¡Casa! —Nicolas tira de mi pantalón y señala con fuerza hacia donde deberíamos seguir.

—Perdona, campeón, solo paramos un segundo, ¡ya te alcanzamos! —respondo con buen humor.

Nicolas va por delante. Cada tres pasos se gira para comprobar que lo seguimos.

—Jamás habría imaginado que tenías un hijo… —Anne sonríe con complicidad.

—Y yo jamás habría imaginado que tendría una vecina tan encantadora —le devuelvo. —Pero dime, ¿por qué te sorprende?

Ella se sonroja y baja la mirada.

—Es que eres tan... joven para ser padre...

—¿Ah, ahora hay edad mínima? —bromeo.

—Tienes razón. En la vida las cosas simplemente suceden y hay que aprender a seguir adelante —responde con una sonrisa.

—Hablas mi idioma —le digo, completamente de acuerdo.

—¿Y cómo es tener un hijo autista?

En otro momento me habría quedado pensando minutos para responder a esa pregunta. Pero ahora, la verdad es solo una:

—Increíble.

La reacción de Anne fue impagable. Y completamente distinta a la de todas las demás personas que me habían escuchado dar esa respuesta. Al fin y al cabo, no todos los días un prometedor CEO que dirige la empresa multimillonaria de su familia decide dejarlo todo por no perderse ni un segundo de la vida de su hijo: desde los primeros pasos y primeras palabras, hasta verlo sujetar la mano de una completa desconocida durante un tiempo récord.

—Qué bonito. Eres una caja de sorpresas, Kaleb.

—¿Yo? —no pude evitar reír—. Supongo que sí… pero es que de verdad es increíble. La madre de Nicolas murió en el parto y yo soy todo lo que él tiene. Así que decidí que él también sería todo lo que yo tengo. Y así vivimos, bien, los dos juntos.

La reacción de Anne me sorprendió de verdad. Estoy acostumbrado a los sermones, a que me digan que estoy «tirando mi vida y mi carrera a la basura. ¿Y la Forbes? ¿Y tu nombre en la lista de las 100 personas más influyentes de Estados Unidos? ¿Y tu legado?»

Pues ahí está, *ese* es mi legado. Y después de haber estado en la cima, codearme con los grandes y conocer las maravillas del mundo, puedo decirlo sin dudar: no hay nada más valioso que ese pequeñín.

Él lo significa todo para mí.

—Casa —dice Nicolas, que nos observa desde la verja y nos indica dónde debemos dejar la caja.

Anne la deja cuidadosamente en el suelo, y mi pequeño la observa con esos ojos grandes y expresivos. No dice nada, no sonríe, no saluda. Solo la mira sin pestañear durante cinco segundos enteros. Porque, para él, ella se ha ganado el derecho a su atención.

Y debo confesarlo: también se ha ganado la mía.

Luego se sienta y devuelve las hormigas a su sitio: el hormiguero. Ah, también tiene un terrario gigante de hormigas en su habitación, en la sala de juegos y en la biblioteca. Pero el jardín es su parte favorita. No le gusta ensuciarse, odia la arena, el barro, la hierba… pero por las jomigas, ese héroe haría cualquier cosa.

—No le quitaré ojo de encima. Tú ve y cuida a la vecina —dice Jacob.

Casi había olvidado que seguía allí. Me giro hacia él, separo los dedos índice y corazón y los llevo de mis ojos a mi hijo, como diciendo: «vigílalo bien».

—No lo dejes salir de ahí —gruño.

—Confía en mí, hermano. ¿Cuándo fue la última vez que te fallé?

—¿Quieres que te lo diga por orden alfabético o por orden de rencor? —vuelvo a gruñir.

Jacob no cerró la puerta, por eso Nicolas se fue. No hay otra explicación. Y todavía iba a tener que escucharme mucho por eso.

—A ver ese dedo —tomo la mano de Anne y la guío hacia dentro de la casa—. No parece nada serio, pero vamos a limpiarlo bien.

Capítulo 6

Anne Moore

Entramos en la mansión de Kaleb y, sinceramente, todos esos muebles caros o el orden impecable no me interesaron en absoluto. Solo él, con esa mano firme sujetando la mía mientras examinaba mi dedo con atención.

Tenerlo así, tan cerca, fue una sensación reconfortante, como si de repente el muro entre desconocidos —o simplemente vecinos— se hubiese derrumbado. Casi podía imaginarme poniéndole un apodo cariñoso.

Me llevé un buen susto cuando vi que estaba a punto de cogerme en brazos y sentarme sobre la encimera de la cocina. Me encogí, sorprendida, y me alejé un poco.

—Costumbre —dijo encogiéndose de hombros—. Nicolas se hace daño bastante a menudo, y cada vez que saco el botiquín, lo cojo en brazos y lo siento en la encimera. Perdón.

—Ah... no pasa nada —fue lo que dije. Pero lo que *realmente* quería decir era: ¿y a qué estás esperando para cogerme en brazos y sentarme en tu...?

Después de desinfectar la herida y ponerme una tirita, Kaleb apoyó los codos en la encimera y levantó esos ojos intensos hacia los míos.

—¿Vas a contarme por qué viniste ayer?

—Mmm... no sé. Estoy un poco nerviosa con todo esto. Y ayer me caí sobre tu basura y terminé oliendo fatal... —cerré los ojos y recé para que se abriera un agujero en el suelo y me tragara de la vergüenza.

Cuando los abrí, casi di un salto hacia atrás. Kaleb estaba otra vez a escasos centímetros de mí. Su nariz subió por mi torso hasta mis cabellos.

—Ahora hueles muy bien —concluyó, sonriendo. Esa sonrisa maldita de dientes blancos, caninos marcados, el tipo de sonrisa que estaría en la portada de cualquier revista.

De hecho, Kaleb me resultaba extrañamente familiar, pero no lograba recordar de qué... o si solo era cosa de mi imaginación.

—Tú también hueles muy bien —asentí con la cabeza.

Y el cabrón no solo sonrió. No solo puso cara de *sé que me deseas*. Se acercó aún más y dejó su cuello a mi merced para que pudiera olerlo. ¡Qué hijo de...!

¿Qué se creía? ¿Que yo era una chica fácil? ¿Que iba a caer con esos truquitos baratos? ¿Que no me iba a hacer respetar?

—Dios mío, ¿qué colonia es esta? —aspiré bien fuerte su cuello y hasta deslicé los dedos por su piel. Suave. Cálida. Firme...

—No cambies de tema —giró el rostro de golpe, parecía que le gustaba hacer eso.

Otra vez nuestras narices se tocaron, otra vez nuestras respiraciones se mezclaron. Ya éramos tan íntimos que solo faltaba ducharnos juntos. ¿Él me desviste o lo hago yo?

—Vas a pensar que estoy loca... y te vas a asustar de mí —murmuré, apretando los labios.

Juraría que puso morritos para acercar aún más esa boca carnosa a la mía.

Este hombre... definitivamente estaba jugando conmigo.

—Me gustan las locas. Cuéntamelo.

Ah, ¿te gustan las locas? Entonces vas a a-m-a-r-m-e.

—Quiero invitarte a una boda —solté, directa.

—Vaya... y eso que ni me has invitado a una copa —frunció el ceño, fingiendo estar ofendido.

—No, es que necesito que tú... —empecé a explicarme.

Kaleb sonrió con ese aire de pícaro y dio un paso hacia mí. Sin tocarme con las manos, solo guiándome con su cuerpo, me presionó

contra la encimera. Y sentí ese cosquilleo delicioso... ese momento en que se te olvida el idioma, solo puedes jadear y rezar para que el chico colabore y te regale unos cuantos espasmos.

—¿Me necesitas? —murmuró, casi encima de mí.

—Te necesito. Para la boda. Pero no será la nuestra. Aunque si tú quieres, yo quiero —empecé a balbucear. Que alguien me detenga, por favor.

Kaleb se rió, apoyó el brazo en la encimera y siguió observándome desde muy, muy cerca.

—Cuéntame lo de esa boda.

—Resumiendo, Kaleb, la cosa es así... eh... ¿puedes alejarte un poquito? Estoy empezando a sudar...

—Sí, hoy hace más calor de lo normal.

—Sí... bueno... Hay un imbécil que se llama Samuel.

—Samuel.

¡Joder! Incluso pronunciando el nombre de mi ex (ese cabrón que fingía estar conmigo), Kaleb consigue sonar sexy, hacerme mojar y darme la absurda ilusión de que estoy a punto de tener un orgasmo.

Ni siquiera recordaba cómo era tener uno, pero ahora... lo recuerdo. ¡Vaya si lo recuerdo!

—Eso. Es un imbécil y jugó con mis sentimientos. Y encima me invitó a hacer el catering de su boda.

—Ese tipo tiene huevos —Kaleb soltó una carcajada y arqueó una ceja.

—Tenía, porque voy a arrancárselos yo misma si hace falta, con los dientes.

—Qué carnívora eres tú... —Kaleb deslizó la mano por mi cuello y empezó a presionar suavemente mi labio con el pulgar.

Vale, de verdad necesito dejar de hablar. Estoy nerviosa, el pecho me sube y baja sin control y el corazón... bueno, que alguien llame ya a emergencias porque lo mío va a acabar en cuidados intensivos. Este hombre es el demonio y lo sabe. ¡Está jugando conmigo!

—Si tú quieres, porque yo quiero, te llevo a esa fiesta y arruinamos el momento más importante de la vida de ese idiota y de esa mujer, que se llama Sabrina.

Kaleb volvió a arquear la ceja, divertido, y sus dedos comenzaron a subir por mi cara. Cerré los ojos y sentí su respiración acercarse muy, muy despacio.

—Sigue... —susurró.

¿Cómo no obedecer a un hombre así, murmurándote tan cerca de la boca?

—Ella no tiene la culpa, solo quiero destruirle la cabeza a ese capullo y quizá arruinar esa boda de mierda, hundir mi nombre en el mundo de los eventos de lujo y no volver a trabajar ni en fiestas de fin de curso.

Silencio. Él sigue ahí, delante de mí. Tengo los ojos cerrados pero siento su aliento, su mano... y algo duro y firme rozándome por debajo.

—¿Planeaste todo esto antes de saber que tenía un hijo, verdad? —murmura con un tono mucho más serio.

—Sí... pero no he cambiado de idea. Puedo pagarte, y te prometo que tú y tu hijo estaréis en un buen hotel. —Ya había lanzado todas mis fichas sobre la mesa.

Y ahora solo quedaba rezar para que no me cobrara una fortuna por meterse en esta locura. Si es que accedía a algo así.

—No hace falta que me pagues, Anne —su voz volvió a llenar mis oídos y recorrerme por dentro. Que se me ericen hasta los pelos que no tengo solo puede significar una cosa.

Y mi nombre. Mi maldito nombre saliendo de su boca, tan cerca de la mía... Este tío puede llamarme Annelise, Antonia, incluso Anastasia si le da la gana. Estoy demasiado colgada de él para negarlo.

—Eres rarísima. Y tu propuesta es la cosa más loca que he oído desde que yo mismo dije que lo dejaría todo por cuidar de mi hijo...

—Creo que somos dos locos —pensé en voz alta.

—De eso no me cabe duda —dijo, y sentí su labio inferior deslizarse desde mi barbilla hasta mis labios.

Kaleb me sujetó la cara con ambas manos y empezó a alejarse despacio. Nada de aliento sobre mi rostro, nada de su olor invadiéndome por completo, nada de su voz rozándome por dentro.

Abrí los ojos, atónita, y llevé las manos al borde de la encimera para no perder el equilibrio mientras lo observaba, con los brazos cruzados frente a mí, sonriendo con malicia.

—Acepto.

Capítulo 7

Anne Moore

En el centro comercial de Miami, en Downtown, se encuentra la oficina que mis socias y yo fundamos para organizar eventos.

Al llegar al Sweet Show, soy bombardeada por las miradas de los empleados, como si acabara de volver de entre los muertos.

Sí, cariño, he vuelto del más allá. Pero lo que de verdad me tiene ansiosa es ver la cara de Samuel cuando aparezca en su boda acompañada del mismísimo pecado.

Atravieso la recepción, paso por el despacho de Emms y llego a la parte trasera, donde está nuestra querida y maravillosa cocina. Hicimos milagros con el poco espacio disponible, pero los fogones, congeladores y equipamiento de última generación han convertido el lugar en algo funcional. Allí me siento realmente en casa. El ambiente, el calor, el olor… y los gritos, claro, hacen que todo me suene a hogar dulce hogar.

—¡Mira quién ha decidido aparecer! —Emmanuelle ya está despeinada y, aparentemente, al borde de un ataque de nervios.

—Ahora entiendo todo tu mal humor. Estabas dirigiendo la cocina en mi ausencia —concluyo.

—¡Qué genia es mi amiga! —responde con ironía—. Ahora puedo volver a la parte de los números. ¡Me siento libre de esta cárcel!

Antes de irse, Emms se detiene y se gira hacia mí. Así, con una sutileza digna de la niña del exorcista.

—¿Y esa sonrisita floja en la cara? ¡Vamos, flor! Tenemos cuatro eventos este fin de semana, ¡los ricachones no van a esperar!

—¿Puedes darme un minuto para recomponerme? Estoy toda erizada —suspiro.

—¡Erizada te vas a quedar cuando veas lo que tendremos que pagar si el catering no está impecable! Así que, Annelise, ¡ponte las pilas!

—Ha aceptado. —Ignoro todo lo que dice y dejo que las palabras salgan de mi boca dulces y triunfantes.

—¿Quién? ¿Qué ha aceptado?

Se hace la desentendida.

Bien, entonces abro las palmas de las dos manos y dejo una distancia considerable entre ellas. Bueno, mejor un poco más, para ser justas.

—¡No puede ser! ¿El bombón crujiente? —Se lleva la mano a la boca y me agarra del brazo. Me arrastra hacia la puerta y salimos de la cocina, de vuelta al pasillo—. ¿Cuánto le ofreciste? Mira, Annelise, he tenido que acostarme con Dios y medio mundo para conseguir este sitio a buen precio. Si pones nuestro negocio en riesgo...

Una amenaza de Emmanuelle significa que está perfectamente. Más lúcida y saludable que nunca.

—No me ha cobrado nada —digo, victoriosa.

—¿Nada? —frunce el ceño. Luego se da unos golpecitos con la yema de los dedos y murmura algo sobre arrugas prematuras.

—Bueno... no entramos en detalles. Solo hubo un incidente con su hijo que nos acercó y aproveché para lanzar el anzuelo. El anzuelo, la carnada, un grito de auxilio, en realidad. Seguro pensó que estoy como una cabra y... aceptó.

—No me lo puedo creer... ¿me estás diciendo que no vas a pagar ni un céntimo por pasearte arriba y abajo con ese hombre? —Emmanuelle cruza los brazos.

—Samuel va a morirse de celos y volverá conmigo, ya verás. Va a darse cuenta de todo lo que perdió —digo lo de «todo esto» meneando el pecho.

Emms se echa a reír a carcajadas y, como llegó de repente, de repente se calla.

—Amiga, vamos a dejar algo claro. Primero, ese tío se va a casar con una chica de familia multimillonaria. Seguro es un matrimonio

por interés, debe de haber algo muy gordo en juego, así que no va a volver contigo. Segundo, que yo ya me he puesto en contacto para cerrar el presupuesto, y nos van a pagar bien. Muy bien. Así que ni se te ocurra envenenar la comida ni fastidiar la boda. ¡Estamos hablando de los Farrah, tienen Miami en la palma de la mano!

Sigo su razonamiento mientras parpadeo sin entender muy bien.

—Y tercero... ¿cómo que el dueño de mis justificantes médicos tiene un hijo? —se queda pasmada.

—Tienes que ver al niño, es un amor. Un poco... en su propio mundo, ¿sabes? Es autista. Se coló en nuestra casa persiguiendo hormigas y no paraba de hablar de ellas. Parece que padre e hijo han simpatizado conmigo.

Emms guarda silencio, mirando la pared, sin dar señales de seguir mi hilo.

—¿Emms? —la llamo.

Pero parece ida.

—¡Emms! —Le doy un pellizco. Esta vez da un salto.

—Ya que tú piensas convertirle la vida en un infierno a Samuel para que vuelva contigo... ¿puedo quedarme yo con el papá?

Solo de contemplar esa idea, ya me pongo nerviosa. No me cabe duda de que Kaleb y Emmanuelle serían un cóctel explosivo. Pero... él me hizo sentir algo tan raro, algo que solo había sentido antes con Samuel. Y esta vez fue mucho más intenso, más envolvente, y con solo recordarlo me entra un calor...

¡Y apenas nos conocemos desde hace dos días!

—Al fin y al cabo, esta aventurita tuya de llevarte al vecino para restregárselo al cabrón de tu ex es puro teatro, ¿no? Es todo una mentirijilla —provoca Emms—. No te va a importar que, cuando esté libre...

—No mientras estemos trabajando en la boda de la hija de los Farrah, ¿vale? Durante ese tiempo, es mío. Luego, si quieres, te lo puedes zampar.

Emms extiende la mano.

—Trato hecho.

Capítulo 8

Kaleb Petterson

—¡De tal palo, tal astilla! —Jacob se divierte.

Solo puedo emitir un sonoro y reprobador «tsc, tsc» mientras coloco el termómetro en el agua para asegurarme de que esté a la temperatura ideal.

Nicolas rechazó el chocolate caliente anterior porque estaba frío. Muy bien por él. Pero mi hijo no permite que yo recaliente lo que ya desaprobó: quiere que empiece todo desde cero. Y allá vamos de nuevo, a complacer a este pequeño exigente.

Yo también era así de niño; pero no eran mis padres quienes me preparaban la comida. Teníamos al menos una docena de empleadas para atenderme.

—¡Cierra la boca, Jacob! —intento regañarlo, pero acabo riendo.

—¿Qué? —responde con desdén—. ¡El crío se escapó de casa en busca de una tía buena! ¡Y solo tiene cinco años! —Le aprieta las mejillas a Nicolas—. ¡Eres mi héroe, niño prodigio!

Nicolas solo pone cara de pocos amigos y suelta un gruñido. Luego intenta apartar las manos del padrino desquiciado.

Jacob lo suelta y se vuelve hacia mí.

—¡Todavía no le gusta que lo toque! ¡Y se quedó pegado... no, más que pegado, se aferró a la mano de la vecina! Este niño te va a dar guerra, Kaleb, escúchame bien.

—¿No le gusta que lo toques o que lo aprietes? —trato de extraer la parte relevante, descartando las locuras de Jacob.

Entonces, mi mejor amigo del colegio, el heredero de los Parker, le coloca el dedo índice en la nariz a Nicolas.

El pequeño, en respuesta, sacude la cabeza enérgicamente en señal de negación. Incluso cuando el dedo ya no está, él sigue con el movimiento.

—No le gusta que lo toque —concluye Jacob.

—¡Deja de estresar a mi hijo, maldito! —agarro la cuchara de madera, que es lo más cercano que tengo, y se la lanzo.

—¿Podemos hablar de tu hijo donjuán y cazador de novias, o vamos a hablar de la vecina ya? —me provoca tras esquivar la cuchara.

—Listo, ahora la temperatura está perfecta —termino el chocolate caliente de Nicolas y lo sirvo en su taza con forma de hormiga, antenas y todo.

La sostiene con ambas manos y sopla para ver el humito que sube del líquido. Luego acerca la boca y saborea el calor. A continuación cierra el puño, extiende el pulgar y me hace un gesto de aprobación, antes de darme la espalda.

—Se fue el cazador de mujeres. Ahora dime, ¿qué quería tu vecina? —Jacob se apoya en la encimera.

—Vino a invitarme a una boda —contengo la risa.

—Qué lanzada... Espero que no sea la vuestra.

—No. Es la boda de su ex. Quiere darle celos o algo por el estilo —trato de no entrar en detalles.

—¿Y vas a ir? Ten cuidado, Kaleb. Mi abuelo siempre decía: «Solo hay dos cosas en esta vida a las que hay que temer, hijo: a las cucarachas y a las mujeres locas».

—¿Y por qué no iría? —retiro la olla del fuego y la llevo al fregadero.

—¿En serio? —Jacob me lanza una mirada de desaprobación.

—¿Qué tienes en contra de las bodas? Son divertidas.

—¿En serio tú, el playboy más codiciado de Miami, el tío más rico de esta maldita ciudad, vas a estar fregando ollas? Tío...

—¡Ah! —empiezo a reír al notar su indignación—. Fregar platos es... terapéutico. —Sigo rebuscando en mi cabeza para asegurarme de que esa sea la palabra—. Los empleados vienen dos veces por

semana, pero me gusta encargarme de todo lo que tenga que ver con Nicolas. No come ni bebe nada si no soy yo quien lo prepara, lo limpia o se lo pone delante. Tú no lo entenderías...

—Vale, creo que lo entiendo. Es solo que estaba acostumbrado a verte sentado con los dueños del mundo, negociando con los mejores..., y ahora mírate... siendo el padre del año —dice Jacob en un tono que podría sonar ofensivo, pero hay un matiz de elogio.

Y lo agradezco.

—Ser el CEO de la empresa familiar y mover miles de millones por las cuentas de gente que me da igual o cuidar de las necesidades de mi hijo, que solo me tiene a mí... no me parece una decisión tan difícil, la verdad.

—Has cambiado —analiza Jacob.

—Llega un momento en la vida en el que uno se pregunta qué es lo esencial, tío. Y ese pequeñajo de ahí —señalo a Nicolas— es lo esencial. Lo demás es ruido.

—¿Y la vecina? —Jacob quiere volver a ese punto.

—¿Qué pasa con ella?

—«Uh, te has hecho daño en el dedito, entra a casa que yo te curo» —intenta imitarme.

—Admítelo, Jacob, estás celoso. Conoces a mi crío desde el día en que nació y jamás lo has oído pronunciar tu nombre. Y ahora una desconocida consigue esa proeza y tú solo quieres fastidiarme.

Jacob pone cara de no haber escuchado nada.

—Yo no he oído que diga el nombre de nadie... —se gira hacia la ventana.

Aprovecho que Nicolas se acerca con la taza vacía, le aparto suavemente los cascos y le pregunto:

—Hijo, ¿cómo se llamaba la chica guapa?

No necesito terminar la pregunta. Me mira enseguida y dice:

—Anne.

—¿Lo ves? —provoco a Jacob—. Y, hijo, ¿cómo se llama tu tío? ¿El mejor padrino del mundo? ¿El que te llena de regalos?

Jacob incluso se gira para ver la reacción de Nicolas.

El pequeño desvía la mirada hacia el suelo.

—Hormigas.

Contengo la risa y no necesito añadir nada más. Aun así, nunca está de más dejar a mi mejor amigo con los nervios de punta.

—¿Y el nombre de esa mujer...

—Anne —dice Nicolas, y vuelve a colocarse los cascos antes de caminar torpemente hacia la sala de juegos.

—¿Lo ves? —le señalo a Jacob—. Este niño sabe lo que es esencial.

Capítulo 9

Anne Moore

Samuel me llenó de mensajes durante el día y me llamó por lo menos unas diez veces, pero lo ignoré por completo.

En los mensajes me preguntaba si podíamos vernos este fin de semana. ¿Qué se cree? ¿Que soy algún tipo de despedida de soltero? ¡Pues está muy equivocado!

De regreso a casa aparqué el coche en el garaje y, al bajar, vi las luces de la mansión de Kaleb encendidas. Me acerqué un poco para echar un vistazo al césped del vecino, y allí estaba él, como siempre, animado, repartiendo esa sonrisa perfecta allá por donde pasa y hablando, probablemente, con Nicolas.

Kaleb llevaba un peto vaquero con uno de los tirantes suelto, sin camiseta debajo, o sea, luciendo esos trapecios y ese pecho musculoso, además de los brazos fuertes. Por lo visto, estaba podando algunas plantas mientras vigilaba al pequeño.

No pude contener la curiosidad y me acerqué aún más, para escuchar de qué hablaban.

—Estás todo sucio, ¿a que sí, hijo? —preguntó el adulto, de buen humor.

—Puaj —respondió Nicolas.

—Y aunque no te guste ensuciarte ni tocar la tierra, lo haces por las hormigas, ¿verdad? —volvió a mirarlo.

El niño, que hasta entonces había sido monosílabo, soltó la primera frase completa que le oí:

—Claro que sí, papá —dijo con un tono casi indignado.

—Muchas situaciones en la vida son así, ¿sabes? A veces sentimos que somos más fuertes para enfrentarnos a nuestros

propios miedos cuando tenemos que ayudar a los demás.

Todo lo que hizo Nicolas fue dejar de echar tierra en las macetas con las manos, mirar a su padre durante unos segundos y luego volver a meter ambas manos en la tierra. No escondía la cara de asco, pero tampoco dejó de hacerlo.

—¡Oh, mira quién está espiando desde el otro lado de la valla!

¡Me pilló! ¡Dios mío, me ha visto!

Mi primera reacción fue encogerme y agacharme. Luego me incorporé de golpe, al recordar que soy una mujer adulta, segura de sí misma y que no necesita esconderse.

—Hola, vecino —digo con una sonrisa congelada.

—¿Todo bien por ahí?

—Todo perfecto, ¿y esas tijeras? —pregunto mirándolo fijamente —. Digo... ¿qué tal?

—Estas tijeras están cortando las malas hierbas —ríe y entrecierra los ojos al hacerlo. Y cuando los vuelve a abrir lentamente, sus pupilas se clavan en mí. Es algo intimidante, tanto que me hace contener la respiración—. ¿Cuándo vas a darme más detalles sobre tu plan enrevesado?

—¡Ah! Cuando tú quieras.

—Estoy deseando escuchar tu historia. ¿Quieres cenar?

—¿Cenar? ¿Cuándo? ¿Hoy? ¿Conmigo? ¿Tú tienes...? —empiezo a soltar preguntas una tras otra. Ni siquiera puedo creer que este bombón haya aceptado mi loca idea y ahora ¡vamos a cenar! ¿Cuál será el siguiente paso? ¿Un pellizquito en la teta derecha?

—Claro. Si voy a ser tu noviete, necesito saberlo todo sobre ti para interpretar bien el papel —me guiña un ojo—. Solo voy a esperar a que Nicolas termine de cuidar a sus amigas, él se toma su tiempo. Luego entro y pido algo para cenar.

—¡Puedo cocinar yo! —me ofrezco—. No hace falta que te molestes, fui yo quien te metió en este lío y estás siendo tan amable...

—Está bien. Si a Nicolas le parece bien, a mí también —vuelve a guiñarme el ojo y termina de cortar las ramas que sobresalen por

encima de la valla.

Al acabar, se quita los guantes y deja al descubierto esas manos fuertes, con las venas marcadas, los guarda en el bolsillo del peto y sonríe. Me quedo atrapada en esa boca y lo veo alejarse para seguir vigilando a su hijo. Su olor parece empeñado en alcanzarme y, cuando me doy cuenta, allí estoy, parada como una tonta, sonriendo, viendo cómo padre e hijo entran en la mansión.

Capítulo 10

Kaleb Petterson

Anne fue muy amable cocinando para nosotros. Preparó verduras al vapor y un pastel de pollo escondido.

—¿Por qué se esconde la gallina, papá? —susurró Nicolas mientras me tiraba del pantalón cuando los platos llegaron a la mesa.

—Es solo el nombre del plato, hijo.

Nicolas abrió los ojos como platos y miró la comida con desconfianza. Esperó a que me levantara a buscar los cubiertos para clavar la cuchara en medio del puré, abrirlo por dentro y acercar la cara al plato.

Cuando volví a la mesa junto con Anne, ya se había colocado los auriculares.

—Hijo —le aparté los cascos de las orejas—, antes de comer, ¿qué hacemos?

—¿Rezar?

—Muy bien, haz tu oración. Da las gracias por lo que es importante.

—Jesús, papá, la pobre gallina escondida, jomigas y Anne. Amén —dijo atropelladamente y volvió a cubrirse las orejas. Se quedó concentrado en el plato, mirándolo con sospecha—. ¿Qué habrás hecho para esconderte? —aún murmuró.

—¿Es un hobby? —me giré hacia Anne.

—¿El qué? —preguntó desconcertada, desviando la mirada al encontrarse con la mía.

—Destruir bodas. Asustar novios... —empecé a probar el plato que había preparado. Y en la primera cucharada ya se me hizo la

boca agua. Era algo muy sencillo y al mismo tiempo... exquisito.

Casi sentí que volvía a casa de mis padres.

—¡Cocinas de puta madre! —tuve que decir con la boca llena.

—¡Gracias! —Anne pareció menos tensa—. ¿Qué te parece la comida, Nicolas?

Nicolas no la oyó o simplemente la ignoró. Estaba comiendo las zanahorias y los guisantes, pero seguía desconfiando del otro plato. La mezcla de puré con carne le resultaba muy rara. Las texturas tan distintas suelen incomodarle.

—Le ha encantado —respondí por él. A juzgar por el hecho de que comiera algo, realmente debía gustarle.

—Bueno... —Anne sonrió con timidez y evitó mirarme—. No, no es un hobby destruir bodas ni asustar novios. Solo esta en concreto. Samuel jugó conmigo y con mis sentimientos, y quiero darle una lección.

—¿Llevándome a la boda? —no pude ocultar la risa.

—¿Cómo crees que te sentirías al ver a la persona que una vez amaste, que hizo todo por ti y siempre te apoyó, feliz y caminando delante de ti con otro? Un tipo mucho más interesante que tú. Eso es justo lo que quiero que él sienta.

Aparté el plato y apoyé los codos en la mesa, lo cual iba en contra de cualquier norma de etiqueta. Pero necesitaba apoyar el mentón en las manos cerradas para observarla mientras se explicaba y tratar de entender lo que pasaba por la cabeza de Anne.

—No sé si alguna vez me quiso, la verdad... —Esta vez se puso claramente incómoda—. ¿Tenemos que hablar de esto ahora?

—Si tengo que ir, mejor saber en qué lío me estoy metiendo —repliqué.

Anne respiró hondo y cerró los ojos.

—Yo era la chica fea del colegio, ¿sabes? Gordita, sin autoestima, sin gracia, algo friki y rara, sin sentido del estilo, sin suerte con los chicos... un desastre completo. Ningún hombre me miraba.

Apoyé el brazo izquierdo en la mesa y dejé caer la cabeza sobre él. Con la otra mano, por debajo de la mesa, busqué la suya.

Anne pareció sobresaltarse con ese gesto. Estaba temblando, claramente nerviosa. Retiró la mano de golpe, pero luego la volvió a posar encima de la mía, como si estuviera lista para apartarla otra vez.

—Y él era el capitán del equipo de fútbol americano. Un bombón. Todas las chicas lo deseaban... y... él me prestaba atención. Bueno... me hacía un poco de caso. Era guapo, atlético, popular... pero algo cortito de luces.

No pude evitar soltar una carcajada.

—No era un pack completo, como tú.

—¿Como yo? —alcé una ceja.

—Eres más que un vecino guapo, Kaleb. Tienes... algo distinto. Eres raro. Pareces tan auténtico y lleno de vida...

—Gracias por el cumplido.

—De nada —respondí y seguí—. Él me pidió que fuéramos novios, pero era como un secreto, algo solo nuestro, y yo lo adoraba... hasta que me di cuenta de que estaba siendo estúpida y me estaban tomando el pelo. Me... conformaba... con su atención cuando le ayudaba, me gustaba estar cerca de él, ¿sabes?

—Lo sé. Unas migajas para sentirse querida...

Anne bajó el rostro y dejé que su mano saliera de la mía para sujetarla y apretarla con suavidad.

—Está bien. Sé lo que se siente —murmuré.

—¿De verdad lo sabes? —se mostró sorprendida—. ¿Cómo puede alguien como tú saber lo que es eso?

—Te lo contaré más tarde. —Respiré hondo y le di paso para que continuara.

—Bueno, luego terminó la adolescencia, junto con el infierno del instituto... mi cuerpo cambió, yo cambié, y me transformé en esta mujer que ves ahora.

Y debo admitir que era una vista espectacular.

—Samuel se fue a la universidad, se graduó y desde entonces trabaja para los Farrah. Son los dueños de Miami, controlan todo el mercado inmobiliario aquí.

Arqueé una ceja y asentí.

—Va a casarse con la heredera de los Farrah. Creo que es la única forma en la que podrá conseguir un cargo importante y cumplir su sueño de estar entre los ricos y poderosos de Miami. Yo no puedo darle nada de eso. No tengo un apellido de élite, solo trabajo por mi cuenta y aún me preocupo por la hipoteca...

—¿Todavía lo quieres? —hice la pregunta, pero me sentí raro al decirla.

Un tanto tenso esperando su respuesta, ansioso por leer su expresión.

Anne se rió, bajó el rostro, lo volvió a levantar, se secó unas lágrimas, desvió la mirada y luego me miró.

Sí, todavía sentía algo por él. Ese tipo seguía removiéndole por dentro.

—No hace falta que respondas.

Pero ¿por qué me ponía tan tenso con eso?

—Siempre mantuvimos el contacto, incluso después del instituto. Me llamaba, quedábamos los fines de semana. Es cierto que hubo un tiempo en que nos distanciamos, pero él siempre volvía a escribirme, a buscarme. Decía que aún sentía algo por mí. Y yo sentía que, por fin, iba a encontrar la felicidad, ¿sabes? Que, al fin, podía ser realmente feliz y sanar todos esos traumas de infancia, de sentirme rechazada y usada...

—Sé lo que es eso —repetí.

Y hasta pareció que le quitaba un peso de encima.

—No puedo imaginar a un tipo como tú pasando por algo así. ¿Me estás diciendo todo esto solo para que me sienta mejor?

—Para nada. Yo también tengo mis esqueletos en el armario, Anne. Todos los tenemos.

—¿Y por eso vas a ayudarme? ¿Porque tus esqueletos se parecen a los míos?

No pude evitar reír al intentar imaginar qué pasaba por la cabeza de esa mujer tan extrañamente interesante.

—¿Y si Samuel cancela la boda con la heredera de los Farrah y decide quedarse contigo? —la provoqué.

Anne intentó ocultar el interés, pero en sus ojos se notaba que ese era su plan. Quería medirse, probarle a Samuel que aún valía la pena. Todo el plan era para darle celos, recuperarlo y sentirse la ganadora.

—¿Tú crees que eso podría pasar, Kaleb? —me devolvió con una pregunta.

Miré a Nicolas, que había revuelto el pastel de pollo, dejando la carne encima y el puré debajo. Al notar que yo lo observaba, murmuró: «ahora ya no tiene que esconderse, pobrecita».

—aquí es Miami, baby. Todo puede pasar. —Solté su mano y sonreí.

Capítulo 11

Anne Moore

Todo había vuelto a la normalidad y pensé que, por fin, las cosas serían más fáciles.

«Había», conjugado en pasado, sí... porque en cuanto abrí los ojos, la vida volvió al caos.

Me desperté con la llamada de un número desconocido y, por impulso, decidí contestar. Algo en mi interior deseaba que fuese Samuel, para hacerme la tonta y seguir actuando como si no supiera de nada. Pero no. Quien me llamó fue ni más ni menos que la mismísima oficial Sabrina Farrah.

—¿Hablo con Anne Moore? —preguntó con cortesía. Se notaba a leguas que era una mujer de otra liga: la voz, el tono, todo en ella sonaba como un millón de dólares. O tal vez un billón.

—Hola, sí, soy yo.

—¡Hola, cariño! Me tomé la libertad de llamar a tu oficina y me facilitaron tu número personal —explicó.

—Está bien, señorita Farrah... puede hablar —respondí, empezando a ponerme tensa sin razón aparente.

—Anne, me muero de ganas por probar tu cocina. Hoy. Unas amigas de Nueva York han venido de visita y creo que sería la ocasión perfecta para degustar tu menú y decidir qué serviremos en los días previos a la boda. ¿Qué te parece?

—Ah... señorita Farrah, me ha pillado por sorpresa...

—¿Crees que veinticinco mil dólares cubren tu jornada y la de tu equipo hoy? Sé que es algo precipitado, así que ofrezco treinta.

—¿Dólares? —pregunté, incrédula.

—Mil —dijo, divertida al otro lado de la línea.

La gente rica es de otro planeta, ¿verdad? Se creen con derecho a llamarte a las seis de la mañana, cuando el sol ni ha salido todavía, y soltarte una propuesta de trabajo así. Por treinta mil dólares.

¿Quién se cree que es Sabrina Farrah? ¿Cree que soy cualquier cosa? ¿Que no tengo vida, ni agenda? ¿Que puedo cancelar todos mis compromisos para servirle como si nada?

—Estaré allí a las nueve en punto, señorita Farrah —afirmé con toda la dignidad posible.

—Perfecto. Te quiero aquí todo el día, ¿sí? Comida, té de la tarde, cena y algunos aperitivos.

—No se preocupe, señorita Farrah, reciba a sus invitadas y deje la cocina en mis manos.

—Eres un ángel, Anne. ¡Nos vemos luego! —colgó.

Deslicé el móvil por mi mejilla y parpadeé varias veces. Ahora sí que he despertado. Literalmente. A la vida, al trabajo… y a mi peor pesadilla: voy a conocer a la otra de Samuel.

Quiero decir, yo soy la otra… voy a conocer a la oficial.

Dios mío, ¿qué voy a hacer?

Kaleb Petterson

Estaba empezando a vestirme cuando algo golpeó el cristal de mi ventana.

Dejé la camisa a un lado y miré hacia fuera hasta encontrar a mi dulce y talentosa vecina.

—¿Ahora te dedicas a destruir propiedad ajena? —Miro la ventana para comprobar si se ha dañado y luego vuelvo a mirarla, sonriendo.

—¿Estás libre hoy? Te necesito.

¿Me necesita? Entonces debe de ser algo importante.

Me apoyo en la ventana y la observo desde arriba.

—¿Quieres que tire mi melena para que puedas trepar? —Empiezo a reírme y ella también.

Saco la cabeza por la ventana y bajo un poco el rostro. Anne, allí abajo, finge agarrarse a algo e imita el esfuerzo de escalar. Al final, terminamos riéndonos a carcajadas como dos idiotas.

—¡Es que no tienes remedio! —Se apoya en las rodillas. —Quiero que vengas conmigo hoy, necesito apoyo moral. Voy a conocer a la prometida de Samuel. ¿Estás libre?

—Veré qué puedo hacer por ti —cojo el móvil de la cómoda y marco un número—. En treinta minutos estoy en tu casa, ¿vale?

—Vale, ¡gracias! —Y sale corriendo por el césped como una niña feliz hasta entrar en casa, no sin antes celebrar.

—Dime, hermano —oigo al otro lado del teléfono.

—Noah, me ha surgido un imprevisto. ¿Podrías venir antes? Puede que tengas que quedarte con Nicolas más tiempo de lo previsto.

—¿Qué tan pronto?

—Tipo ahora.

—Llego en una hora, aguanta el fuerte.

—Aguanto. Y gracias, de verdad —agradezco y espero a que cuelgue.

Camino hasta la habitación de Nicolas y veo que todavía duerme. Así que preparo todo para cuando despierte y descarto la idea de vestirme de forma casual. Si vamos a visitar a los Farrah, será mejor ir mínimamente elegante.

Cuando el desayuno ya está servido en la mesa, veo a Nicolas aparecer por el pasillo, con la cara ya lavada pero aún en pijama. Lleva consigo los cascos protectores y se sienta en su silla mirándome.

—Buenos días, principito de las hormigas. ¿Ya has despertado?

—Obvio, papá —el pequeño pone los ojos en blanco.

—Papá va a estar fuera todo el día. Hoy te va a cuidar el tío Noah Evans, ¡pórtate bien!

—¿Y el otro no viene? —Empieza a mover las tostadas y los huevos revueltos para distraerse.

—No, Enzo no viene. Pero tú quieres mucho al tío Noah, ¿te acuerdas? Te deja tranquilo y le encanta jugar contigo.

—¿Adónde vas, papá?

—Voy a acompañar a Anne.

Nicolas, que antes parecía desconfiado y algo incómodo, ahora muestra una expresión más serena y empieza a servirse los huevos revueltos él solito. Tiene un cuidado extremo para no derramar nada sobre la mesa.

—¿Será que la gallina estaba escondida porque le revolvieron los huevos? —pregunta antes de empezar a comer.

Capítulo 12

Anne Moore

¡Kaleb fue un ángel salvador! Se las arregló para venir conmigo a la mansión de los Farrah.

Por desgracia, Emmanuelle tenía que encargarse hoy del despacho y Luna estaba ocupada organizando una graduación, así que solo iríamos algunas chicas del equipo de cocina y yo. Y Kaleb, por supuesto. Solo eso ya me hacía sentir más tranquila para enfrentar a la prometida... y a Samuel.

Cuando lo vi salir de casa, se me cayó la mandíbula.

Parecía uno de esos tipos que salen en la Forbes.

Bajé las gafas de sol y apagué el coche mientras lo veía caminar hacia mí. El traje parecía hecho a medida para ese cuerpo y esos músculos. Las gafas oscuras le daban ese aire de chico malo del sector inmobiliario, capaz de comprar, vender y alquilar cualquier rincón de tierra.

Ya he visto a Kaleb desnudo, y es un espectáculo. Pero vestido así, de hombre de negocios, dueño y señor de Miami... el tipo es una maldita fantasía.

Abre la puerta del coche y se sienta a mi lado. Me dedica una sonrisa ladeada y se quita las gafas de sol para quedarse mirándome.

Retiro la mano de la palanca de cambios y me hundo en el asiento cuando su mano se acerca lentamente y limpia una zona alrededor de mi boca. Dios mío... creo que estoy perdiendo el control de mi cuerpo.

¿Palpitaciones? *Check.*

¿Incapaz de mirarlo directamente a los ojos? *Check.*

¿Manos temblorosas? *Check.*

¿Ganas de tenerlo encima en el asiento de atrás?

¿Qué tal si cancelamos lo de los Farrah y aprovechamos este delicioso día soleado en Miami?

—¿Estás bien? —Su voz me saca del trance y me obliga a volver a la realidad.

—Estoy genial. Y tú también, por lo que veo —dejo que mis ojos recorran esa obra de arte.

—¿Esto? Es una birria vieja —Kaleb se ríe. —Anne, estuve pensando...

Dios mío... Mi nombre saliendo de su boca... dan ganas no de pasarle el dedo por los labios, sino de dejar que explore toda mi geografía hasta graduarse con honores.

—Dime, señor hombre de negocios —le provoco mientras vuelvo a encender el coche.

—No vas a tomártelo en serio si no hay una condición.

Arranco y dejo que el GPS me guíe.

—¿Qué quieres decir?

—Voy a fingir que soy tu novio, sí —asegura—. Pero a cambio, quiero una cosa.

—Lo que sea, señor de negocios —me divierto.

—Te quiero a ti.

Eso es lo que dice. Así, como quien dice buenos días y sigue con su vida. Como si no pensara volver a verte nunca más.

¿Qué? ¿Qué está diciendo este hombre?

—Por un día entero —añade—. Quiero a la verdadera Anne Moore. Sin máscaras, sin etiquetas, sin el peso del pasado ni la ansiedad del futuro. Quiero conocer a la Anne Moore del ahora, del momento. Y quiero que tú me conozcas también.

Un coche pita furiosamente detrás porque he pisado el freno con fuerza y no puedo dejar de mirar a este hombre como si fuera la ecuación más difícil que me ha tocado resolver. ¿Qué quiere decir con todo eso?

—¿Cómo que la verdadera yo? —El corazón me late con fuerza en el pecho. —¿Cómo que...?

—Te quiero desnuda.

Y listo. Ya había vuelto a arrancar. Y el coche dio un tirón y se caló.

Los pitidos detrás siguen.

—Figuradamente, dices... —me limpio los labios y vuelvo a intentar arrancar por tercera vez.

—No. Te quiero desnuda. Literalmente. Solo para mí. Por un día.

Trago saliva y vuelvo a intentarlo. ¿Las manos temblorosas? Es solo un detalle. Estoy temblando entera. Las placas tectónicas dentro de mí están chocando.

Y no es por el perfume intenso de este hombre que ha invadido mi coche y me ha cubierto con su frescura. Tampoco es por su presencia imponente ni ese aire de «lo compro, da igual el precio». Es la forma en que me mira. La forma en que se dirige a mí.

Me hace sentir... rara. Como si valiera mucho más de lo que yo misma creo que valgo.

En el colegio los chicos decían que yo era un tres. Fui creciendo, y con el tiempo, me aseguré de al menos parecer un siete. Pero con la forma en que Kaleb me mira... parece que valgo...

¡Bah, olvídate de esa mierda de números! Olvida cómo esos capullos te puntuaban del cero al diez. Olvida cómo el imbécil que te rompió el corazón te hizo malgastar lágrimas.

Este hombre me hace sentir única. Exclusiva.

¡Y el único y exclusivo aquí es él! ¡Solo hay que verlo!

—¿Y cuándo quieres eso? —Mi voz sale con dificultad.

—Teniendo en cuenta que voy a fingir que te conozco y te amo... cuanto antes, mejor.

Piso el freno con toda la fuerza del mundo.

*

Después de muchas frenadas, bocinazos y un tráfico desesperante, llegamos por fin a la mansión de los Farrah.

Alrededor de un terreno gigantesco donde perfectamente podrían construirse varios estadios de fútbol... aquí estamos. Vi al menos tres piscinas, dos bosques enormes y un aparcamiento que haría que cualquier centro comercial se muriera de envidia.

Los coches entraban y salían sin parar. En la entrada de visitantes, detuve el coche frente a la garita y cuatro guardias de seguridad con cara de pocos amigos me pidieron que saliera del vehículo.

—Soy la chef encargada de la boda —expliqué—. Anne Mo...

Ni siquiera tuve que terminar de decir mi nombre.

En cuanto abrí la puerta del coche y los guardias echaron un vistazo al interior, me dejaron pasar de inmediato. No pidieron identificación ni hicieron preguntas. Simplemente nos dieron paso.

Me pareció raro.

Conduje hasta uno de los cuatro salones de fiesta, el que tenía la cocina más grande, y fui recibida por nadie más y nadie menos que Sabrina Farrah.

Una mujer alta, de mirada poderosa. Sus ojos azules brillaban como zafiros al sol y su rostro parecía esculpido por un artista perdidamente enamorado. La mujer era deslumbrante, hay que admitirlo. Entiendo a Samuel. Yo también me cambiaría por ella.

—Hola, señorita Farrah. Soy Anne Moore —me presento.

Sabrina Farrah esboza la sonrisa más grande del mundo y me abraza. Me siento como una hormiguita en sus brazos, tan diminuta y desconcertada que evito mirarla a los ojos.

—¡Anne! Estoy confiando en ti para que hagas realidad la boda de mis sueños —dice, eufórica.

—Prometo dar lo mejor de mí —es lo que respondo.

Tal vez dé lo mejor de mí para arruinar esta boda, es lo que quise decir.

—Ah, traje a mi novio. Espero que no le moleste —le tiendo la mano para presentarle a Kaleb.

Kaleb asiente con la cabeza, y Sabrina Farrah alza la barbilla y lo examina de arriba abajo.

—Pasa, querida, ¡conoce la cocina! Tu equipo ya ha llegado y son súper organizados —dice, entusiasmada.

Me limito a sonreír y entro.

—¿Kaleb, vienes?

—Ahora voy, amor —responde él mientras observa todo a su alrededor, como distraído.

Lo entiendo. ¿Puedes creer que todo esto, más grande que tres o cinco barrios juntos, sea la humilde propiedad de los Farrah?

Me dirijo a la cocina para ver lo que mis chicas ya han adelantado.

Kaleb Petterson

Anne desaparece entre la multitud del gran salón, rumbo a la cocina.

No aparto los ojos de sus pasos hasta verla desaparecer. Y sonrío solo con recordar su expresión hace un instante, cuando hablábamos en el coche.

—No has cambiado casi nada desde que decidiste dejarnos —dice Sabrina con un tono fúnebre.

Giro el rostro despacio y la sonrisa se ensancha aún más al verla. Coloco ambas manos a los lados de su cara y me acerco lentamente hasta que nuestras frentes se tocan.

—Yo también te he echado de menos —es todo lo que digo.

—¿Ah, sí? No me mientas. Cuando decidiste abandonarlo todo, ni siquiera miraste atrás. Soy yo la que siempre tiene que ir a buscarte, nunca al revés.

—Te he echado de menos... a mi manera.

—Vale. ¿Y cómo está mi sobrino?

—Está bien. Estoy haciendo todo lo posible para que Nicolas tenga una buena vida. Lejos de todo este infierno.

—¿Infierno? —Sabrina alza una ceja.

—Hubo un tiempo en que llegué a pensar que era el paraíso. Pero siempre me sentí un extraño en este Edén. Hasta que descubrí que, para mí, este lugar no era más que un infierno.

Ella asiente despacio y me observa, de arriba abajo.

—¿Estás bien, hermanito? Casi parece que abandonar el apellido Farrah y renunciar al cargo de CEO de la empresa familiar te sentó de maravilla.

La observo también, de arriba abajo. Sabrina parece algo desmejorada detrás de esa sonrisa falsa y calculada, el vestido blanco de Prada y los tacones altos.

—Me sentó mejor de lo que imaginaba —suspiro.

Capítulo 13

Kaleb Petterson

Al entrar en la cocina, veo a una Anne Moore uniformada, lista para la batalla: lleva un delantal blanco y un pañuelo en la cabeza cubriéndole el pelo.

Desenvuelta y comunicativa, va dando instrucciones a su equipo y solo deja de hablar cuando me ve llegar.

—No había visto ese lado tuyo —intento aguantar la risa, pero es demasiado difícil mirar a esta mujer y mantenerme serio. Despierta algo en mí... y parece ser lo mejor.

—¿Qué lado? —Baja la mirada y se lía intentando ajustar el pañuelo que le cubre el cabello, al final se lo quita y empieza a buscar algún reflejo para volvérselo a poner.

—Deja, yo te ayudo —me acerco y tomo el pañuelo de sus manos —. Así, mandona, seria, dando órdenes —comento mientras la observo paralizada delante de mí.

Recojo con cuidado sus mechones sedosos hacia detrás de las orejas y ella me entrega una goma del pelo que coloco sin prisa, tomándome el tiempo suficiente para rozar mi nariz con su frente y aspirar el aroma delicado de su piel. Vuelve a surgir la sonrisa, pero necesito concentrarme.

Coloco el pañuelo con cuidado y ella me mira, sorprendida y un poco asustada. Se queda con esa misma expresión incluso después de que termino, pero no me alejo.

—Parezco una abuelita, ¿verdad? —ríe, nerviosa—. Debe de haber sido por eso que él me cambió por ella —dice Anne, torciendo los labios.

—¿Te gusta lo que haces? —le pregunto.

—¿Qué? —se muestra sorprendida y, por su mirada, incluso ofendida—. ¡Me encanta lo que hago! ¡Es lo que siempre he querido ser!

Acaricio su rostro con los pulgares, justo al lado de sus labios, mientras el resto de mis manos se apoyan entre su cuello y su nuca.

Miro a Anne fijamente a los ojos y me acerco despacio, viendo cómo se le dilatan las pupilas y levanta ligeramente las cejas.

—Pareces una mujer realizada y feliz que ama lo que hace y se entrega por completo a lo que se propone. Si un imbécil no es capaz de ver eso, el problema es suyo, no tuyo.

No sé si Anne me ha escuchado. Pero asiente, muy despacio. Se frota el cuello y la nuca, justo donde la había soltado.

—No voy a pagarte horas extras por hacerme la pelota —murmura, torciendo la boca, como si estuviera a punto de darme con una cuchara de madera.

—En realidad, no me estás pagando nada —observo al equipo de siete mujeres correteando por la cocina, haciendo mil tareas a la vez —. Estoy aquí por diversión.

—¿Y qué tiene de divertido esto? —resopla, mirándome con nerviosismo.

Me acerco de nuevo. Parece que es la única forma de hacerla callar. Y, efectivamente, funciona.

Coloco mi pulgar en su labio inferior y lo deslizo hacia abajo con suavidad, haciendo que entreabra la boca con el leve tirón.

—Luego te enseño lo que tiene de divertido —sonrío y me aparto.

—¿Qué pasa luego? —pregunta, preocupada.

—¡Solo haz tu magia, señorita Moore! —me despido.

Capítulo 14

Anne Moore

En parte, no sé si haber traído a Kaleb fue una buena idea.

Es, sin duda, un apoyo moral indispensable, ya que no tengo aquí a Emmanuelle ni a Luna, solo a mis empleadas, a las que evito a toda costa que se pongan a charlar, o se nos van al traste los tiempos de preparación.

Kaleb es un excelente apoyo, es atento y parece que me lee la mente. Cuando me quedo parada en medio de la cocina, perdida, buscando algo que no recuerdo qué era, y empiezo a dar vueltas como una loca... mágicamente aparece con eso mismo en las manos. Hasta parece que conoce el sitio.

Pero este vecino tan guapo y atento es más que una tentación; es una distracción.

Es más fuerte que yo. Cada cinco minutos, por lo menos, me descubro pensando en él. Dejo de vigilar a las chicas montando las claras o preparando la nata y necesito mirarlo.

Y allí está. Con los brazos cruzados, en completo silencio, devolviéndome la mirada.

Y la expresión en su rostro muestra que admira lo que hago. A diferencia de Samuel, que siempre me decía que servir a los ricos no me llevaría a ninguna parte, que siempre sería vista como una simple empleadita, que necesitaba ambiciones más grandes.

Pues bien, estoy aquí porque esta fue mi ambición durante años. La Anne del pasado soñó con estar aquí. Y cuando yo misma bato las claras a punto de nieve o controlo el punto exacto del chantilly, es porque me da placer.

Veo la cocina como poesía que debe sonar perfecta. He estudiado, me he formado y he llegado hasta aquí con mucho esfuerzo, sudor y lágrimas.

Y con mucha pasión también.

¿Por qué Samuel nunca fue capaz de ver eso?

—¿Qué pasa? —le suelto entre dientes a Kaleb, que parece estarse entreteniendo más de la cuenta.

Él se señala a sí mismo, como si lo hubieran pillado con las manos en la masa.

—Sí, tú. ¿Qué pasa?

—Me gusta verte hacer lo que te gusta. No pareces la persona que veo desde la ventana de mi casa... triste y desencantada con la vida —dice al acercarse, sin que nadie más lo escuche.

—¿Me espías? —pregunto, horrorizada.

¿Quién haría algo así? ¿Y la privacidad? ¿Y las buenas costumbres?

Ya no se hacen vecinos como los de antes.

—Has estado gritando mucho últimamente. Me preocupo un poco.

Inmediatamente me vienen a la mente mis escenas de crisis, gritando que Samuel es un desgraciado, un cabrón, un desalmado, un hijo de la...

—Fue solo una vez.

—Una vez cada dos horas, querrás decir —se ríe—. ¿Necesitas ayuda?

—No, no, gracias, señor servicial. Pero ya que estás aquí, vamos a hablar.

—Estoy aquí para ti, baby. Dime, ¿de qué quieres hablar?

—Necesito saber cosas sobre ti, igual que tú necesitas saber cosas sobre mí. Seamos realistas: ¿y si alguien nos encuentra y yo digo que somos novios?

—¿Alguien como Samuel?

Levanto las cejas. ¡Se acuerda del nombre del idiota! Qué atento... realmente me escucha, incluso cuando hablo de otro

hombre.

Samuel, en cambio...

—Él o cualquier otro. Las parejas saben todo el uno del otro. Así que mientras termino estos preparativos y la mise en place, vamos a charlar.

—Me encanta charlar sin rumbo —dice, con esa sonrisa de canalla que tiene—. Y tirar la charla por la ventana —añade, acercándose sin parar de reír.

¡Dios mío! ¿Por qué tiene que ser tan tentador? No sé si voy a poder resistirme así.

—¿Cuál es tu cosa favorita en el mundo? —pregunto, intentando alejar los pensamientos impuros y deliciosos.

—Mi hijo —responde, observándome mientras organizo la encimera, coloco cosas en su sitio y vuelvo a batir las claras.

—¡Qué respuesta más cliché! —lo reprendo con la mirada.

—Será cliché, pero no deja de ser verdad —responde sin dudar.

—Vale. Y tú, Kaleb... ¿cuál era tu apellido?

—Petterson.

—Kaleb Petterson, si tú vivieras en un sitio como este, ¿quién serías? ¿Cuáles serían tus películas favoritas? ¿Qué libros habrías leído en los últimos años que te marcaron? ¿Qué canción pondrías en un equipo de sonido millonario hasta que se escuchara al otro lado de la ciudad? —lo provoco.

Fue la primera vez que vi a Kaleb quedarse quieto en el tiempo, mirando fijamente una de las ventanas abiertas.

—Sinceramente, creo que la vida de los ricos está bastante sobrevalorada. ¿Si hubiera nacido en cuna de oro? Probablemente lo habría tenido todo en bandeja y nunca habría aprendido a ganarme nada por mí mismo, solo con la ayuda de mis padres. Y puede que ellos hubiesen sido controladores y me hubieran exigido vivir el tipo de vida que ellos consideraban ideal...

—Pero tienes pinta de ser un rebelde.

—Acertaste —me miró y me regaló esa sonrisa mágica, capaz de atraparme en el tiempo con él.

—Y ellos me habrían desheredado.

—Triste final para Kaleb Petterson —digo con falsa lástima—. ¿Y por qué te habrían desheredado?

—Por ser auténtico, entre tantas copias —responde serio, apoyando las manos en la encimera y acercándose levemente a mí.

—¿Y tú? Cuéntamelo todo sobre Anne Moore.

—¿Una película? *Pretty Woman*.

—¡Qué antigua!

—¡Es un clásico! Ay, mi sueño siempre fue encontrar a un ricachón guapo, encantador e interesante que quisiera algo más que sexo. Que quisiera escucharme... y... ¿Por qué te estás riendo, Kaleb Petterson?

—Perdón. Sigue —se tapó la boca con la mano, pero sus ojos seguían formando esa curva peligrosa.

Demasiado peligrosa para mi corazón. Y cuando menos me di cuenta, ya lo tenía acelerado.

—Qué idiota... ya no quiero hablar contigo.

—*Pretty woman, walking down the street* —empezó a cantar bajito.

Bajé la mirada y volví a centrarme en lo que estaba haciendo.

—*Pretty woman, the kind I like to meet* —siguió.

—Vale, basta —levanté la cabeza y lo miré con cara de enfado.

Pero... ¿cómo resistirse?

Kaleb, con esa mano suya que siempre venía a mi rostro para acariciarme, dejándome erizada y desarmada. Al final, me cogió de la mano, aunque estuviera un poco sucia.

—¿Quieres ser mi Julia Roberts? —preguntó.

—Si al menos fueras rico, Kaleb... dos pobres no funcionan, ¿no? Y tú debes de ser el *pretty man* de las señoras adineradas.

—¿Qué quieres decir?

—Por tu trabajo.

—¿Mi trabajo? —pareció confundido.

Tal vez era un tema demasiado delicado para hablarlo en ese momento. Al fin y al cabo, no quería decir en voz alta que creía que

era stripper... o escort de lujo.

—Olvídalo. Pero tenías razón.

—¿Sobre qué?

—Si yo hubiera nacido en un sitio como este... —Miro a mi alrededor.

Es aterrador de lo grande que es. Todo parece caro y valioso. Me da miedo tocar algo y que se rompa, ¡no tendría dinero para pagarlo! Y aunque no llevara uniforme, tal como llegué, nadie ahí fuera me miró.

Yo no pertenecía a este mundo. Mi único vínculo con todo esto era Samuel, el maldito traidor.

Que encontró a su mujer rica y me cambió por ella.

Fue listo, tengo que admitirlo. Pero me hizo daño. Mucho.

—... y si lo hubiera tenido todo tan fácil... no sería yo. Quiero decir, no tendría los mismos sueños ni las mismas ambiciones que la Anne que yo conozco.

—Uh, hablando de ti misma en tercera persona —señaló Kaleb, divertido.

—Me gusta cómo soy. Lo que no me gusta son los hombres imbéciles con los que me he relacionado.

—¿Y cuáles fueron esos hombres imbéciles en tu vida?

—Solo Samuel, por supuesto. No he salido con otros. Mírame.

—Te estoy mirando.

—Pues mírame bien —insisto.

Kaleb dio unos pasos a la derecha y me observó. Luego fue a la izquierda. Rodeó la mesa, estiró el cuello y me miró desde arriba. Después se agachó y me miró desde abajo, con esa curiosidad constante suya.

—No veo nada malo.

—Jamás podría competir con una Sabrina Farrah, Kaleb.

—¿Y por qué tendrías que competir con ella? —preguntó, aún más interesado.

—Para ser lo suficientemente buena —encogí los hombros, empezando a cansarme. No de la conversación, sino de cómo me

estaba sintiendo con ella.

—¿Buena lo suficiente para quién? —insistió, sin cambiar el tono ni la forma de mirarme.

Kaleb tenía una delicadeza que escasea hoy en día. Parecía perfectamente equilibrado, y me trataba con una atención que nunca nadie me había dado. No recuerdo ni una sola vez en que alguien se detuviera de verdad a escucharme con tanto cuidado, a preocuparse por mí... salvo mis padres, Emmanuelle o Luna.

—¿Para quién crees tú que yo debería ser lo suficientemente buena?

Apenas terminé de preguntar, él cogió una cacerola por el mango y la levantó.

Cerré los ojos y me aparté, asustada. Pero no sentí nada.

Cuando pasó el susto, abrí un poco el ojo izquierdo. Luego los dos. Vi mi reflejo en el fondo de la olla que él sostenía.

—Qué susto —me llevé la mano al pecho—. Por un momento pensé que...

Kaleb suspiró.

—¿Él te ha pegado alguna vez? —murmuró.

—No quiero hablar de eso —zanjé el tema, le quité la cacerola de las manos y la bajé.

Por lo poco que conocía a mi ilustre vecino, diría que estaba decepcionado. El ambiente cambió de golpe, todo se vino un poco abajo, y Kaleb dejó de brillar como antes.

—No te merece, Anne.

—Estoy aquí para vengarme —me justifiqué.

—¿Para vengarte o para recuperarlo? —fue él quien me provocó esta vez.

—Basta de jueguecitos. Vamos a hacer lo que vinimos a hacer, ¿vale?

Kaleb se encogió de hombros y se alejó despacio, volviendo al sitio donde había estado antes.

—... lo que decía antes es que... estoy de acuerdo contigo. Si no pudiera vivir mis sueños ni tomar mis propias decisiones... y el

precio fuera estar atado a la fortuna de la familia...

Claramente había recuperado un poco de la atención de mi encantador, aunque decepcionado, vecino Kaleb Petterson. Me dio pena ver esa carita caída, como un perrito perdido bajo la lluvia. Aunque yo fuera la lluvia. O la tormenta.

—... yo también habría huido.

—¿Para venir a vivir cerca de mí? —Kaleb se echó a reír. En ese momento, mis esperanzas volvieron, sobre todo el miedo a que decidiera marcharse y dejar a esta loca aquí sola ante el peligro.

—Nadie tiene tanta suerte, Kaleb —reí con él.

Capítulo 15

Anne Moore

Observo a Sabrina Farrah y a sus innumerables invitadas, dispuestas en siete mesas, cerrar los ojos y gemir en voz alta tras probar la última comida del día.

—¡Anne Moore, tienes manos mágicas! ¡Creo que nunca he comido tan bien en toda mi vida! —exclama Sabrina.

Si la anfitriona me ha elogiado, entonces mi día está hecho. Asiento con la cabeza y observo a las demás chicas devorar los aperitivos que preparé.

—La comida fue sublime, la merienda, espectacular, pero esta cena con aperitivos... jamás probé algo así —Sabrina se limpia los labios y me mira con esos ojos enormes y suplicantes—. ¿Sería mucho pedir que nunca te fueras?

Las amigas de la novia se ríen y yo las acompaño, aunque con una sonrisa más tímida.

—Gracias, señorita Farrah. Es muy gratificante oír eso. Mis chicas y yo trabajamos duro para que todo estuviera perfecto. Una pequeña muestra, claro, de lo que vendrá en los próximos días... si usted lo permite.

—¿Permitir? Estás contratada. Oficialmente. Cierra tu negocio y ven a cocinar para mí —dice Sabrina, entusiasmada.

Agradezco el cumplido, pero eso está totalmente fuera de cuestión. Trabajar a tiempo completo para los Farrah y tener que ver a mi ex todos los días… jamás.

—Estoy deseando ver lo que vas a preparar para la semana de la boda. ¡Creo que toda la élite de Miami va a contratar a Sweet Show

para sus eventos! Todo está impecable —agradece Sabrina al levantarse.

Algunas de sus amigas tardan un poco en seguirla, aún siguen devorando los aperitivos, pero al final todas abandonan el salón entre risas y conversaciones, dirigiéndose a la mansión iluminada, en contraste con la noche que ya se ha echado encima.

—¿Y entonces? ¿Qué dijeron? —pregunta Kaleb.

No lo había visto salir de la parte de atrás. Me llevo un buen susto al verlo justo detrás de mí.

—Le ha encantado. Creo que ahora voy a tener que duplicar el equipo para poder con todo esto —abro las dos manos señalando todo a nuestro alrededor.

—Vaya exageración, ¿no? —me pincha con el dedo índice.

—¿Duplicar el equipo?

—Cuatro salones enormes, un bosque gigante, varias piscinas... y todavía hay gimnasio, salas de juegos, un montón de habitaciones y... —Kaleb se detiene en seco al notar mi mirada de sorpresa—. Eso es lo que he oído, claro.

—Sí —asiento—. Me parece una exageración. Pero ellos pueden, son ricos. Nosotros no. Nosotros solo nos quedamos aquí chupándonos el dedo.

—¿Y qué harías tú con un sitio así? —Kaleb empieza a recoger los platos de la mesa, apilándolos con una sola mano mientras se dirige a la siguiente.

—¿Qué pasa, vas a ser camarero ahora, señor Petterson?

—Me encanta ser útil y ayudarte —responde al instante.

—No sé qué haría con un sitio así... —digo mientras recojo algunos platos también, muchos menos que él, no tengo su fuerza —. Solo de imaginar la hipoteca...

Las comisuras de Kaleb se marcan cuando sonríe. Vamos a la cocina y dejamos los platos, luego volvemos por el resto. Todo mi equipo ya se ha marchado, es bastante tarde y estoy agotada. Necesito volver a casa y descansar.

—Gracias por hoy, Kaleb.

—¿Por qué? —deja los últimos platos en el fregadero y se gira hacia mí.

—Te contrataron para estar a mi lado, sonreír y saludar. Nada más. No tenías que ayudar con la preparación, ni recoger los platos...

—Ya te lo dije: me encanta ser útil y ayudarte, Anne Moore.

Vuelvo a estremecerme al oír mi nombre salir de sus labios. Parece algún tipo de hechizo secreto que hace que me ardan las orejas, me hierva la nuca y me dé vueltas la cabeza. Y solo se intensifica cuando Kaleb se aparta del sitio donde está y se acerca a mí, muy despacio, sin apartar los ojos de los míos.

Hasta en la forma de andar este hombre desprende un encanto que me deja sin aire... y, lo admito, excitada.

—¿Estás bien? —pregunta, con nuestras narices casi rozándose.

—¿Siempre hablas así? ¿Tan cerca de la otra persona? —pregunto, sin aliento.

—Si la persona eres tú, sí —responde con toda la seriedad del mundo—. Acostúmbrate.

Un escalofrío me recorre la columna y lo siento llegar hasta el cuero cabelludo. Sacudo la cabeza y bajo la mirada.

—Ven conmigo.

—¿A dónde? Yo necesito... espera...

—Confía en mí, Anne Moore —dice con ese tono seductor que ya no sé si me derrite... o me arrebata por completo.

Kaleb me lleva a la parte trasera de ese salón, donde hay una piscina gigantesca, toda iluminada.

Los guardias de seguridad están lejos, patrullando alrededor de la mansión. Y el equipo de limpieza acaba de llegar para poner orden en el salón.

—Esta gente rica es una exagerada —me rasco la punta de la nariz con el dedo índice—. Pero tienen buen gusto, hay que admitirlo.

—Sí. Aciertan una vez por cada cien errores —Kaleb se encoge de hombros.

—Cuando me mudé a Miami, quería estar cerca de la playa. Me gusta, ¿sabes? El agua, el mar, las olas, el calor, la gente feliz, jugando, corriendo, nadando, tomando el sol... —empiezo a hablar sin parar.

Y él no me corta. Está a mi lado, con el rostro girado hacia mí. Me da la ilusión de que mis tonterías son interesantes, porque este hombre me presta una atención que, sinceramente, me asusta.

—Llevo dos años viviendo aquí. Y nunca he visto el mar.

—¿¿Nunca?? —dice él, completamente sorprendido.

—No, Kaleb. Tengo cuentas que pagar, empleados y familias que dependen de mí, y vivir en esa casa cuesta caro. No recuerdo la última vez que me tomé un día libre para divertirme... normalmente solo duermo... o me quedo en casa probando recetas nuevas para impresionar a los clientes.

—Impresionaste a Farrah. Y no tengo duda de que impresionas a todo el que se cruza en tu camino.

—Menos al imbécil de mi ex, ¿no? —murmuro—. Él nunca... me ve, ¿sabes? Parece que... no sé... como si algo faltara...

Kaleb sigue mirándome con atención. Cuando dejo de hablar, gira los ojos y hace un gesto de aburrimiento que me deja un poco avergonzada, pero al final me echo a reír por su cara.

—¡Eres idiota! —le doy un golpe en el hombro.

—Quiero llevarte a ver el mar —dice.

¡Mierda! Me siento como una adolescente. Sonrisa fácil, mejillas ardiendo, manos empeñadas en quedarse en los bolsillos y esa mirada tonta, distraída. Echaba de menos sentirme así. Y también da miedo.

Pero Kaleb me hace querer permitirme volver a ser una chica soñadora.

—¿A Nicolas le gusta ir a la playa? —pregunto.

—La odia —responde enseguida.

—¿En serio?

—Muy en serio. Pero acepta ir si lo meto en una burbuja de plástico gigante y no toca la arena. A no ser que vea hormigas. En

fin... mejor no intentar entenderlo.

—Ah... parece ser un niño muy exigente.

—Por supuesto que lo es. Es un Fa... un niño muy enfocado en lo que quiere y en lo que tiene sentido para él.

—Entiendo.

Kaleb asiente sutilmente y da un paso hacia mí. ¿Debería ponerme nerviosa ya o espero un poco más?

—Escucha, Kaleb, creo que deberíamos hablar de otras cosas para conocernos mejor... —intento entablar conversación, porque ese silencio, y esa mirada de depredador, me hacen sentir claramente la presa.

Y soy una presa fácil. Como sopa servida con cuchara en la boca de cualquiera.

Difícil ya es la vida. Para este hombre, yo soy fácil, facilísima.

Pero está mal. No deberíamos. Pero sería increíblemente bueno. No es apropiado. Pero no hay nadie mirando...

—No puedo respirar —digo casi sin aire, mirándolo directamente a los ojos.

Si se acerca un centímetro más, voy a tener un colapso.

—Respira —dice con suavidad. Desliza sus manos fuertes por mis hombros y baja lentamente por mis brazos hasta tomarme de las manos—. Está todo bien...

Por fuera, digamos que sí. Por dentro... no está todo bien. No está nada bien. Ahora mismo sería un buen momento para llamar al hospital.

Respiro despacio, como él me indica, y me siento mejor.

—Creo que ya está.

—Buena chica —dice, sonriendo. Su sonrisa, vista de cerca, brilla más que las estrellas—. Ahora, aguanta la respiración —me advierte.

¿Para qué...?

—¡Kaleb! —digo, desesperada.

Pero ya es tarde. Me empuja a la piscina y caigo dentro, agitando los brazos, mínimo como una rana intentando escapar de un cubo de agua.

—¡Kaleb Petterson! —grito, furiosa.

Él salta a la piscina detrás de mí, que tengo que admitir, está deliciosa. El agua está refrescante y en la temperatura perfecta como para quedarme aquí un par de horas más.

—Dilo otra vez —viene hacia mí y yo echo los brazos hacia atrás intentando encontrar la pared.

—¿El qué? —pregunto, totalmente perdida.

—Mi nombre. Dilo otra vez —se divierte y sigue acercándose, como un tiburón tras una presa fácil.

—No voy a gritar. ¿Qué quieres? ¿Que los guardias vengan a echarnos a la fuerza? —Salpico el agua con la mano, lanzándola por todas partes, incluida su cara.

A Kaleb no le importa. Avanza y me atrapa contra la pared. Su cuerpo grande y musculoso presiona el mío y me deja sin aire, ciega, sorda y muda, con estrellas girando a mi alrededor.

—¿Quién dijo que tenías que gritar? —murmura él, con esa sonrisa de canalla que lo define.

Este hombre va a volverme loca de verdad. ¡Voy directo al manicomio! Yo ya sabía que estaba un poco mal de la cabeza, pero este tipo… ¿alguien puede ir a la farmacia y traerle el Rivotril, por favor?

Kaleb baja el rostro y deja que su barba roce mi cuello. Sube despacio, muy despacio, y sus manos son tan invitantes que, cuando me doy cuenta, tengo las piernas enredadas en su cintura. ¿Pero qué demonios...?

Siento su respiración caliente en mi nuca y sus dedos deslizándose por dentro de mi delantal, acariciando mi cintura. Al principio me toca con suavidad, pero luego lo hace con firmeza, sin miedo a dejarme sin aliento.

Así actúa él: decidido. No se lo piensa dos veces antes de volver a bajar los labios hasta mi busto, y con los dientes empieza a apartar y mordisquear, por encima del sujetador, la zona de mis pezones que ya está completamente erizada.

—¿No vas a decir mi nombre? —pregunta, mirándome, pero sin dejar de mordisquear, lo que me deja jadeando.

—¡Kaleb Petterson! —respondo, entre advertencia y súplica.

—Buena chica —dice, mientras su lengua sube por mi busto hasta encontrar mis labios.

El beso me incendia y me hace recorrer su cuerpo fuerte con las manos, sintiendo cómo me aprieta y me reclama para sí. No duda en arrancarse la camisa blanca de un tirón, dejándome sin palabras ante ese pecho esculpido, los abdominales marcados y ese bronceado que haría rabiar a cualquiera.

Su perfume dice mucho de él. Es salvaje, no obedece reglas. Es refrescante, pero podría quemarme entera si sigo en sus brazos.

Y no puedo resistirme. Estoy ardiendo... dentro del agua. Y él es la chispa de todo este incendio.

Los labios carnosos de este hombre me enloquecen. Su beso es intenso, me absorbe, me hace sentir unida a él, demasiado importante como para arriesgarnos a que nos descubran. Su lengua explora mi boca con lentitud, como si quisiera saborearme hasta que no quedara nada.

Y yo me estoy derritiendo en sus brazos. Tengo que hacer algo antes de que cometamos una locura y me despidan.

Pero antes de que pueda reaccionar, él sella nuestros labios con un último beso y se aparta con calma, como si ya supiera lo que iba a hacer. Kaleb se fija en todo, eso está claro. Y de verdad tengo la impresión de que hubo una conexión entre nosotros. Una conexión que va más allá del beso, del roce de los cuerpos, de las miradas que estamos intercambiando ahora mismo.

—Casa —intento decir, tipo E.T. en la película, hablando en monosílabos y señalando a dónde quiero ir.

—¿A la mía o a la tuya? —me provoca.

¡Maldito hombre!

Yo no estaba preparada para sentir todo esto... Solo tenía en mente una venganza, arruinar la reputación de mi ex, nada más. Y, quizá, no sé... recuperarlo.

Pero Kaleb quiere poner su cuerpo, su boca, toda su tentación encima de mí. Y sabe muy bien cómo hacer que lo olvide todo por un segundo y me deje llevar por el momento.

¿Y si eso es justo lo que necesito?

—¿Y cómo vamos a volver a casa ahora, empapados?

—Estoy seguro de que tú sabrás qué hacer —dice Kaleb, saliendo de la piscina y riéndose como un cretino.

—Necesito un momento... —empiezo a tantear las paredes para intentar levantarme.

Él me ofrece la mano y, con un solo movimiento, me saca de la piscina.

—Entonces más vale que ese momento sea ahora. ¡Los guardias vienen hacia aquí!

Capítulo 16

Anne Moore

Hace cinco años

—¿Y esa cara? ¿Qué ha pasado? —La indiferencia de Samuel me duele, y eso es terrible.

Pensaba que estábamos avanzando, pero... siempre hay algo en medio del camino. Y rezo para que ese algo no sea yo.

—Problemas en el trabajo, nada más —me tranquiliza. Su mirada sigue distante y algo perdida, pero toma mi mano y la besa—. Tengo muchas ganas de verte más seguido y estar más cerca de ti. ¿Cuándo te mudas a Miami?

—¡Tranquilo, ansioso! Emmanuelle y yo todavía estamos ahorrando.

—Solo quiero tenerte cerca —dice Samuel, besándome dentro del coche—. Te va a encantar ser tu propia jefa. Yo no soporto al mío. Ese tío se cree un dios, el CEO indestructible, cierra cualquier contrato, hace lo que le da la gana...

—Siento un tonito de celos ahí... —bromeo.

Samuel se aparta de inmediato y su mirada se endurece, dejando ver una pizca de desprecio. Parece que he tocado un punto débil. ¡Qué estúpida! Tengo que cuidar más lo que digo.

—¿¿Yo?? ¿Celoso de Kaleb Farrah? —se burla con una sonrisa maliciosa, o algo parecido—. ¡Ese no es más que un niñato multimillonario, un CEO de pacotilla! Jamás tendría envidia de él. Pero escúchame bien: algún día yo seré el CEO —lo dice con tanta seguridad que me pone los pelos de punta—. ¡Aunque tenga que vender mi alma para conseguirlo y hundir a ese niñato de mierda!

—¿Y por qué no montas tu propia empresa?

—¿Te has vuelto loca? —se ríe—. ¡Trabajo para los Farrah! ¡En Miami! Estoy a un paso de que me asciendan. Solo tengo que derribar a ese pijo de mierda. Por favor, Anne... —Samuel me agarra del mentón, de forma algo brusca, y no me gusta. Pero si lo corrijo, sé que pasará semanas sin llamarme—. Esto es cosa de hombres. Esa lucha por el poder. Una mujer no lo entendería...

En este momento

—¡Eres tan idiota! —golpeo el volante con las manos y bajo la cabeza.

El silencio se instala entre nosotros, hasta que empiezo a reírme sin parar, como una loca. Kaleb me acompaña, pero lleva su mano hasta mi barbilla con suavidad y la levanta. Ahora él se ríe menos. Se queda observándome, mirándome reír como si fuera una adolescente desquiciada.

—¿Y ahora qué pasa? —intento fingir enfado.

¿Pero cómo hacerlo?

—Me gusta cuando sonríes. Parece que llevabas toda la vida conteniéndolo y por fin te has liberado...

Humedezco los labios con calma y lo observo. El pelo ya se le ha secado, pero la ropa... definitivamente no.

Fue un caballero al prestarme su chaqueta hecha a medida para que no pasara frío, y se puso a soplarme la cabeza cuando dije que me iba a resfriar por el pelo mojado. ¡Qué personaje es este vecino!

—A pesar de todo, Kaleb Petterson, hoy ha sido un buen día.

Él levanta los dos pulgares junto a la cara en señal de aprobación.

—Pero la próxima vez... ¡no me lances a la piscina! —lo reprendo.

—¿Y si es en la cama? ¿O prefieres el bosque? —provoca.

—¡Basta! —Necesito detenerlo antes de echarme a reír otra vez... o lanzarme a su... bocaza roja, seductora, con esa sonrisa de delincuente y ese aire de canalla.

—Separé esto para Nicolas y para ti. Espero que le guste —cojo dos bolsas del asiento trasero y se las entrego.

—No tenías que hacerlo.

—Es lo mínimo que puedo hacer después de tenerte a mi lado todo el día, ¿no? Muchas gracias, de verdad, por estar ahí conmigo.

—Cuando quieras —responde, quitándose el cinturón y abriendo la puerta del coche.

Kaleb sacude el pelo y se dirige a su mansión, ya con la mayoría de las luces apagadas. Espero que Nicolas esté bien y que hoy se haya divertido. Porque yo me lo pasé en grande con su padre, de una forma que no esperaba.

Kaleb sube unos peldaños. De vecino sexy y atento, ha pasado a ser un hombre servicial, educado... y bastante impulsivo.

¡Qué suerte la mía haberlo conocido!

*

—¡Amiga, estás empapada! —anuncia Emmanuelle, no solo para mí, sino para todo el vecindario... y quizá para toda la ciudad, por el tono que usa.

—Eso, despierta a todo el mundo, loca —la reprendo mientras dejo las bolsas con las comidas encima de la mesa para las hambrientas y salgo corriendo hacia el baño para terminar de secarme el pelo.

—¿A dónde crees que vas? ¡Vuelve aquí y cuéntalo todo! ¿Te encontraste con Samuel? ¡Intentó ahogarte, ¿a que sí?! ¡Vamos a denunciarlo a la policía! —Emmanuelle me sigue, con el táper abierto en la mano, comiendo sin parar.

—No tuve la mala suerte de cruzarme con ese imbécil hoy. Pero espero verlo pronto, y espero que él me vea muy bien acompañada.

—Ah... entonces todo esto fue...

—Sí —digo, mientras enciendo el secador.

Emmanuelle dice algo que no consigo oír. Luego lo repite más alto, pero sigo sin entenderla. Está intentando decirme algo, pero con la boca llena no se le entiende nada.

Apago el secador, y cuando por fin traga, grita:

—¿¡El vecino fue quien te dejó así de mojada!?

Hasta Luna grita desde su cuarto y aparece corriendo.

—¿Pero qué pasa aquí? ¿A estas horas? ¿No preferís anunciarlo por la radio? ¡Por lo menos solo lo escucha quien la tenga encendida, no todo Miami! —nos regaña.

Acto seguido, Luna me mira de arriba abajo.

—Amiga, estás empapada —constata.

—Si juntamos a esta con Nicolas, tenemos a la capitana obvia y al mayor argumentador de Miami —vuelvo a encender el secador y solo lo apago cuando termino.

—¡Habla ya! ¡Vamos, guapa! ¿Te crees que puedes volver empapada y escapar de nosotras así como así? —Luna me persigue hasta la cocina, Emmanuelle va detrás.

—¿Sopa o té? —me pregunto en voz alta mientras miro el fogón, dudando.

—¡Venga ya, chica! ¿Qué pasó? ¿Qué ha ocurrido?

—Fui a mostrarle a la novia mis talentos... y fueron aprobados. Estamos contratadas y nos van a pagar una pasta —respondo sin mucho entusiasmo, mientras busco alguna sopa instantánea en la despensa.

—¡Eso no me interesa! ¡Quiero saber por qué estás hecha un desastre! —insiste Luna.

—Porque ese imbécil —señalo hacia fuera, por la ventana— me lanzó a la piscina delante del salón de eventos, luego se tiró él también, me arrinconó contra la pared, me hizo arder dentro del agua... ¡y me plantó un beso de los que te dejan sin respiración! —lo suelto todo de golpe mientras sacudo la cabeza de un lado a otro como una loca.

—Guau, tía... —Luna suspira—. ¿Y fue tan terrible?
—Fue maravilloso —respondo con una sonrisa de oreja a oreja.

Capítulo 17

Kaleb Petterson

Nada más entrar en casa, veo a Noah Evans tumbado en el sofá, trasteando con su móvil gigantesco. En cuanto me acerco, me entrega el informe detallado de cómo ha ido el día con Nicolas:

—Nada fuera de lo normal. Estuvo en el jardín, luego salimos a caminar al atardecer y tiró varios chocolates calientes porque decía que no estaban bien hechos y me pedía que lo hiciera «como se debe».

—Perdón por todo ese lío.

—No te preocupes, me cae genial el Nico. Y me ayuda bastante con los juegos que desarrollo para niños especiales, así que prácticamente estoy trabajando y pasándomelo bien. Es como una investigación de campo, pero divertida —asegura Noah.

—Estás en tu casa, hermano —le doy un apretón de manos.

—¿Por qué pareces un perro mojado? —Noah no esconde su cara de extrañeza al verme así.

—Tío... a veces las cosas se descontrolan y...

—¿¡Fue el vecino el que te dejó así de empapado!? —escuchamos un grito desde la casa de al lado.

Señalo hacia la ventana.

—Creo que no tengo mucho más que explicar, como puedes ver. Ahora el vecindario entero está al tanto —le doy una palmada en el hombro a Noah y dejo las bolsas sobre la encimera—. ¡Hay comida aquí!

—Gracias, hermano. ¡Buenas noches! —Noah vuelve a centrarse en su móvil, parece realmente muy concentrado en algo.

Subo al cuarto de Nicolas y enciendo la luz del pasillo para no encender la de su habitación. Entro con cuidado, de puntillas, y lo observo dormir. Parece agotado, lo cual es una gran señal: indica que tuvo un día lleno de actividades, que fue productivo y que hizo todo lo que pudo dentro de sus posibilidades.

A veces, cuando algo le capta la atención, puede pasarse horas... días... semanas... incluso meses enfocado solo en eso. Y entonces se va a dormir inquieto, ansioso, revuelto, sin parar de moverse en la cama. Pero en días como hoy, en los que Noah lo visita y le propone actividades variadas, Nicolas sale de su zona de confort y se entrega por completo, terminando así: en un sueño profundo, tranquilo y digno de envidia... incluso para su propio padre.

Le levanto el brazo con suavidad, lo tapo hasta la altura de las axilas y dejo la mano por fuera, como a él le gusta dormir. Le acaricio el pelo y sonrío como un tonto al sentir el olor a niño limpio, recién bañado, inmerso en un buen sueño después de un día agotador.

—Te quiero, pequeñín —le beso la frente—. Duerme bien, protegido y amado. Papá siempre va a estar aquí para todo lo que necesites. Es difícil pasar el día lejos de ti... Espero que me hayas echado de menos, porque yo a ti sí. —le beso la manita.

Dejo que mi pequeño duerma en paz y me voy al baño a darme una buena ducha larga, para quitarme las travesuras, el cansancio y también algunos recuerdos del pasado.

Sé que pronto habrá más.

—¿Así que, detrás de esa cara de tipo duro... está este hombre? —Luna se sorprende al oír mi historia.

—Estás sobrevalorando la madurez masculina, Luna —Emmanuelle se burla—. Ellos dejan de evolucionar mentalmente después de los diecisiete. Lo sé, es triste. Después de eso son solo... hombres de treinta... cuarenta... sesenta años... con la mente de un adolescente de diecisiete. Este al menos parece bastante centrado.

—Él es bastante maduro, por lo menos las veces que lo vi cuidando de Nicolas... pero también tiene ese aire rebelde, ¿sabes? No un rebelde sin causa. Parece que hay algo ahí... una herida, un pasado... no sé —termino mi sopa y dejo el plato en el fregadero.

—Puede ser como le dé la gana. Maduro, rebelde, relajado, controlador... Solo espero que no tenga eyaculación precoz y me deje con un justificante médico. ¡Silla de ruedas, allá voy! —Emmanuelle celebra, nos da un beso en la frente a cada una y se despide camino a su habitación.

Luna me muestra el brazo y me quedo unos segundos mirando, sin entender.

—Tengo la piel de gallina. No sé... ese tío me remueve algo.

—Nos remueve a todas —tengo que admitir.

—Y por lo que has contado, debe de ser un escort de lujo de alto nivel. Es educado, atento, un padre implicado, hábil con las manos... con la lengua... Tenemos un show de vecino —Luna levanta las cejas —. Cualquier día voy a pedirle azúcar. A ver si me da eso y alguna cosita más...

—¡Vosotras dos... de verdad! —le doy una palmada en la mano—. ¿Podéis dejar de hablar así de él mientras me está ayudando?

—No te pongas celosa, amiga. Es tuyo mientras dure esta boda. Después será del mundo. ¡Todas las vecinas y yo haremos cola! —

celebra y se va dando saltitos hacia su cuarto.

Estas dos...

Estoy perdida si depende de ellas... Apenas estoy empezando a conocer a Kaleb y ya parece que lo voy a perder.

¡No es justo!

Después de fregar los platos y darme una ducha para quitarme el cansancio, subo al dormitorio, apago las luces y me quito el albornoz.

¡Por fin libre de ropa! Ahora sí, a descansar después de un largo y buen día de trabajo.

Justo cuando apago el móvil y me preparo para dormir, abro las cortinas de la ventana para echar un vistazo.

Y ahí está él. Como si intentara tentarme hasta en la hora de dormir.

Lleva un albornoz azul marino y camina por su habitación mientras ordena unas cosas. Lo observo, callada y atenta, y lo veo bajar el albornoz hasta quedarse completamente desnudo.

Ese fue el hombre que me besó.

Ese fue el hombre que pasó todo el día conmigo, se rió conmigo... y me lanzó a una piscina solo para poder besarme.

Ahora sé que su piel es cálida y perfumada, y que al rozarse con la mía, incluso a través de la ropa, me deja sin aire y completamente perdida.

Aprovecho para coger el traje que me dejó y huelo la tela.

Es como si él estuviera aquí, conmigo.

Kaleb no mira hacia la ventana, pero se planta frente a ella y recorre su habitación como si nada, completamente desnudo, exhibiendo esa maravilla de músculos, abdominales, sonrisa seductora y una personalidad arrolladora.

¿Es idea mía o acaba de reírse?

Debo de estar perdiendo la cabeza. Y estoy segura de que voy a enloquecer si sigo espiándolo. Es tentador, lo sé. Pero mi pobre corazón no va a resistir.

Apaga las luces del cuarto, todas menos una. Y veo su silueta atlética desfilar por última vez... hasta que desaparece por completo.

—Estás perdiendo el juicio, Anne —me digo en voz baja—. ¿Vas a dormir abrazada a ese traje, de verdad, mujer? —me regaño.

Cierro las cortinas y me lanzo a la cama, abrazada a esa prenda masculina. Su olor, aquí conmigo, me hace imaginar cómo sería tenerlo en mi cama...

Y justo antes de quedarme dormida, pienso por un momento que es una pena.

Una pena que lo que Kaleb y yo tenemos sea solo... una mentira.

Capítulo 18

Kaleb Petterson

—¡Mira quién se ha despertado! ¡Mi príncipe! —En cuanto Nicolas aparece en la cocina, lo celebro.

Él no muestra ninguna reacción, más allá de esa carita todavía arrugada por el sueño y cierto desinterés en mis palabras. Se sienta a la mesa y observa la comida.

—¿Echaste de menos a tu papá ayer, hijo? —pregunto.

—No —responde con total naturalidad.

—¿Papá estuvo fuera todo el día y tú no sentiste mi ausencia? —pongo las manos en la cintura y me acerco para olerle el pelo.

—No me di cuenta —dice con tranquilidad, y tarda unos segundos en girar la cara hacia mí. Luego me da unos golpecitos en la cara con sus manitas, de forma algo brusca—. Cariño para ti —dice, y después pasa la mano por mi barba.

—¡Qué cariño más rico! —Lo lleno de cosquillas, lo que solo hace que se retuerza y se muestre molesto—. ¡Hoy quiero una sonrisa bien grande, ¿eh?!

Nicolas abre una sonrisa que recuerda a la de un dinosaurio carnívoro acechando a su presa.

—Menos que eso, hijo.

Ahora sonríe como un rottweiler, listo para arrancarle la pierna a cualquier intruso.

—¿Bajamos un poco esa sonrisa? Solo un poquito. No hace falta enseñar los dientecitos —le muestro cómo se hace. Apoyo los codos sobre la mesa, bajo el rostro a su altura y sonrío de lado, con los labios cerrados.

Él intenta imitar, pero aún parece algo molesto.

—¡Está perfecto! Aprendes rápido —me siento a desayunar con él —. ¿Sabes qué día es hoy?

—Miércoles —responde con tono monótono, un minuto después de la pregunta. Estaba demasiado ocupado sirviéndose el puré en el plato.

—¿Pero sabes lo que vas a hacer hoy? —insisto.

Nicolas levanta los ojitos, casi en súplica. Su mirada aún carga cierta indiferencia, algo muy característico de su personalidad, pero en el fondo hay una petición de ayuda.

—No me gustan esos niños —murmura, mirando su plato—. No les gustan las *jomigas*. No me fío de la gente a la que no le gustan las *jomigas*.

—Puedes presentárselas, ¿verdad? Cada semana hacemos la reunión en una casa distinta, y esta vez es en la nuestra —me refiero al grupo de niños con autismo y asperger que vendrán más tarde.

—No —dice con sencillez y empieza a comer.

—¿Qué hacemos antes de comer? Damos gracias. Cierra los ojos.

—*Puré, jomigas, papá, ojalá que Vincent esté enfermo y no venga, Anne. Jesús. Amén* —dice con la boca llena y, nada más terminar, se mete otra cucharada.

Anne Moore

Pasé el día entrevistando a nuevas trabajadoras para el evento de los Farrah.

Necesitaba gente hábil, rápida y con la cabeza en su sitio. Conseguí seleccionar a cinco de entre treinta candidatas, lo cual me pareció bastante prometedor.

Le pasé una lista a Emmanuelle con todo lo que necesitaríamos para los almuerzos, cenas y aperitivos de la próxima semana, relacionados con la boda de la novia.

Cuando llegué a casa, me di una buena ducha y decidí ir a ver cómo estaba mi vecino.

Ya me pareció raro, de entrada, ver tantos coches aparcados frente a la mansión de Kaleb. ¿Estaría demasiado ocupado como para recibirme?

Bueno, no perdía nada por intentarlo.

Fui hacia la puerta y toqué el timbre. No me atendieron de inmediato, así que me puse a mirar el paisaje: el jardín bien cuidado, el parterre para flores y hormigas, el columpio, la bicicleta pequeña y el césped verde... ese hombre era un manitas, todo en él parecía estar siempre en su punto.

—¡Hola! —saludé entusiasmada en cuanto se abrió la puerta.

Tuve que bajar la vista para encontrarme con el pequeño anfitrión, Nicolas Petterson, con cara de aburrimiento.

—Tú no eres Vincent —me miró de arriba abajo, desde los tacones hasta el moño.

—Creo que no —me agaché para estar a su altura—. Vivo justo al lado. Tú estuviste allí hace poco, ¿te acuerdas? Me llamo Anne.

—Gracias a Dios —ignoró todo lo que dije, se dio media vuelta y se marchó tan tranquilo.

Me incorporé y asomé la cabeza dentro de la casa. Lo primero que vi fueron algunos niños: algunos en las esquinas, aislados; uno jugaba con coches, otro con dinosaurios, una niña estaba concentrada en la tabla periódica… y Nicolas, junto al terrario de arena lleno de hormigas en el salón, como si fuera su guardaespaldas personal.

Cerré la puerta tras de mí y fui hacia él. Estaba para comérselo.

Con peto, camisa de cuadros y pajarita. El pelo peinado hacia un lado y esa expresión tan poco amigable que lo caracteriza, transmitida por esos enormes ojos azules.

—¡Qué bien que han venido tus amiguitos a verte! —le dije.

—No son mis amigos —contestó Nicolas, mirando especialmente a la niña de la tabla periódica. Luego volvió su atención al terrario, observando con atención a las hormigas mientras hacían su trabajo a través de los túneles visibles.

—¿Y dónde está tu papá?

—¡Anne! —escuché la voz fuerte de Kaleb a mi espalda y me giré de inmediato. Nos saludamos con dos besos en la mejilla y él me tomó de la mano—. Vamos a dejar que los niños socialicen. Ven, vamos al ala de los adultos —me sacó de allí lo más rápido posible.

¿Socializar? Esos niños estaban haciendo de todo, menos socializar.

Kaleb me llevó hasta su biblioteca. Un lugar encantador, con varias estanterías altas de madera noble, encuadernaciones antiguas en cuero, una sección generosa dedicada a finanzas, administración e inversiones, e incluso una estantería más al fondo, casi escondida, con novelas románticas.

También vi una barra con una colección admirable de todo tipo de bebidas, un cubo lleno de hielo y un barril que debía contener cerveza. ¿Este tío tiene todo eso en casa? ¡Guau!

—Anne, estos son los padres y madres de los niños que viste en el salón —me presentó Kaleb—. Chicos, esta es Anne… mi… vecina —tardó en decir la última palabra.

Kaleb me miró de reojo, muy de cerca, hasta el punto de que sentí su respiración. «Anne… mi…» y en ese espacio entre su pausa y los latidos de mi corazón, se me erizó la piel solo de imaginar lo que podría haber dicho.

—Hola, Anne —dijeron todos al unísono, con amabilidad. Luego volvieron a sus conversaciones paralelas y por fin Kaleb me prestó atención solo a mí.

—¿Qué tal tu día? —me preguntó.

—Normal, ¿y el tuyo? —respondí.

—Tranquilo, por ahora. Como puedes ver, mi casa está llena de niños que no se hablan entre ellos y Nicolas es como una bomba a punto de estallar en actividades así, pero con cada encuentro parece que se relaja un poco más. Hasta que aparece un chaval que lo saca de quicio…

—Me lo imagino… el mío fue normal. Estuve entrevistando nuevas empleadas para poder atender a tanta gente en esa mansión. Haré un trabajo impecable y voy a fastidiar al desgraciado del novio. Y todo lo haré como se debe.

—No tengo ninguna duda —Kaleb se quedó ahí, de pie frente a mí, mirándome fijamente.

Nunca estoy preparada para este momento, el silencio se vuelve angustioso.

—¿Has dormido bien?

—Sí, dormí. Ayer fue un gran día, otra vez, gracias.

—¿Te has despertado resfriada?

—En realidad… dormí y desperté muy bien. Mejor de lo que podría haber imaginado.

—Sé que tus planes se harán realidad y que vas a tener éxito en lo que te propones —dice mientras camina hacia el bar y me lleva con él—. Tienes garra, vas detrás de lo que quieres. La gente fracasa más por rendirse que por intentarlo, y tú eres esa persona. La que lo intenta. —Me señala con el dedo índice, sonríe con los ojos y me deja en un silencio contemplativo.

He hablado con muchos tipos.

Pero siempre tuve la sensación de que, ellos y yo, hacíamos monólogos. Es decir, hablábamos, pero no había un interés real en lo que estábamos diciendo. Pero este tipo… parece interesado.

Y no sé si estoy preparada para eso.

—¿Qué quieres beber?

—¿Puede ser una soda? ¿Agua con limón? No suelo beber alcohol.

—¿Por religión?

—No… es que… pierdo un poco el control, ¿sabes?

Y entonces pasa una película en mi cabeza sobre lo que es perder el control. Correr desnuda por el campus de la universidad; colarse en la casa de un profesor para robar los exámenes; gritar y despertar a todo el vecindario; y reírme como una hiena descontrolada. En serio, de todas esas cosas, mi risa es lo peor. Parece una motosierra con hipo.

—¿Y qué tiene de malo perder el control? —Kaleb susurra en mi oído.

Vale, ya he decidido, este hombre es el demonio. Y ahora está intentando liberar a la loca que llevo dentro.

—No quiero asustarte —levanto una ceja y cojo la soda que saca de una pequeña nevera.

—Ya soy mayorcito. No me asusto fácilmente —siento su dedo índice recorriendo el dorso de mi mano, subiendo por el brazo.

Un escalofrío extraño me recorre, retiro la mano y lo miro fijamente.

—¿Estamos coqueteando? —murmuro.

—¿Tú crees? —él murmura también. Es gracioso cómo lo hace, me demuestra que esto de murmurarse el uno al otro así de cerca es bastante raro.

—Nunca he tenido suerte con los tíos, solo con un cabrón desgraciado. No sé coquetear, nunca aprendí —murmuro, y veo su rostro acercarse, como un asteroide a punto de estrellarse contra la Tierra.

Y esta Tierra quizás no soporte el impacto; pero lo desea, en secreto.

Kaleb abre mi soda y se aleja solo un poquito.

—Eres muy guapa.

—Venga ya, Kaleb, no hace falta fingir. Creo que ya hemos demostrado que hay química, no tenemos que seguir fingiendo el uno con el otro, solo necesitamos hacerlo delante de mi ex imbécil.

—¿Fingir? —me pregunta.

¿No estamos fingiendo? Quiero decir… ¿él no está fingiendo?

¿Y por qué hasta en mis pensamientos estoy murmurando?

—¿Entonces estamos coqueteando de verdad? No lo sé.

—¿Ese beso de ayer fue fingido para ti? —me provoca.

Lo murmura de forma seductora, ronca, me pone la piel de gallina. Y yo murmuro como una loca que parece que grita, pero ha perdido la voz.

—No quiero molestar —una mujer pasa junto a nosotros, abre la nevera, coge una cerveza y se aleja—. Ya que nos diste permiso, voy a vaciarte el bar.

—Estás en tu casa. —Kaleb sonríe, pero lo hace de una forma distinta.

Es amable, cortés, educado.

Pero cuando se gira hacia mí y me mira a los ojos mientras sonríe, es otra cosa. Ni siquiera nos estamos tocando, pero siento como si sus brazos ya me envolvieran. Sus labios se convierten en un imán y mi cuerpo entero desea volver a sentir qué es ser presionada contra el suyo... bajo el agua... contra la encimera de la cocina... donde él quiera.

—¿Crees que lograremos convencer a todos de que somos pareja? —Intento alejar mis impulsos por un instante, si no, voy a hacer una locura.

—¿Tú crees que puedes convencerte a ti misma de que estamos fingiendo? —responde él.

Disculpa, Nicolas, tenemos un nuevo campeón de las réplicas en esta ciudad. El *superpapá*, el vecino de ensueño, el único e

inigualable: ¡Kaleb Petterson!

Tiemblo al sentir su mano firme en mi cintura y su cuerpo acercándose al mío en un abrazo apretado, deliciosamente cálido, mientras su aroma envolvente me deja completamente desorientada. Ese olor... fue tan reconfortante dormir con él en mi piel. Y ahora, en este abrazo, solo deseo que su perfume se quede pegado a mí para siempre.

—¿Esto te parece fingido? —Su mano se posa justo sobre mi corazón.

Que late como un tambor, frenético, haciendo su propia danza de la lluvia para traer de vuelta el océano y toda la vida marina al desierto. Este hombre no se cansa de dejarme mojada. Parece disfrutar tentando mi autocontrol, y encima lo hace delante de todo el mundo.

—¿Esto te parece fingido a ti? —me pregunta mientras me quita la soda de las manos y las mete por dentro de su camisa, haciéndome sentir su pecho firme, musculoso, y su corazón latiendo.

Solo dura un segundo, pero como me quedo sin aire y me pierdo en mil pensamientos, siento que permanecemos así durante horas.

Muerdo los labios mientras deslizo las manos por ese cuerpo de infarto, y no puedo creer que acabo de cumplir el sueño prohibido de tocar los abdominales de este hombre.

Y él está aquí, delante de mí, con el rostro tan cerca que me eriza la piel, me ruboriza... no suelta mis manos, y casi salgo corriendo cuando las dirige un poco más abajo, casi metiéndolas en su pantalón.

—¡Dios mío! —murmuro en voz alta. Vamos, estoy hablando, gritando incluso, pero sin voz.

Todo el mundo se gira a mirarnos.

—¿Estás fingiendo, Anne Moore? —ese demonio se relame los labios y pasa por mi lado, saliendo del bar.

Primero me quedo paralizada, intentando procesar lo que acaba de pasar. Luego voy tras él, de vuelta al pasillo y después al salón,

donde Kaleb se acerca a su hijo, que está haciendo el mismo ruido que hizo en mi casa.

La televisión está encendida y suena una canción. Todos los niños parecen molestos, menos uno. Un chiquillo que está sentado, absolutamente absorto en la música y el baile.

Kaleb le pone los auriculares con cancelación de ruido al pequeño, que inmediatamente deja de hacer lo que estaba haciendo y mira a su padre.

—¿Crees que hay auriculares para las *jomigas*? —pregunta el niño.

—A ellas no les molesta, hijo. Pero voy a buscar unos auriculares gigantes para el hormiguero —responde Kaleb con ternura.

Y de fondo, el salón entero se inunda con la canción que, al parecer, Vincent adora y no deja de poner. Debe de ser igual en todas las reuniones, porque todos los demás niños están claramente irritados:

Baby shark doo-doo-doo-doo-do.

Capítulo 19

Kaleb Farrah

Hace cinco años

La puerta del ascensor se abre en el último piso del majestuoso edificio de Farrah, la mayor empresa del sector inmobiliario y de la construcción en Miami. Salgo con las manos en los bolsillos y camino hacia mi despacho, tras haber cerrado otro contrato millonario.

Fui yo quien modernizó esta empresa. La hice ágil, diferente, sin competencia. Eliminé a todos los tiburones que nos rodeaban en el mercado. Y ahora, el objetivo es expandirse por todo el país. ¿Latinoamérica? ¿Por qué no? Sería una jugada arriesgada, lo admito, sobre todo con LEÃO&DOURADO dominándolo todo de México hacia abajo en el mapa.

Pero hay que ser valiente. Sé de lo que soy capaz. Soñar en pequeño o en grande cuesta lo mismo, así que... ¿por qué no convertir a Farrah en algo más grande, más influyente y más poderoso que la legendaria L&D?

Antes de llegar a mi despacho presidencial, Lety, mi secretaria, murmura:

—Su padre ha venido a verle, señor —lo dice sin darle importancia, con la mirada baja mientras ordena unos papeles.

No me da tiempo a responder. Entro en el despacho espacioso y lo veo sentado en mi silla.

—Disfrutando de las vistas, supongo —me desabrocho la chaqueta mientras camino hacia él.

Albert Farrah, mi padre, es muchas cosas. Un hombre sediento de poder, sin duda. Un controlador nato, por supuesto. Y alguien

incapaz de abordar cualquier tema con calma. Es evidente. Siempre va directo al grano.

—¿Cuánto tiempo pensabas que podías ocultármelo? —gruñe.

—¿Ocultarte qué? ¿Que soy más talentoso de lo que pensaba? —Cierro el puño y deslizo los nudillos por la solapa del traje, presumiendo—. ¿O que podría llevar esta empresa familiar a otro nivel? ¡Estamos en expansión, papá! ¡Somos jodidamente el Imperio Romano ahora mismo!

Pero no parece que estemos aquí para hablar de eso, y eso me enfría por dentro. ¿No vamos a celebrar el triunfo?

—Pensé que llegarías a hacerme sentir orgullo, pero...

—¿De qué estás hablando? —Apoyo la mano en la mesa de caoba oscura y lo miro, alarmado.

—¿De verdad creías que podías mentirme? ¿Que podías esconder tus secretitos y seguir mirándome a la cara, día tras día, como si nada? Eres una decepción, Kaleb.

—¿Esto es una broma? —Empiezo a buscar cámaras. Tiene que ser alguna de esas cámaras ocultas. No puede ser real.

—Gracias a Dios tienes un padre que sabe cómo resolver las cosas. Así que está hecho.

—¿Podemos ir al grano?

—¡No puedes ser padre! —estalla de repente, fuera de sí—. Aquí estoy yo, intentando forjar alianzas, prácticamente regalándote a la hija del gobernador... ¡y tú vas y me haces esto! Al menos podrías haberme dado tiempo para encontrarte una mujer adecuada. Hija de político, de alguien que sirviera a nuestra causa.

Me quedo sin palabras. No pensé que podría ocultarlo para siempre, pero... ¿cómo lo ha descubierto?

—Tienes dos opciones. —Vuelve a su estado habitual, se pasa la mano por el pelo, peinándolo hacia atrás, y mira hacia la ventana—. Aborto o destruir la vida de esa desgraciada.

—Papá...

—No hay ningún problema en tener bastardos. ¿De verdad crees que yo no tuve los míos, joder? Todo hombre guarda sus secretos, y

más vale que la mayoría de ellos esté bien enterrada. Mírate, Kaleb. Joven, prometedor, inteligente, con labia. ¡Y encima eres guapo! ¡De buena familia!

—No creo que... —Intento construir un argumento, pero no me deja.

—¿La jodida hija de una profesora, Kaleb? ¿Qué futuro crees que una mujer así puede darte? ¿Vas a construir tu Imperio Romano con qué? ¿Con la plebe? Agua y aceite no se mezclan.

—¿Cómo lo supiste?

—Tengo mis métodos y no pienso dar explicaciones —responde firme—. ¡No me obligues a quitarte todo lo que te he dado! ¡Tú no eres nada sin mí! ¡Eres mi hijo, mi heredero, y te he criado para sentarte en el trono! ¿Y qué haces? Procrear con gentuza. Dios mío... ¿dónde me equivoqué?

—Papá.

—¡No me hables! —ruge—. A menos que ya hayas elegido: aborto o arruinar la vida de esa desgraciada. ¡No voy a tener nietos que no estén a la altura de nuestros estándares, Kaleb! ¡Piénsalo bien! ¡Si hubieras embarazado a la maldita hija del presidente! ¡O del gobernador! ¡O de un multimillonario! ¡Pero no, tenía que ser una profesora de mierda! —vocifera con desprecio.

—¿Es tu palabra final? —Intento controlar la emoción. Soy bueno en eso. Pero no lo suficiente cuando mi padre dice:

—Si eliges mal, dejarás de ser mi hijo. Te lo quitaré todo y destruiré tu vida.

Eso dolió. Más de lo que jamás creí que unas palabras podían doler.

—Tú eres la cara del Imperio, hijo. Tú eres Farrah. Eres el CEO que dirige todo esto y estoy orgulloso de tu trabajo. —Ahora me acaricia con las palabras, pero sé que enseguida vendrá el golpe mortal—. Pero tendrás que elegir entre quedarte con esa mierda de bastardo... o seguir siendo el dueño del Imperio.

Inspira hondo, como si eso pudiera apagar sus gritos, sus acusaciones, sus órdenes dementes y esas palabras que me están

destrozando por dentro.

—Esta es mi última palabra —dice tranquilo, como si todo estuviera en orden ahora.

En este momento

Con los auriculares con cancelación de ruido puestos, Nicolas vuelve a sentirse equilibrado y, casi de inmediato, se abstrae del hecho de que Vincent está allí, de que lo odia con todas sus fuerzas... y odia aún más esa maldita canción. Igual que la mitad de los niños en esa sala.

Ser padre de este pequeñajo ha sido un verdadero reto.

Y no soy de los que huyen ante los desafíos. Me esfuerzo, día tras día, por ser el mejor padre que podría tener.

A los niños como Nicolas les cuesta mucho mostrar interés por algo. No es como cualquier crío que ve un balón o algo brillante y se queda embobado. Él se fascina con cosas muy concretas, igual que todos esos otros niños.

A Nicolas le encantan las hormigas. Tanto como a algunos de sus compañeros les apasiona la tabla periódica, los dinosaurios o los coches en miniatura...

A Vincent, en cambio, le obsesiona esa canción. En concreto. No deja de escucharla. Y eso desespera a todos.

Lo que intentamos hacer los padres de niños así es acercarlos unos a otros, enseñarles desde pequeños que hay otros niños como ellos, para que en el futuro —o en algún momento— puedan desahogarse, ayudarse o sentir algún tipo de empatía por los compañeros.

Nicolas lo consigue. Con algunos. Con Vincent no. A él lo detesta.

—¿Ahora estás mejor, hijo? —me arrodillo a su lado para comprobar que los auriculares estén bien colocados y que todo esté bien.

Nicolas toca el cristal del hormiguero y sigue con la mirada los caminos que hacen las hormigas.

—¿Cariño? —sigo a su lado, observándolo.

Pero Nicolas me ignora. A veces es así, como si yo no existiera.

Al principio pensaba que era porque no le interesaba. Que ni siquiera mi propio hijo se fijaba en mí, que mi presencia le era indiferente...

Nicolas se ha «escapado» de casa más de una vez. No porque sea rebelde, ni porque no se sienta cómodo... simplemente, no sentía que pertenecía.

Y pertenecer es algo importante. Complicado, pero esencial.

Los niños como Nicolas, a veces, disocian por completo las identidades o las jerarquías. Se centran solo en lo que despierta su interés.

Y este niño es mi mayor interés. Siento, muy dentro de mí, que de alguna forma yo le pertenezco.

La casa no sería la misma sin Nicolas. Mi vida no sería la misma sin él. Y yo, tal y como soy ahora, no existiría sin él.

Puede que, para Nicolas, yo no esté aquí. No ahora.

Pero para mí, él siempre estará. Y siempre me entregaré por completo para ser lo mejor que pueda para él. Porque, por desgracia, soy todo lo que tiene. Así que tengo que esforzarme de verdad.

—Sigo aquí —le beso el hombro—. Y cada vez que me necesites, vendré. Resolveremos todo. Absolutamente todo, juntos —no sé cuántas veces se lo he dicho ya, pero vuelvo a repetirlo.

Lo repetiré todas las veces que haga falta, hasta que lo recuerde. O lo aprenda.

Nicolas gira el rostro lentamente hacia mí y parece sorprendido de ver que aún estoy a su lado. El brote de rabia ha pasado, está más tranquilo y puede volver a lo que estaba haciendo.

Y yo estaré con él. Antes del brote, durante el brote, después del brote.

Mientras siga vivo.

—Cariño para ti —dice, pasándome la palma abierta por la nariz un par de veces antes de irse andando a la cocina.

Capítulo 20

Anne Moore

Kaleb baja el volumen de la tele, lo que hace que ese tal Vincent se altere un poco. Entonces desaparece por el pasillo durante unos segundos y regresa con un móvil y unos auriculares. Se los pone al niño y apaga la televisión. El crío sigue mirando la pantalla apagada, pero sigue divirtiéndose.

—Guau —es todo lo que consigo decir cuando Kaleb vuelve a sentarse a mi lado.

—¿Qué pasa? —se ríe.

—Imagino que... todos ellos tienen gustos muy específicos, ¿no? Y a veces eso debe chocar. Como ese niño al que le gusta escuchar Baby Shark.

—Exacto —asiente con una leve sonrisa.

—Perdona si estoy siendo indiscreta o si hago preguntas que no debería, pero... ¿no te agota? Yo ya estaría al borde del colapso, de verdad. Ha sido muy ingenioso ponerle la canción en los auriculares, ¿eso es lo que hiciste, verdad?

Kaleb respira hondo y me mira de esa forma que parece que está observando mi rostro como si fuera una pintura o algo por el estilo.

—Claro que cansa —responde—. Sobre todo después de cincuenta miércoles seguidos con Vincent escuchando su canción favorita durante horas y horas. Pero, ¿sabes qué?

—¿Mmm?

—Yo también tengo mis rarezas. Y tú seguramente tienes las tuyas. Pero Nicolas me enseñó algo valiosísimo. Algo que, si alguna vez me lo enseñaron en la escuela o en otro sitio, no lo valoré como lo valoro ahora.

—¿Y qué te enseñó? —pregunto, incapaz de contener la curiosidad.

—Un momento —pide él—. Vamos a ver si está dispuesto a enseñárnoslo.

Kaleb llama a Nicolas, pero el niño no aparece. Así que se levanta, coge el hormiguero y lo trae hasta la mesa, colocándolo delante de nosotros.

En cuanto lo hace, el pequeño se acerca al instante y se coloca entre los dos, con expresión algo tensa, como si intentara entender por qué su padre ha movido el hormiguero de su sitio habitual.

—Nicolas —le acomoda con cuidado los auriculares, alejándolos un poco—. Cuéntale a papá, ¿por qué te gustan las hormigas?

—¡Pero si ya te lo he dicho! —responde cruzándose de brazos, claramente ofendido.

—Lo sé, lo sé, me lo contaste y me acuerdo de cada palabra que dijiste. —Kaleb sonríe con una dulzura que no le había visto hasta ahora.

Parece que su niño interior está conversando con su hijo. Y eso... eso es fascinante.

—Pero Anne... —Me coge de la mano y me acerca un poco más —. Ella quiere saber por qué te gustan las hormigas. A Anne le encantan las hormigas.

Nicolas se gira hacia mí de golpe.

—¿Te gustan?

—Claro que sí —me agacho para ponerme a su altura. No estoy segura de si tocarlo sería apropiado, así que me limito a regalarle mi mejor sonrisa.

—Las *jomigas* —empieza así, llenándose bien los pulmones, como si tuviera mucho que contarme—. Las *jomigas* viven en colonias, así —hace el gesto de «muchas» con los deditos—. Son fuertes y saben comunicarse sin hacer ruido.

¡Qué niño tan inteligente! Al principio apenas decía monosílabos... ¡y ahora me está dando toda una lección!

—Las *jomigas* son muy fuertes y pueden cargar cosas mucho más pesadas que ellas mismas —abre las dos manos y las extiende hacia los lados—. ¡Y lo más importante! —me señala con el dedo índice.

—Estoy deseando escucharlo —me acerco a él.

—Cuando una *jomiga* encuentra algo que es muy, muy, muuuy pesado de cargar... llama a sus amigas, las *jomigas* de la colonia. Hacen puentes, con sus propios cuerpos. Y se unen para llevar cualquier peso, porque saben que si una *jomiga* no es lo bastante fuerte para aguantarlo... —hace una pausa—. Tiene toda la colonia para ayudarla.

No sé si soy una sensiblera o qué, pero... creo que tengo una lágrima asomando en el ojo.

Me quedo quieta, tal como estoy, mirándolo fijamente, mientras siento cómo una lágrima me recorre la mejilla. Tal vez él no tenga ni idea de lo que acaba de decirme... del significado implícito en esas palabras... es tan valioso que no sé si algún día, en su condición, llegará a comprenderlo del todo.

Nicolas es mucho más inteligente de lo que aparenta. Tal vez más que muchos adultos que he conocido.

Y con esa sencillez suya y ese amor por las hormigas, acaba de darme una lección inmensa.

—A Anne le gustan las *jomigas* —le dice Nicolas a su padre.

Kaleb le da las gracias con ternura y me mira como si alguna vez, en otro momento de su vida, sus ojos hubiesen brillado como los míos ahora. Como si esas lágrimas ya hubieran sido suyas. Y como si la certeza de que ese niño era un pequeño genio —en su forma simple y única de ver el mundo— fuera algo antiguo y verdadero.

—Me has hecho querer mucho más a las hormigas, Nicolas —le digo, con la voz quebrada por la emoción.

Consigo tener su atención durante cinco segundos enteros. No sonríe ni muestra ningún tipo de reacción.

Ve cómo su padre coge el hormiguero para colocarlo de nuevo en su sitio, gira el cuerpo en esa dirección y se aleja con ese andar tan

suyo, tan peculiar, como si no me hubiese dicho nada.

Pero me lo dijo todo.

Capítulo 21

Anne Moore

El cielo de Miami se deshizo en tonos incandescentes y estrellas plateadas, y así, padres e hijos fueron abandonando la mansión de los Petterson, uno a uno. Agradecieron, elogiaron lo enorme y bien cuidado que estaba todo, y uno de los tíos de Nicolas vino a recogerlo.

Me presentaron brevemente a Noah y Enzo Evans, hermanos gemelos y amigos de toda la vida de Kaleb. ¿Strippers? ¿Acompañantes de lujo, tal vez? Por esos cuerpos, no me habría sorprendido.

—Despídete de Anne, hijo. No la volverás a ver hasta dentro de unos días —dijo Kaleb, despeinando con cariño el cabello de su hijo antes de besarle la coronilla.

El niño ni me miró. Estaba completamente absorto con el móvil que uno de los gemelos le había dado.

—¿No se le hace raro estar lejos de ti? —pregunté mientras veíamos cómo se alejaba el coche.

Kaleb metió las manos en los bolsillos y sonrió, caminando de vuelta hacia su casa. Fui tras él.

—No, al que se le hace raro es a mí. A él le encantan los hermanos Evans, y para él ir a Nueva York es como irse de aventura. Su padrino, Ethan, el padre de los gemelos, hace que todas las paredes del edificio se conviertan en un gigantesco terrario de hormigas gracias a unos hologramas. Se vuelve loco. Luego no quiere regresar.

¿Hologramas en las paredes? ¡Vaya! Eso suena a tecnología de otro nivel…

—Ponte cómoda. Yo tengo que recoger todo este desastre —dijo Kaleb, y los dos contemplamos el rastro que había dejado la reunión.

Sí, había mucho por hacer.

—¿Quieres que te ayude? —ofrecí.

—No, tú necesitas concentrarte en la gran semana de la novia. Me da que va a exigir bastante de ti, así que mejor descansa.

—Estoy perfectamente —respondí, encogiéndome de hombros mientras empezaba a recoger los juguetes esparcidos por el suelo—. Kaleb, ¿dónde debería poner...?

¿Dónde se ha metido este hombre?

Miré a mi alrededor, pero no lo vi. Me tomé la libertad de curiosear por la casa y acabé entrando en la biblioteca, un despacho lujosísimo, aunque no me quedé mucho tiempo allí. La sala contigua era la de juegos, así que llevé todo el desorden hasta allí, lo cual me llevó un buen rato.

—¿Kaleb? —salí al pasillo buscándole. Esta casa es enorme, parece un laberinto.

En la planta de arriba, casi al final del pasillo, oí el agua de la ducha. Vaya, parece que se ha ido a bañar para descansar. Bueno, normal.

La decoración de la casa es sencilla pero con un gusto exquisito. Hay varios cuadros con fotos de Nicolas, en la mayoría aparece con su padre. Sosteniéndolo cuando era bebé. Acompañando sus primeros pasos. En una, el niño sonríe sin los dientes de delante mientras Kaleb se parte de risa a su lado. Son recuerdos preciosos para tener expuestos, le dan al pasillo un aire cálido y acogedor.

Entré en la habitación de Nicolas y aluciné con el terrario de hormigas más grande que he visto en mi vida. Y la cama del niño… es literalmente el chasis de un coche del año con un colchón que tiene pinta de ser mejor que los de los hoteles caros.

Este hombre tiene dinero, eso está claro. Debe de ganar muy bien seduciendo mujeres…

Lo dejé todo en su sitio y entré en la habitación de Kaleb. Supe al instante que era la suya: desde la puerta se veía la ventana de mi

dormitorio.

La habitación era tan enorme que probablemente fuera más grande que mi cocina y salón juntos. La cama… madre mía, la cama era un auténtico sueño. No me aguanté: me senté.

¿Sentarme?

Me tumbé directamente. Abrí los brazos como si fuera una mariposa.

Bueno… más bien una polilla, ¿no? Me revolví feliz sobre ese colchón digno de los dioses. Si yo durmiera aquí, nunca me levantaría de mal humor.

Ahora entiendo por qué este buenorro está siempre sonriendo y de buen humor. Si yo durmiera en esta cama, también lo estaría.

Parece un auténtico campeón. Tiene dos estanterías enormes, repletas de medallas y trofeos. Da la impresión de que también fue jugador. Hay de todo: desde premios del instituto y la universidad hasta reconocimientos a nivel económico y empresarial.

Ah… seguro que estudió Finanzas y… espera un momento… ¿¡este tío ha salido en la Forbes!?

Vuelvo corriendo a la cama y me siento al oír el portazo. ¡Mierda! ¡Me van a pillar con las manos en la masa! ¡He invadido la habitación de este hombre, y ahora qué hago?

Cuando Kaleb entra en el dormitorio, lo primero que digo es:

—Puedo explicarlo.

Él cierra la puerta y se gira, algo sorprendido, y en ese movimiento se le cae la toalla azul marino.

Bueno… podría explicarlo… pero creo que ya no hay tiempo.

Kaleb se agacha con toda la calma del mundo, recoge la toalla del suelo y empieza a secarse el pelo. Le da igual estar desnudo. Y sinceramente… si yo tuviera ese cuerpo y ese… madre mía… me falta el aire.

—¿Estás bien? —pregunta. Por mi cara, se nota que no, que no lo estoy.

Me dejo caer de espaldas sobre la cama y cierro los ojos. ¿Es ahora cuando me pongo a cuatro patas, a ocho y hago origami?

Intento incorporarme de golpe, pero acabo dándole un cabezazo.

—¡Ay! —decimos los dos a la vez.

—¿Estás bien? —repite, dando unos pasos hacia la esquina del cuarto, de donde vuelve con dos cubitos de hielo sacados del minibar. Se coloca uno en la frente y me entrega el otro.

—Creo que se me ha bajado la tensión, pero ya estoy mejor —miento descaradamente.

Kaleb está justo delante de mí, prácticamente desnudo, con la toalla colgando apenas de la cadera. Su piel sigue húmeda, y por el olor diría que se ha puesto algún aceite corporal perfumado tras la ducha. Sus músculos están marcados, definidos… y no sé por qué, pero me hacen la boca agua.

¿Será este el momento? ¿Por qué lo deseo tanto y a la vez me da miedo?

Este hombre me revuelve por dentro de una manera que no recuerdo haber sentido antes.

No soy capaz de pensar con claridad, no puedo apartar los ojos de este dios griego… y tampoco consigo hacer lo que creo que quiero. Me da un vuelco el estómago, me siento intimidada. Pero también terriblemente tentada.

—Esto está… un poco frío… —Kaleb se ríe.

Y es entonces cuando me doy cuenta de que estoy pasándole el cubito de hielo por el abdomen… y a punto de subirle hasta los pezones.

—¡Perdón! —casi grito, reprimiendo la risa—. Estaba distraída… —Bajo la mirada, muerta de vergüenza.

Me saca de la cama de un tirón, agarrándome del brazo. Quedo de pie frente a él, su rostro se acerca lentamente y lo único que pienso es en huir. Pero mi cuerpo ya no obedece a mi cerebro y se queda ahí, inmóvil, esperando el ataque.

—Yo también me distraigo a veces —murmura mientras sus manos frías se cierran en mi cintura. Un escalofrío me recorre la espalda.

Aquel contacto es capaz de helarme… y al mismo tiempo, prenderme fuego. Los dedos de Kaleb se clavan en mi piel y me empujan de nuevo hacia la cama.

Ahora sí que caigo sobre el colchón como una mariposa, con las alas abiertas, lista para batirlas.

Él se sube encima de mí, deja caer la toalla, se limpia las manos en las sábanas y, cuando vuelven a tocarme, están a una temperatura agradable. Y lo hacen de un modo delicioso. Y me hacen sentir que quizá, por primera vez en mi vida, estoy en el lugar y en el momento adecuados.

Kaleb me sujeta por la nuca y me mira con calma antes de besarme. Ya me falta el aire antes incluso de que nuestros labios se rocen, y cuando nuestros rostros se acercan, suspiro y lo abrazo.

Esta vez no me aplasta contra la pared, sino contra aquella cama enorme. Siento que podría pasarme días ahí, con ese pedazo de pecado arrancándome la ropa, su piel impregnando la mía, sus manos fuertes apretándome.

Tengo mis inseguridades, lo admito.

¿Huelo bien? ¿Me he depilado como toca? ¿Cuando me vea desnuda seguirá excitado?

No lo sé. Sinceramente, no lo sé, y ahora me asalta la preocupación.

Pero no me siento incómoda. Es imposible estarlo. Kaleb chupa mis labios y nos incorporamos; se sienta en la cama y me obliga a montarlo.

No tenía ropa para una ocasión así… menos mal que lo haremos desnudos.

—Dios, me falta el aire —se me escapa el pensamiento.

—Pues respira —Masajea mis sienes, roza su barba contra mi piel sensible, erizándomela.

Cuanto más avanza este hombre, más me aferro a él.

¿Debería huir? Si tuviera un ápice de sentido común, sí.

Pero soy demasiado lista para dejar escapar esta oportunidad.

—¿O quieres que pare? —murmura ronco, junto a mi oído.

Quiero que pares dentro de mí, precioso.

—Ni se te ocurra —digo, como una dama.

Kaleb me arranca la camisa casi con violencia, y ahora sí que puedo sentir su delicioso aroma impregnándome casi por completo. Su lengua asciende por mi cuello con lentitud, y me estremezco al notar sus besos en mi nuca, sus manos desabrochando mis vaqueros, su cuerpo obligándome a mover las caderas sobre él.

Si hubiera sabido que sería así, habría irrumpido en casa del vecino mucho antes.

—Te quiero. Ahora —dice.

Y eso borra de golpe todas mis inseguridades.

—Yo… yo también te quiero.

¿«Quiero»? No creo que hayan inventado aún la palabra adecuada. Quizá: *«Cariño, por favor, nunca te he pedido nada… ¿podrías darme una baja médica? ¿De treinta días?»*

—Eso está bien —susurra—. Porque ya no puedo contenerme.

—¿Contenerte? —le muerdo el labio.

—Me vuelves loco —dice.

Y la única respuesta posible es:

—No te contengas, Kaleb —pido, y nos miramos durante un segundo eterno—. Acaba conmigo, cariño.

Kaleb desciende por mi cuerpo; su barba me eriza, mi piel reacciona al instante. Me aferro a las sábanas y me retuerzo en pequeños espasmos, mientras la boca carnosa de ese dios me devora los pezones, primero con suavidad, luego lamiéndome de un modo que solo me hace imaginar si demostrará el mismo talento más abajo.

Su barba me excita al descender por mi piel. Al principio es un cóctel de cosquillas y mariposas en el estómago, pero cuando llega a mi pelvis y agarra mis muslos con esa fuerza que tantas veces soñé en mis fantasías más secretas, sé, sin duda, que será mucho mejor de lo que imaginé.

—Vas a volverme loca —dejo escapar el pensamiento, esta vez en un susurro casi inaudible.

¿Volverme? ¡Ya lo ha conseguido!

La lengua de Kaleb desciende hasta llegar a lo prohibido. Contengo la respiración y dejo escapar un gemido al ver cómo besa la parte interna de mis muslos.

Lentamente, Kaleb levanta mis piernas, dejándome alzada, y coloca un cojín bajo mi coxis.

Esta vez no voy a ser la vecina que mira el espectáculo. Voy a ser la protagonista.

—¡Kaleb! —casi grito al sentir su lengua ascender desde el muslo hasta mi coño.

Pensaba que este hombre era un dios besando mis labios. Pero es que no lo había probado en otras partes.

Es sencillamente mágico. No hay comparación posible.

Kaleb los besa con lentitud, sus manos siguen sujetando mis muslos y su lengua es pura hechicería. La mueve con precisión en las zonas más sensibles, frotando en círculos lentos, haciendo que me aferre a las sábanas y suplique por más.

¿Suplique? Mentira, porque ni siquiera puedo abrir la boca para otra cosa que no sean gemidos.

—Eres deliciosa —dice.

Ahora el escalofrío llega de verdad, y me derrito en su boca.

Me besa como si tuviéramos toda la noche, una semana, meses… un año entero para volverme loca de deseo.

Kaleb sabe que no necesita mojarme. Ya lo estaba desde hace rato. Lo que quiere es convertirme en un diluvio. Empaparme.

—Dios santo… del cielo… —murmuro, sin aliento.

—¿Qué pasa? —se ríe.

¡Este cabrón desgraciado! Sabe perfectamente dónde está el clítoris.

Con una mano —los dedos índice y corazón— me abre bien, y con la otra, el pulgar comienza a moverse sutilmente. Su lengua lo acompaña, y la velocidad que lleva es obscenamente perfecta.

Me agarro a la cama. Con fuerza. Quiero quedarme aquí más que nunca.

¡Es la hora de mi show privado! Llevo demasiado esperándolo.

—Eres incluso mejor de lo que esperaba —sus palabras me erizan.

Pero es su lengua en círculos y ese pulgar lo que me hace retorcerme, contener el gemido y la respiración.

Es tan bueno que estoy segura de que no tendré que fingir. Nada.

Y no sé ni cómo se finge, porque acabo de darme cuenta de que he pasado toda la vida haciéndolo.

—No puedes ser real… —murmuro.

Siento sus labios rodear los míos, un lametón cuidadoso para robarme el poco juicio que me quedaba, y luego su lengua regresa a mi cuerpo, subiendo hacia mí. Sus manos me agarran, con fuerza, y siento cómo masajea mis costados hasta llegar a los pechos.

Cuando abro los ojos, ahí está él: sus ojos azules, esa mirada de sinvergüenza que solo empeora… y algo me dice que lo mejor está por llegar.

—Estoy listo para ti. Ahora —enfatiza la palabra.

Cariño, ¿qué más quieres de mí? ¡Ya estoy aquí, tumbada, abierta de piernas, esperando que me arrojes contra la pared y me llames lagartija!

—¿Qué…? —intento hablar, pero no logro pensar.

Hasta que aquel pollón me interrumpe.

Señoras y señores, ya conocemos la lengua de Kaleb. Un besito a cada lado, ha sido un placer. Pero ahora viene lo mejor.

Lo siento en mí. Deslizándose entre mis labios, duro y grueso. Trago saliva y ya me siento desarmada.

—Tranquila, nena. Voy a cuidar de ti.

Vale. Solo porque lo ha dicho así, le dejaré que me destroce. ¿Cómo puede ser tan dulce, tan canalla, tan irresistible… este vecino?

—Ven… ven aquí. —Me toma del mentón con el dedo índice y me obliga a incorporarme.

Me pongo a cuatro patas, cara a cara con esa polla. La gran polla. El glande es ancho y rosado, las venas que lo recorren acaban

de volverme loca. No va a caber en mi boca, pero ¿acaso quiero que quepa?

Ya lo dije: el juicio no es lo mío. Pero las mejores mujeres somos así.

Paso la lengua por el glande y veo cómo se estremece. No hay otra forma de agarrarlo que no sea con las dos manos. Logro meter al menos la cabeza en mi boca, cierro los ojos por puro placer… y por calentura.

Es mejor de lo que esperaba.

Huele bien, está caliente, suave bajo mi lengua y a la vez duro.

A la mierda. Lo quiero ya, no puedo esperar ni un segundo más.

Estoy ardiendo, y si espero un momento más, voy a perder los papeles… más de lo que ya los he perdido.

Kaleb y yo tenemos una sincronía que me asusta. O bien entiende mis ojos, o bien entiende mi cuerpo, porque cuando aparto la boca, él pone el condón, me agarra de la cintura, me atrae hacia su regazo y frota otra vez esa polla contra mí.

Estoy lista. Más que lista, lo deseo.

Y parece que su mirada ha cambiado, más intensa, más devoradora…

Kaleb me atrapa en un beso húmedo y ardiente mientras sus manos me alzan sobre él. Cuando me baja, despacio, siento su polla presionarme hasta que, por fin, llego al paraíso.

Duele más de lo que recordaba.

—Mejorará, te lo prometo —dice, casi telepático este hombre.

Y así me devora, comenzando despacio, con una cadencia que no podría ser más envolvente. Me aferro a sus brazos y siento su glande entrar en mí, palpitar dentro de mí, mientras la magia de sus besos y sus caricias me relajan.

Me tumba en la cama con cuidado, pero nuestros cuerpos no se separan. Me entrego al placer de ese hombre que tanto espié y deseé, sin imaginar que estar en sus brazos sería así de bueno.

Kaleb me envuelve y excita, chupa mis labios mientras me castiga con una palmada, una mezcla intrigante que me deja sedienta de

más.

Abro bien las piernas y le dejo hacerme lo que quiera. Lo cual es peligroso, pero no tengo miedo.

Mi deseo solo crece cuando lo siento sacar su polla por completo de mí y luego presionar mi entrada para volver. ¡Tengo ganas de insultarlo! Porque, al hacerlo, Kaleb avanza un poco más, y debo admitir que ese es mi límite… por ahora.

Su pulgar regresa a mi punto más sensible y lo masajea sin descanso, mientras su polla dura y palpitante entra y sale de mí hasta donde puedo aguantar.

Cada embestida me hace ver estrellas, y esa barba que roza mi vientre, mis pechos y mi nuca despierta sensaciones que nunca antes había sentido.

Tengo sed de beberlo. Y hambre, una hambre voraz, de su cuerpo.

Todo en mí arde, todo en mí es magnético, y estoy, literalmente, a punto de explotar.

La sensación es tan buena que pierdo el hilo de mis pensamientos, y mis manos se pierden en sus hombros musculosos, en ese pecho voluptuoso, en ese abdomen marcado.

Este tío es un espectáculo.

Y por lo visto, yo soy parte del show.

—¿No te vas a correr? —pregunto.

Es raro, porque… lleva así minutos. Y no deja de estar viril, duro, jodidamente irresistible. Dios mío, la forma en que me penetra, con su cuerpo contorsionándose levemente, parece una obra de arte prohibida.

—¿Correrme? —Su rostro se acerca al mío, divertido.

No tengo respuesta. Solo el recuerdo de que todas mis experiencias sexuales habían sido… bastante breves.

—Pero si ni siquiera he empezado todavía, nena.

—¿¡Ni siquiera has empezado!? —suelto, más alto de lo que me gustaría.

Kaleb se ríe y sale de dentro de mí. Me agarra las manos y me atrae contra su pecho, donde me derrito, me froto, me amoldo. Querría quedarme así para siempre.

Es adorable. Adorable… hasta que me da la vuelta y me pone a cuatro patas.

¡Qué tipo insaciable! ¡Y yo pensando que ya habíamos terminado!

Vuelve a penetrarme y noto que estoy aún más mojada. Avanza un poco más que antes y… es delicioso.

Siento mi cuerpo echar humo, mi cabeza parece a punto de salir volando. Otra vez esa presión extraña, algo que me deja flotando, con los pensamientos dispersos, disfrutando del vaivén dentro de mí.

—Me correré cuando tú te corras —me aprieta los pechos y pega su torso a mi espalda.

Es increíble sentirlo así. Sus manos descienden por mi cintura, dejando un rastro que eriza mi piel. Luego vuelve a tocarme levemente en todas mis zonas erógenas, y ya no puedo controlarme.

—¿Correrme? —pregunto.

No recuerdo bien esa parte.

Como dije, siempre fui buena fingiendo orgasmos y…

Mientras Kaleb se vuelve aún más intenso, sus brazos me envuelven, sus dedos pellizcan mis pezones y exploran cada centímetro de mi cuerpo que despierta algo en mí.

Y cuando creo que no…

¡Oh, mierda!

Estoy muerta de vergüenza.

Creo que acabo de hacerme pis encima. Bueno, en realidad, como no llevo ropa… me he meado en la cama de Kaleb.

Su mano debe haber notado el líquido, porque me gira. Cierro los ojos, esperando el regaño. ¿Cómo no lo he contenido? ¿Qué soy? ¿Una niña pequeña que se orina en la cama… ajena?

Pero me sorprende cuando Kaleb me tumba boca arriba.

Se inclina hacia mí y me lame todo el cuerpo, limpiándome, lo que me deja aún más tensa. Y anestesiada, sin duda. Estoy en las nubes.

—¿Todo bien? —pregunta.

No. No lo está. Quiero hacer como un avestruz y esconder la cabeza bajo tierra.

—Estoy genial —digo.

—¿Quieres ducharte conmigo? Quiero enseñarte mi bañera.

—¿Bañera?

—Sí. Es bastante espaciosa. Creo que te gustará —dice.

—Vale…

—Y aún no hemos terminado —susurra en mi oído.

Capítulo 22

Anne Moore

Doy un salto en la cama al ver a Emmanuelle plantada frente a la puerta de mi habitación, con los brazos cruzados.

—¿Despertaste, eh, Bella Durmiente? —dice con sorna.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado? ¿Qué haces tú aquí? —miro a mi alrededor.

¿Y si lo de anoche fue solo un sueño?

—Eso mismo me gustaría saber a mí —Emms saca una lima de uñas y empieza a limarse como si nada—. No vi a qué hora volvió la princesa anoche. ¿Todo bien? ¿Dónde estabas?

—Yo... estuve... —Por lo visto, no fue un sueño. Ni de broma.

¿Dónde están mis malditas excusas médicas?

Intento levantarme, pero me duelen los muslos. Y me siento menos tensa de lo normal. Emmanuelle no oculta la risa y me observa con descaro.

—¡Emms, por Dios! —me tiro sobre ella con cara de horror.

—Habla, amiga. Cuéntamelo todo y no te guardes ni los detalles más turbios —se relame.

—Tía... qué vergüenza...

—¿Qué pasó?

—Emms... —respiro hondo y me tapo la cara—. Creo que me hice pis en la cama de Kaleb.

—¿Cómo que pis, Annelise? —contiene la carcajada.

—No lo sé... él estaba dentro de mí y era como si tuviera mi manual. Me tocaba por todas partes y yo me volvía loca... aguanté hasta donde pude, pero cuando menos lo esperaba... creo que... pasó...

—¿Pero olía?

—No —afirmo. Dios, habría sido aún más humillante si hubiese olido.

—Y dime... ¿salió de golpe, en plan tsunami, o en chorros cortos?

—En chorros —me cubro más la cara, deseando desaparecer.

—Annelise, cariño mío, lo que tuviste fue un squirt. Tuviste un orgasmo —me abraza como si estuviéramos celebrando Navidad.

—¿Qué? ¿Cómo que...? —me cuesta seguirle el ritmo.

—Soltaste chorros de placer, cielo. ¡No era pis!

Dios mío… eso lo explica todo. Sobre todo la carita de pervertido satisfecho que puso Kaleb al ver lo que pasó. Sé que lo vio. Y luego se puso todo mimoso, me trató con una dulzura...

—¡Vamos, tía! Cuéntamelo todo, desde el principio. ¿A qué hora volviste anoche?

—Tarde. Creo que sobre las tres de la mañana.

—¿Las tres?

—Las tres. De la mañana.

—Ahora dame una buena noticia, Annelise. Haz que me sienta orgullosa de ti.

—Estaba con el vecino —lo suelto así, sin anestesia, y la veo dar una vuelta sobre sí misma, abrir los brazos y la boca como si hubiera visto un milagro.

—¿¡No me jodas!? —ironiza Emms.

—Sí.

—¿Y qué? No me decepciones, Annelise. ¡Veinticinco años esperando esto, tía, hazme sentir orgullosa!

—Nos acostamos —confieso.

La loca suelta un grito y empieza a zapatear el suelo como si fuera una niña pequeña.

—Espera —se lleva la mano al pecho y respira hondo.

Un segundo de silencio. Pura tensión narrativa.

—¿Fue bueno? —pregunta.

La pregunta del millón.

—Las cuatro veces.

—¿Las… qué? —tiene que hacer una pausa. De verdad. Se le salen los ojos de las órbitas mientras escudriña mi cuerpo, me levanta el pijama y se pone a mirar las marcas de mordiscos, azotes y apretones que todavía siguen ahí—. Amiga... te voy a llevar a comisaría a hacerte un parte por agresión. ¿¡Pero qué te ha hecho!?

—Eso fue el paraíso —confieso, sin vergüenza alguna.

—¿Y al menos aguantó? ¿O es de los que se vienen en un suspiro? Ay, tía, no me digas que fueron tres minutitos... —busca algún defecto, pobre, debe de estar verde de envidia.

—¿Y yo qué cara tengo, Emmanuelle? ¿Cara de que me puse a cronometrar el polvo? ¿De qué tengo cara, eh? ¿De protagonista de novela erótica con regla en la lengua que ve la herramienta del tío y dice: «dieciocho centímetros»? Pues no. No cronometré nada. Pero, ya que preguntas... veinticuatro.

—Annelise... —dice horrorizada. Esta payasa no da crédito.

—Solo sé que cuando entré en su habitación, era al atardecer. Y cuando salimos de la ducha, después de que me... ya sabes, en la bañera... ya era medianoche.

—Annelise, por favor... —se tapa la boca como si le faltara el aire.

—No me arrepiento de nada. Solo de no poder caminar bien. ¿Tú crees que, después de tanto tiempo sin... ya sabes... me volví virgen otra vez?

—Solo si hablamos de virginidad mental, ¿no? —me suelta un manotazo—. ¡Tía, estoy feliz por ti! ¡El vecino es un partidazo!

—Lo sé —corro la cortina para ver si lo pillo por ahí, dando vueltas por esa habitación de ensueño, pero ni rastro.

—Hablando de partidazos... creo que deberías bajar —me lanza una sonrisa malvada.

—¿Qué pasa? ¿Está aquí Samuel?

—¡Por encima de mi cadáver! —frunce la nariz—. Tía, ponte algo y baja. En serio.

—¿Qué ha pasado? —empiezo a ponerme nerviosa.

—Haz lo que te digo —me suelta, con los ojos bien abiertos, imperativa.

Me arreglo un poco el pelo y voy al baño para hacer mi higiene matinal. Me visto con ropa cómoda, de estar por casa. No tengo cabeza para ponerme ropa de oficina hoy.

Al bajar…

¿Eh? ¿Seguro que bajé al sitio correcto? ¿Esta es mi casa?

Hay un montón de gente aquí. No, espera. No es solo un montón de gente. Hay maniquíes, percheros llenos de ropa, cajas enormes y pequeñas, un biombo en la esquina del salón y Luna, con cara de pánico, intentando organizar a la gente y decirles dónde ponerse. No hay espacio suficiente para todo eso y todos esos.

—Ha despertado —anuncia Emmanuelle.

¿Qué está pasando, por el amor de Dios?

—¿Qué es todo esto? —pregunto.

—Yo también me lo sigo preguntando, pero por si acaso... acéptalo, tonta —me dice.

—¿Aceptar qué, loca? —miro alrededor—. ¿Qué demonios es todo esto? —repito, ya en pánico.

—Bueno, creo que alguien te ha conseguido un ángel de la guarda —dice Luna mientras me coge la mano. Al entrar al salón, veo cajas de marcas carísimas, de esas que una solo ve en revistas.

Ahora va en serio: ¿qué es todo esto? Y si es una cámara oculta, me voy a cabrear muchísimo.

—¿Quiénes sois? —pregunto, abarcando a todo ese gentío.

—¡Diseñadores, por supuesto! —responde el calvo de gafas redondas, cruzando los brazos—. ¡Venga ya! ¡No tenemos todo el día! ¡Hay que tomarte las medidas!

—¿Pero de dónde habéis salido?

—¿De Prada?! —salta una rubia con cara de modelo de pasarela, ofendidísima.

—¿Gucci? —escucho otra voz—. ¿Armani? ¿Givenchy? ¿Chanel? —cada uno va diciendo como si fuera su nombre.

—¿Qué clase de broma es esta?

—Vamos, cielo, no tenemos todo el día. Tienes una semana de bodas por delante y necesitamos que tu vestuario esté perfecto —

dice el hombre de traje de cuadros y gafas redondas acercándose a mí.

—Pero... yo no soy la que se va a casar... —observo todo a mi alrededor, en estado de shock.

Definitivamente, no tengo cómo pagar nada de esto. Ni aunque trabajase toda mi vida y luego reencarnara, y reencarnara otras siete veces más solo para limpiar el karma y los intereses de estas prendas de alta gama.

—Pero tú eres la que va a destruir la boda —dice, ajustándose las gafas—. Jimmy, por cierto.

—Annelise —estoy tan aturdida que le doy mi nombre—. Pero nadie me llama así... Solo... Anne.

—Perfecto, Anne —Jimmy sonríe—. Tenemos que tomarte las medidas para ajustar la ropa. Luego revisa los bolsos, a ver si alguno te gusta. Son lo mejor de la última y nueva colección. Incluso hay piezas que todavía no han salido a la venta, unos tacones exclusivos que puede que ni siquiera lleguen a las tiendas este año... —empieza a hablar sin parar, y yo me mareo aún más.

¿Será que anoche me emborraché y me di la gran vida creyendo que era rica?

No parece mi estilo.

—Señor... yo no puedo pagar esto —le digo, angustiada.

—Menos mal que ya está todo pagado —responde con una voz tan suave que parece flotar.

—¿Pero por quién?

¿Habría sido Samuel? No tiene ningún sentido...

—¿Estamos en la dirección correcta? —pregunta con cara de vinagre la que parece salida de una portada de Vogue.

—Anne Moore, número... sí, es aquí —confirma Jimmy.

—Vale, pero ¿quién pagó todo esto?

—Kaleb Petterson… —Jimmy parpadea lentamente—. Por supuesto.

Por un segundo, juraría haber visto al desgraciado por la ventana de la cocina.

Salgo de casa dejando un rastro de fuego detrás de mí y voy directa a la mansión del vecino buenorro. Sí, ese mismo. El que me ofreció un show privado anoche y me dejó así, en este estado, que ni para una patada voladora sirvo. Pero quería. Quería aplicarle una llave de pierna al muy cabrón.

¿Esto es una broma o qué?

Le doy un golpe bien fuerte a la puerta. O la abre, o la echo abajo.

En el segundo intento, justo cuando voy a golpear con más fuerza, la puerta se abre. Y, claro, yo pierdo el equilibrio, le meto un puñetazo en plena zona abdominal y casi me caigo. Kaleb me sujeta, pero se lleva el golpe.

—Guau, lo siento, no era mi intención —intento masajearle donde le di.

Bueno... en realidad sí lo era. Hasta la mitad del camino, al menos. Luego pensé: ¿será que la mejor forma de agradecerle a alguien por regalarte un arsenal de lujo es meterle un puñetazo? Y aquí estamos.

Y este cabrón está increíblemente guapo. Lleva una camisa blanca de manga larga que resalta *todo* en su cuerpo grande y... jugoso. Espera. ¿He dicho jugoso?

¿Qué coño me pasa?

Y esos pantalones azul marino, zapatos italianos carísimos y un cinturón que seguramente vale más que la mitad de mi armario. El reloj del que presume... bueno, costará unos diez años de mi salario. Así, en plan humilde.

—Guau.

—¿Qué pasa? —se lleva una mano al abdomen y con la otra me aparta un poco.

—Kaleb Petterson, ¿me puedes explicar qué es todo esto? —cojo el bolso con la otra mano y casi se lo estampo en la cara.

—Es un Prada —se aparta justo a tiempo, y eso me da risa.

—Perdona, no es que quiera golpearte, es que estoy... un poco alterada.

—¿Un poco?

—Kaleb, ¿qué significa todo esto? —cierro la puerta y lo empujo dentro de su propia casa.

—Ah... ¿ya llegaron? —alza una ceja—. ¿Te despertaron? Les pedí que no te molestaran, pero...

—¡Contéstame! ¿Qué es todo eso?

Kaleb respira hondo y me mira directamente a los ojos. Apoya ambas manos en mis hombros. ¿Este es el momento en que me sacude como hace Emmanuelle y me pide que deje de estar loca?

—Tú quieres llamar la atención de tu ex. Y yo voy a enseñarte, paso a paso, cómo destrozar el corazón de un hombre. Así que aprovecha, bebé.

—Tú... —respondo de forma automática, irritada. Pero luego proceso lo que ha dicho—. Espera... ¿Has hecho esto por mí? ¿Para mi loca idea de fastidiar a mi ex?

—Eso parece —asiente con tranquilidad.

—Pero... ¿cómo vas a pagar todo esto? Kaleb, ¿tú sabes cuánto cuesta este bolso? —tiro del objeto con tanta fuerza que casi le doy en la cara otra vez.

—En realidad, sí lo sé —se aparta, me lo quita de las manos y no me lo devuelve hasta que se me pase el shock.

—Este bolso... solo este maldito bolso debe de costar, no sé... ¿más de lo que gano en un año?

—Vaya —suspira—. ¿Ganas tan mal?

—¡Idiota! —le doy un manotazo en el hombro—. ¿Cómo piensas pagar todo esto?

Kaleb parece estar disfrutando con mi cara, el muy cabrón. Este cretino delicioso y cremoso. Jugoso. Crujiente. Me dan ganas de morderle el hombro como hice anoche. Lo sé. Soy muy carnívora. Mis antepasadas no perfeccionaron la lanza y el arco para cazar cualquier tipo de carne. Solo la de primera calidad.

Kaleb me coge de la mano y me lleva hacia el interior de su casa. Me hace sentarme en el sofá y él se acomoda en el sillón de enfrente.

—Anne...

—Dios mío. Este es el momento —se me eriza toda la piel.

—¿Qué momento? —pregunta, confundido.

—Ese. Ya sabes cuál.

Kaleb arquea una ceja y yo le señalo con el dedo índice.

—Lo sé. Sé lo que eres —me tapo la boca.

—Pues sí… yo...

—No. Tienes que decir: «Dilo. Dilo en voz alta».

—Espera, espera, esto me suena raro. No sé de qué estamos hablando —se rasca la punta de la nariz.

—Tú eres un... *vampiro* —abro los ojos como platos.

Kaleb mira a su alrededor, en completo silencio. Luego vuelve a mirarme, absolutamente intrigado. Se queda callado un rato y yo espero. Espero que me diga la verdad.

—Perdón, es que siempre quise ser *Bella Swan...*

—Soy multimillonario —dice él.

Hostia. ¡Era más fácil que fuera un vampiro! ¿Cómo?

—¿Qué?

—Sí. Muchos ceros delante de un número en mi cuenta bancaria. Eso es. Ese es mi secreto. ¡Tachán! —abre las manos al decirlo, con una sonrisa de «¡sorpresa!».

Y sí, estoy sorprendida. De verdad. Así que esto es otra peli. Una con esposas, un cuarto rojo y un CEO con traumas.

—Madre mía... tienes gustos peculiares... —me tapo la boca.

—Vale, volvamos a la conversación real, porque me estás liando mucho. No entiendo de qué estás hablando.

—¿En realidad te llamas *Christian*?

—Kaleb —responde—. Petterson.

—Vale —intento seguir el hilo, pero cuesta—. Espera, ¿ganaste mil millones de dólares siendo stripper? Entonces sí que merece la pena vender el cuerpo.

Ahora sí que me mira de verdad. Kaleb cruza las piernas, junta las manos sobre el regazo y me examina de arriba abajo.

—No tienes ni idea de quién soy —levanta una ceja.

—Kaleb Petterson —respondo. ¿O no? ¿Y si en realidad se llama Christian?

—Un momento, ¿has dicho que soy qué?

—Stripper. Acompañante de lujo... ya sabes, chico de... ¿no? ¿¡NO!?

Estoy flipando, planchada, colgada en una percha, descolgada, usada y tirada al cesto de la ropa sucia. El mundo ha girado tantas veces que creo que mi parada pasó y yo no me bajé del autobús. ¿Qué está pasando? No, en serio. Esa es la gran pregunta existencial: ¿qué está pasando?

—¿Qué te hace pensar que soy stripper?

—Tu cuerpo. Delicioso, por cierto —no puedo evitar decirlo, con una sonrisa que me enciende las mejillas.

—Qué va, la que está rica eres tú, bebé —me guiña un ojo.

—Pero... ¿entonces no eres? ¿O sí? Porque si lo eres... igual estoy en el sector equivocado —empiezo a rascarme la barbilla—. Y eso que a mí no me daban ni gratis... —murmuro para mí misma, pensativa.

—No soy stripper. Ni acompañante. Ni gigoló —lo dice tan serio que o está ocultando una doble vida... o de verdad no lo es.

¿Que no lo es?

—¿Entonces qué eres? —pregunto, con cierto miedo.

¿Y si secuestra gente y vende órganos? Dios mío, eso explicaría la bañera gigante. ¿Y si es uno de los peces gordos del narcotráfico en Miami? ¿Aún estoy a tiempo de llamar a la policía?

—Soy inversor.

Vaya. Qué decepción.

—Fui CEO de una gran empresa, pero tuve diferencias con el dueño. Así que decidí usar mi dinero para invertir en empresas, proyectos, personas... y los ceros en la cuenta no han dejado de crecer. Eso es todo.

Vale. Confirmado: es *Christian Grey.*

Capítulo 23

Anne Moore

Me levanto de golpe y empiezo a registrar la casa, esta vez con furia y más concentración. Al principio, Kaleb se queda quieto, con ese aire suyo medio indiferente, pero no tarda en seguir mis pasos.

—¿Qué pasa? —pregunta detrás de mí.

—¿Dónde está? —le devuelvo, mientras voy abriendo puertas.

—¿Dónde está qué, Anne? —responde, desconcertado.

—¡Tu cuarto rojo! ¿Dónde lo escondes? —sigo buscando, decidida.

Kaleb me agarra del brazo y no necesita hacer mucho esfuerzo para acercarme a su cuerpo. Me sostiene la mirada, lentamente, y levanta las cejas.

Ahora sí. Va a confesar. Estoy preparada. Este es *mi momento*.

—¿Qué demonios es un cuarto rojo? —frunce el ceño.

—Vale... —respiro, aunque sigo sospechando que hay algo raro, porque definitivamente hay piezas que no encajan. Pero quizás no sea que él es Grey. Qué pena. —Perdón... no he amanecido muy centrada hoy, eso es todo.

—¿Solo eso?

—¿Pero qué historia es esta? ¿Cómo que no eres stripper, Kaleb?

¿Y cómo se le ocurre engañarme así? Aunque, pensándolo bien... no dijo nada. Fui yo la que imaginó todo. ¡Aun así! Debería haber leído mi mente y corregirme. En fin... ahora voy a quedar como la loca por haber sacado conclusiones basadas en las apariencias.

¡Él también tiene culpa! ¿Quién manda traer a tanta mujer a casa y montarles ese show privado espectacular?

Cruzo los brazos, resoplo como un dragón furioso y vuelvo a la sala, donde me dejo caer en el sofá.

—Vale. Empecemos desde el principio. Creo que me perdí.

—De acuerdo. ¿Qué quieres saber?

—¿Cómo que eres rico? ¿No vivías en una casa de alquiler? —me quedo boquiabierta, mirando a mi alrededor.

—No —responde con una naturalidad pasmosa, sin siquiera parpadear.

—Vaya… entonces sí que tienes dinero de verdad —valoro, evaluando cada rincón.

—Soy dueño de todas las casas de este vecindario. Bueno, no de todas, en realidad hay una o dos que no son mías. Mi abuela me dejó ese pequeño regalo.

¿Pequeño? ¿Regalo? ¿Su abuela? ¿O sea que ni siquiera ha tenido que gastar su propio dinero para conseguir todo esto?

—Espera... ¿eres el dueño de la casa en la que yo vivo? —pregunto.

Él asiente y apenas logra contener la risa cuando abro los ojos como platos y me lanzo encima de él.

—Vale, ¿podemos hablar del alquiler? —me aprovecho al instante. Porque tonta no soy. Solo tengo cara de.

—Lo pensaré —pone morritos y cruza las piernas—. ¿Qué más quieres saber?

—¿Por qué?

—¿Por qué qué?

—Eso mismo —parpadeo lentamente—. ¿Por qué?

—¿Has desayunado hoy? —Kaleb se acerca y examina mi cara.

—No, disculpe usted, señor multimillonario, no tuve tiempo, mi casa fue invadida por un montón de gente pija y *fashion* con bolsos, ropa y zapatos.

Kaleb se ríe. ¿Qué le hace tanta gracia, pedazo de bestia?

—¿No dijiste que te encantaba «Pretty Woman», Anne?

Un momento. ¿Me ha escuchado de verdad? ¿Y se acuerda de lo que hablamos? Vale, ahora sí que me has pillado por sorpresa. Kaleb

tiene muchas cualidades, pero ser atento... eso sí que no me lo esperaba.

—Pero... ¿no se suponía que yo tenía que ir a las tiendas? —hago un puchero.

—Soy lo bastante rico como para traerte las tiendas a casa. Pero si tienes muchas ganas de ir a los sitios más caros a comprarte lo que quieras...

Le señalo con el dedo.

—Eso. —Clavo el índice—. ¿Por qué? ¿Por qué me estás dando todo esto? ¿Por qué quieres llevarme a las tiendas más caras a comprar lo que se me antoje, Kaleb?

No sé si me va a gustar la respuesta. Tal vez sea demasiado fría. O quizás Kaleb se burle de mí. Hasta cierro los ojos para prepararme para el golpe.

—Porque tú eres mi «Mujer bonita».

Sentí el impacto de esa frase en todo el cuerpo. Y al notar su mano cálida y suave sobre la mía, abro bien los ojos y entro en estado de alerta.

¿He aterrizado en otra dimensión? Me gustaría informar a todos los involucrados que no pienso regresar, ¿eh?

—Y porque, obviamente, me da placer ayudarte. Creo que ya lo dije.

—Creo —lo miro, con desconfianza.

—Muy bien. Ahora vuelve a casa porque tienen que tomarte las medidas para ajustar toda la ropa.

—Tú quieres que yo esté guapa en la boda de Samuel, ¿no? —pienso en voz alta.

—Yo no quiero que estés guapa, bebé. Tú *eres* guapa. Eres deslumbrante. Lo que quiero es que estés lista para destrozarle el corazón. Para tener a ese hombre en tus manos. Para que se arrepienta de haberse metido contigo. Y para eso, tenemos que admitir que Samuel es un tipo que vive de apariencias.

Cierto. Acaba de resumir al tipo en un solo tuit. Me gusta.

—Y vamos a construir a tu alrededor la imagen de la mujer perfecta que él perdió. No es que necesites gran cosa, pero te faltaban las prendas de lujo, los bolsos de marca, los tacones, y por supuesto, las joyas... y el móvil del año.

—No he recibido ningún móvil.

—Quería dártelo en persona —camina hasta el lado del hormiguero y vuelve con una caja—. Sorpresa.

—Me das miedo.

—Soy el tipo de hombre que mueve cielo y tierra para conseguir lo que quiere. Y esta vez... lo voy a hacer por ti.

¿Pero por qué, Dios mío? ¿Por qué yo?

No es que me esté quejando. Gracias por los diamantes, Kaleb. Gracias por los bolsos; voy a sentirme odiosa con ellos. Ahora la gente va a discutir con mi Prada y no conmigo. Pero... ¿por qué... *yo*?

—Vale. Necesito tiempo para digerir todo esto.

—Una vez más, el tiempo no está de tu parte. Creo que empiezas a trabajar la misma semana de la boda... ¿Pasado mañana?

—Pasado mañana —repito en voz alta, y me pierdo en mis pensamientos.

Dios... ¡el tiempo ha volado!

—Así que más vale que asimiles todo esto cuanto antes. Y prepárate para ser lanzada al mundo de los ricos de Miami, porque yo voy a enseñarte, paso a paso, cómo romperle el corazón a Samuel. Y para eso... vas a tener que pegar un buen salto en la vida.

—¿Qué quieres decir?

—Es un mundo de apariencias, Anne. Un mundo de contactos, de fotos, de estar presente en los lugares más lujosos y exclusivos.

—No tengo dinero, ni perfil, ni ropa para ese tipo de eventos.

Kaleb levanta una ceja, muy arriba.

—Por eso te regalé un armario nuevo. Y tranquila, señorita Moore. A partir de hoy, yo soy tu tarjeta de crédito. El dinero no será un problema. Y sobre el perfil... ya me encargo yo.

Me quedo quieta mirándolo. Kaleb ladea la cabeza y me examina. Nota que no me muevo ni un milímetro y vuelve a fruncir el ceño.

—¿Todo bien por ahí? —pregunta.

—Creo que sí —parpadeo, despacio—, pero sigues dándome un poco de miedo.

—Qué bien que estemos en el mismo equipo, entonces.

Capítulo 24

Kaleb Petterson

Acompaño a Anne hasta su casa para asegurarme de que llegue sana y salva.

Parece estar en las nubes, perdida en sus propios pensamientos, y teniendo en cuenta que la primera vez que estuvo aquí no vio la valla, tropezó y se cayó, lo mejor será evitar nuevos bochornos.

Me pregunto si hice bien al contarle que soy rico, pero creo que eso puede evitar que investigue demasiado sobre mi pasado y descubra que, en realidad, soy un Farrah.

Sigo sorprendido de que aún no lo haya descubierto. Sabrina y yo no somos idénticos, pero tenemos parecidos bastante evidentes.

La diferencia entre el Kaleb del pasado y el de ahora está, sin duda, en la barba, el pelo algo más largo y el cuerpo mejor cuidado. Y claro, las líneas de expresión en el rostro, fruto de tantas preocupaciones con Nicolas.

—Ha sido un placer verte tan temprano. El día ha empezado bien hoy —comento.

Anne me mira como si quisiera matarme.

—¿No quieres pasar?

—No quiero interrumpirte. ¡Que te diviertas!

—Ni hablar. Vas a entrar, sí o sí. ¡No pienso dejar que hagas lo que hiciste y luego te vayas riéndote de mí desde tu mansión! —me agarra del brazo con ambas manos e intenta empujarme dentro de la casa.

Pero la que acaba perdiendo el equilibrio y lanzándose hacia dentro es ella. Yo, por mi parte, no me muevo ni un centímetro.

—Primero tú —le arreglo la postura cuando se recompone y entro detrás.

La cortesía ante todo, por supuesto.

—Te vas a sentir como en casa, claro —murmura entre dientes—. Porque la casa es tuya.

—No veo por qué no habría de sentirme bien en un lugar donde estás tú —le respondo, mirándola fijamente a los ojos.

Sí, definitivamente quiere matarme. Se le nota en la mirada, que echa fuego.

Espero que algún día pueda entenderme. Mi intención ha sido la mejor. Y sí, podría haber hecho todo esto sin que supiera que fui yo.

Podría haber inventado un nombre del pasado, decir que era un admirador secreto dispuesto a colmarla de regalos... o, en el peor de los casos, dejarla pensar que el mismísimo Samuel le había comprado todo aquello.

Habría sido divertido. Cuando se reencontraran, la confusión sería inevitable...

Pero de verdad quiero ayudarla. Y más que eso, necesito preparar a Anne para enfrentarse a ese mundo desconocido en el que cree que puede meterse.

No, no puede. No sin disfrazarse. No sin ponerse la máscara y la piel de quienes habitan ese mundo. Porque, de lo contrario, otros tiburones la arrastrarán lejos de su objetivo.

—Hola, vecino —una rubia se me acerca.

Le doy la mano y le beso la mejilla. Parece simpática. Y no para de sacudir las tetas. Encantador.

—Kaleb, ellas son Emmanuelle —Anne presenta a sus amigas, la rubia, que se acerca bastante a mí—. Y esta es Luna —una morena preciosa.

—Un placer conocerlas. Soy Kaleb —me presento.

—Sabemos perfectamente quién eres, vecino. Hemos visto todos tus shows.

—¿Shows? —alzo una ceja.

¿En qué me he convertido ahora, en una estrella de Netflix? ¿He salido en alguna peli y no me acuerdo? ¿Estoy en la tele?

Las tres se intercambian risitas y yo las miro, sin entender nada. Primero sale Luna, luego Emmanuelle, aunque no me quita los ojos de encima mientras se aleja. Y me quedo a solas con Anne.

—Vaya, este salón es realmente pequeño —comento, evaluando el poco espacio que queda libre.

¿O habré exagerado y comprado demasiadas cosas?

No. Es el salón, que es enano.

—Y se vuelve aún más pequeño con todos esos percheros, cajas y maniquíes —gruñe Anne.

—Necesito conseguiros una casa más grande —digo, sacando el móvil del bolsillo para avisar a Jacob.

—¡No! —gritan las tres al unísono. Y por primera vez en mi vida, doy un paso atrás, abro los ojos y tardo un poco en recuperarme del susto.

—Nos gusta este lugar... —dice Luna.

—Y las vistas son tan bonitas... —Emmanuelle se pone a jugar con su pelo.

—Y es lo que podemos permitirnos.

—¿Cinco años de alquiler gratis en un sitio más adecuado no sería mejor? —miro a mi alrededor.

¿Cómo demonios viven aquí? Ni siquiera recordaba que la antigua casa de mis abuelos era tan pequeña. Por eso construyeron la de al lado, para que fuese más espaciosa, para acoger a hijos, nietos... y hasta bisnietos, quién sabe.

—¿De qué está hablando el bombón de nuestro vecino, Anne? —pregunta Emmanuelle, acercándose de nuevo a ella.

—Es el dueño de esta casa —murmura Anne.

—¿¡Qué!?

—De todo el vecindario. Es rico. Podrido de rico. Inversor, por lo que me dijo. Fue CEO de una de las mayores empresas de Miami. Y sus abuelos le dejaron casi todo el barrio... —lo dice con un tono casi amargo, lo cual me preocupa.

—Vale —Emmanuelle respira hondo—. Annelise, tú vienes conmigo —la agarra del brazo; parece ser su forma habitual de comunicarse—. ¡Reunión de chicas, ahora! —grita.

Luna corre tras ella.

—Con permiso, señor vecino sexy y multimillonario —se despide Emmanuelle y desaparece escaleras arriba con las dos.

Cuando me doy cuenta, veo a uno de los tipos que contraté exclusivamente para ajustar la ropa de Anne. El mejor sastre de Miami.

—Pensé que te pedí traerlo *todo*. Esto no llena ni un cuarto —cruzo los brazos.

—Todo está en el camión, señor. Ellas no permitieron que metiéramos más que esto —se justifica.

No me gustan las excusas. Me gustan los resultados.

—Llévate el resto a mi mansión —le lanzo las llaves.

—Sí, señor —responde, pero no se mueve.

Creo que no ha entendido lo que quiero...

—*Ahora* —le gruño al oído.

Anne Moore

—¡No me llames Annelise delante de él! —me suelto del agarre de Emmanuelle.

—¿Cómo que es dueño de todo el barrio? ¡Este tipo entonces es *muy* rico! —dice Luna, desesperada.

—Y tú queriéndole ofrecer diez mil dólares por pasar una semana con él... —Emmanuelle suelta con desprecio.

—¡Yo no sabía que era tan rico! —respondo, con cara de escándalo.

—Tías, ¿en serio ese tío es nuestro vecino? ¿Cómo no lo vi antes? —Luna se arregla el pelo.

—Porque vivimos para el trabajo y solo venimos a casa para dormir —respondo, con una ligera sensación de déjà vu—. ¿Y por qué me has arrastrado aquí?

—Amiga, haz cuentas —me dice Emmanuelle.

—Emms, yo no soy de números, ni de letras. Yo soy de comida, cariño. ¿Cuentas de qué?

—¿El tío es un dios griego, te llevó al cielo, es dueño de medio barrio y encima multimillonario? ¿Amiga? ¿No te das cuenta?

—¿De qué tengo que darme cuenta?

—No me lo creo. ¿Todavía está pensando en Samuel a estas alturas del partido? —dice Luna.

—¿Y qué pasa? ¡Precisamente por eso Kaleb me está ayudando! ¡Para volver loco a mi ex desgraciado! ¿Qué hay de malo en eso?

—No sé tú —Emms le coge la mano a Luna—, pero yo ya habría cerrado ese capítulo y me habría quedado con el vecino.

—¿Pero eso era una opción? Yo pensaba que *ese* era el único propósito de la vida —añade Luna—. Nacer, crecer, encontrar a un multimillonario buenorro y hacerse cirugía para tener diecinueve años para siempre.

—Chicas, ya lo dije. Kaleb solo quiere ayudarme. Y lo que tenemos él y yo es solo... un teatrillo. Todo esto forma parte del

show.

—Joder, pues yo también quiero bolsos de cien mil pavos por un teatrillo —murmura Luna.

—Si tú no te quedas con ese hombre, Annelise, me lo quedo yo —Emmanuelle lo asegura con una seguridad que me deja pasmada.

—Vale, ya tuvimos esta conversación. Luego será todo tuyo.

—Esta chica tiene que estar de coña —Luna niega con la cabeza y baja las escaleras.

—Tú no eres ni de números, ni de letras, ni de comida, Annelise. Eres de gilipolleces —es lo que suelta Emmanuelle.

Capítulo 25

Anne Moore

Vuelvo al salón con Emmanuelle y Luna.

Kaleb sigue allí, con una mirada nostálgica, observando un rincón de la cocina. Carraspeo para llamar su atención y, cuando se acerca a mí, digo lo que debería haber dicho desde el principio:

—Gracias.

—Dímelo poniéndote esa ropa. Son prendas bonitas, sí. Pero en ti... van a ser deslumbrantes.

¿Deslumbrantes? Alzo una ceja lo más alto que puedo.

—¿Y vas a quedarte aquí mirándome mientras me cambio?

—Ah, ya que insistes... pues sí —responde divertido, y pasa junto a mí—. No es que no te haya visto ya sin ropa —susurra al oído—. Si sin ropa eres inolvidable, con esas prendas podrías pasar a la historia. —Me lanza un guiño.

No sin antes pulsar algo en el móvil y hacer sonar «*Pretty Woman*».

Este Kaleb está completamente loco, incluso más que yo.

Bueno... ¿por dónde empiezo?

Cojo varias piezas y me meto detrás del biombo para cambiarme. Primero pruebo con un vestido blanco y un sombrero a juego. La *fashionista* con cara de vinagre me coloca unas gafas de sol y me pide que me ponga unos tacones que, honestamente, van a matarme. ¡Voy a andar como un pato con esto!

—¿Estás cómoda? —pregunta Kaleb.

¿Alguna vez este hombre ha intentado andar con tacones?

—No —respondo, intentando mantenerme en pie con esas armas torturando mis dedos y dejándome más desequilibrada de lo

habitual.

Estoy acostumbrada a ser inestable de la cabeza, no de los pies.

—Vamos a encontrar un estilo que te resulte cómodo —asegura, e indica a la chica que traiga otros zapatos.

Pruebo tres pares más y mi desesperación va en aumento. Entonces aparece Kaleb, después de revolver entre varias cajas, y me obliga a sentarme en el sofá. Me calza él mismo el zapato perfecto.

Este es. Cómodo. Bonito. Justo lo que necesitaba.

Me levanto. Puedo andar. Lo cual, seamos sinceras, es toda una victoria. ¿Quién diría que una mujer adulta sería capaz de caminar con un tacón relativamente alto?

—Siguiente conjunto —dice él, levantando el pulgar.

Emmanuelle y Luna empiezan a probarme abrigos y joyas mientras yo me concentro en colocar este sujetador rarísimo.

Suelto un grito cuando Kaleb asoma la cabeza por detrás del biombo. Estoy toda despeinada, parezco una contorsionista intentando ponerme esta cosa.

—Han llegado las chicas de peluquería y maquillaje —anuncia.

—¡Estoy desnuda! —gruño, indignada.

—Sí. Y nunca has estado tan guapa —dice mientras me da una palmada en el culo y desaparece.

—¿Cómo que «han llegado las chicas de peluquería y maquillaje»? —grito.

Y allá vamos. En mi casa ya no cabe ni un alfiler, así que tuve que venir a la mansión de Kaleb, donde su biblioteca se ha convertido prácticamente en un salón de belleza de lujo.

—Eres exageradamente extraño.

—¿Y qué gracia tiene tener dinero si no puedes exagerar un poco? —pasa las páginas de Bukowski mientras camina en círculos.

—¿Cómo sueles maquillarte, Anne? —pregunta la chica que va a encargarse de mi piel.

—Soy un desastre con eso. Solo sé ponerme pintalabios y tapar las ojeras.

—¿Alguna preferencia sobre qué hacer con tu rostro?

—No sé, hazme irreconocible, odio mi cara. Ponme cara de payasa, métele mucho color, seguro que me queda genial —me río por puro nerviosismo.

—Algo suave, destacando los ojos. Son preciosos —Kaleb asoma su cara justo delante de la mía, en ese espacio tan estrecho que puedo sentir su respiración.

Delicioso.

—¿Tengo los ojos bonitos? —murmuro.

—Por suerte, tienes mucho más que eso —ya ha vuelto a su lectura y sigue dando vueltas por la sala.

El pelo es, como era de esperarse, la parte más complicada.

Me cuesta mucho hacer grandes cambios. Me siento segura con lo que conozco. Lo desconocido me intimida demasiado. Tardo en abandonar costumbres, gustos... y jamás me deshago de ropa. Debo tener cosas de la universidad aún...

Y hablando de ropa...

—¿Qué voy a hacer con toda esa ropa? No tengo espacio —llamo a Kaleb.

—Cómprate un armario más grande. ¿Has pensado en tener un vestidor?

Claro. El señor ricachón tiene una solución para todo.

—La casa donde vivo no tiene espacio para eso —cruzo los brazos.

—Puedo prepararte un vestidor aquí, en la mansión —responde con una facilidad que me da rabia.

—¿Siempre eres así de práctico? Porque tengo la impresión de que para ti nada es imposible y siempre consigues lo que quieres —resoplo.

Me sobresalto al ver sus ojos azules tan cerca de los míos, fijos, sin parpadear.

—Sí, siempre soy práctico. Nada es imposible para mí. Y tengo absolutamente todo lo que quiero —responde con firmeza, y luego

se aparta—. A veces... no todo... —murmura, pero lo oigo perfectamente.

¿Eh? ¿Y qué puede ser tan difícil para el señor millonario?

—Listo —dice la chica, terminando el cambio de look en mi pelo. Y no me dejó ver nada.

Estoy lista.

Lista para sufrir un síncope.

Capítulo 26

Kaleb Petterson

Invité a Anne, Emmanuelle y Luna a la *Night Light*, la discoteca más exclusiva de Miami, donde solo acuden los herederos de las élites locales y nacionales. Todas estaban especialmente guapas, pero Anne... Anne estaba de infarto. En cuanto bajó de la limusina, todas las miradas se clavaron en ella.

—No camines como si tuvieras miedo —aconsejo.

—Si tú llevaras estos tacones, también caminarías así —responde con brusquedad.

Está a la defensiva desde esta mañana. Por su desgracia, no me intimidan las mujeres peligrosas ni esquivas. Al contrario. Son mis favoritas.

—Tienes que caminar como si guardases un secreto —insisto.

—Mi secreto es que tengo miedo de caerme —responde justo antes de perder el equilibrio.

La sujeto de inmediato, sin dejar que se haga daño. Levanta el rostro lentamente, intentando no mirar a la gente en la entrada del club. Quizás le da vergüenza.

—Espero que tengas buena memoria, porque no lo repetiré —me coloco delante de ella, tapándola de los demás, y la ayudo a recomponerse hasta que vuelve a estar perfecta.

—¿Todo bien? ¿Por qué seguís aquí? —pregunta Emmanuelle.

—Ya vamos. Solo decid en la puerta que venís con Kaleb Petterson, os dejarán pasar —les guiño un ojo y ambas se encaminan hacia la entrada del club.

—Estoy atenta —dice Anne, aferrando el bolso.

—Primer secreto: quien no es visto, no es recordado. Estás aquí para que todos te miren. No tengas miedo de eso. Camina despacio y nunca apartes la mirada —pongo mi mano en su cintura y la giro suavemente para que vea a toda la gente observándonos—. Te sientes insegura, todo el mundo se siente así, pero no dejes que lo noten. Si quieres que se acuerden de ti, causa una impresión inolvidable. En este mundo no se sobrevive siendo una más. ¿A qué te dedicas?

—Ya lo sabes, Kaleb. Soy Chef en Sweet Show —responde.

—Aburrido —hago el sonido de una bocina—. Diriges un equipo que se encarga de ofrecer a la gente la mejor experiencia gastronómica de sus vidas.

—¿Como una CEO de la cocina?

—Me gusta, pero podemos mejorarlo —saco el móvil del bolsillo y la atraigo hacia mí.

—¡Eh! Que me desmontas —ríe.

—Confía en mí.

La rodeo con mis brazos, apoyo su cabeza en mi pecho y capturo el momento con una foto.

—Listo —le envío la imagen—. Ahora solo tienes que subirla.

—¿Subirla?

—Sí, subirla. A cualquier red social.

Sigo caminando, pero a los dos pasos noto que no me sigue.

—¿Qué pasa?

—No tengo redes sociales —dice.

—¿Perdona? ¿En pleno siglo XXI y no tienes redes sociales?

—No. ¿Algún problema?

—Ninguno... en el siglo XIV —respondo—. Si quieres ser vista, necesitas ponerte en el escaparate. Pero no te quedes mucho tiempo ahí. Solo entra para actualizar con fotos y tus logros. Las redes están diseñadas para drenarte la cordura, hacerte sentir inferior, provocar ansiedad, depresión... y recordarte cada día lo mediocre que es tu vida comparada con la de los demás.

—Por eso mismo no tengo —responde.

Pero ya he tenido suficientes conversaciones con Anne para saber cuándo miente o me oculta algo.

—Por eso mismo necesitas tener una. ¿Esperas atormentar a tu ex solo cuando te vea en persona? Anne, vas a hacer que ese tío revise tu perfil veinticuatro horas al día. Lo vas a volver loco incluso sin estar delante. Harás que piense en ti, que se pregunte en qué fiesta estás, con quién... y a qué destino viajarás después.

Sus ojos brillan. Parece que, por su ex, está dispuesta a hacer lo que sea.

—Pero Samuel no tiene redes sociales, me juró que...

La dejo hablando sola, abro una red social cualquiera y le muestro el perfil de él.

—Pensé que ya había quedado claro que era un mentiroso —comento.

—¡Ese bastardo, hijo de la gran puta! —grita, llamando la atención de todos los que están en la entrada del club.

—Así ni yo voy a poder hacer que te dejen entrar, bebé.

—¡No me lo puedo creer! Me convenció de que lo mejor para los dos era no tener ese tipo de cosas, que estaba demasiado ocupado y que...

Y aunque me encanta oírla hablar —porque todo en su boca suena interesante—, no estoy dispuesto a escuchar más monólogos.

—Véngate. Ahora. Crea un perfil, sube tu mejor foto y vamos a hacer magia.

Anne está tan furiosa que no tarda ni cinco minutos.

—Vale. ¿Y ahora?

—Ven conmigo —le cojo la mano y entramos juntos al club.

La música es buena y hay distintos ambientes. Llevo a Anne a la zona VIP, donde solo entra la verdadera élite social.

Entre todas las mujeres allí, veo a tres hombres. Uno no cumple los estándares, el otro está coqueteando con la hija de un político importante y el tercero está con los brazos cruzados, cara de pocos amigos.

Vale, lo tengo.

—Chicos —los saludo al llegar, y por sus caras parece que han visto a un muerto.

—¡Kaleb! —exclaman los tres.

—Voy a necesitarte a ti —señalo al que flirtea—. Y a ti también —miro al de cara de malo.

Se acercan a mí y yo pongo los ojos en blanco cuando empiezan a preguntarme dónde me había metido. Me metí en tantos sitios que sería más fácil que me preguntaran dónde no me metí.

—Sonríe —le digo a Anne.

Ella sonríe, un poco asustada, pero sonríe. Y se ve aún más guapa.

—Cuando me enteré de que Annelise estaba aquí hoy —la señalo —, tuve que venir. No todos los días te cruzas con una de las herederas petroleras más influyentes del país, tío.

Fue vista. Y de una forma inolvidable.

El que estaba coqueteando segundos atrás ya le pasa el brazo por los hombros y el otro también se acerca. Depredadores activados. Y lo único que Anne necesita hacer para triunfar en esa foto es... sonreír.

La atraigo suavemente con la mano, alejándola de los dos.

—Quizá más tarde, chicos. Yo invito la primera ronda.

—¡Yo pago las tres siguientes! —ríe el flirtero.

—¡Y yo las próximas treinta! —el otro lanza su apuesta.

Perfecto.

—El segundo secreto es: siempre hay alguien mejor que tú. Lo que significa, primero: no entres en pánico; no te compares con los demás; no midas tu vida con la de otros —le explico con calma—. Pero también significa que hay tíos más guapos, más ricos y más interesantes que Samuel —le muestro la foto.

—¡Dios mío! ¡Mira mi cara! ¡Parezco a punto de tener un orgasmo! —se tapa la boca con la mano.

—Lo cual es perfecto —concluyo—. Los hombres son competitivos. Así que mostrar que tienes opciones mejores y ser escurridiza va a volverlo loco por ti. Cuando sienta que no puede

tenerte, se despertará en él un interés extraño por conquistarte. O mejor dicho, reconquistarte.

—Entiendes mucho sobre los hombres —ella se rasca la barbilla.

—Solo hay una cosa peor que un hombre, bebé. —Le aparto la mano del rostro y comienzo a caminar con ella por la pista de baile.

—¿Qué cosa?

Paso la mano por mi propio cuerpo, señalándome.

—Otro hombre.

Anne se ríe e intenta moverse al ritmo de la música, y yo me mantengo atento para que no resbale, tropiece ni se caia.

—¿Y qué significa ser escurridiza? —pregunta, cerca de mi oído, porque aquí la música está más alta.

—Tercer secreto: déjalo confundido. No intentes explicarte, no le cuentes nada, deja que él mismo cree sus teorías locas sobre la nueva Anne. Si no necesita descifrarte, no va a gastar tiempo pensando en ti cuando no te vea. Y si no piensa en ti, pensará en otras.

—¿Y qué tendría que descifrar? —pregunta.

—¿Por qué te cambiaste el peinado? ¿Por qué esa ropa nueva? ¿Por qué te hiciste una red social? ¿Por qué no responde mis mensajes? ¿Por qué de repente está diferente conmigo? ¿Qué hace aquí? —le lanzo.

La mirada de Anne me dice que ha entendido.

—Déjalo descubrirlo solo —le guiño—. Cuanto más tiempo pase pensando en ti, mejor. La ciencia funciona así: las personas se esfuerzan por resolver una incógnita, algo que aún no ha sido respondido. Las respuestas llenan vacíos. Así que si quieres a ese hombre, haz que sea tu científico. Que te estudie. Que intente descubrirte y llenar sus propios vacíos.

Ella asiente con la cabeza.

—¿Cómo puede ser tierna y luego tan atrevida? ¿Por qué se rió con ese tipo? ¿Por qué está en línea y no me responde?

Anne lo ha entendido. Perfecto.

—Cuarto secreto: tiene que desear más, así que entrégate poco a poco.

—¿Qué significa eso?

—Quien quiere, lo quiere todo —respondo.

—Estoy de acuerdo —se acerca un poco más para oírme mejor.

—Pero tienes que hacer que su cerebro se enganche a ti como una droga. Y tú vales demasiado, tu valor no se puede pagar, ni siquiera por un gran inversor.

Ella se ríe. Esta maldita vecina sexy y descarada que no sale de mi cabeza.

—No te saltes pasos. Hazlo todo poco a poco, valorando cada pequeña conquista que consigas. Cuando él desee más que un beso, lo habrás logrado. Querrá más. Y si quiere más, tendrá que avanzar más casillas en este tablero para poder conquistarte.

—Vale. ¿Y qué más? —pregunta.

—Esos son los secretos.

—¿Los secretos de qué? —pregunta.

Pensé que no lo preguntaría.

—De cómo conquistar y destruir el corazón de un hombre —respondo.

Le tomo ambas manos, la acerco bien a mí y acerco los labios a su oído:

—Pero el secreto más importante de todos, y que solo sirve para ti, es: tienes que aprender a levantarte de la mesa cuando el amor ya no está siendo servido —parafraseo a Nina Simone.

—¿Y eso qué quiere decir? —pregunta.

—Que cuando la música se detiene... la fiesta se acaba.

Capítulo 27

Anne Moore

El DJ alza la voz por encima de la música para anunciar: «Lo que pasa en la *Night Light*, se queda en la *Night Light*». Y su frase es respondida con un coro entusiasta, botellas alzadas y una energía casi desbordante.

Los ricachones de Miami no son tan distintos del resto. Solo hacen sus locuras entre ellos, pero al final, beben, pelean, y algunos ni siquiera consiguen mantenerse en pie de lo drogados que están.

Tres tíos levantan a una chica y hacen que el champán resbale por su cuerpo, mientras varios otros se acercan para beber cada gota de su piel.

Ahora este mundo me parece algo vacío de toda esa supuesta grandeza. No es que yo sea la persona más espiritual del planeta, pero puedo notar cierto desespero en destacar a toda costa, una necesidad casi patológica de llamar la atención. Cuando no están peleando, están rompiendo cosas. Y si no, compiten por mujeres.

No era exactamente esta la imagen que yo tenía sobre la élite de Miami.

—¿Te estás divirtiendo? —pregunta Kaleb.

—Quería que la música parase —me acerco a él, segura de que, mientras lo tenga cerca, nada malo me va a pasar.

—Creo que no entendiste el truco —suspira—. Tú puedes decidir cuándo acaba la música. No tienes que quedarte aquí si no te apetece. Diría que... ya tenemos material de sobra. —Se ríe.

—Samuel se va a poner como una fiera cuando vea mi perfil.

—¿Solo como una fiera? Venga ya, quiero que le dé un infarto. —Kaleb suelta una carcajada—. Mira a tu alrededor —me pide.

Obedezco al instante y vuelvo a escanear el lugar.

—Elige a un tío, el que sea —dice.

—¿Para qué? —Me pego más a él para evitar que alguien me empuje, y me rodea con los brazos de una forma que cambia completamente los suspiros a nuestro alrededor. Es como si mi piel reconociese su contacto de inmediato.

—Para besarlo. Quiero una foto tuya besando a alguien. Vamos a subirla.

Intento mirar alrededor unos segundos más, pero siendo sincera... Todos esos hombres son guapos, sin duda. Y ricos, eso también. Pero Kaleb tiene algo distinto. Un brillo diferente.

—Eres el hombre más interesante de este sitio —digo con frialdad, sin querer inflar demasiado su ego.

—Pues vaya ruina de sitio. —Se pasa la mano por el pelo y mira distraído a su alrededor—. Si yo soy lo mejor que hay... joder. —Se ríe.

—Eres mi novio de mentira. El chico que voy a llevar a la boda. Si se supone que debo besar a alguien, ese alguien deberías ser tú, ¿no?

—Currículum —murmura, como distraído—. Son nuevas figuritas en tu álbum. Creo que deberías probar con otros. Por si acaso... hay que aprovechar el momento.

—Estás diciendo gilipolleces, Kaleb —cruzo los brazos.

—¿Eh?

—¿Estás nervioso? —le provoco—. ¿Te pongo nervioso?

Kaleb suelta un resoplido como si intentara reírse, luego pone las manos en la cintura y me mira con una seriedad extraña.

—No.

—¿No qué?

—No estoy nervioso.

—Vamos, Kaleb, admítelo. ¿Hace cuánto que una mujer no te pone nervioso? —Paso los dedos por su mano y voy subiendo por su brazo como si lo escalara.

—Estamos en la fase de hacer fotos, ¿recuerdas? Mostrar, aparentar. Si nos besamos, ¿quién nos va a sacar la foto? —Se encoge de hombros.

Eso tiene solución.

Le doy unos toques a la primera chica que pasa. Ella enseguida se lanza hacia mí como si fuera lo que más deseaba en la noche, y yo solo intento frenarla antes de que me dé un cabezazo.

—¿Puedes hacernos una foto?

Está claro que se decepciona un poco, pero coge mi móvil.

Vuelvo con Kaleb y levanto el rostro para mirarlo directamente.

—Es ahora o nunca —le lanzo.

—Salgo fatal en las fotos —se excusa, a la desesperada.

—Vi un montón de fotos tuyas con Nicolas colgadas por tu casa. Salías guapísimo. Seguro que alguien inventó la cámara solo para registrar a un Kaleb como tú, porque si tenemos que confiar en la memoria... —Me detengo, dejando de reír de golpe.

¿Qué coño estoy diciendo? Sabía que no debía beber.

—¿La vais a sacar o no? —pregunta la chica.

—Sí —respondo, pisando fuerte el suelo.

—No, yo... no quiero hacer la foto.

La chica me devuelve el móvil, pero no se marcha. Se queda mirando a Kaleb tanto rato que hasta yo me incomodo.

—Es mío —le suelto, volviendo a pegarme a él.

—¿«Es mío»? —repite divertido.

—¿Qué te pasa? ¿No quieres besarme o simplemente no quieres la foto?

—La foto —dice, parpadeando.

¿Así que quiere besarme? Esto se pone interesante.

Me coloco bien cerca de Kaleb y mantengo la mirada fija en él, justo como él hace conmigo. Normalmente, me pongo nerviosa y sin aire. Vamos a ver cómo lo maneja él.

Bueno... tal vez funcionaría mejor si yo fuera más alta. Lo único que siento es que mañana tendré tortícolis.

Entonces él baja la cabeza y empieza a mirarme con esa intensidad feroz, esa mirada que atraviesa. Cuando lo hace... es imposible no caer.

Claro que también ayuda medir casi dos metros...

—Estaba pensando... —intento sacar un tema para no sentirme tan incómoda—. Me estás ayudando bastante con eso de jugar con la cabeza de Samuel. Incluso diría que... estás más involucrado que yo.

—¿Sí? —se ríe.

Este cabrón solo sabe hacer eso.

Y cuando se ríe, enseñando esos colmillos afilados y las malditas hoyuelitas en la cara, casi olvido lo que iba a decir.

—Todo el mundo quiere que le supere y que encuentre a alguien mejor...

—No sería una mala idea.

—Pero tú quieres ayudarme. ¿Por qué?

—Porque creo en tus ganas. —Suspira y pone las manos sobre mis hombros—. Y si es lo que realmente quieres, si sientes que te hará feliz... te voy a ayudar.

—¿Entonces, al final, lo único que quieres es verme feliz?

—Si arruinarle la vida a ese tío es lo que te hará feliz, yo me apunto. Me preguntas todo el tiempo por qué. Y yo solo puedo pensar: ¿por qué no?

—Creo que te gusta ser mi novio de mentira, Kaleb Petterson.

Ahora sí. Ahora ha mostrado justo lo que yo buscaba. Sus ojos se desconectan de los míos por una fracción de segundo, demasiado rápido para que cualquiera lo note. Pero yo lo veo. Las murallas se están cayendo. Le gusta. Sé que le gusta. No hay otra explicación.

Pero ¿por qué? Un tipo como él podría estar con cualquier mujer de aquí, con las herederas de Miami, y sin embargo...

—¿De mentira? —Sus manos se aferran más a mis hombros.

—Todo se acaba la semana que viene —le provoco—. Y quizá... quién sabe... vuelva a Nueva York. Creo que Miami ya me ha dado todo lo que tenía que darme.

—No existes —Kaleb niega con la cabeza, sin creérselo.

Me apoyo contra la pared, y no solo sus ojos, sino todo su cuerpo me sigue.

Voy a intentar escapar entre sus dedos... A ver si todos esos secretos que me contó tienen algún efecto real o si solo eran frases bonitas para impresionarme.

Cuanto más me alejo, más se acerca. Me acorrala contra la pared y ya no puedo ni contener la risa. Es como si hubiera algo magnético entre nosotros, atrayéndolo hacia mí.

—¿A dónde crees que vas?

—Me entraron ganas de buscar a alguien para besar y sacarme una foto. ¿No era eso lo que querías?

—Sí.

—¿El beso o la foto? —Levanto una ceja.

—Eres imposible.

—No pasa nada, ya encontraré a alguien que quiera las dos cosas.

No necesito decir más.

Kaleb me agarra por la nuca y me atrae hacia su cuerpo. Me envuelven sus brazos y me invade una sensación que no había tenido nunca antes.

A pesar del ruido, del ritmo de la música, del calor de los cuerpos danzando alrededor, siento como si el cuerpo de Kaleb vibrara contra el mío. Está ardiendo, pero lo más impactante es que casi puedo oír sus latidos corriendo por sus venas.

El rastro de su mano y sus dedos sobre mi cuerpo me calientan aún más. Estoy embriagada por su olor, por su boca, por su lengua que recorre lentamente mis labios hasta encontrarse con la mía. Esa sensación es deliciosa... y debo admitir que lo es aún más allá abajo.

Si intento alejarme...

Ya no puedo. Ya no hay forma de resistirme.

Su cuerpo prácticamente me inmoviliza, y sus manos me obligan a quedarme en este presente que es una maldita tentación.

Hasta la música de fondo se desvanece…

Pero la fiesta no termina.

Nosotros encontramos nuestra forma de sentirnos sin necesidad de ruidos de fondo.

Nuestros cuerpos se buscan solos, se encuentran, y aunque haya algún tropiezo —porque soy torpe— o nos tambaleemos, él nos mantiene justo donde estamos. En este ahora que es solo nuestro.

Y todo gira a nuestro alrededor.

Flash.

Kaleb se aparta un poco y entrecierra los ojos. Yo compruebo si la foto ha salido bien. Ha salido perfecta. Voy a guardar este recuerdo con muchísimo cariño.

—¿Me estás... utilizando? —se pasa la mano por el pelo y sonríe con esa cara de canalla.

Kaleb puede ser malo. Pero yo puedo ser peor, si quiero. Y vaya si quiero.

—Puedes apostar que sí. —Le doy un beso rápido y salgo corriendo a buscar a mis amigas.

Kaleb Petterson

Anne Moore es la mezcla perfecta de todo lo que me irrita.

Puede ser disimulada, hacerme perder el control y, encima, largarse como si nada, dejándome con dudas.

Joder, ¡yo nunca tengo dudas!

Y es precisamente esa mezcla la que me cabrea, la que me intriga.

No consigo enfadarme con ella. Solo estiro el cuello para ver adónde va, si está bien. Y enseguida se junta con Emmanuelle y Luna, les muestra algo en el móvil... debe de ser la foto.

Me paso la mano por la cara y respiro hondo. Intento concentrarme.

No puede ser que me esté sintiendo así.

¿Por qué no puedo simplemente cabrearme e irme? La música prácticamente ha parado... Debería aprovechar y marcharme...

Pero no puedo. Algo dentro de mí me dice que tengo que quedarme. ¿Pero por qué?

—No, no me equivoqué —oigo una voz femenina, aunque no consigo apartar la vista de Anne—. Eres tú... Kaleb Farrah.

Al escuchar eso, busco de inmediato quién lo ha dicho.

—Tsk.

—¿Tsk? —Se aparta el pelo del rostro con un movimiento rápido —. ¿Mi presencia no te alegra?

—Gabriela —es lo único que soy capaz de decir.

—Oh, se acuerda de mi nombre... después de cinco años.

—Todo el mundo conoce a la hija del gobernador. —Si tuviera un vaso en la mano, este sería el momento perfecto para levantarlo. Y largarme.

Y eso hice.

—Espera un momento. —Me alcanza y se planta delante de mí—. No sabía que habías vuelto. ¿Has regresado por la boda de tu

hermana?

Si tengo la opción de quedarme callado, la aprovecho.

—Entonces nos veremos mucho esta semana —pasa la mano por mi brazo—. Sabrina me ha invitado, por supuesto. ¡Va a ser una semana intensa!

Asiento con la cabeza para no dejarla sin respuesta.

—Tenemos que recuperar el tiempo perdido, Kaleb. Hace tanto que no te veo... Seguro que tienes mil historias interesantes que contar...

...y personas más interesantes que quieran escucharlas, obviamente.

—¿Sabes que mi padre pasa directamente del cargo de gobernador a la Casa Blanca, verdad?

Aferrándose al poder del padre.

Me encantaría, de corazón, tener algo más que decir sobre Gabriela Weiss. Pero ¿qué se puede decir? Aparte del poder y la influencia de su padre... de las escapadas de su madre... de los hermanos delincuentes y drogadictos... y de ese pésimo hábito de vivir del mérito ajeno...

Pues eso es todo lo que puedo decir sobre Gabriela.

La mujer con la que mi padre quería casarme. La razón por la que me desheredó.

—Estás muy callado hoy. ¿Jugando a ser el misterioso? ¿Tan impactado estás de verme? Lo sé, Kaleb, lo sé, estos ojos verdes no se encuentran todos los días. —Vuelve a lanzarse el pelo hacia atrás.

Al menos se apoya en algo que es suyo. Técnicamente heredado por ADN, pero bueno... cuenta.

—Eso me gusta de ti. Siempre tan reservado, tan enigmático. Nunca dices nada, te ríes de mis ocurrencias... ¿Por qué sigues sin aceptar que somos la pareja perfecta?

¡Ah! ¡Otro chiste!

Es buena. Debería trabajar en un circo, lo petaría.

—Tienes una sonrisa preciosa —añade.

Siempre creí que no tenía sentimientos. O algo parecido. Hasta que conocí a la madre de Nicolas. Era sencilla, pero auténtica. Tan auténtica que me hacía sentir como si yo fuese el que vivía a la sombra del éxito de su padre.

Y entonces vuelve Gabriela... y lo que sentía por ella antes es lo mismo que siento ahora: nada.

Y aun así, dentro de mí permanece una sensación que ya conozco. Pero esta vez es distinta. Todo en Anne me intriga. Y eso, por ahora, es todo lo que necesito. No quiero pedir más.

Mentira.

Quiero más. Quiero mucho más. Lo quiero todo.

Hasta que no quede nada dentro de mí.

Con una sonrisa cordial, me doy la vuelta y me marcho en busca de Anne. Este encuentro inesperado ha sido... productivo.

Una pena que Gabriela haya formado parte de él.

—¡Yo también me alegro de verte! —grita a mis espaldas.

Capítulo 28

Anne Moore

Emmanuelle y Luna no querían irse. Estaban conociendo a dos tíos guapísimos y me pidieron que esperara. Y yo sabía perfectamente que esa espera iba a durar... hasta que saliera el sol.

Terminé chocándome con Kaleb sin querer.

—¿Qué cara es esa? —preguntamos los dos a la vez—. Nada —respondimos al unísono.

—Me duelen los pies —comento.

—Entonces quítate los tacones —dice él.

Es tan práctico que a veces me pregunto si ha vivido algún drama en su vida. Lo resuelve todo con una simplicidad desconcertante.

—Y estoy cansada. Ya nos sacamos las fotos, ya hicimos todo el trabajo que podíamos hacer aquí. Me quiero ir.

—¿Ya?

—¿Tú también? ¿Qué pasa, has conocido a alguien y ahora quieres quedarte? —Cruzo los brazos.

Kaleb mantiene su mirada enigmática. Ahora se está escondiendo tras ese silencio. Me observa fijo, sin pestañear.

—Ven conmigo —me tiende la mano.

Ni pregunto a dónde vamos. Solo la tomo y lo sigo.

Salimos de la *Night Light* y tengo que decirlo: el aire aquí fuera es totalmente distinto. Vale, allá dentro respirar costaba mil dólares. Pero aquí fuera... respirar no tiene precio.

Siento la brisa entre el pelo y, siguiendo el consejo de Kaleb, me quito los tacones. Él también se descalza y lanza los zapatos detrás de un árbol.

—¿Eres lo bastante rico como para comprarte otro par, o simplemente te da igual tirarlo todo? —pregunto.

—Un poco de las dos cosas —responde, mientras se agacha delante de mí.

—¿Y eso?

—Súbete.

—¿A tu espalda?

—¡Vamos! ¡No tenemos toda la madrugada! —gruñe.

Vale, ya que insiste... me subo a este pura sangre, paso los brazos por su cuello, las piernas por su cintura, y Kaleb da media vuelta y empieza a correr como si yo no pesara absolutamente nada.

Cruzamos la calle entre coches que pitan como locos y frenan tan fuerte que parece que van a arrancar el asfalto. Y todo eso me mantiene alerta y... entretenida. Este tío está un poco loco. Y eso me encanta.

—¿Adónde vamos? —grito, intentando ganarle al viento.

Pero no necesito que me conteste.

Apenas cruzamos una parte de la calle y llegamos a una acera, lo veo. No solo lo veo. Lo escucho. Y hasta lo huelo.

—¿Estamos en la playa? ¿Eso es el mar? —señalo.

Kaleb mira al lado por donde vienen los coches, pero no sé para qué lo hace, porque vuelve a correr sin más y yo me aferro a él con todas mis fuerzas.

No tengo palabras para describir lo que siento al ver la playa tan de cerca. En fotos y vídeos no me causó ni una fracción del impacto que estoy sintiendo ahora.

En la arena, un grupo de personas se reúne alrededor de una hoguera, tocando canciones y comiendo cosas dulces. No muy lejos, hay otro grupo.

Kaleb me baja al llegar por fin a la arena, y un escalofrío me sube por los pies.

—No sabía que la arena podía estar tan fría —doy un brinco directo a sus brazos.

Kaleb es de ese tipo de hombre que no aparta la mirada. Así que, cuando me lanzo sobre él, volvemos a estar en esa distancia incómoda —o no tan incómoda— en la que sentimos la respiración del otro.

—Sabes que está caliente por el sol, ¿no? —Se ríe.

—¡Claro que lo sé! —le doy un manotazo en el hombro—. Es... irrealmente bonito.

—Te dije que te traería a la playa. —Se desabrocha toda la camisa blanca de manga larga y me tiende la mano—. Ven conmigo.

No tengo otra opción que seguirlo. El cansancio parece haberse evaporado. Es como si esa discoteca hubiese estado drenando mis fuerzas poco a poco. Y con solo estar aquí, a solas con Kaleb, me siento renovada.

Debo confesar que tengo bastante frío con las ráfagas de aire repentinas y tampoco voy vestida para esta ocasión. Pero hay momentos, como ver el mar por primera vez, que merecen romper cualquier regla.

—Solo ten cuidado con los tiburones —dice.

Suelto su mano de inmediato y empiezo a retroceder.

—¡Eh! —Kaleb corre hacia mí y me levanta del suelo.

—¿Vas a ofrecerme como comida a los tiburones, es eso? —No oculto el pánico.

—Tranquila. Confía en mí.

Unos pasos más y el sonido de las olas en movimiento se convierte en mi sonido favorito de este lugar. Kaleb me deja en el suelo y siento el agua fresca, algo fría, en los pies. Me aferro a su cuerpo cálido y levanto la vista al cielo.

La visión de las estrellas y la luna desde aquí es completamente distinta. El mar parece un segundo cielo, y el vaivén del agua es hipnótico. Es precioso.

—Haz una foto —sugiere él.

¿Pero sabes qué?

—No.

—¿No? —ríe, intrigado.

—Creo que este es uno de esos momentos que quiero guardar solo para mí —pienso en voz alta—. Tenía tantas ganas de conocer la playa... —miro alrededor—. Y ni siquiera una foto podría capturar lo que estoy sintiendo ahora. Prefiero confiar en mi memoria.

Kaleb me mira como si, de entre todas las cosas que podría haber dicho en ese instante, esa fuera la única correcta.

Cierro los ojos para disfrutar del sonido. La mezcla entre el silencio del cielo y el rugido suave del oleaje es excitante. Y aunque al principio un escalofrío me recorra el cuerpo y empiece a castañetear los dientes por el frío, eso desaparece cuando Kaleb se coloca frente a la corriente de aire y reduce el impacto del viento.

—¿Una hormiguita ayuda a la otra? —pregunto, con los ojos aún cerrados, dejándome llevar por la sensación.

Sé que debería mirar a mi alrededor, buscar conchas o algo que llevarme a casa. Pero la sensación de quedarme quieta, simplemente escuchando la naturaleza de este lugar, ya me parece suficiente. Nunca había sentido algo así, es casi liberador.

—Por eso viven en colonia —responde Kaleb.

—¿Echas de menos a Nicolas?

—Por supuesto. Durante mucho tiempo fuimos solo él y yo... —respira hondo—. Y muchas veces sentí que éramos casi una misma cosa. No me malinterpretes, me encanta descubrir quién soy sin tener a Nicolas siempre cerca. Pero al mismo tiempo, cada vez que no estoy con él, siento que me falta algo esencial.

—Qué bonito.

—El amor también es un poco de ausencia. —Abro los ojos y lo veo con los brazos cruzados, mirando al horizonte—. Nunca sabes si estás realmente saciado hasta que pasas hambre. Igual que no valoras la felicidad si nunca has estado triste. Hay una simetría en el universo y en la naturaleza... algo impar, envolvente, que nos hace sentir de verdad una emoción solo cuando hemos conocido la contraria.

En ese instante de silencio en el que decido no decir nada, Kaleb gira el rostro hacia mí.

—¿Ha sonado muy enrevesado?

No. En realidad, ha sido clarísimo.

Kaleb y su hijo Nicolas me han enseñado dos cosas valiosas cuando menos lo esperaba.

Así es la vida: estudias, aprendes, intentas comprender el mundo... y aun así, te mueres sin saber nada.

Todavía queda tanto por explorar. Tanto por descubrir. Y yo, que durante años me empeñé en que me vieran como alguien que lo tenía todo bajo control, acabo de entender que sigo siendo una simple aprendiz.

Y esa sensación es liberadora.

—¿Te apetece un baño? —pregunto.

—¿Y los tiburones? —bromea Kaleb.

Él respeta mis tiempos. No me presiona. Me deja aprender sola para que pueda mostrarle que soy capaz de tomar la iniciativa.

Hasta ahora no lo había visto. O tal vez no quería aceptarlo... pero estoy enamorada de Kaleb. De verdad.

—Confío en ti —es lo único que le digo.

Capítulo 29

Kaleb Petterson

Tengo que admitir que jamás habría imaginado que un baño en agua fría, y encima a esas horas de la madrugada y en tan buena compañía, pudiera hacerme sentir más ligero.

Pensándolo bien, así era como me sentía con Anne, en cualquier circunstancia.

El mar era más un pretexto que una causa real. Y a veces son esos pretextos de la vida los que aflojan la sonrisa y hacen que el mundo parezca girar en sintonía con nosotros.

Anne chapoteaba en el agua con los brazos como una niña que descubre el delicioso placer de divertirse con cosas simples.

No me separé de ella ni un momento. La dejé disfrutar, lanzarse contra las olas, sumergirse... pero siempre atento a todo.

—Ya basta, vas a resfriarte —tuve que arrastrarla fuera del agua; si no, se quedaba hasta que saliera el sol.

—¡Pero quiero más! —puso morritos.

—Volveremos cuando haga mejor tiempo y el riesgo de coger un resfriado sea prácticamente nulo.

—¿Lo prometes? —me extendió el meñique.

—¿Y eso?

—¿Nunca has hecho una promesa con el meñique?

Negué con la cabeza.

—Las promesas muy serias se hacen con el meñique. No se pueden romper —dijo, muy convencida. Aunque no sabría decir si era el efecto del alcohol —y por eso también me preocupaba tenerla dentro del agua— o si solo fingía que no le afectaba.

—¿Entonces por qué nunca firmaron la paz mundial con el meñique? —me rasqué la barbilla.

—Pues eso. Las cosas más simples pueden ser las más eficaces. A lo mejor nunca llegó la paz mundial porque nadie quiso prometerla con el meñique. —Insistió, alzando su dedo frente a mi cara.

Entrelacé nuestros dedos sin dudar y la guié lejos del agua.

—Has sido muy valiente al abrirme tu vida así... contando tus secretos...

—¿Qué quieres decir? —Pasé las manos con fuerza por el pelo para escurrir el exceso de agua.

—Nicolas... el hecho de que seas tan rico... y que quieras ayudarme con esto. Por primera vez siento que no estoy dentro de un juego.

—¿Un juego?

—Sí. Lleno de secretos y mentiras, ¿sabes? En plan: no uses redes sociales porque solo la gente ociosa está en ellas... —claramente hablaba de Samuel—. Y no vayas a la playa sin mí... y... ahí está la *Night Light*. O sea, ¿y si no quería que yo viniera a la playa solo para evitar que lo encontrara por aquí?

Caminé en silencio a su lado, con los brazos cruzados.

—Y... necesitas sueños más grandes... cocinar para gente poderosa no te convierte en alguien importante... —frunció los labios y también cruzó los brazos—. Creo que me agoté en esa relación. No podía hacer muchas cosas sin que él me diera el visto bueno, sin su señal de aprobación. Pero solo yo pensaba en los dos. En realidad, no había un «nosotros».

—Ajam.

—¿No te molesta que hable de él? —se detuvo y no dio un paso más hasta que nuestras miradas se cruzaron.

—No.

—¿En serio?

—Anne, me da igual cuánto hables de ese tío. Al final del día, fui yo quien te trajo a la playa por primera vez. No estoy compitiendo con Samuel —me callé antes de soltar alguna tontería.

—Pero él sí competía... por todo. Si hablaba de otras personas, si pensaba en otras personas, si quería ir a lugares que a él no le gustaban... ¿Por qué sigo tan enganchada a él, Kaleb?

Solté un suspiro. Le tendí las manos y me senté en la arena, colocándola entre mis piernas.

—Veamos... por dónde podemos empezar... —le masajeé los hombros suavemente—. El duelo, que es ese sentimiento profundo de pérdida, tiene muchas etapas.

—Pero él no está muerto —me contradijo.

—Pero lo perdiste, Anne —sé que es duro decirlo, que puede doler, pero ha llegado el momento—. Y ese sentimiento de pérdida *es* duelo. Y el duelo tiene muchas fases. Una de ellas es la negación, y tú estás en negación.

—Yo no estoy...

—Está bien. —La abracé con delicadeza, y con el paso de los segundos, apreté un poco más ese abrazo—. Te lo aseguro, está bien. Hay algo dentro de ti que no consigue admitir que lo perdió. Una parte de ti quiere recuperarlo. Otra parte quiere destruirlo. Una parte solo quiere llorar y comer porquerías hasta perder la noción del tiempo. Pero hay una parte, ahí dentro, en algún rincón, que quiere reconstruirse.

—¿Cuántas partes tiene una persona? —ríe.

—Las mejores personas, muchas. Y está bien estar en conflicto contigo misma... está bien amarle y odiarle al mismo tiempo... está bien necesitar tu tiempo para sanar y poner tu vida en orden.

—Sí... —susurra, con pesar.

—No fueron cinco días ni cinco meses. Fueron más de cinco años.

—Sí...

—Él echó raíces profundas en ti. Y ahora algo dentro de ti está intentando decidir si arranca esas raíces... si las deja crecer... o si arranca solo la mitad.

Anne guardó silencio unos segundos, pero luego suspiró y dijo:

—Sabes mucho sobre el duelo.

—Sé mucho sobre perder. He perdido muchas cosas en la vida. Pero ¿sabes qué? Tengo un secreto que contarte. Y no tiene nada que ver con juegos de seducción.

—Dime.

—Cada encuentro es, de algún modo, un regalo. Y también un intercambio. Cuando Samuel entró en tu vida, absorbiste cosas de él que te prepararon para ser la mujer que eres hoy.

—¿Frágil emocionalmente y loca por venganza?

Aprieto un poco más los brazos alrededor de su cuerpo.

—También. Pero la Anne que bebió un poco del veneno... y sobrevivió. Incluso cuando él se burló de tus sueños, tú seguiste adelante y creaste *Sweet Show*. Y cuando te dijo que no debías ir a ciertos lugares, tú fuiste leal a sus peticiones, aunque ese comportamiento por parte de alguien es inaceptable. Y al final, encontraste la fuerza para luchar.

—Tienes una forma bastante positiva de ver la vida, ¿eh?

Nos reímos juntos.

—Nunca volverás a ser la Anne Moore de antes de Samuel. Y nunca volverás a ser la Anne Moore de *durante* Samuel. Ahora eres una desconocida para ti misma. Tienes que volver a aprender lo que te gusta, lo que te atrae, lo que deseas y lo que temes. Y está bien, ¿vale?

—Ya no soy una adolescente, Kaleb.

—No importa. Cualquier momento es bueno para redescubrirte. A los treinta, cuarenta, sesenta o incluso a los ochenta. ¿Sabes qué me ha enseñado la vida?

—¿Qué, señor de los secretos?

—Que toda relación... es un contrato.

—Vaya, ahora sí que he visto al CEO en ti —rió ella.

—Y todo contrato tiene normas. Pero con el tiempo, los contratos necesitan ser revisados. Digamos, por ejemplo, una relación. Una relación es un contrato social. Y tiene reglas. Pero a veces, después de tres meses, ese contrato necesita una actualización.

—¿Cómo así?

—Porque a medida que las personas se conocen, deben ampliar o acortar los límites entre ellas. Cuando aprendo más sobre ti, descubro lo que quiero de ti ahora... y también lo que no quiero. Y dentro de seis meses, tal vez sea al revés. Tal vez desee ese lado tuyo que nunca tuve... y dejemos de lado el otro.

—Vale, continúa...

—Vivir contigo misma es un contrato vitalicio. Y ese contrato hay que actualizarlo constantemente. ¿Quién soy ahora? ¿Quién quiero ser dentro de tres meses? ¿Y dentro de seis? ¿Quién quiero ser dentro de treinta años? ¿Qué amo de mí en este momento? ¿Qué necesito trabajar en mí?

Anne inclina la cabeza hacia atrás y, poco a poco, nos tumbamos en la arena, dejando que el cielo estrellado se convierta en nuestra principal atracción.

—Tú y Samuel no renovasteis el contrato durante mucho tiempo, y terminó desgastándose para los dos. Pero no puedes permitir que el contrato contigo misma se desgaste. Tú eres todo lo que tienes. Por eso ese contrato tiene que valer la pena.

—Y ahora no soy más que una loca en busca de venganza porque no acepta haber sido sustituida.

—Y no pasa nada por eso. —Paso las manos por sus brazos al notar que tiene frío—. Tal vez este momento sea el punto de inflexión. Tal vez sea ahora cuando descubras a la nueva Anne. Y renueves el contrato contigo misma para seguir adelante.

—Gracias, Kaleb.

—No tienes que darme las gracias.

Esas eran las palabras que yo habría querido oír cuando mi mundo se vino abajo. Yo también lo perdí todo, pero gané a Nicolas. Y tuve que reaprender quién era... y quién quería ser, después de que me arrebataran todo lo que ayudé a construir.

Anne y yo no éramos tan distintos en ese aspecto.

Yo también tardé en aceptar el duelo. Y tuve ayuda en el camino. Ahora era mi turno de ayudar a alguien.

—El cielo es muy bonito aquí —suspira ella, con la voz adormecida.

La rodeo con los brazos y apoyo la barbilla junto a su rostro.

—El cielo es bonito en cualquier lugar, mientras sepas ver la belleza en él.

—Eres muy filosófico... —su voz se va apagando.

—Una vez alguien dijo: no vemos el mundo como es. Vemos el mundo como somos nosotros.

Capítulo 30

Kaleb Petterson

Lo primero que hago por la mañana, después de dejar a las vecinas sanas y salvas en su casa, es hacer una videollamada con Nicolas.

Sujeta el móvil muy cerca de la cara, mostrando esos ojazos azules tan expresivos. Sus pupilas se enfocan en la pantalla al verme.

—Hola, Nicolas. Es papá.

—Lo sé —señala la pantalla y empieza a tocarla con el dedo.

—¡Cuéntamelo todo sobre Nueva York!

—Pon las noticias —pone una cara graciosa y me deja embobado.

—¿Y cómo es estar en casa de tus tíos sin papá?

Nicolas tarda un poco en responder. Sigue mirando la pantalla sin parpadear, como si intentara concentrarse.

—Nueva York es fría —dice por fin.

—¿Ah, sí? ¿Y te gusta el frío?

Parpadea lentamente y cambia de postura. Parece que se tumba, pero sigue con el móvil en las manos.

—Papá... ¿en Nueva York no hay *jomigas*?

—Esa es una gran pregunta, Nicolas. Las hormigas son animales. Y los animales viven en la naturaleza. Los parques son naturaleza. Tal vez las encuentres allí —le explico con frases cortas y pausadas para que lo entienda.

—Parques —repite.

—¡Eso! ¡Puede que allí encuentres hormigas!

Vuelve a moverse. Ahora se ha levantado y sale corriendo con el móvil en la mano, agitándolo.

—¿Hijo? —lo llamo mientras sigo las imágenes que transmite desde la casa de los Evans—. ¿Nicolas?

—Quiero enseñarle mi regalo —le dice a alguien.

—¿A quién se lo quieres enseñar? —es la voz de Ethan Evans.

—A mi papá —le entrega el móvil a Ethan.

—Perfecto. Ve a buscar tu regalo —dice con calma, y veo a Nicolas correr hacia otro rincón de la casa.

En cuanto Ethan coloca el móvil apuntando a su rostro —algo torcido, todo hay que decirlo—, comenta:

—Mírate. Esa barba tuya es realmente impresionante.

—¿Cómo sabes que tengo barba? —me paso la mano por ella. Ethan todavía consigue sorprenderme con esos comentarios aleatorios sobre lo que «ve», aunque es ciego.

—A Nicolas le gusta tu barba —susurra—. Pero no le digas que te lo conté.

—¿Y cuál es el regalo esta vez? —pregunto.

—Noah y Anthony han terminado la fase beta del proyecto. Modelaron un robot con forma de hormiga para Nicolas. Le encantó. Creo que eso le va a ayudar a avanzar, no solo en la comunicación, sino también en el manejo de tecnología y en tomar decisiones más claras y expresarse mejor.

—Muchas gracias, tío Ethan.

—Tú financiaste parte del proyecto, no tienes nada que agradecer. ¿Y la boda de tu hermana?

—La semana intensa empieza ahora.

—¿Y tu padre? —Ethan frunce el ceño aún más. Sus cabellos y barba rubios ya le dan un aire bastante imponente, pero él nunca se quita las gafas de sol.

—No lo he visto. Y no sé si quiero verlo. Ni siquiera recuerdo la última vez que nos encontramos.

Ethan asiente despacio y baja el móvil justo cuando Nicolas viene corriendo con el regalo en las manos.

—¿Él puede ver? —pregunta Nicolas a Ethan.

—Sí, sí, ¡puedes enseñárselo!

—Mira, papá. *Jomiga* —me muestra el robot, que le cabe en las manos.

—¡Qué chulo, hijo! ¿Se lo enseñaste a tu terapeuta?

Nicolas coge el móvil de manos de su tío y se sienta en el suelo. Coloca el dispositivo encima del regalo. Se queda en silencio y empieza a mirar hacia los lados.

—¿Ya le mostraste tu regalo a Beatriz? —vuelvo a preguntar.

—Beatriz —dice—. Le gustan las *jomigas*.

—¡Qué bien, hijo! ¿Y cuándo vuelves a casa? Las hormigas te echan de menos. Y papá también.

—¿Las cuidaste tú? —pregunta enseguida.

Llevo el móvil hasta su habitación, y Nicolas muestra pequeñas expresiones en el rostro al ver nuestra casa por la pantalla. Al entrar en su cuarto, enfoco la cámara hacia el acuario gigante.

—Voy a volver a casa —dice.

—¡Qué bien! Las hormigas tienen muchas ganas de verte. Y papá también.

—¿Tú no me ves? —empieza a pasar el dedo por encima de la cámara del móvil.

—Sí que te veo. Pero quiero tenerte aquí, cerquita de mí.

Nicolas acerca el móvil mucho a su cara.

—¿Cerquita? —pregunta.

—Sí, así. Pórtate bien, haz caso a tus tíos y aprovecha la terapia con la doctora Mitchell, ¿vale? Papá no ve la hora de volver a verte.

Nicolas baja el móvil y se gira hacia Ethan.

—Papá ha perdido el reloj —lamenta.

Capítulo 31

Anne Moore

«¿Por qué desapareciste? Te echo de menos». Es lo que decía el mensaje de Samuel esta mañana.

«Nos veremos pronto». Es lo que le respondí, después de dejarlo esperando unos minutos.

«No veo la hora». Fue su respuesta.

Claro que no ves la hora, cabrón. ¡Voy a hacerte picadillo!

—Mira a mi amiga con cara de psicópata desde primera hora de la mañana —aparece Emmanuelle, deslumbrante bajando las escaleras, ya repartiendo su buen humor.

—Buenos días para ti también, Emms. Vaya ropa bonita, ¿eh? ¿Dónde la compraste? —le suelto con sorna.

—Menos mal que tenemos la suerte de usar la misma talla. El vecino rico te dio tanta ropa, ¿de verdad crees que te va a faltar este trapito? —Se sienta a la mesa como una reina.

—Te tengo vigilada, señora Emmanuelle —señalo mis propios ojos y luego los apunto hacia ella.

—Creo que todas deberíamos ir deslumbrantes, ¿no? Somos las dueñas de *Sweet Show*, una empresa de éxito. ¿O solo tú vas a aparecer glamurosa? —me pica.

Suelto un suspiro bien sonoro y le lanzo el móvil.

—Ah, ahora entiendo tu buen humor, Annelise —dice, sirviéndose una taza de té que bebe con calma—. Mi opinión ya la conoces. Annelise, no hay comparación. Tú antes y tú después del vecino... tía... ¡esa sí que es mi amiga, la que conocí en Nueva York!

—¿Tú crees?

—¡Por supuesto! Ese tal Samuel parecía que te había castrado para la vida, chica. Y aunque ese imbécil te siga escribiendo, tienes un brillo en los ojos. Y yo apostaría todo lo que tengo a que tiene que ver con el bombón que vive al lado. —Señala la ventana, donde vemos a Kaleb paseando por la casa, parece estar hablando con alguien.

—Ayer acepté que estoy en conflicto. Por un lado, quiero destruirlo. Por otro... hay una parte de mí, muy en el fondo, que todavía tiene algo de esperanza.

—¿Esperanza? ¿Con ese Chernóbil andante? —Emmanuelle se levanta y presume su vestido largo de seda azul real, tan ligero y suelto que hasta me da envidia—. Esperanza tengo yo de que mi c-o-ñ-o —lo deletrea— o sea, mi belleza, conquiste a un tío podrido de rico, o buenorro, o un viejo a punto de estirar la pata. A ese trasto solo quiero que lo entierren, porque ya está caducado. —Hace un gesto de despedida y empieza a preparar su bolso.

Me apresuro a terminar el desayuno, dejo todo en el fregadero y subo a vestirme.

Voy a ponerme un vestido negro básico, pero que realza todas mis curvas. ¿Lista para el velorio de mi ex? Lo estoy. Espero que ya tengan el ataúd, porque si no, están perdiendo el tiempo.

Me maquillo como si fuera a la guerra, me pinto entera, como una guerrera indígena que va a cazar a una criatura muy común en la jungla urbana: el *babacus mentirosum traidorus*. Y como no es una especie en peligro de extinción, se puede —y se debe— cazar.

Cuando bajo, toda elegante y refinada, Emmanuelle y Luna ya me esperan en el recibidor. Me miro una última vez en el espejo y no escondo la sonrisa: estoy impresionante.

—Vale, Morticia Addams, ¿ya estás lista? —pregunta Emmanuelle —. Vamos a llegar un poco más tarde, así que calma... y no mates a nadie hasta que yo esté grabando con el móvil —ordena.

—Descuida.

Unos segundos después, suena el timbre.

Luna abre la puerta de par en par y deja pasar a Kaleb Petterson, en su mejor esmoquin azul marino y con ese aire de que es el dueño de todo Miami. Estiro el cuello para mirar por encima de él... y creo que acabo de ver el coche del año. No puede ser. Nadie se despierta un día cualquiera y dice: *voy a comprarme el coche del año solo para ir a darle celos a alguien*.

—He comprado un coche —Kaleb señala hacia atrás.

—Eres un exagerado.

—Pero el día de la boda vamos en helicóptero —mira el reloj y sonríe como el mismísimo diablo—. ¿Están listas las chicas?

—¡Pensé que nunca lo preguntarías! —Emmanuelle le pasa la mano por el pecho y se va directa hacia el coche.

«¿Qué vas a hacer hoy? ¿Tienes tiempo para mí?»

Samuel es un imbécil. Pero de un nivel que ni siquiera imaginaba que existía.

Antes de que todo esto comenzara, habíamos tenido un fin de semana estupendo. Reconoció que se estaba equivocando y prometió que a partir de entonces todo cambiaría. Que nos veríamos más, que tenía posibilidades de convertirse en su propio jefe y que yo recibiría la atención que merecía.

Bueno... aquí estamos. Unas semanas después. Y el muy cretino solo me manda mensajes que refuerzan lo idiota que es.

«Mándame una foto ahora. Quiero verte. Te echo de menos».

Dan ganas de lanzar el móvil por la ventana. Pero me salva la campana: Kaleb deja a Emms y a Luna en *Sweet Show* y ahora vamos rumbo a la mansión de los Farrah.

—¿En qué momento decidiste comprarte un coche nuevo? —intento romper el silencio entre nosotros.

—Esta mañana, cuando me desperté, lo primero que pensé fue: ¿por qué no? —me responde con total naturalidad.

—¿Te despertaste y decidiste comprar este coche, que debe valer más que media urbanización? —miro a mi alrededor.

Es lujoso, sin duda. Y cómodo también. Me siento casi abrazada, acunada y mimada por el asiento acolchado, y el panel tan moderno que parece tener una inteligencia artificial propia.

—Eso fue exactamente lo que hice —dice Kaleb, sereno.

No necesita presumir, ni alardear, ni restregármelo por la cara. Su actitud natural deja claro que todo eso le resulta bastante cotidiano.

—¿Dormiste bien? —Suelta el volante y yo casi tengo un infarto, lanzándome sobre él.

—Tranquila. Déjalo conducir solito, pobrecito —Kaleb se ríe y gira el cuerpo hacia mí.

—El coche conduce solo —pienso en voz alta mientras veo cómo toma una calle llena de tráfico, a la velocidad justa, deteniéndose a la distancia correcta del coche de delante, y luego reanudando la marcha con una naturalidad escalofriante.

Y mientras tanto, Kaleb acomoda su esmoquin carísimo con ambas manos.

—Sí, dormí. Ni me enteré de la hora a la que llegué a casa.

—Lo sé. Preferí no despertarte. Te veías muy tranquila, durmiendo.

—Gracias —digo sin apartar los ojos de ese maldito panel.

«Vaya, tengo un ratito libre y no me contestas. Pensé que los dos queríamos que esto funcionara», dice el nuevo mensaje de Samuel.

Suelto un bufido y pongo los ojos en blanco. Miro por la ventana mientras las imágenes del camino se desvanecen detrás de nosotros.

—¿Hoy cocinas tú? —Kaleb rompe el silencio.

—Solo supervisaré. Si necesitan ayuda, claro que sí. Pero creo que contraté a gente suficiente como para que me dejen el trabajo estresante de mantener todo al más alto nivel.

—¿Entonces desisto de la idea de guerra de comida?

Giro el rostro hacia él con fuerza y le lanzo una mirada de juicio.

—No en mi turno.

—Jo, sería tan interesante ver a toda esa gente fina lanzándose comida unos a otros. Solo para recordar que siguen siendo unos

primates.

No puedo contener la risa y me dejo caer hacia atrás, el respaldo se reclina con mi cuerpo y, aunque me asuste un poco, no dejo de reír.

—Solo tú consigues aliviar mi tensión —suspiro.

—Creo que es lo mínimo que haría un novio de mentira —Kaleb vuelve a tomar el volante y retoma el control del coche.

Hemos llegado.

*

Sabrina Farrah me había dicho que la semana previa a su boda sería un momento íntimo para recibir a viejas amigas, parientes lejanos y antiguos conocidos.

Bueno... Si este batallón de gente pija con aires de superioridad es lo que ella llama *íntimo*, ¡no quiero ni imaginar cómo será la fiesta de boda! Tendré que triplicar al equipo de ayudantes, porque las que contraté y trabajan conmigo no van a dar abasto.

—Actualizadme de todo —pido en cuanto llego a la enorme cocina y veo a todo el mundo en plena faena.

Me pongo la chaqueta de chef, recojo el pelo con una cinta, lo sujeto bien y me coloco un gorro encima.

—Todo bajo control —me dice mi segunda al mando—. El desayuno se sirvió y fue todo un éxito. El propio novio vino hasta aquí.

—¿Él vino? —me río con nervios y empiezo a rascarme el cuello.

—Sí. Ahora la mayoría del equipo está volcada en el almuerzo, pero hay tres concentradas en los postres. En cuanto tengamos eso encaminado, empezaremos con los preparativos para el té de la tarde y la cena, como pediste.

Reviso las encimeras, los fregaderos... y está todo impecable. Justo como me gusta tener la cocina donde trabajo.

—¡Enhorabuena, señoritas! Pero no bajéis el ritmo, seguid así. Y si necesitáis una mano, ya estoy aquí. Solo tenéis que pedírmelo, ¿de acuerdo?

—¡Sí, chef! —responden todas a coro.

Me giro hacia Kaleb y lo agarro del brazo para sacarlo de la cocina.

—Definitivamente, soy la CEO de los fogones —comento.

Mientras caminamos por la zona de la piscina y nos lanzamos miradas tensas y cómplices, veo a un camarero acercarse desde lejos con una bandeja, parece maldecir por lo bajo.

Le pido un segundo a Kaleb y voy a su encuentro.

—¿Sí?

—Han devuelto el plato —me suelta, casi arrojándome la bandeja —. El café no está lo bastante caliente y las galletas están blandas.

—A ver... si el café sale de aquí en una taza y va hasta allá —señalo con el dedo—, es evidente que va a llegar frío —respondo, molesta—. ¿Quién ha sido el genio? —Me vuelvo hacia Kaleb, que no para de reír—. Déjalo, ya lo llevo yo.

El camarero se marcha a toda prisa y yo regreso a la cocina.

—Volved a meter las galletas en el horno. Yo me encargo del café —me coloco de nuevo el gorro y me pongo a trabajar.

Lo hago todo lo más rápido posible, limpio la bandeja, coloco las galletas recién horneadas y llevo el café en un termo.

—¿Me acompañas? —le pregunto a Kaleb.

Él solo agradece con un gesto, pero prefiere quedarse allí.

Está bien, voy yo. Me ayuda a quitarme el gorro y sigo mi camino.

Tardo casi cinco minutos en llegar al otro salón. ¿Por qué esta gente rica tiene tantos salones, por Dios?

—¿Para quién es el café? —le pregunto al camarero que vi volver con la bandeja.

Me señala a un hombre sentado con las piernas cruzadas, moviendo el pie con impaciencia. Su pelo rubio es inconfundible, y su postura no me intimida ni por un segundo.

—Su café y galletas, señor —anuncio a su espalda.

—¡Ya era hora! —gruñe con brusquedad y golpea la mesa con la mano.

Dejo la bandeja con sumo cuidado. Al levantar la campana de la cloche, el hombre ve que la taza está vacía.

—¡Aquí no hay café! —se gira bruscamente para gritarme.

Pero se queda sin palabras. O las ha olvidado, o simplemente se ha quedado mudo.

—¿Anne? —Samuel baja las manos, rígido en la silla.

—Su café, señor —abro el termo y sirvo la taza—. Ya era hora.

Capítulo 32

Anne Moore

Este es uno de esos momentos maravillosos en los que, por fin, me siento dentro de *Juego de Tronos*. Solo me falta una copa de vino en la mano para hacerlo todo volar por los aires... o, quién sabe, tener un momento Quentin Tarantino con diálogos eternos antes de que empiece la masacre.

Tengo ganas de sacar dos espadas gigantes de la espalda, romper la taza de café de forma dramática, subirme a la mesa y decir:

«Ya era hora de que nos encontráramos, Samuel».

Y si de fondo sonara una música de *western*, sería la guinda del pastel.

«Te he echado de menos, Anne», seguro que diría él.

«Pues aquí estoy, cariño. Todita para ti» sería mi frase final.

Con las dos espadas en mano, haciendo explotar una catedral entera, tomándome unos buenos tragos y viendo a las amigas de la novia y a los viejos ricos correr como locos en medio del caos... le cortaría la cabeza a Samuel.

Pero ese momento glorioso tendrá que esperar.

—Espero que ahora esté a su gusto —digo, mirando a Samuel con firmeza. Ya no estoy para bajar la cabeza ni mostrar ojos tristes. Estoy lista para ser el huracán en su corazón.

—Lo está... —parpadea, claramente más pálido de lo normal.

—Estaba impecable —dice Sabrina, la novia. Solo entonces la veo.

Nos intercambiamos sonrisas bastante sinceras.

—Es que Samuel es muy exigente y le gusta ir detrás de tus cocineras para que todo salga perfecto en nuestra boda —dice con entusiasmo, abrazándolo por el hombro.

¿Avergonzado? Digamos que sí. Por falta de una palabra mejor. Y seguramente también está meándose encima.

Está guapo, eso hay que admitirlo. Su pelo rubio peinado en un pequeño tupé, sus ojos verdes siguen siendo tentadores y sus labios, finos, permanecen entreabiertos. No sé si para respirar o porque no le sale ni una palabra.

—Estoy aquí, personalmente, para garantizar que tu boda será perfecta, señorita Farrah —aseguro con firmeza. Nunca he sido tan firme en toda mi vida.

Samuel todavía parece como si le hubieran dado un golpe en la cabeza. Está desorientado, intentando ubicarse.

Déjame ayudarte, cariño: estás justo en el ojo del huracán llamado Anne Moore. Espero que hayas reforzado ventanas y puertas, porque voy a arrasarlo todo.

—Gracias, Anne —dice Sabrina con dulzura. Cuando pestañea con esos ojos azules tan amables, tengo la triste certeza de que no podré odiarla. —Y tu pelo está precioso —añade.

—Gracias. —Lo lanzo justo en la cara de Samuel.

Mi melena está más voluminosa y sedosa que nunca, como en un anuncio de champú. Y con un tono miel que combina con mi piel, mechas sutiles y el acabado que siempre soñé: liso en la raíz y con ondas suaves hasta las puntas.

—¡Quiero el número de tu peluquera para mi gran día! —dice ella, acariciando el muslo de Samuel.

Y mi ex, guapo pero imbécil, me mira a mí y a ella, con cara de bobo.

Sabrina, cielo, ¿por qué no hacemos como Beyoncé y cogemos un bate de béisbol para destrozarlo todo? Empezando por la cabeza de este imbécil.

Tú le das por un lado, yo por el otro, amor. Y sacamos un álbum que arrase en las listas.

—Tú eres la novia —retiro la cloche de la mesa, acercándome a Samuel. Ahora sí se le nota nervioso, porque le tiembla la pierna—. Vas a tener todo lo que quieras —le guiño a Sabrina.

Me doy la vuelta de forma dramática, lanzando el pelo en la cara del idiota, y me alejo contoneándome de regreso al salón donde está la cocina que dirijo.

Pero antes de que logre salir del todo, Samuel se cruza en mi camino. Se cubre la boca con la mano derecha, luego sube los dedos hasta los ojos, y finalmente se pasa la mano por la frente para secarse el sudor. Suspira bien fuerte.

—Anne.

Me dice por mi nombre.

Eso ya es mucho para alguien que está a punto de perder la lengua.

—Samuel —respondo con tono burlón—. ¿O debería llamarte «señor Farrah» a partir de ahora? —Sonrío de medio lado.

—Puedo explicarlo —es lo único que dice.

La típica mierda que suelta todo hombre cuando lo pillan en una cagada monumental y sabe que no puede explicarla, pero necesita tiempo.

Y ese tiempo es justo el espacio entre mi nariz echando humo y mi decisión lenta de si realmente quiero escuchar explicaciones.

—No es lo que estás pensando —insiste.

Oh, el festival de los clichés. Veamos qué más tiene preparado.

—Puedo explicarlo —repite.

—Ya dijiste eso —cruzo los brazos—. Córtate con el disco rayado y explica de una vez.

Silencio.

Nuestras miradas se cruzan por un segundo, luego él desvía los ojos y empieza a mirar alrededor.

Si uno afina bien el oído, se concentra en el entorno y logra ignorar la conversación animada de la novia y sus amigas en la mesa del centro, se pueden oír grillos.

Cri. Cri. Cri. Así suena.

—No puedo explicarlo aquí —me mira con tono imperativo, como si encima estuviera ofendido—. Te veo más tarde y te cuento todo.

Claro. Qué conveniente. Necesita tiempo para inventarse la explicación perfecta.

—No sé si tengo tiempo para ti y tus excusas, Samuel —le doy la espalda.

Pero me parece poco dramático. Así que me vuelvo. De un rostro ansioso, pasa a uno con una chispa de esperanza.

Lanzo la cabeza hacia atrás con fuerza y dejo que mi melena le golpee en la cara. Otra vez. Tercera. Estoy a un paso del *touchdown*, cabrón.

—¿Quién te contrató? —me agarra del brazo y trata de acercarme.

Me giro, pero no lo miro. Dirijo mis ojos —con las pestañas bien largas— directamente hacia su manita. Y si no la quita en 3, 2, 1... Ah, perfecto. La quitó.

Porque si no, se la arrancaba de un mordisco. No traje ni cuchillo ni serrucho.

—Tú me contrataste —resoplo.

¿Así estamos ahora? Además de dejarme como una idiota y esperar que le sirva como si fuera un rey, ¿te haces el loco? Venga ya, Samuel.

—¿Yo? —alza la voz, pero al darse cuenta, baja el tono y se acerca.

Yo solo extiendo la mano, marcando distancia segura.

Por él.

Mis dientes son realmente afilados. Y si creéis que solo Michael Jackson fue famoso por perder partes de la nariz... esperad a ver lo que le pasa a este cretino si se atreve a tocarme otra vez.

—Y está pagando muy bien —añado.

Lanzo de nuevo el pelo, con más fuerza que en las tres veces anteriores, y me marcho.

Fin del primer tiempo. Victoria de la chica traicionada, que está a punto de arruinar esta fiesta.

Kaleb me observa mientras marcho hacia él, prácticamente dejando un rastro de fuego tras de mí de lo cabreada que estoy.

—Cuéntamelo —desvía la mirada hacia la piscina.

—Me crucé con el idiota. Pensé que me temblarían las piernas, que me pondría nerviosa... pero lo llevé bastante bien.

—Estoy orgulloso de ti —dice. Y esas palabras, lo reconozco, me calientan un poco el corazón.

—Le lancé el pelo a la cara como cuatro veces —murmuro, mirando al suelo.

—Para eso están los cabellos bonitos —se ríe, girándose hacia mí.

Sus manos tocan mi cuello y suben hasta mis mejillas. Con suavidad, levanta mi rostro hasta que nuestras miradas se encuentran.

—Está todo bien —me sonríe con ternura.

—No sé si lo está, Kaleb.

—No era una pregunta —dice con esa suavidad suya—. Está todo bien —repite, mientras pasa una mano por mi espalda y me abraza por el hombro—. El dolor, el miedo, el temblor... forman parte del proceso.

—¿Proceso?

—¿Sabes cuando estás enferma? —respira hondo—. Y te duele todo. Es tu cuerpo luchando. Quiere curarse. Sabe que puede fortalecerse y expulsar al invasor. El dolor, la fiebre, los temblores... son señales de que el cuerpo está peleando por mantenerse vivo y sano.

—Pero eso me hace sentir débil —confesé.

Nunca he sido de abrirme emocionalmente, mucho menos con un hombre. Pero Kaleb no era como los demás. No solo me escuchaba y compartía sus propios secretos. De verdad... se preocupaba por mí.

—Sentirse frágil forma parte del proceso —aseguró él—. Y mírate... aquí estás, entera, después de volver a verlo.

—Pero ahora me tiemblan las piernas.

—Lo sé —dice. Y solo entonces me doy cuenta de que me está medio sosteniendo—. Tranquila. Estás luchando, y eso es lo que

importa.

¿Luchando por qué?, me pregunto.

—¡Ah! Se me olvidaba algo.

—¿Más secretos? —Paso la mano por mi cabello y lo echo hacia un lado.

—En realidad, no —Kaleb suelta su brazo de mí, y recién entonces noto lo cálido y cómodo que era su abrazo—. Me he comprado otra cosita.

—¡Te encanta comprar cosas!

—Sí. Es un vicio horrible, lo sé. Pero todo sea por una buena causa. —Mete la mano derecha en el bolsillo y saca una cajita lujosa.

—¡Dios mío! ¡Eso no es…?! ¡Kaleb! —Abro los ojos como platos.

—Ya sabes que el dinero no es un problema para mí, de hecho, es más bien la solución. Y pensé: si voy a ser un novio falso, ¡por lo menos que sea el jodido mejor novio falso que haya pisado esta maldita ciudad!

Ah, sin duda alguna lo era...

—¿Pero cómo supiste mi talla? —Me tiende la cajita.

No se arrodilla, ni hace el numerito ni convierte el momento en algo cursi.

Cuando estoy a punto de cogerla, de repente la aleja de mí.

—Ups —ríe.

—¡Kaleb!

—¿A ver si puedes atraparla? —Empieza a pasarse la cajita de una mano a otra.

Intento quitársela, pero no hay forma.

—¡Estás más lenta de lo que recordaba! —se burla, y yo me lanzo sobre él para arrebatársela.

—¡No hagas eso!

Levanta el brazo bien alto, por encima de su cabeza. Aunque no llego, me acerco tanto que quedamos prácticamente pegados. Me pongo de puntillas e intento alcanzarla.

—¡Kaleb! —gruño una vez más.

Él no hace más que reírse. Y yo estoy ansiosa por ver qué es. Nadie me había regalado un anillo antes y, aunque venga de Kaleb y sea «de mentira», para mí significa algo.

Cuando salto para intentar atraparlo, él baja la cara con suavidad. Me echo hacia atrás para evitar que nuestros rostros choquen, pero es inútil.

Nuestros labios llegan a rozarse y yo vuelvo a apoyar los pies en el suelo con fuerza. Pierdo el equilibrio, empiezo a agitar los brazos frenéticamente intentando no caer, pero ahí está él: sus manos sujetan mi cintura, su mirada no se despega de la mía y su respiración está peligrosamente cerca.

Aun así, sigo batiendo los brazos como una libélula desquiciada.

—Estás a salvo, tranquila —susurra.

—Vale. —Dejo de moverme. Y justo cuando lo pillo distraído con algo en mi cara, le arrebato la cajita de las manos y la abro.

No tengo palabras.

Vale que me regaló un armario entero lleno de ropa carísima, pero esto... esto debe de ser, con diferencia, lo más caro que me ha dado. Si es que realmente me lo ha dado.

—Para darle celos —susurra Kaleb, con el rostro aún cerca del mío—. Un regalo sencillo.

¿Sencillo? Sencillo es mi nuevo peinado restregándose en la cara de ese imbécil.

Esto de aquí es...

—No tienes que devolverlo —sonríe—. Es un regalo de verdad. Para ti. Pedí que ajustaran la talla del anillo y agrandaran el diamante, pero por lo demás, sigue siendo uno de los tesoros de mi familia.

—No puedo aceptarlo —lo miro—. Es de tu familia. Y yo...

—Es posible que Nicolas nunca se case —suspira—. Y no sé si quiero tener más hijos. Quiero cuidar de lo que ya tengo. Quédate con él. Estoy empezando una nueva tradición familiar: aprender qué es lo que realmente importa.

—¿Y te parece importante darme este tesoro de familia?

—Me importa que lo recuerdes —sujeta con delicadeza mi barbilla —. Que luchaste con valentía, Anne Moore. Que no te rendiste. Y que te entregaste de verdad en la búsqueda de esa nueva mujer que llevas dentro. Espero que te sientas orgullosa de ti cuando todo esto termine. Porque yo ya lo estoy.

¡Qué cretino! ¡Quiere hacerme llorar y dejarme hecha un espanto!

—¿Para qué tener enemigos si ya tengo a Kaleb Petterson haciéndome llorar? —murmuro.

—No llores —apoya la frente en la mía—. Tienes la oportunidad que yo no tuve. De enfrentarte ahora a tus miedos y debilidades. Que esta alianza no sea solo entre tú y yo. Que sea una alianza contigo misma. Con lo que deseas para ti. Sé fiel a tu propio contrato. Y sé feliz contigo.

—¡Para ya! —Le doy un golpecito en el hombro.

—Y cuando necesites de mí... para ayudarte, rescatarte, fingir que soy tu novio de mentira, o simplemente para escucharte... o contarte algún secreto... sabes que estoy en la mansión de al lado.

—¡No eres real, idiota! —Le doy otro golpe, ahora más fuerte.

—No llores —me abraza con fuerza—. Ahora ponte esto en el dedo y la próxima vez que veas a Samuel, solo enséñaselo en la cara como diciendo: «habla con mi mano».

¡Ah, justo eso iba a hacer! Y sin anillo, incluso.

¡Con el anillo, lo que voy a hacer es meterle tal puñetazo que le deje el hueco del diamante tatuado en la frente!

—¿No quieres ponértelo tú? —Le tiendo el anillo.

Kaleb alza una ceja, sorprendido, pero acepta. Toma mi mano y desliza el anillo en mi dedo. Encaja a la perfección.

—¿Cómo puede ser de mi talla exacta?

—Soy muy observador —murmura, y se aparta lentamente—. Y creo que eso es lo que tienes que aprender a partir de ahora. Basta de conformarte con las sobras. Tú mereces, Anne Moore, solo cosas hechas a tu medida. Y si no lo están... que se adapten.

—No existes... —Niego con la cabeza—. Y no sé cómo devolver todos estos regalos tan absurdamente caros que me has dado...

—Ya lo has hecho —me guiña un ojo y sonríe. Como el perfecto canalla que es.

Capítulo 33

Anne Moore

La comida transcurrió con tranquilidad. Habíamos cocinado como para alimentar a un regimiento, este evento se estaba volviendo mucho más grande de lo que había imaginado.

En el breve descanso que tuvimos para reorganizar la cocina y empezar a preparar la cena —porque en nada se serviría la merienda—, Kaleb tuvo que salir de la mansión de los Farrah. Dijo que tenía algo que hacer.

Cuando saqué el móvil del bolso para ver si había alguna novedad, el aparato estaba ardiendo. Decenas de llamadas perdidas y más de un centenar de mensajes.

Por favor que no sea él... que no sea él... Sí. Es él.

—Hablando del diablo... —murmuré al ver la llamada.

Todo este tiempo sin dar señales de vida y ahora no para de llamarme, ¿eh, Samuel? Vaya evolución.

—¡Centrémonos en la cena, chicas! ¡Vamos a cerrar el día por todo lo alto! —Lanzo el móvil de nuevo al bolso y vuelvo con las demás—. ¡En nada se acaba esta pesadilla!

—¡Ojalá! —escucho la voz de Luna.

—¡Pero mira quién ha llegado! —Me lanzo a sus brazos.

—Espera, ¿qué es esto? —Ignora por completo mi abrazo y me agarra directamente la mano. Casi me disloca el dedo anular al levantarlo hacia la luz—. ¡Guau!

—Yo también me alegro de verte, Luna.

Asiente, aún hipnotizada con el anillo.

—Luego me lo cuentas todo, ¿eh? —Suelta mi mano y se recoge el pelo—. He venido a comprobar que todo esté en orden con la

decoración, las luces y que los violinistas tengan todo lo necesario.

—¿Violinistas? —Cruzo los brazos.

—Lo que oyes. Están en el contrato, no sé si te lo leíste. Desde las seis hasta las once de la noche, la música ambiente corre a cargo de un cuarteto de cuerda. —Luna escanea la cocina con la mirada—. Madre mía, esto está impecable. ¡Enhorabuena!

—Solo hago mi trabajo. —Me encojo de hombros—. ¿Y Emms?

—Se ha quedado en el despacho resolviendo unas cosas. Ha dicho que quizá no venga hoy, pero nos veremos en casa, por supuesto.

—Perfecto. No te entretengo más con tus violinistas y todo eso. —Le hago un gesto con las manos para que se marche.

—¿Y el proyecto de fantasma mal enterrado, dónde anda?

—Por ahí. Suerte si te lo cruzas. —Me ajusto el delantal y vuelvo a supervisar el trabajo de mis talentosas cocineras, ayudándolas en todo lo que necesitan.

Kaleb Petterson

Sonó el timbre.

Salí de la biblioteca, móvil en mano, revisando el avance del nuevo proyecto, y abrí la puerta sin prestar demasiada atención.

—Has llegado rápido, Jacob. Pasa, tenemos algunos detalles que ajustar —dije, dándome la vuelta hacia el salón.

Pero no me siguieron.

Me giro despacio y bajo el móvil. Definitivamente, no es Jacob. Es la amiga de Anne, su compañera de piso. Emmanuelle, si no me equivoco.

Le hago un gesto con la cabeza y ella me sonríe mientras balancea los brazos delante del cuerpo.

—¿Esperabas a alguien? —alza una ceja, y solo cuando entra me doy cuenta de que ese fue su «¿puedo pasar?».

—En realidad, sí. A Jacob, un amigo. —Me apoyo en la pared y la observo cerrar la puerta y acercarse—. ¿A qué debo el honor?

Emmanuelle camina despacio, y en cuanto está delante de mí, levanta la mano con el móvil. Me quedo inmóvil al ver la pantalla justo al lado de mi cara.

—¿Qué es esto? ¿Una nueva forma de hacerme una tomografía?

—Sabía que tu cara me sonaba —dice, sonriendo.

—¿Que te sonaba?

La rubia gira el móvil hacia mí y muestra una foto. Una foto mía, de hace al menos seis o siete años, junto a mi padre.

—Tenéis los mismos ojos —analiza—. Claro, en esa época no llevabas barba, ni el pelo tan largo. Y tampoco estabas tan... —Pasa la mano por mi hombro— musculoso. —Se encoge de hombros con intención.

Tengo que asentir con cautela y observar con atención qué busca con todo esto.

No voy a mentir. No está en mi naturaleza. Y me sorprende no haber sido descubierto antes.

—Kaleb Farrah —me llama.

—Ya no uso ese nombre.

—Pero sigue siendo tu nombre —me examina con atención—. Ahora todo encaja. O casi todo. Que seas rico... que vivas justo al lado... que este barrio entero prácticamente te pertenezca... tu obsesión por destruir el matrimonio de tu hermana...

Algo más serio de lo habitual, pero intrigado por lo que Emmanuelle tenga que decir, le señalo el sofá para que se siente. Y no espera ni un segundo más: camina con todo el contoneo posible y se sienta despacio, sin dejar de escudriñarme.

—¿Estás engañando a Anne? —parpadea lentamente.

—¿Engañarla? ¿En qué sentido?

—¿Te estás aprovechando de ella? —pregunta, mucho más directa, con una mirada desafiante.

—Anne y yo tenemos intereses en común. Ella me pidió que destruyera ese matrimonio, sin importar quién soy ni cuáles son mis motivos personales. Y acepté. Eso es todo.

Emmanuelle se pasa la lengua por los labios y revisa algo en su móvil.

—Tú eras la cara visible de Farrah. ¡Qué idiota he sido! Investigué todo sobre esa empresa y vuestra familia, pero tú... tú se me pasaste por alto. También... —Me mira de arriba abajo—. Es difícil no quedarse hipnotizada, si sabes a lo que me refiero.

Asiento con sutileza y me acomodo en el sillón, frente a ella.

—Y el rostro de Farrah... el hombre que levantó el imperio... fue apartado. Y reemplazado al menos unas quince veces en los últimos cinco años y... por lo que parece, ahora le toca a Samuel. Fuiste tú quien se cargó a todos los anteriores, ¿verdad? Puedes decírmelo, Kaleb.

Sonrío y cruzo las piernas.

—Mírate nada más... eres astuto. Y eso me gusta.

—La mitad de ellos no cayó —le aclaro—. Se fueron por voluntad propia, porque se negaban a hacer el trabajo sucio que mi padre les exigía. Y la otra mitad... se ensució tanto que tuvo que desaparecer del mapa —eso es lo que digo—. Yo no tuve nada que ver con eso. En el pasado, sí, estuve obsesionado con la empresa, porque fui yo quien la llevó a lo más alto. Pero hoy...

—Kaleb... —parece desconfiar de mi versión.

Pero es la verdad.

—Viví en Nueva York la mayor parte del tiempo. Pero era una ciudad demasiado caótica para Nicolas, así que decidí volver a mis orígenes. —Abro los brazos y señalo la casa—. La boda de mi hermana fue uno de los motivos por los que me instalé definitivamente en Miami. Y hace poco, cuando Anne me pidió que destruyera el matrimonio de Samuel y Sabrina, pensé: espera... esos nombres me suenan.

Emmanuelle asiente.

—Pero aún te estás guardando algo —vuelve a escrutarme con la mirada—. No me malinterpretes, Kaleb. Solo quiero saber si has venido aquí para hacerle daño a mi amiga y... —Deja el móvil sobre el regazo y se alisa el vestido con las manos—. Te lo juro por Dios, si otro hombre más se atreve a romper a Annelise, soy capaz de matarlo con mis propias manos.

Estoy de acuerdo con ella. Al parecer, tenemos algo en común.

—No me malinterpretes tú a mí, Emmanuelle. Mis intenciones con Anne son las mismas que las de ella conmigo. Soy recíproco y sincero. Lo que ella desea, yo lo deseo el doble.

—Es que... —Emmanuelle cruza las piernas—. Tienes mucho dinero y eres bastante misterioso. Pero yo vivo justo al lado y estoy loca. Lo que no tengo en dinero, lo compenso con el odio que me sale por los poros cuando estoy con la regla.

—¿Y eso qué quiere decir? —Me cuesta contener la risa.

—Que no intentes nada contra ella y todo irá bien. No la lastimes y no apareceré en tu puerta con un hacha en la mano —me dice con

una sonrisa dulce.

—Ya te he dicho que no tengo intención de hacerle daño.

Emmanuelle se levanta con la misma sonrisa que vi la primera vez que nos conocimos en su casa y se dirige a la puerta.

—Perdona por todo esto... —se limpia las manos en el vestido—. Es que me dijeron que tú eras peligroso.

—Gracias por tu sinceridad. —Le abro la puerta—. Pero quien te lo dijo... tenía razón. —La miro directo a los ojos—. Lo soy. Muy peligroso. Para ella y para su familia. Y por eso te mandaron, como un mensaje. Y lo he recibido.

Emmanuelle sabe perfectamente de qué hablo, y no necesito decir nada más.

¿Gabriela cree que puede enfrentarse a mí?

—Muy pronto recibirá mi respuesta también —me despido de la vecina.

Capítulo 34

Anne Moore

—¿De verdad no vas a responder a mis llamadas? —gruñe Samuel a mis espaldas.

No voy a mentir, me llevé un susto. Pero pensé que se me erizaría la piel o que, al menos, me sentiría incómoda con la situación. Y nada. Es como una mosca pesada zumbando en mi oído.

—¿También vas a ignorarme en persona ahora?

—No puedes entrar en la cocina sin gorro —respondo, sin ni siquiera mirarlo.

En vez de contestar, él me aparta del lugar. Me agarra del brazo con fuerza y me arrastra fuera de la cocina, hasta el gran salón de eventos, completamente vacío.

Cuando Samuel por fin me suelta, veo la marca roja de su mano grabada en mi piel.

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto loco?

No pienso darte respuestas, querido. Búscalas tú mismo. Eres mayorcito y ya no necesitas que te cambien los pañales.

—¿No vas a responderme? —insiste, con un gruñido.

—Si no apartas esos deditos de encima, te los arranco yo —digo con calma, mirándole directamente a los ojos.

Samuel respira hondo, aunque sus ojos siguen inyectados de rabia. Aun así, me suelta y da un paso atrás.

—¿Qué estás haciendo aquí?

Suelto un bufido, harta.

—Ya te lo dije. ¡Estoy trabajando en la boda! —respondo sin más.

Él niega con la cabeza, disgustado.

—¿Y así es como me lo agradeces? —vuelve a gruñir, acercando su cara a la mía.

—¿Agradecer qué?

—¡Pasamos el mejor fin de semana de tu vida! ¡Tú misma lo dijiste! ¿Y luego decides invadir mi mundo y mi privacidad como si nada? ¡No tienes ni idea de lo que está en juego aquí!

—Una boda. —Parpadeo, despacio.

—Sí. Es una boda —suspira—. Pero yo no la amo. ¡Te amo a ti! —me sujeta por los lados del rostro, como si con eso pudiera convencerme—. ¿No lo entiendes? ¿Cómo puedes ser tan tonta? Estoy haciendo esto por los dos, Anne. Este es nuestro billete al mundo de los ricos. Después de esto, no volverás a trabajar jamás.

—A mí me gusta trabajar —me aparto de su contacto.

—¿De verdad crees que mujeres como Sabrina se dedican a esto? ¿A cocinar? ¿A servir?

—Es lo que amo hacer.

—¡Y yo te amo a ti, joder! Pero no se puede vivir solo de amor. A veces hay que sacrificar el amor para alcanzar el éxito, y eso es lo que estoy haciendo. Por ti, por mí, por los dos, Anne. Después de esta boda, nuestras vidas cambiarán para siempre...

—Y tanto que sí.

—Vas a vivir como una reina. Sin tener que mover un dedo en una empresita que solo sirve para hacer felices a los demás. ¿Y tu felicidad? ¿Y tu satisfacción? En eso estoy pensando. ¿No lo recuerdas? Te lo prometí. Te voy a dar el mundo.

—No quiero el mundo, gracias. Y puedo ocuparme yo solita de mi felicidad y de mi satisfacción, Samuel, otra vez: gracias. Ahora, si eso era todo... —me despido de él.

Algo así como: «háblale a mi mano, imbécil».

—Lo entiendo —asiente con la cabeza—. Tienes a otro —aprieta los labios y, en el momento en que da un paso hacia mí, le doy una rodillazo directo en la entrepierna.

—Puedo explicarlo —digo yo ahora, dando un pasito al lado mientras lo dejo retorcerse del dolor todo lo que quiera.

—No puedo creer que seas una puta egoísta que solo piensa en sí misma. No puedo creer que esté perdiendo el tiempo viniendo aquí para explicarte...

—Si ya has terminado, la puta egoísta tiene que trabajar.

Samuel levanta la cabeza, furioso. Y, cariño, no importa cuántas veces se levante, lo que importa es cuántas veces voy a volver a tumbarlo.

Supongo que esa era una frase motivacional, pero acabo de retorcerla hasta límites que ni la filosofía más profunda alcanza.

—Cuando todo esto acabe, Anne, lo entenderás. Y volverás a mí. Te darás cuenta de que nada va a cambiar, seguiremos siendo los mismos, seremos los mismos.

Ahora sí que me ha asustado con esa amenaza.

No. ¡No! ¡Mil veces no!

Si nada va a cambiar… si vamos a seguir siendo los mismos… prefiero morirme. Si hubiera nacido para ser la misma siempre, me habría encarnado en una estatua de yeso o en una pintura colgada en la pared. Pero no. Yo quiero cambiar, aprender, darme de bruces y no volver a cometer os mesmos errores.

—Lo sabes, lo estoy viendo en tus ojos —dice, con la poca serenidad que le queda después de que uno de sus huevos haya terminado en forma de tortilla—. Te conozco, Anne. Te conozco. Estuve contigo en lo bueno y en lo malo. Me gustabas cuando nadie más te miraba, cuando no eras guapa ni delgada.

Se pone en pie, intentando adoptar una pose majestuosa, pero el dolor en sus pelotas lo va a tener fuera de servicio unos minutos más.

—Eres un imbécil —concluyo.

Y no puedo evitar sentirme acorralada, incluso ultrajada, al escucharle decir eso. Pero no le voy a dar el gusto de que lo note.

—Da igual si ahora llevas ropa bonita o el pelo diferente... si te maquillas mejor o sales en fotos con tíos guapos —me juzga con la mirada—. Sigues siendo aquella chica que conocí. Casi una pueblerina, que necesita ayuda, alguien que la guíe en este mundo

de tiburones, donde los grandes se comen a los pequeños. Y sabes que ese alguien soy yo.

—Ok —es lo único que digo.

—¿Ok? —responde, confundido.

¿Os habéis dado cuenta de que «ok» sirve para contestar prácticamente cualquier cosa? Da igual si es un insulto o un halago, un comentario venenoso o una provocación. «Ok» sirve.

¿Es un sí? ¿Un no? ¿Un tal vez?

El «ok», bien utilizado —y eso depende muchísimo de la entonación de la voz y del movimiento de cabeza—, tiene un propósito pedagógico muy importante en los tiempos que corren.

Donde vivimos absolutamente digitalizados y expuestos a opiniones que no hemos pedido, ya sea sobre nuestras fotos, nuestras ideas o cualquier pensamiento que incomode a quienes no soportan una visión diferente a la suya.

O-k-a-y.

También conocido, en la vida real, como: visto y no respondido.

Capítulo 35

Anne Moore

Kaleb no volvió para recogerme, pero envió a su amigo Jacob en su lugar.

Luna y yo regresamos a casa, y durante todo el trayecto el móvil no paraba de sonar. Al final lo apagué y me dormí sobre el hombro de Luna. Solo me desperté cuando ya habíamos llegado.

—Cuéntamelo todo sobre el primer día —me recibe Emms en la puerta, entusiasmada—. Por esa cara... diría que has visto a Samuel.

—Lo he visto —entro en casa y voy directa al baño, a darme una ducha relajante y distraerme pensando en cualquier otra cosa. Aunque esté cansada, sé que no voy a poder dormir. Mi mente está demasiado agitada.

—¿Todo bajo control o llamo ya al psiquiatra? —pregunta Emms desde el otro lado de la puerta, con el agua de la ducha corriendo entre nosotras.

—Será mejor avisar a la funeraria —le grito de vuelta.

Al final me doy una ducha rápida, solo para quitarme el sudor del cuerpo. Me pongo el pijama y me tiro en la cama.

—¿Quieres hablar? —asoma la cabeza por la puerta de mi habitación.

—¿Vas a perseguirme o qué?

—O qué —responde—. Solo quiero asegurarme de que estés bien.

—Lo estoy, te lo juro. Solo estoy mentalmente agotada. Samuel me amargó la vida, complicó el trabajo en la cocina y encima me soltó un discurso.

—¿Tipo...?

—... tipo que me amaba. Que aunque se casara con otra, seguiríamos siendo los mismos y que nada iba a cambiar. Dio a entender que era un matrimonio de mentira y que con eso ganaría mucho dinero para los dos —pongo los ojos en blanco.

—¿Y le arrancaste las pelotas con los dientes antes o después de todo eso? —se sienta en la cama.

—No se las arranqué —agarro la almohada y me la pongo en la cara, apretándola con fuerza hasta quedarme sin aire.

—Ay, qué mona mi amiga, se ha vuelto vegetariana —Emmanuelle se ríe, pero también se compadece de mi estado y se acerca más—. ¿Y eso qué cambia?

—No lo sé, Emms... Me siento traicionada, humillada y provocada a un nivel que nunca imaginé. Uno espera golpes de un enemigo, pero no del chico que has amado desde el instituto y por el que hiciste de todo para construir una vida estable y perfecta, para que algún día él te eligiera.

Ella asiente, comprensiva.

—Y al final, te das cuenta de que solo eras eso: una opción.

—Sigo sin entender por qué no le arrancaste las pelotas. Con los dientes —comenta.

—Pero le di una patada en los huevos.

Emmanuelle aplaude al instante, monta una fiesta, se deja caer de culo en la cama y empieza a saltar frenéticamente.

—¡Eso es lo que quería oír! ¡Esa es mi amiga!

—Solo quiero... no sé. Desaparecer. Pero mañana volveré allí, una vez más —golpeo la almohada contra mi cara—. ¡Me siento estúpida!

—La mayoría nos sentimos así —reflexiona—. Al menos, la parte de la humanidad que aún conserva algo de sentido común.

Suena el timbre, pero ni Emms ni yo nos movemos. Esperamos a que Luna abra.

—¡Anne! —grita desde abajo.

—Mira la otra, intentando despertar a todo el vecindario —refunfuña Emmanuelle, levantándose—. ¡Sal de la cama y baja!

—¡No quiero! —hago un puchero.

—¿Y qué vas a hacer entonces? ¿Quedarte aquí tirada hasta que la autocompasión te destruya? Venga ya, ¡deja de hacer el ridículo, Annelise! —me agarra por las piernas y empieza a arrastrarme fuera de la cama, algo que sin duda me provoca un déjà vu.

—¡Vas a acabar rompiéndome la cama! —me agarro con todas mis fuerzas, pero la loca me lanza al suelo.

—Qué vida más triste la tuya, Annelise. ¡Que sea tu amiga la que rompa la cama y no un maromo buenorro!

Me levanto mientras escucho a Luna volver a llamarme por mi nombre.

—Si al menos algún maromo buenorro quisiera romperme la cama... —murmuro enfadada mientras bajo las escaleras para ver qué quiere Luna.

Y hablando del diablo...

Al bajar, veo a Kaleb apoyado en la pared, conversando con Luna. Lleva una camisa azul con las mangas remangadas hasta el antebrazo. Pantalón negro, perfectamente planchado, y zapatos caros. Está increíblemente guapo, impecable. Y yo... me doy media vuelta de inmediato, porque estoy con mi pijama rosa lleno de cerditos con alas.

—¿Por qué no me contestaste? —eleva la voz hacia mí.

¡Mierda! ¡Me ha visto!

Con este maldito pijama. ¿Por qué lo sigo teniendo?

Bueno... porque es comodísimo.

—¿Contestar qué? —pregunto, aún de espaldas.

Y por un segundo se me olvida que este pijama tiene un rabito de cerdo cosido en el trasero. En cuanto lo recuerdo, me doy la vuelta de golpe, con los ojos como platos.

—¿Contestar qué? —repito, totalmente desorientada.

—Mis mensajes —dice él con calma, observándome despacio—. ¿Estás bien?

—Lista para el matadero —deslizo las manos del cuello a la cintura, presentando este regalo envuelto en un pijama rosa de cerditos. Con rabito y todo.

—Genial —Kaleb asiente lentamente—. ¿Vamos?

—¿Vamos? ¿A dónde? —miro de Luna a Emmanuelle y, por último, a Kaleb. ¿Teníamos algún plan para esta noche? No lo recuerdo.

—No leíste mis mensajes —concluye, cruzando los brazos.

—Es que... se me ha apagado el móvil —respondo con la primera excusa que se me ocurre.

—Vale. ¿Pero estás ocupada? Quiero enseñarte algo.

—Kaleb, no sé... Ha sido un día largo y tengo un montón de cosas pendientes... —suspiro.

—Va contigo —Emmanuelle casi me empuja escaleras abajo.

—¿Qué estás haciendo, loca? —le murmuro, indignada.

¿Será que ha notado que él está vestido como un hombre rico, elegante y guapo, y yo como una... mujer que todavía duerme en pijama cuando está triste? También porque es cómodo, eso hay que decirlo.

—Te estoy salvando la noche —me responde, igual de furiosa, entre dientes.

—Estaba a punto de dormirme —es la excusa que doy, tras ser lanzada contra Kaleb por mi amiga psicópata. Y ahora él puede ver de cerca el desastre que soy.

—Bonito pijama —dice, señalándome—. ¿Crees que donde compraste este habrá también con hormigas? ¡A Nicolas le encantaría!

Parpadeo, esperando que se ría. Pero Kaleb es ese desgraciado encantador que, incluso cuando me siento incómoda, consigue que me sienta cómoda. No me juzga.

—Ni idea —parpadeo de nuevo.

—Ah, se lo encargaré a algún sastre —nuestros ojos se encuentran y me lanza esa sonrisa galante suya—. ¿Quieres salir así? ¿O prefieres cambiarte?

—Voy a cambiarme —respondo, dándome la vuelta. Ni siquiera pregunto a dónde vamos. Simplemente subo corriendo las escaleras

hacia mi cuarto, para darme unos cuantos almohadonazos más en la cara antes de vestirme.

Kaleb Petterson

Anne tarda en bajar, pero cuando lo hace, cada segundo de espera merece la pena.

Desciende con calma, como si quisiera atrapar mi atención con cada movimiento. Lleva una camiseta negra bajo una chaqueta de cuero y unos shorts vaqueros cortos. Las zapatillas están desgastadas, el pelo recogido en una coleta alta y el rostro limpio, sin ni rastro de maquillaje.

Está perfecta.

—¿Qué pasa? —alza una ceja.

—Estás guapísima —le tiendo la mano.

—Cállate —pasa de largo, con los brazos cruzados, y abre la puerta de golpe al salir.

—No la esperéis esta noche —les digo a Emmanuelle y Luna antes de cerrar la puerta tras de mí.

Anne golpea el suelo con el pie, como si fuera un tic nervioso. Al pasar a su lado, le rozo los hombros con la mano.

—De verdad, estás preciosa —insisto.

—No te burles de mí, ya he tenido suficiente por hoy —murmura mientras la guío hacia la puerta del coche y se la abro.

—No me estoy burlando —respondo al sentarme y ponerme el cinturón—. Estás deslumbrante.

—Pero si no llevo ninguna de tus ropas caras. ¡Esto es lo que me pongo siempre! —cruza los brazos.

Me inclino lo máximo que puedo en el asiento y me acerco a ella. Cojo la hebilla del cinturón y se lo paso por delante del cuerpo, sin apartar los ojos de los suyos. Anne siempre se pone nerviosa cuando me acerco tanto.

¿Y sabes qué? Yo también.

Y por eso lo repito, lo hago otra vez, insisto en acercarme. Pensé que ese impulso acabaría con el tiempo, pero no hace más que crecer, como una soprano que se prepara para alcanzar la nota más alta del aria.

—Entonces solo ponte tu ropa común cuando estés conmigo —comento mientras arranco el coche. Al principio conduzco yo, pero luego le doy las coordenadas para que el vehículo siga por sí solo.

—¿Qué espíritu es ese que se mete en tu coche y lo hace andar solo? —rompe el hielo, tras un minuto de silencio.

—El espíritu de la tecnología —respondo, de buen humor, y me vuelvo hacia ella—. Perdóname por no haber vuelto. Me surgieron unos imprevistos y estuve preparando una sorpresa para esta noche.

—Está bien —responde, mirando hacia otro lado.

—¿No quieres saber qué he preparado?

—No. Tú eres el maestro de las sorpresas, así que... sorpréndeme.

—Eso está hecho.

Capítulo 36

Anne Moore

A dónde me está llevando Kaleb es un misterio. Veo cómo los barrios glamurosos van quedando atrás y, más adelante, ya se vislumbra la playa, pero el coche sigue avanzando.

Ver la costa es sencillamente hermoso. La luna, grande y brillante, reflejándose en el agua, la gente paseando por allí, incluso a estas horas de la noche... Esta Miami parece otra, una donde reinan la paz, la seguridad y la tranquilidad.

Jamás se me ocurriría salir de casa a estas horas, y mucho menos para ir a la playa. Pero con Kaleb me siento más segura.

—¿Lista?

—No sé si lo estoy, pero quiero estarlo —suspiro, algo menos tensa que antes, y salgo del coche en cuanto él aparca—. ¿A dónde vamos?

—Ven conmigo —extiende la mano, y yo la tomo.

Caminamos por un puerto lujoso y no me lo puedo creer al ver tantos yates impresionantes.

—¿Después de traerme a la playa, tu plan es llevarme al mar? —me río.

—El plan siempre es ir más allá —se coloca detrás de mí y me sujeta por los hombros, empezando a girarme con suavidad—. Elige uno.

—¿Elegir qué?

—Un yate. Elige uno —me sigue girando lentamente para que pueda verlos todos. Aunque me pasara minutos caminando y mirando, probablemente no lograría verlos todos.

—¿Puede ser ese? —señalo uno blanco, espacioso, que parece increíblemente moderno.

—Excelente elección —dice, sacando el móvil del bolsillo y haciendo una llamada—. Un minuto.

—Tómate todos los que necesites —suspiro, acercándome al yate. Es precioso, y por lo que puedo ver al estirar un poco el cuello, es prácticamente un apartamento de lujo flotante.

Parece tener jacuzzi, un bar, tumbonas con cojines mullidos... así es exactamente como me imagino el sueño de princesa después de un día duro de trabajo.

—¿No vas a subir? —Kaleb guarda el móvil y señala el yate.

—¿Tienes la llave? —abro los ojos con sorpresa.

—De todos, por supuesto —extiende la mano otra vez, y yo vuelvo a tomarla—. Y también sé pilotarlo, aunque este es bastante moderno, como el coche.

—¿Hay algo que no sepas pilotar, Kaleb?

Se ríe mientras me guía al interior del yate cinco estrellas. Es casi tan grande como mi casa, y Kaleb me explica que aún hay más estancias en la parte inferior.

Entramos en la cabina de mando y Kaleb me enseña cómo funciona el piloto automático, tanto del coche como de esta embarcación. Se ríe mientras me coloca una gorra de capitán en la cabeza y guía mis manos al volante.

—¿Zarpamos?

—¿Estás segu...?

Pero apenas insinúo una duda, lo pone todo en marcha y, en cuestión de segundos, ya estamos en movimiento. Me agarro con fuerza al volante y empiezo a temblar. Aún así, escucho a mis espaldas sus risas, y también su respiración cálida, muy cerca de mi nuca.

—¿Te da miedo conducir?

—Nunca he llevado algo así —digo, angustiada. Intento mirar hacia atrás, pero empiezo a tensarme solo de pensar que, con cualquier descuido, podríamos chocar y hundirnos. En plan Titanic.

—Siempre hay una primera vez —como siempre, su voz suena firme y transmite seguridad.

Kaleb desliza sus manos por mis brazos hasta encontrar las mías. Las toma con suavidad y las mueve lentamente para que avancemos.

—Pero el mar... —siento que los labios me tiemblan—. El mar es lo desconocido...

—¿Y qué es la vida, sino navegar por un mar desconocido? —parece tener respuesta para todo.

Por los retrovisores puedo ver que la tierra firme se aleja. Nos estamos apartando lo suficiente como para provocarme un colapso... y, al mismo tiempo, flotar en medio de la inmensidad del agua y contemplar el cielo nocturno.

Pensaba que el cielo nocturno desde la playa era lo más bonito que había visto. Pero allí, en medio del agua, era aún más impresionante.

—Vamos fuera.

—¿Y quién se va a quedar pilotando esto? —pregunto, nerviosa.

—La tecnología hace su parte —me sujeta las manos y las aparta del volante—. Ven conmigo.

Salgo de la cabina de mando y me dirijo a la parte exterior del yate. Dejo las preocupaciones a un lado, aunque sea por un instante, camino hasta la proa y fijo la mirada en el cielo... el mar... las aguas moviéndose suavemente... todo es tan hermoso.

—Es bastante extraño, ¿no te parece? —Kaleb llama mi atención —. Una embarcación así, tan grande, con muebles y tanto peso... simplemente flotando sobre el agua.

—No es tan extraño. Alguna rama de la ciencia debe explicarlo perfectamente —respondo.

—Ciencia —se burla—. Esa palabra es bastante reciente, y su comprensión también. Hace doscientos años, la gente no tenía la misma noción de ciencia que tenemos ahora. —Se coloca a mi lado, contemplando el horizonte—. Pero alguien soñó con una embarcación capaz de mantenerse sobre el agua.

—Imagino que desde Egipto.

—Mucho antes... —Kaleb se vuelve hacia mí, con las manos apoyadas en la barandilla—. Alguien se atrevió a pensar: «¿por qué no?», cuando todo el mundo decía: «porque no». Una simple pregunta cambia todo. Igual que un sueño, un deseo, una fuerza que vive dentro de ti... puede cambiarlo todo.

Empiezo a asentir. Ya empiezo a comprender lo que quiere decir con esas palabras.

—Para quienes no pensaban salir jamás de tierra firme, un barco era una tontería. Una pérdida de tiempo, de esfuerzo y de sueños. Pero para quien imaginó y diseñó la primera embarcación, fue propósito, impulso... fue su huella en el mundo.

—¿Tú crees que cada uno de nosotros ha venido al mundo para hacer algo único, Kaleb?

—Creo que tienes derecho a tener tus sueños. Y aunque haya quien se burle de ellos, porque no los entiende, tú tienes que recordar que fuiste tú quien soñó. Y solo depende de ti hacerlos realidad.

—Qué bonito —rozo sus manos con mis dedos. Escuchar eso, después de un día tan agotador, fue como un bálsamo—. ¿Y cuál fue tu gran sueño, Kaleb? ¿Lo cumpliste?

—Mmm... —hace un gesto con los labios y luego se muerde el inferior—. Lo cumplí.

—¿Y puedes contármelo?

—¿Será buena idea? —empieza a rascarse la barba, luego se ríe y vuelve a mirar al horizonte—. Siempre quise tener una familia.

—¡Oh! ¿Eres huérfano? Yo no... perdón...

—No soy huérfano —me tranquiliza—. Pero siempre quise tener *mi* familia. Mi hijo. Mi mujer.

—Tu casa... —adivino.

—No necesitas gran cosa para tener una familia. Solo a las personas adecuadas. Lo demás se soluciona —me guiña un ojo.

—Para mí, sí que se necesita. Nací en una familia modesta, así que tener una casa es un lujo. Un lujo necesario para poder decir:

«pertenezco a este lugar».

Kaleb asiente, pero sigue riéndose.

—¿Qué es tan gracioso?

—Desde tu perspectiva, tienes razón, sí. Es importante sentir que se pertenece a algún lugar...

—Pero... ¿?

—Mira a tu alrededor —se aleja un poco y se coloca a mi otro lado—. Pertenecemos a todos los lugares, Anne. Y sobre todo, al desconocido. Es hacia allí adonde vamos desde el día en que nacemos.

—... hacia la muerte —supongo que es eso lo que quiere decir.

—Qué trágica eres. La muerte es la única certeza que tenemos en la vida, por supuesto. Pero lo demás... lo demás eres tú. Tus decisiones, tus aventuras, tus renuncias. No hay opción: el motor siempre está en marcha. Y aunque te quedes quieta, sigue consumiendo energía. Al final, puedes pertenecer a todos los lugares que quieras. Pero el desconocido siempre estará a tu alrededor.

—No sé si te entiendo, perdona.

—Volver con Samuel es lo más seguro. Sabes quién es, cómo es, qué hace. Y aunque te haga daño, hay algo en ti que dice que aún vale la pena intentarlo, porque dentro de nosotros hay un mecanismo biológico que nos hace temer lo desconocido. Y tú no sabes quién eres sin él.

—Ya...

—Yo no creo que lo eches de menos.

—¿No? —alzo una ceja.

—Echas de menos que él te desee —Kaleb empieza a caminar a mi alrededor—. Echas de menos los momentos felices que viviste con él. También ese cosquilleo en el estómago que te provocaba y la tensión al esperar respuestas que nunca llegaban. Echas de menos sentirte especial cuando estabas con él. Y también dormir pensando en él.

Suelto un suspiro largo.

Sí. En el fondo, es más o menos eso.

—Pero no es a él, Anne —Kaleb me toma de las manos.

¿Entonces quién es? ¿Tú? Porque contigo también me siento así... sobre todo en estas últimas semanas...

—Eres tú —dice, muy cerca de mis labios—. Echas de menos a la Anne que puede ser deseada. A la Anne que tiene momentos felices. Echas de menos esa Anne que siente mariposas en el estómago y la tensión de esperar lo que la vida tiene que decirle. Tú, Anne, echas de menos sentirte especial. Y dormir pensando que mañana va a ser jodidamente increíble.

Solo pude parpadear mientras lo escuchaba decir todo eso. Me faltaban palabras en el vocabulario.

—Y ahora que sabes conducir... hacia lo desconocido —Kaleb acaricia mi cintura con ese toque, con esa forma de sujetarme que hace que nuestros cuerpos parezcan imanes, atrayéndose inevitablemente—. Puedes volver a sentir todo eso. Por quien tú quieras, incluso por él, pero sobre todo...

¿Por ti, Kaleb?

—Por ti misma, Annelise —dice con tanta ternura que, por primera vez en la vida, no me molesta que pronuncien mi nombre así.

Y sin saber muy bien qué decir ni cómo decirlo, lo agarro del cuello y lo beso como si lo necesitara para respirar.

Y con el suave vaivén del agua... empezamos a desnudarnos.

Capítulo 37

Anne Moore

A medida que nuestro beso se hacía cada vez más intenso, Kaleb guió nuestros cuerpos unos pasos hasta la jacuzzi.

Nuestra ropa ya había quedado esparcida como un rastro desde que empezamos a desnudarnos, y mientras la bañera se llenaba, Kaleb me colmaba de besos. Sus labios eran meticulosos al succionar los míos, y su lengua, al pasearse por mi boca, me provocaba más escalofríos que la brisa nocturna.

El ambiente era deliciosamente cálido y, al fin, el día iba a terminar de la mejor manera posible.

Al entrar en la bañera, no pude ocultar el placer de sentir el agua templada relajando mi cuerpo. Los chorros, desde luego, estaban colocados con esmero.

Pero más allá del agua y de los jets, estaban las manos hábiles de Kaleb sobre mí, recorriéndome con las yemas de los dedos al subir y masajeando con intensidad al bajar, como si me arrancara el peso del día.

Primero empezó por el cuello, erizándome la piel desde el primer momento. Con pellizcos suaves y apretones calculados, Kaleb logró dejarme electrizada, y antes de darme cuenta, ya estaba en su regazo, ronroneando.

Al sentir la presión de sus puños en mi espalda mientras el agua me lamía la piel con fuerza, escaparon de mí gemidos ahogados y comencé a acariciarlo también.

Había olvidado lo duro y a la vez suave que era su cuerpo.

Mentira. No había olvidado nada.

Me tumbé de espaldas, solo con la cabeza fuera del agua y las manos agarradas a los bordes de la bañera, el cuerpo casi flotando. Kaleb se colocó sobre mí y me abrazó con tal fuerza que algo hirvió dentro de mí.

—Esto es tan placentero y relajante —susurré.

Con besos lentos, ascendió desde mi coxis, siguiendo la línea de mi columna, su barba despertando en mí nuevas sensaciones y escalofríos, hasta llegar a mi nuca.

—¿Te está gustando el masaje? —provocó en mi oído.

Este maldito sabe que cada uno de sus actos es perfecto, y encima lo pregunta y se ríe en voz baja.

Sus manos se volvieron aún más atrevidas. Rodearon mi cintura, ascendieron por mi vientre, alcanzaron mis pechos y los acariciaron con lentitud. Los pellizcó entre sus dedos de un modo que me excitaba y a la vez me relajaba.

Sentí su lengua en mi espalda, depositando besos en algunos lugares, pero seguía descendiendo.

En un instante, su tacto aumentó de intensidad. Subió por mis piernas hasta quedar entre ellas, y entonces su lengua recorrió mis nalgas, dejando un chupón prolongado antes de posar sus labios sobre los míos.

Sus dedos me abrieron con meticulosidad, y con el pulgar ejecutó aquella magia profana capaz de arrancarme el aliento y un poco de cordura.

—Puedes ir más rápido, si quieres.

Su boca avanzó, y su beso me succionó con cuidado. Su mano, que me mantenía arqueada, apretó mi trasero mientras su lengua rodeaba mi coño, obligándome a agarrarme a los bordes de la bañera y a clavar la mirada en el paisaje nocturno en busca de aire.

Necesitaba respirar.

Igual que necesitaba que estuviera dentro de mí. Pero a Kaleb le gusta jugar conmigo, y su boca sabe sacarme de mis casillas como nada en mi vida. Y su pulgar es hábil de una manera que nunca antes había experimentado.

Siento que mi cuerpo tiembla, y eso que ni siquiera ha empezado.

Dividida entre los espasmos y el esfuerzo por mantenerme quieta, me sacó de mi zona de confort y me giró por completo, apoyando mi espalda contra la pared de la bañera.

Alzó mis piernas, las posó sobre sus hombros y pasó su barba por el interior de mis muslos, haciéndome arquear el cuello y pedir más.

—Eres una delicia. —Sonríe con esa sonrisa de canalla que le define.

No sé qué responderle aparte de: «Gracias, repite cuando quieras».

Me guiña un ojo y comienza a besar el contorno de mis labios. Antes de que pueda prepararme, vuelve a lamer mi punto más sensible. Cuando mi cuerpo reacciona, él sabe que es el momento. Presiona su pulgar hasta que me abro naturalmente —estoy empapada, loca por tenerlo dentro—.

Pero a Kaleb le encanta torturarme. Observa cómo cierro los ojos, estiro el cuello, casi grito...

Y se ríe. Porque se lo está pasando en grande. Porque adora ser el director de este espectáculo. Y vaya si lo es.

De pronto, avanza hacia mí y nuestros labios se rozan un instante.

Siento su mano firme en mi cuello mientras sus dedos acarician mis labios.

—Ábreme la boca, cariño —ordena.

¿Cómo negarme?

Chupo su dedo índice sin apartar la vista de él. Estoy nerviosa, como la primera vez, temiendo hacer el ridículo. Pero por cómo me mira... creo que lo estoy haciendo bien.

—Sí, déjalo bien empapado... porque voy a usarlo contigo —susurra al oído, obligándome a chupar ese dedo con más fuerza.

Cuando Kaleb está satisfecho —pero aún no ha saciado su diversión—, desciende de nuevo y no tarda en penetrarme con el índice.

Mientras lo siento dentro, su lengua explora mi interior. Esta vez no me aferro al borde de la bañera, sino a su pelo.

Es bueno. Sabe lo que hace. Y la vista del cielo estrellado aquí arriba lo mejora todo: me siento en las nubes.

Kaleb interpreta mis gemidos. Sabe hasta dónde llegar con sus dedos, pero su lengua avanza sin piedad, volviéndome loca.

—Te quiero —dice cuando encuentra un respiro.

Y al decirlo, clava dos dedos y vuelve a lamer alrededor.

—Estoy lista —es mi respuesta.

Ardo, lateo por él. Necesito que esté dentro, que me lleve más alto. Hacia lo desconocido.

Retira los dedos y comienza a masajearme con lentitud, una vibración exquisita que, unida a su mirada, me hace ver las estrellas. Literalmente.

Y, como el cabrón que es, acelera el ritmo mientras me mira con arrogancia. La sensación me descontrola, pierdo el dominio de mis piernas y las muevo torpemente, hasta que noto que estoy a punto de gritar.

Kaleb me atrae hacia su regazo y nuestro encaje es arrebatador.

Siento el glande hinchado frotarse contra mi pelvis, todo su miembro en contacto con mi piel. Con solo rozarme, ya estoy al borde.

—Tienes una mirada que enamora —dice mientras me alza como si pesara nada.

—Serán las estrellas —logro articular.

—No, cariño. —Ríe—. Tú eres la estrella.

Ya estoy perdida. Es como si mi cerebro se apagara poco a poco, ocupado solo por el sonido del mar, la luz de la luna y las manos de Kaleb.

Es cuidadoso y atento. Penetra en mí con lentitud hasta que me acomodo... y no tardo mucho.

Solo de sentir su glande palpitar y su polla latir, me vuelvo aún más loca. Para colmo, los chorros de agua caliente me masajean por todos lados. Estoy en el paraíso.

El abrazo con el que me atrae en cuanto nuestros cuerpos se conectan, mientras lo siento avanzar dentro de mí. Es tan delicioso que necesito saborear cada segundo.

Es como si mi cuerpo reconociera el suyo, y no tardamos en encontrar un ritmo sensual, casi girando en la bañera, sintiendo el placer que nos damos mutuamente.

Kaleb me apoya contra un rincón y su boca asciende por mi vientre bajo, obligándome a estremecerme. Las embestidas se intensifican en cuanto nota que estoy relajada, y él es un maestro en este arte.

El rastro de su boca deja un escalofrío en mi vientre y un ardor en todas mis zonas erógenas. Sus labios rodean mis pezones con lentitud hasta que su boca los cubre por completo. Succióna con una fuerza que me hace derretirme de deseo.

—Eres mala —dice.

—¿Mala?

—Juegas con mi cabeza —murmura mientras su barba roza mi cuello y hombro, luego sube hasta la nuca, hasta que nuestros ojos se encuentran.

—Tú también juegas con la mía —arqueo el hombro y lo relajo.

Y lo peor es que sí lo hace. No solo con mi cabeza, sino con todo mi cuerpo.

Con una palmada en el culo y mi cuerpo arqueado hacia él, Kaleb me devora con la mirada, como si fuera su espectáculo privado.

Le encanta oírme gemir y sentir mis espasmos. ¿Y cómo no iba a tenerlos? Me penetra de un modo único, masajea mi cuerpo con sus manos y me abraza hasta que su fragancia impregna el momento y mi piel conserva un rastro de su sabor.

Usa ambas manos para separar mis nalgas y me hace sentir toda su presión. Se divierte cuando saca su polla de mí y frota el glande entre mis labios, como antes hizo con sus dedos. Masajea mi punto más sensible hasta que casi escalo por las paredes, por el techo del yate, hacia el cielo, el infinito y más allá.

Se levanta y me gira de nuevo, de espaldas a él, me inclina hacia adelante y me empuja el culo, clavándoseme con más voracidad esta vez.

Sujeta mis brazos tras la espalda con una mano y sostiene mi peso con la otra.

Me obliga a cumplir con mi único deber: sentir placer. Sentirlo dentro de mí hasta que mis nalgas chocan contra su pelvis, para luego alejarme y repetir el movimiento una y otra vez.

Soy tentada, tocada y transformada. Mis gemidos y el placer se vuelven abrumadores, y siento esa extraña sensación que experimenté por primera vez en casa de mi vecino.

Mi cuerpo se entumece y se ralentiza, mi cabeza ha desconectado por completo, sin duda.

Y aún así sigo sintiéndolo dentro de mí, su polla avanza en mi carne, palpitando en un ritmo potente y placentero.

Hasta que me eleva a las nubes.

*

Kaleb enjabona mi cuerpo y me sorprende al echar un líquido al agua que crea espuma y burbujas. Me parece algo peculiar y divertido.

Los dos nos recostamos en el agua caliente, disfrutando del brillo del mar y el movimiento de las nubes.

—¿Cuánto hace que no ves a tu familia, Anne?

—Demasiado tempo —suspiro.

No me enorgullezco de ello. La verdad es que echo mucho de menos a mi madre, mi abuela y mis hermanos. Pero el trabajo me retiene aquí.

Nadie dijo que sería fácil ser tu propia jefa. Y eso significa, al principio de la carrera, trabajar todos los días, especialmente cuando

los demás descansan: fines de semana y festivos... precisamente cuando más trabajo hay.

—¿Por qué?

—Ya sé, solo son tres horas de avión —explico al ver su expresión —. Pero las chicas me necesitan aquí. Y yo las necesito a ellas.

—¿No te tomas días libres?

—¿Días libres? —No puedo evitar reír—. La única vez que me tomé un descanso fue hace poco, para quedarme viendo us... —corto en seco lo que iba a decir y vuelvo a mirar al cielo—. ¿Por qué lo preguntas? —le devuelvo la pregunta.

—Ah, es que quiero ir a buscar a Nicolas a Nueva York. Quizá llevarle al parque para demostrarle que en Nueva York también hay hormigas.

—¡Dios mío! ¡En mi casa había un montón! —Empiezo a reír.

—Podrías venir conmigo. Iremos y volveremos como mucho al día siguiente. ¿Qué te parece?

—¿Durante esta semana de la boda? Kaleb, no creo que pueda...

—¿No sobrevivirán un día sin ti?

—¿Estás bromeando? ¡Si desaparezco media hora se vuelven locos!

Kaleb me masajea los hombros después de acomodarme en su regazo y reclina la cabeza hacia atrás.

—Si cambias de opinión, avísame y te compro el billete.

Capítulo 38

Kaleb Petterson

Por desgracia, Anne no pudo acompañarme en el viaje a Nueva York. Fue una pena. Me habría encantado que pudiera reencontrarse con su familia, aunque fuera por poco tiempo.

Nada más aterrizar el avión, me dirigí directamente a la *Trojan Horse Security*, la mítica empresa fundada por Ethan Evans, que ahora está en manos del CEO Anthony Mitchell, un tipo increíblemente brillante y hábil, que ha llevado la compañía un paso más allá al incorporar la robótica a su catálogo de servicios.

En cuanto el coche entra en una de las avenidas más bulliciosas del distrito financiero, diviso un edificio recubierto con un material espejado que refleja todo lo que hay a su alrededor. Desde fuera ya impone. Pero es al entrar cuando realmente se percibe la magnitud del lugar: paredes de cristal, diseño futurista.

Esto no es solo la sede de la empresa de Ethan. Es también su hogar. Él y su familia viven en una espectacular mansión subterránea, con accesos secretos que se conectan con toda la ciudad.

Ajusto el abrigo sobre los hombros, protegiéndome del frío, y camino hacia el ascensor privado, reservado únicamente para la familia. No necesito mostrar ninguna identificación. Me reconocen al instante y me permiten el acceso.

A los pocos segundos, dos personas más entran conmigo.

—¿Anthony? —pregunto, señalando al hombre de ojos intensamente azules y expresión impasible—. Te has dejado el pelo largo. Te queda bien.

Anthony me estrecha la mano, sin llegar a esbozar una sonrisa. Siempre mantiene esa expresión seria y hermética.

—El tío Ethan me dijo que vendrías hoy, así que estuve atento para recibirte. ¿Tendrás tiempo de ver los proyectos en los que estamos trabajando? —Anthony va al grano. No solo es un genio de la robótica; también es directo, un negociador nato y un profesional en toda regla.

—Sí, claro. En realidad, si me sobra algo de tiempo después de visitar a tu madre, quiero verlo todo —respondo, saludándole con un gesto de cabeza antes de volverme hacia la otra persona.

Es una chica. De rostro delicado, piel de porcelana y una melena negra que cae en rizos perfectos. Pero lo que realmente me llama la atención son sus ojos: uno es verde y el otro azul.

—Ella es Victória Leão —dice Anthony, presentándola con un leve matiz de tensión en la voz—. Imagino que esperabas encontrarte con Maria Eduarda Dourado hoy, pero Victória es la futura CEO de LEÃO&DOURADO. Ha asumido el liderazgo en la gestión de la empresa.

—Señorita Leão —le estrecho la mano con cortesía.

—¿Se quedará mucho tiempo con nosotros, señor Petterson? Me gustaría revisar algunos detalles del acuerdo con L&D.

—Solo estaré por hoy. Debo regresar a Miami, pero podemos hablar durante la cena, o incluso por videollamada más adelante, sin problema.

Victória asiente, se pasa una mano por el cabello y lanza una mirada de reojo a Anthony. Él hace lo mismo. La tensión entre ellos es tan palpable que siento que acabo de meterme de lleno en un duelo del salvaje oeste.

—Parecéis... tensos —comento, rascándome la punta de la nariz.

—No —responden ambos al unísono, mirándose fijamente. Casi puedo ver los rayos láser saliendo de sus ojos.

—Es que tuvimos... bueno... un par de malentendidos —intenta explicar Anthony, aunque no se le da demasiado bien.

—Yo no he malinterpretado nada —replica Victória con voz calmada y segura—. He venido a hacer mi trabajo. Y eso es lo que estoy haciendo —añade encogiéndose de hombros—. Pero hay quien no pone suficiente atención.

—¿Falta de atención? Soy extremadamente atento —gruñe Anthony, fulminándola con la mirada.

—Demasiado atento, diría yo. —Victória me lanza una sonrisa ladeada—. Tanto que, si no tienes cuidado, te acaba quitando la ropa… por pura cortesía —añade con tono provocador.

—No me detuviste y lo disfrutaste —espeta él, entre dientes.

Vale... ¿qué demonios está pasando aquí?

—Me pillaste por sorpresa y decidí seguirte el juego. Teníamos asuntos que tratar y pensé que esa era tu forma... peculiar de abordarlos —responde ella, girando la cabeza con sutileza.

—Tenía una cita ese día con una escort. Tú apareciste sin avisar, no dijiste a qué venías, así que resolví mis propios «asuntos». Lo siento —dice él, cruzándose de brazos.

—Aceptadas tus disculpas —replica ella, haciendo lo mismo.

—Creedme cuando os digo esto... —Paso un brazo por el hombro de cada uno, acercándolos un poco—. En el reino animal existe la danza del cortejo. Y nosotros, mis queridos amigos... tenemos esto.

—¿Eso qué? —preguntan los dos a la vez, furiosos.

—Exactamente eso. —Les doy unas palmaditas en la espalda—. Haced lo que tengáis que hacer, pero, por favor... buscad una habitación.

Salvado por la campana —o más bien, por el ascensor—, veo cómo se abren las puertas y sigo mi camino, dejándolos atrás discutiendo acaloradamente sobre habitaciones o lo que sea.

A diferencia de la parte superior de la empresa, el subsuelo tiene paredes normales, así que camino por el pasillo sin ver quién está en cada sala. Y justo antes de llegar al salón, me intercepta Beatriz Mitchell.

—¡Dra. Mitchell! Qué alegría verla. Estoy deseando escuchar su opinión.

—Hola, Kaleb. ¿Qué tal el viaje?

—Ya estoy acostumbrado a estos viajes relámpago entre Miami y Nueva York, así que bien.

—¡Perfecto! —Beatriz ajusta las gafas de montura dorada y señala una puerta a la izquierda—. Nicolas está con Noah y Allen en el salón, así que podemos hablar tranquilamente aquí.

—Claro. —La sigo hasta la sala de juegos, donde lo primero que veo es una mesa de billar y varios dispositivos de videojuegos retro.

Beatriz alisa su falda blanca antes de sentarse en el sillón y coloca las manos sobre el regazo. Saca un móvil grande y empieza a abrir archivos, probablemente buscando sus notas.

Yo me acomodo en el sillón negro frente a ella y observo la habitación, llena de reliquias.

—Antes que nada, estoy feliz y sorprendida de ver cuánto ha avanzado Nicolas.

—Yo también —respondo sin dudar.

—Al principio tenía dificultades para hablar, y luego para pronunciar bien las palabras, pero desde que descubrimos qué es lo que realmente le interesa, hemos podido trabajar en torno a eso. Debo felicitarte, Kaleb. Me sorprende mucho que lo hayas hecho tú solo.

—Eres madre, seguro que lo entiendes —digo, cruzando las piernas—. No quería perderme ningún momento de su vida, ¿sabes? Lo vi caminar por primera vez. Y con el tiempo aprendí a reconocer qué significaba cada gesto, cada sonido que hacía… y al principio me preocupaba que Nicolas nunca llegara a hablar...

—Tu próxima misión será conseguir que se calle un rato —bromea, riendo, y me hace reír también.

Beatriz me tiende el móvil para que vea sus anotaciones.

—Estas últimas semanas hemos estado trabajando con Nicolas la empatía: enseñarle a interesarse y a mostrar que le importa el mundo que le rodea. Y lo hace. Solo que tiene intereses muy concretos. Ahora que ya ha dado ese paso, necesito que trabajes

con él en identificar sus propios sentimientos, necesidades y deseos. Le he pedido que empiece a decir directamente lo que quiere.

—Ajá.

—Esto te va a facilitar mucho las cosas. Ya no necesitarás estar las 24 horas pendiente de sus señales para adivinar si tiene dolor, hambre, miedo o alguna necesidad. Nicolas está aprendiendo que necesita comunicarse abiertamente con las personas.

—¿Y justo ahora que ya me estaba volviendo un experto en expresiones faciales y gestos? —bromeo.

—Seguirás aprendiendo sobre eso —sonríe—, pero será muy positivo, tanto para él como para vuestra relación, que se comuniquen con franqueza. Nicolas está comprendiendo que la empatía es una vía de doble sentido: cuando se preocupa por los demás, los demás también se preocupan por él. Y lo que necesita asimilar ahora es que tiene que expresar lo que piensa. Por supuesto, solo lo que sea importante compartir. Hay cosas que no hace falta decir, y confío en que tú le ayudes a distinguirlo.

—Por supuesto.

—Dicho esto, Nicolas ha progresado mucho y me alegra ver que los dos estáis en sintonía.

—Escuchar eso significa muchísimo para mí. Gracias.

Le devuelvo el móvil a Beatriz.

—¿Tú crees que… algún día Nicolas podrá tener una vida normal? —pregunto.

—¿Y quién de nosotros tiene una vida normal? —responde riendo.

Visto así...

—Nicolas no es distinto a los demás. Todos vivimos, construimos y nos comunicamos según nuestros gustos. La diferencia es que tenemos muchos gustos y nos comunicamos deprisa, que es, al fin y al cabo, lo que exige este mundo moderno.

—Sí —asiento, dándole la razón a la terapeuta de mi hijo.

—Hasta ahora solo hemos descubierto un gusto claro en Nicolas: las hormigas. Y solo con eso, ha aprendido un montón de palabras.

¿Sabías que sabe decir «hormiga» en veinte idiomas?

—¿En serio? —Junto las manos y me inclino hacia adelante.

—Le pedí a Noah que investigara cuentos sobre hormigas en distintos idiomas y acabó comprando varios libros ilustrados en diez lenguas diferentes. Créeme, Nicolas tiene cinco años y me atrevería a decir que en menos de tres meses sabrá cada palabra de esos libros. ¿Entiendes a dónde quiero llegar?

—Creo que sí.

—Nicolas tiene su propio ritmo y su propio espacio, Kaleb. Está deseando conocer el mundo, pero para que eso le resulte atractivo, se concentra en las hormigas. Puede que ahora sea su único interés… o puede que acabes descubriendo cinco, diez, cien o mil otros. Lo importante es que trabajes a partir de ese tema. Porque es lo que realmente capta su atención. Y desde ahí puedes expandirlo todo: vocabulario, conocimientos, normas sociales y de etiqueta, valores, principios...

—Lo entiendo. Todo tiene mucho más sentido ahora. Gracias.

—En Brasil hubo un pedagogo llamado Paulo Freire. Su método es muy reconocido, especialmente en algunos países de Europa. Básicamente, lo que podemos aplicar con Nicolas es su idea de que la alfabetización y el aprendizaje parten del interés personal. Freire enseñaba a albañiles a leer y escribir, por ejemplo, motivándolos con palabras relacionadas con su día a día: ladrillo, cemento, alambre, piedra, arena… ¿entiendes?

Asiento de inmediato.

—Hoy en día, sobre todo, cuando estamos saturados de información —verídica y dudosa—, acabamos enfocándonos solo en lo que de verdad nos interesa. Y es una suerte que hayamos descubierto que a Nicolas le fascinan las hormigas. Que entiende el concepto de colonia, cooperación, esfuerzo, dedicación, trabajo, unión...

—Sí, lo capto. Suena genial.

—Mi pronóstico es que Nicolas ya está preparado para aprender a leer y escribir, así que te recomendaría buscar a alguien que utilice el

método de Freire. Y luego… conocerá a más niños en infantil. Pasará a primaria, después al instituto... ¡y acabará en Harvard estudiando hormigas! —dice, levantando la mano en señal de victoria.

Y yo hago lo mismo, con una sonrisa enorme.

—¡Eso es!

—La parte más difícil de todo esto —añade Beatriz con un tono más serio— es que Nicolas, muy probablemente, no cumplirá con las expectativas que tú tienes para él. Lo que tú deseas para su futuro puede que no signifique nada para él. Para su desarrollo, es fundamental que le permitas descubrir sus propios intereses y que los siga. Siempre, claro está, con tu guía, asegurándote de que no corra riesgos, de que no se vuelva demasiado vulnerable y de que su camino, aunque único, sea seguro.

—Puedo hacer eso con total tranquilidad.

—¡Perfecto! ¿Entonces nos vemos dentro de un mes? Estoy deseando ver cómo sigue progresando Nicolas.

—Yo también —respondo, poniéndome en pie y estrechándole la mano.

—¡Ah, una cosa más! —dice Beatriz antes de que salgamos—. Nicolas me contó que se sintió bien al ver que habías hecho una nueva amiga, llamada Anne.

—Ah, sí... creo que los dos nos sentimos bien con eso...

—Me lo imagino. Ya es un gran paso que Nicolas se sienta cómodo con los primos que ha conocido aquí, en Nueva York. Es lo más parecido que tiene a una referencia familiar, y sinceramente, me siento muy honrada —dice, llevándose la mano al pecho—. Y también se sintió cómodo al ver que te acercabas a Anne… primero, claro, porque le gustan las hormigas.

—Sí... tuvimos un pequeño incidente con ellas —me rasco la cabeza.

—Sí… y también porque ella es guapa, y lo más importante: no es Vincent.

—Gracias a Dios que no es Vincent —hago una mueca exagerada.

—En esta nueva etapa en la que vais a trabajar las emociones, los deseos y las necesidades de Nicolas, quizás sea importante recordarle que, al igual que las hormigas, nosotros también necesitamos tener amigos cerca para sentirnos bien. Y enseñarle cómo conocer gente… cómo saludar… cómo preguntar por sus intereses… y también cómo expresar los suyos propios...

—El mes que viene volveremos con muchas novedades para ti, lo prometo.

—Eso espero. Y mi sugerencia es que Anne participe con vosotros en algunos de esos momentos. Es natural que Nicolas quiera expresarse primero contigo, su padre. Y también con nosotros, su familia. Pero desde ya conviene que también lo haga con personas con las que haya sentido afinidad. Quién sabe si en uno de esos momentos no descubre otro interés. ¡Sería un gran avance!

Antes de conocer a la Dra. Beatriz Mitchell, me sentía bastante inseguro respecto a cómo lidiar con Nicolas. Él era un completo misterio para mí.

Pero ella lo hizo todo mucho más fácil. No solo ayudó a mi hijo, también me ayudó a entender cómo cuidarlo, cómo acompañarlo... y, en cierto modo, cómo vivir.

Fue duro escuchar que ya no pertenecía a mi familia original por haber decidido que mi trabajo a tiempo completo sería cuidar de mi pequeño.

Pero gané otra familia a cambio. Una que no solo me apoyó y me sostuvo, sino que también amó a Nicolas y lo acogió como propio.

—Voy a poner todo esto en práctica. Nos vemos el mes que viene —me despido de ella y vuelvo al pasillo.

Me dirijo al salón, donde encuentro a Nicolas con Ethan Evans. El robot con forma de hormiga está entre los dos.

—¡Mirad quién ha llegado! —anuncio al entrar.

Nicolas no se gira, sigue observando la hormiga con atención, visiblemente entusiasmado:

—…construyen casas bajo tierra para sentirse cómodas. Hacen muchos túneles. Y cuando ellas...

Lo dejo concentrado en lo suyo y me coloco al lado de Ethan.

—Muchas gracias por cuidar de él —le digo, apoyando la mano sobre su hombro.

—Estoy a punto de secuestrarlo. Ese niño es el mayor experto en hormigas que he visto en mi vida.

—Me lo imagino. Espero que no te haya dado mucha guerra.

—¡Por favor! —Ethan me agarra del brazo—. Un niño que no da guerra... ¡es un niño que no está disfrutando de la vida!

Cuando Nicolas termina de hablar, hay un breve silencio. Entonces, el robot responde a todo lo que ha dicho, añadiendo información, datos científicos explicados de forma sencilla y sugerencias sobre cómo seguir aprendiendo sobre ese tema.

—¡Hola, campeón! ¡He venido a recogerte!

—Ya te vi —dice Nicolas, levantando el regalo que tiene en las manos para enseñármelo.

—¡Qué bonito! ¡Me encanta tu regalo! ¿Y tú, cómo estás?

—Sentado.

Capítulo 39

Anne Moore

Samuel y Sabrina, la parejita feliz y encantadora, están ensayando su entrada triunfal al salón de fiestas y los puntos donde tendrán que posar para las fotos.

El lugar ya está decorado por completo y las flores que ocupan los grandes jarrones dorados y de porcelana pintada serán sustituidas el día de la boda. Parece que tienen buena sintonía, para mi completo disgusto.

Mientras doy indicaciones a los camareros sobre cómo servir las mesas y atender a los invitados el día del evento, me doy cuenta de que Samuel no aparta los ojos de mí.

Entre cada destello de la cámara y cada pose, sus ojos buscan los míos.

Cuando termino de coordinar al equipo, regreso a la cocina y ayudo en lo que puedo para que la cena esté lista cuanto antes. Y ahí viene él, siguiéndome, justo cuando todos salen del salón.

—¿Te estás divirtiendo? —pregunta Samuel, cruzado de brazos, acercándose a mí con paso lento.

—Estoy trabajando. No es lo mismo.

—¿Has pensado en lo que te dije? —Se apoya en mí, casi rozándome, pero sin tocarme, porque hay gente observando. También habla en voz baja.

—¿Qué hay que pensar sobre eso?

Samuel suelta una risa baja y acerca su nariz a mi nuca. Sube lentamente el rostro hasta alcanzar mi oído.

—Estás increíblemente guapa, Anne.

—Gracias. Y ahora, si no te importa, tú deberías seguir ensayando para no hacer el ridículo en tu boda, y yo necesito terminar de preparar la comida para que toda esta gente esté llena y contenta. —Lo empujo y me alejo hacia otra encimera.

El muy cabrón, hijo de su madre, me sigue.

—No quería que esto fuera así.

¿Y cómo querías que fuera, idiota?

—¿Cuándo pensabas decirme que te ibas a casar? —suelto un suspiro y empiezo a hacer cosas al azar, solo para disimular lo mucho que me afecta.

—Si no te lo dije, es porque no era importante.

—Sí que lo era —me giro de pronto con un cuchillo en la mano.

Lo bajo con calma, lo dejo sobre la encimera y cruzo los brazos.

—Me engañaste, Samuel. Me convertiste en «la otra» cuando yo creía ser «la única». Pensé que de verdad sentías algo por mí, pero ahora me pregunto si solo fui una broma para ti.

Samuel asiente y me mira con una serenidad que, por un instante, parece incluso abatimiento.

—Debería habértelo contado.

—Sí, deberías. Habría sido lo justo para ti, para tu prometida y para mí.

—Pero es imposible alejarme de ti —susurra, acercándose peligrosamente, con el rostro a escasos centímetros del mío—. Estar contigo me hace sentir vivo. Y me gusta la persona que soy cuando estoy contigo.

—Métete tus frases de mierda, copiadas de algún blog barato de autoayuda, por el culo, gilipollas —dice Emmanuelle, mientras le presiona la chaqueta con una sartén bien caliente. Samuel grita de dolor y se aparta de golpe.

—¡Me has quemado! —vocifera, quitándose el saco con torpeza.

—Si no quieres quemarte, ¡no entres en la cocina, joder! —responde Emmanuelle con una calma que me deja hipnotizada—. Y vete a recitar tus frases recicladas al recital del «a nadie le importa» —añade, dejando la sartén con fuerza sobre la encimera.

—Eres mi heroína —le susurro.

—¡Voy a denunciar esto! ¡Y os van a despedir! —Samuel se lanza hacia ella.

Pero mi amiga carnívora, mi Emmanuelle imparable, le agarra con firmeza los huevos y aprieta, haciendo que él casi se derrumbe.

—Tú cuentas tu versión, y yo la mía. Con la grabación de tu voz —le espeta—. ¿Te crees que me das miedo, payaso? Sangro una vez al mes, imbécil. ¡No me asusta cualquier cosa!

El novio —también conocido como mi ex imbécil, cretino y desgraciado— se marcha lo más rápido que puede, lo cual, dadas las circunstancias, significa con las piernas muy juntas, el cuerpo encorvado hacia adelante y un brazo agitándose sin control.

—Gracias por venir. Kaleb no ha podido estar hoy porque fue a Nueva York a buscar a Nicolas. Y no sé qué habría hecho sin ti...

—Por favor —responde con una sonrisa y un leve movimiento de hombros—. La Navidad es mi época favorita porque me encanta partir nueces. Y esto ha sido mi regalo adelantado —me abraza y me dice lo que más necesitaba oír—: ¡Todo va a estar bien!

Eso espero.

Aunque sé que Samuel solo está intentando acorralarme y borrar cada uno de mis pasos, sus palabras todavía remueven algo dentro de mí. Aunque, como dijo Emmanuelle, sean falsas.

—¡Venga ya! ¡Que esta cena no se va a preparar sola! —me suelta y empieza a golpear la encimera con el rodillo de amasar.

Kaleb Petterson

—¿Y cómo va tu vida en Miami? —me pregunta Valentina Evans, la esposa de Ethan, mientras me sirve una taza de té.

—Nunca pensé que volvería a vivir allí. Porque me gusta Nueva York, pero… en Miami me siento en casa. Me encanta el clima, la gente, las playas… Todos estos rascacielos me fascinan, pero cuando vengo aquí es cuando tengo la mejor vista de la ciudad —siento que debo señalarlo.

—Y ciertamente puedes tener la mejor vista de la ciudad siempre que quieras —añade Ethan. Y cuando Valentina se sienta a su lado, él le toma la mano y la atrae con suavidad hacia sí.

—Sí. Pero mi corazón no parece estar aquí.

—«Donde esté tu tesoro, allí estará también tu corazón» —dice Ethan, alzando ligeramente el rostro hacia arriba—. ¿Qué hay en Miami tan valioso, Kaleb?

Necesito reflexionar un momento sobre eso, pero no encuentro una respuesta clara. Y quizá precisamente por no tenerla, sé lo que significa.

—¿Cómo sabes que amas a alguien? —respondo con otra pregunta.

Valentina alza una ceja y Ethan baja la cabeza, moviendo los labios de un lado al otro, pensativo.

—Por más que busques respuestas… nunca hay una definitiva. Al final, te aferras a momentos, gestos o rasgos que te llevaron a sentir cariño, empatía… y tal vez amor. Pero no necesariamente amas por esas razones.

—Te entiendo —dice Valentina, con sinceridad.

—Miami me da lo mejor y lo peor. Me hiere y me sana. Me da miedo y me da valor. Ahora que estoy menos perdido y sé lo que quiero en la vida, puedo enfrentar cualquier cosa. Incluso los

peligros de vivir allí. Incluso que mi padre intente quitarme la custodia de Nicolas.

—Estás enamorado —dice Ethan finalmente, tras una larga pausa de silencio y análisis.

—¿Eso crees? —doy un sorbo al té de manzana con canela.

—El amor es algo hermoso y terrible. Saca de nosotros lo mejor… y también lo peor. —Ajusta las gafas sobre el rostro y toma su taza —. Quien busca el amor solo en lo bonito, no busca amor. Busca ilusión, apariencia, la foto de lo que parece ser amor… y no su realidad.

Así es, justamente así me sentía en esta etapa de mi vida.

—Amar es lanzarse de cabeza al vacío y sentir que te ahogas. Y descubrir, en el último segundo, que sabes nadar. El amor te deja vulnerable, expuesto a los depredadores más temibles… pero también frente al mayor tesoro que un ser humano puede alcanzar en vida.

—¿Y cuál sería ese tesoro?

—Conocerse a uno mismo —responde Ethan, antes de volver a beber su té.

—Tienes una visión muy interesante del amor, tío Ethan.

Ethan agradece con un leve gesto de cabeza.

—Soy observador porque soy ciego, y necesito comprender el mundo que me rodea. Tú eres observador porque necesitas comprender a tu hijo. Y, entre todo eso, a veces aparece alguien que merece toda nuestra atención. Alguien a quien observar muy de cerca.

—Se llama Anne —confieso.

—Buen nombre para una rompecorazones —comenta con una sonrisa.

No puedo evitar reírme. Ethan termina su té y rodea a su esposa con el brazo.

—Las mejores siempre tienen nombre de rompecorazones.

Capítulo 40

Anne Moore

Samuel no me molestó durante el resto del día. Claro que no —con Emmanuelle siempre a mi lado, no sería tan idiota como para intentarlo.

Eso no significa que fingiera que yo no existía, porque cada vez que nos cruzábamos, no dejaba de mirarme.

Y como «quien no se muestra, no es recordado», me aseguré de que me viera en cada rincón. Hasta el momento en que me fui.

—La mejor decisión que tomé en medio de todo este lío fue contratar vuestros servicios —dijo Sabrina al acercarse a despedirse.

Era puro encanto.

Debo admitir que, en algún momento, estuve tentada a convertir esa boda en un verdadero infierno, pero bastó con que ella fuera la novia para que yo desistiera. Amable, educada, tan atenta y colaboradora.

A diferencia de esas novias que pierden los estribos y gritan a todo el mundo, Sabrina irradiaba calma y serenidad, y en cada detalle demostraba lo agradecida que estaba con todas las personas que colaboraban en su gran día.

—Es un honor, señorita Farrah —respondí, mientras ella me tomaba de las manos.

—Todo el mundo está hablando maravillas de tu comida. Estoy triste por no haberte encargado también la tarta, pero cada plato de tu menú, desde el desayuno hasta los aperitivos de medianoche, ha sido espectacular.

—Estoy dando lo mejor de mí, lo prometo. ¡Vamos a hacer de tu boda un momento inolvidable!

¿Lo digo o no lo digo?

Me siento incómoda por no ser completamente sincera con ella y soltar algo como: «las dos tenemos mal ojo para los hombres. Ese tipo no te merece. Eres increíble, perfecta —y no me da vergüenza admitirlo—, pero él no vale la pena».

Pero no quiero parecer una envidiosa. Y si ella está tan contenta, no quiero ser la primera en lanzarle piedras a su cuento de hadas.

—No he visto a tu novio por aquí, ¿ha pasado algo? —pregunta Sabrina justo antes de irse.

—Kaleb tuvo que viajar, pero mañana ya estará de vuelta.

—¡Perfecto! —dice, y me señala con el dedo—. Hacéis muy buena pareja. —Y con ese cumplido inesperado, la veo alejarse hacia la mansión.

—Temo coincidir con la novia. Hacéis buena pareja de verdad —dice Emmanuelle mientras se abrocha el cinturón y golpea la puerta del coche con la mano—. Ahora mueve esta tartana, que necesito una cama.

—Sí, señora.

—Qué pesadilla pasar todo el día con ese gorro en medio de una cocina caliente. No sé cómo lo aguantas… —bufa.

—Ay… es que me gusta.

De vuelta a mi hogar, dulce hogar, sentí una oleada de alegría al notar que Kaleb también acababa de llegar. Aparqué el coche, le pasé las llaves a Emms para que las llevara dentro de casa y fui hacia él.

Kaleb salió de su coche, rodeó el vehículo hasta el asiento trasero y sacó en brazos a su hijo, dormido como un bendito.

—Hola, vecino —saludé con la mano.

Kaleb me respondió con un gesto de cabeza y cerró la puerta del coche con la pierna. Caminó hacia mí con Nicolas en brazos, profundamente dormido, la cabeza apoyada en el hombro de su padre y las manitas aferradas a su cuello.

—¿Qué tal el viaje?

—Muy bien, la verdad. Mis estancias en Nueva York siempre son buenas… porque son cortas.

—¡Qué horror! —hago una mueca—. ¡Menuda manera de despreciar mi hogar, y en mi propia cara!

—...Y precisamente porque son cortas, me dejan con muchísimas ganas de volver —añade él.

—Me habría encantado ir, pero tenía trabajo.

—No te preocupes, tendremos otras oportunidades.

—¿Y qué hiciste en Nueva York?

—Pues hablé con la terapeuta de Nicolas, luego lo llevé al Central Park, cené con la familia y me llenaron de mimos, palabras bonitas y regalos. Me mandaron de vuelta en un jet privado.

—¡Qué bien! No sabía que tu familia vivía en Nueva York. Pero nacieron aquí en Miami, ¿verdad?

Kaleb hizo una mueca, y luego se pasó la lengua por los labios.

—Es difícil de explicar, pero digamos que sí.

—Vale. ¿Necesitas ayuda?

—No quiero molestarte, tienes cara de haber trabajado mucho hoy.

—Tonterías, todavía puedo cargar unas maletas… ¡y el acuario de Nicolas! —No sé de dónde iba a sacar fuerzas, pero sabía que valdría la pena.

Mi energía, mi mente, mis sensaciones… eran otras cuando estaba cerca de Kaleb. Y quería poder sentir eso más a menudo, incluso estando agotada.

—Ya que insistes… —Señaló con la cabeza la puerta trasera del coche—. El acuario está ahí, coge eso primero.

—Vale.

—¿Cómo fue tu día? —pregunta mientras ajusta el agarre con el que sostiene a Nicolas, esperándome.

—Muy productivo. Cada día parece llegar más gente... eso no es una mansión, ¿verdad? ¡Parece un hotel!

Kaleb se ríe en voz baja, divertido.

—¿Y el imbécil te molestó?

—Sí, porque es un imbécil —concluyo.

—Seguro que lo tienes a tus pies, justo como querías —dice, empezando a caminar hacia la mansión.

—Sí, lo está —pienso en voz alta, siguiéndolo.

Sí, era lo que yo quería.

Que Samuel contestara mis llamadas, respondiera mis mensajes, me diera algo de atención. Que hiciera lo mínimo para demostrar que mis esfuerzos valían la pena.

Pero ahora que tengo todo eso, me doy cuenta de que ya no es lo que quiero. No ahora. Samuel, aunque aún remueve algo dentro de mí —y tal vez lo haga por mucho tiempo, porque no han sido diez días, ni diez semanas o diez meses… han sido diez años—…

Hay una sensación que eclipsa todo lo que siento por Samuel.

Es como un eclipse que apaga el sol por un instante y tiñe el cielo con otros colores.

Ya no soy la misma. Aunque sigo teniendo las mismas inseguridades, los mismos deseos, creo que he descubierto cosas nuevas sobre mí misma que antes no me permitía por estar tan centrada en querer a Samuel.

Ya no me importa esa boda. Ya no me importa Samuel. Lo tengo a mis pies, pero eso no me hace feliz, ni me llena.

Te quiero a ti, Kaleb.

Capítulo 41

Kaleb Petterson

Anne y yo pasamos la noche anterior hablando de cosas triviales —algo que, sinceramente, detesto, pero todo lo que ella decía me parecía interesante.

Cuando me di cuenta, el sueño ya nos vencía y la invité a quedarse a dormir, pero prefirió volver a casa. Está bien. La acompañé hasta la puerta y aún la vi una última vez desde la ventana de mi cuarto. Le hice un gesto con la mano, apagué las luces y me fui a dormir.

El día siguiente empezó agitado. Pedí a Jacob que entrevistara a las mejores pedagogas de Miami. Al fin y al cabo, ¿quién mejor que él, el CEO Jacob, prácticamente un inquisidor católico, para interrogar mujeres sobre su formación y experiencia? No conozco a nadie más capacitado.

Dejé a Nicolas con Jacob y me fui con Anne a la mansión de los Farrah.

Me sorprendió ver que todo estaba más avanzado de lo que pensaba y que desde temprano ya había mucha gente por allí. Normal, la comida gratis en ese ambiente tan acogedor era todo un imán.

La cocina ya estaba funcionando a pleno rendimiento y Anne no tenía que estresarse por nada. Aun así, ayudaba a las chicas, sin miedo a mancharse las manos, cargando sacos de harina incluso, y siempre con una sonrisa enorme en la cara.

Me mantuve la mayor parte del tiempo entre la cocina y el salón, hasta que una vieja conocida se topó conmigo.

—¡Kaleb! De todos los lugares del mundo donde podríamos encontrarnos, este sería el último de mi lista —Gabriela echó hacia atrás su melena y sonrió con esa expresión indecente que tan bien dominaba.

—El baño está al otro lado, esto es la cocina —le señalo la dirección de los sanitarios.

—En realidad venía a por más de esta mermelada. ¿En serio la hicieron aquí? ¿No es industrial? Estoy… en el cielo.

—Ah. Sí, la hicimos aquí —respondo, perdiendo el foco mientras vuelvo a mirar a Anne trabajando.

—¿Y tú qué haces en la cocina? Ni sabía que te atrevías a volver a la mansión.

—Mi hermana se casa y mi madre todavía vive aquí —le informo.

—Lo sé. Pero con la forma en que tu padre te echó…

Le agarro el brazo a Gabriela y la alejo de inmediato. Me indica dónde está sentada y la llevo hasta allí.

—¡Mi mermelada! —protesta.

Detengo al primer camarero que pasa y le ordeno que no tarde ni un minuto en traerle el tarro entero, para poder metérselo por la garganta. Entero. El maldito tarro.

—¿Cuál es tu problema, Gabriela?

—¡Solo quiero mi mermelada! —se sienta y coloca la servilleta sobre el regazo.

—¿Tú? ¿Entrando en la cocina? Vamos, no me hagas reír… —pongo los ojos en blanco.

—¿Pasa algo? —escucho la voz de Sabrina y me giro hacia ella.

—No hay problema. Y… wow, ¡estás guapísima! —digo mientras acaricio su collar de perlas y rozo uno de sus pendientes de diamantes.

Sabrina me abraza con calma y arrastra una silla para sentarse. Sé que debería volver a la cocina, mantenerme fuera del foco, pero con esa mirada suya y su insistencia silenciosa, termino sentándome.

—Por lo visto, os habéis reencontrado…

—Sí —asiente Gabriela.

—Por desgracia —murmuro, atento a todo lo que nos rodea.

La mesa está llena de mujeres, todas conocidas. Y todas me miran como si yo fuera el desayuno servido en sus bandejas.

—¿De qué hablaban? —Sabrina toma su copa de espumoso y unas tostadas con queso de cabra, y empieza a decorar su plato. Porque comer, lo que se dice comer, no lo va a hacer.

—Del regreso triunfal de Kaleb Farrah a la élite de Miami. Quién lo diría, ¿eh? ¿Cuánto duró? ¿Cinco años? —provoca Gabriela.

—¿Cinco años qué? —sigo observando cómo Sabrina monta su plato. Sé que no va a probar nada, pero aun así, se esmera como si fuera a servirlo en un concurso gastronómico.

—Que te hiciste el rebelde y plantaste cara a todos, incluido tu padre, diciendo que no necesitabas nada de esto y que ibas a arreglártelas por tu cuenta.

Vaya. ¿Yo dije eso? Tiene toda la pinta.

—Y mira tú por dónde… —añade Gabriela con tono triunfal—. Has vuelto.

—Para la boda de Sabrina —aclaro.

—Pero has vuelto. Estás empezando a ceder… quién sabe, con el tiempo y la cabeza en su sitio, quizás termines cediendo en otras cosas también.

Vale. Tal vez este sea el momento oportuno para decir algo realmente importante sobre Gabriela: « ».

Sí, eso mismo. Nada. Gracias por su atención, damas y caballeros.

—¿Y tu bebé con retraso mental? ¿No viene? ¿No le gustan las multitudes?

Ay, debería haber traído a Nicolas. Él, mejor que nadie, sabría tratar a Gabriela como se merece: como alguien que no merece la menor atención.

Por desgracia, lo hace con la mayoría de las personas, así que no sería tan impactante.

—Mi sobrino no tiene ningún retraso mental —Sabrina apoya las manos sobre la mesa y alisa con delicadeza el mantel—. Esta es mi

boda, Gabriela. Mi momento. Y si vas a hacerte la mala zorra, te voy a enseñar cómo acaban las malas zorras.

Gabriela cruza los brazos y se encoge en la silla.

Llega la mermelada. ¿Y quién la trae? La mismísima Anne.

—He oído que estaban elogiando la mermelada —dice, esperando a ver quién fue.

—¡Sí! Madre mía, ¡está deliciosa! Necesito que me pases la receta para mis empleadas —responde Gabriela, entusiasmada.

—Es un secreto familiar, me lo enseñó mi abuela bajo la promesa de que no se lo revelaría a nadie —Anne tiene una elegancia que me deja sin palabras—. La buena noticia es que, contratando a Sweet Show, puedes tener toda la mermelada que quieras. —Me mira y me lanza una guiñada.

—Adoro a esta mujer —Sabrina se chupa los dedos como si hubiese probado un poco de todo. Su plato sigue lleno y todo está intacto.

—Sí, es fenomenal —cruzo las piernas y apoyo las manos en el regazo.

Gabriela observa a Anne de arriba abajo y luego me clava la mirada.

—Pero todo secreto tiene un precio, ¿no? Yo puedo pagar muy bien por el tuyo —sonríe con ese aire de quien cree que puede conseguir todo lo que quiere, ya sea con encanto o con rabietas. Muy acorde con su edad mental.

—Este secreto, no —responde Anne, alejándose. Luego me mira con extrañeza—. ¿Por qué estás sentado ahí? —articula con los labios.

—No lo sé —respondo, haciendo lo mismo.

—No has contestado, Kaleb. ¿Has vuelto para quedarte o qué? —insiste Gabriela con un tono cargado de aspereza.

Es suficiente para que Anne levante una ceja, aún más sorprendida.

—Con su permiso, señoritas, volveré a la cocina —me levanto, paso la mano por la espalda de Anne y la alejo de allí.

Salvado por la campana. Por ahora.

—¿Quiénes eran esas personas? —me pregunta cuando estamos de vuelta entre bastidores.

—Esa es una excelente pregunta —cojo una tostada y le pongo un poco de queso de cabra—. Esto está malísimo, pero tú consigues que esté bueno —saboreo y me limpio las manos.

—Es la magia de la cocina —me guiña un ojo mientras repasa con la vista todos los elementos del menú—. Mantequilla líquida, pan rústico con sésamo, ensalada, crema de ricota... —deja de hablar y solo mueve los labios mientras va señalando todo lo que ha preparado para el desayuno—. Bien. Todo en orden.

Anne me da la espalda y regresa con sus cocineras para comenzar a planificar la merienda, porque el almuerzo ya está a pleno rendimiento.

Como Anne estaba ocupada, tuve tiempo para llamar a Sabrina cuando la vi libre.

—¿Qué tal tu desayuno? —la llevé a un lugar alejado de la cocina y de la vista de sus amigas.

—Genial. ¿Y el tuyo?

—¿Te lo comiste todo?

Asiente, sonriente, con esa imagen perfecta de persona feliz y satisfecha.

—No has comido nada —digo en serio, y la aparto a un rincón aún más discreto—. ¿Estás cuidando lo de la bulimia? ¿Sigues en tratamiento? Te veo más delgada de lo normal.

Sabrina alza la barbilla y muerde el labio inferior mientras me examina con la mirada.

—No estoy vigilándote ni quiero castigarte. Solo estoy preocupado. Me importas.

—¿Te importo?

—Me importas, Sabrina.

—Has estado años desaparecido… siempre tengo que ir yo detrás de ti… y tuve que suplicarte que vinieras a mi boda, aun así dijiste que no. —Veo cómo una lágrima le resbala por la mejilla—. Y apareces de la nada… después de recomendar a *Sweet Show* para organizar mi semana. ¿Te importo, Kaleb?

Salimos del salón. En silencio y con cuidado, nos dirigimos al exterior, hasta quedarnos frente a la gran piscina.

—Pero nos hemos visto muchas veces, tú sabes que me importas. Simplemente no he venido aquí, y tú pareces no querer salir de esta burbuja de cristal —miro a mi alrededor—. Quiero saber si estás bien. No te vi comer nada y estás más delgada de lo que recuerdo.

—Estoy perfectamente.

Se nota que esas palabras llevan un peso inmenso.

—¿Estás bien? —la miro de cerca—. Sabrina, se te marcan los huesos.

Después de dudar y mirar a todos lados, como si buscara una salida para escapar de mi mirada, al final dice:

—Samuel me dijo que estoy gorda y que no voy a entrar en el vestido. Y que ya no soy tan atractiva como antes.

No digo nada. Dejo que lo saque todo, hasta donde pueda aguantar.

—¿Qué quieres, Kaleb? ¿Que me coma todo ese plato y luego lo vomite? ¿Eso es lo que quieres? Porque sabes que eso es justo lo que suelo hacer.

—Bri —le tomo las manos y las llevo hasta mi pecho—. Si comes un poco, la cantidad justa para sentirte saciada, no tendrás que vomitar ni preocuparte por tu cuerpo. El cuerpo es una máquina, necesita combustible. Y la comida es combustible.

—Pero cuando empiezo… no puedo parar… —intenta retirar las manos, pero las mantengo firmes contra mí.

—Porque pasas demasiado tiempo sin comer, y tu mente reacciona así —la acerco poco a poco hacia mí—. Ya habías superado esto. La terapia te ayudó.

—Lo sé… pero la boda…

—Brina —la sacudo suavemente—. Que se joda la boda.

No sé si son las palabras más adecuadas para esta noche, pero necesitaba decirlas.

—Tu salud va primero. Tu bienestar va primero. Todo a su tiempo. Estás preciosa, pero en realidad estás demasiado delgada. Tienes que alimentarte bien, si no vas a empezar a tener desmayos.

—¿Por qué crees que he estado evitando a todo el mundo últimamente? —murmura.

Necesito abrazarla.

Sabrina ya no es una niña, pero sigo sintiendo que debo protegerla. No quiero que se haga daño, ni que venda su vida por dinero solo para mantener una fachada.

—Sabes dónde encontrarme. Y sabes que siempre estaré ahí para ti. No tengas miedo de…

—¿Huir? —murmura, alejándose lentamente—. No tengo tu valor, Kaleb. No soy como tú. Desde que decidiste tomar las riendas de tu vida, papá se centró en mí. Solo en mí. Y ahora hago todo lo que él quiere.

—¡Que se jodan sus deseos!

—No para de decir que no quiere que yo sea una decepción… como tú.

Esas palabras podrían haberme dolido en el pasado. Pero ahora...

—Mientras él está ocupado diciendo que soy una decepción, yo estoy viviendo la vida que siempre quise, Brina. La vida que merezco. Y tú también la mereces.

—¿Sin dinero? —se burla.

—Ahora sí tengo dinero —le aseguro—. No importa cuántos abogados contrate, ni cuánto intente retrasar la herencia que nos dejaron los abuelos. No importa las medidas que tome para intentar quitarme a Nicolas. Yo lucho, Brina. Y si yo puedo, tú también puedes.

—Eres un genio, Kaleb. Del dinero, de las personas, del poder. Supiste levantarte, yo no podré hacerlo.

—¿Pero lo has intentado? —le levanto el rostro con delicadeza—. No puedes tenerle miedo al abismo si quieres volar, Brina. Volar es lanzarse contra el suelo con la fe de que tus alas no te dejarán caer. Me tienes a mí. No voy a dejarte caer.

Antes de que Sabrina se aleje, beso su frente y la abrazo con cuidado. Y no consigo soltarla. No quiero soltarla.

No quiero que viva con miedo, ni llena de amargura, entregando todo de sí para recibir solo migajas, luchando por un amor que no le será devuelto.

Yo ya viví todo eso. Liberarme fue lo más difícil del mundo. Pensé que no habría vida sin el dinero, sin el poder y la influencia que controlaba mi padre.

Pero me lancé al vacío, y en el momento decisivo, mis alas se desplegaron. Y descubrí que podía volar. Volar, incluso, mucho más alto de lo que volé alguna vez como CEO de Farrah.

—Así como he venido hoy por ti, Brina, también estaré allí el día de tu primer vuelo en solitario. Por ti —le prometo. Y solo así consigo dejarla ir.

Anne Moore

Termino de almorzar y organizo el turno de descanso de las chicas para que tengan tiempo de comer tranquilas y recuperarse antes de la siguiente fase.

Con la cocina vacía, recojo lo que sobró del desayuno y no se utilizó, lo guardo en recipientes para donarlo a personas sin hogar y a orfanatos. Mi política personal es clara: cero desperdicio. Y mientras vacío las ollas, oigo una voz entre sollozos.

Me acerco con cuidado hasta la ventana para asomarme y ver qué está pasando… y veo a la novia.

¿No es demasiado pronto para estar llorando?

Aunque… pensándolo bien, debe de estar hecha un manojo de nervios, pobre.

Pero espera… ¿qué está haciendo Kaleb con ella?

Veo a Kaleb tomarle las manos y llevárselas al pecho mientras le habla muy serio. Intenta acercarla, pero ella baja la cabeza y no puede contener el llanto. ¿Qué demonios está pasando?

—¿Hola? —escucho una voz al otro lado de la cocina.

—¡Hola! —saludo a la chica que había elogiado mi mermelada.

—¿Quedó un poco más de esa mermelada...? —pregunta mientras sus ojos recorren los recipientes y las ollas.

Asiento y le pido que espere un momento, me aseguro de colocarla en un recipiente para ella.

—¿De verdad no me vas a dar la receta? ¡Venga! ¿No harías una excepción por la hija del gobernador? —intenta sonar encantadora, pero está claro que simpatía no es lo suyo.

Esta chica podrá ser muchas cosas, pero simpática no es una de ellas. Y cuando lo finge... resulta incómodo.

—¿Hija del gobernador? —casi se me salen los ojos.

—Gabriela Weiss —dice, echándose el pelo hacia un lado.

Bueno… no estoy muy puesta en política, ni me interesa. Y como soy de Nueva York, no estoy al día de las cosas de Miami.

—Guau… —abro bien la boca—. Bueno, no puedo darte la receta, ni siquiera siendo la hija del gobernador, pero puedo darte más mermelada —busco un recipiente más grande.

Mientras lo hago, Gabriela se va alejando poco a poco hasta llegar cerca de la ventana… y se asoma.

—¡Eh! ¡Espera! No hagas eso… —voy tras ella, pero ya es demasiado tarde.

Gabriela presencia toda la escena. Yo también. Aunque no escuchemos nada.

—Dios mío… ¿puedes fingir que no has visto eso? —me aparto de la ventana justo cuando Kaleb y Sabrina se alejan de allí.

—¿Por qué? —Gabriela parece interesada.

—Es que la novia… bueno… sería raro, ¿no? —No sé ni qué decir.

¿Kaleb está teniendo un lío con la novia? ¿Por qué fue tan cariñoso con ella?

—¿Qué sería raro? —Gabriela cruza los brazos.

—No sé… da igual… —meto el recipiente en una bolsa y se lo entrego.

—Déjalo por aquí mismo, pediré a uno de mis empleados que lo recoja —dice mientras se dirige a la salida—. Por cierto…

—¿Sí?

—¿De qué conoces tú al hermano de la novia?

¿Hermano de la novia? He visto a mucha gente esta semana de preparativos, pero no he visto ni a los padres de la novia ni, desde luego, a ningún hermano.

—¿Quién es el hermano de la novia? —pregunto, con curiosidad.

Gabriela pone los ojos en blanco. Está claro que la falsa simpatía se esfumó en cuanto consiguió lo que quería. Bueno… excepto la receta.

—Kaleb Farrah, el hermano de la novia.

—¿Kaleb? —casi tartamudeo al pronunciar su nombre.

—Farrah —responde con fastidio, me lanza el pelo en la cara y se marcha.

Capítulo 42

Kaleb Petterson

Llevo a Sabrina de vuelta a su mesa y me llevo una sorpresa —no precisamente agradable— al llegar. Ahí está el novio. Justo la persona que no veía la hora de reencontrar...

—Te estuve buscando por todas partes, pero desapareciste… —Samuel viene hacia nosotras, aunque no aparta los ojos de ella.

—Estoy bien —asiente Sabrina y se sienta después de que él le acerque la silla.

Yo también me siento, a su lado, y continúo observándolo con cierto interés.

—¿Dónde estabas?

—Tomando un poco de aire fresco —responde Sabrina con amabilidad, lanzando luego una mirada a sus amigas de toda la vida, que no me quitan el ojo de encima.

—¿Y quién estaba…? —Samuel ladea la cabeza para mirarme.

Al principio no me reconoce. Ojalá tuviera yo la suerte de que eso durara un poco más, pero no deja de parpadear y, cuanto más lo hace, más abre los ojos, casi como si fuera a señalarme con el dedo. Tal vez debería colgarme un cartel de neón en la frente; sería más discreto.

—¡Kaleb! —se levanta de golpe, totalmente impactado.

Sí, el cabrón aún recuerda mi nombre.

—¿Qué haces aquí? —sigue de pie, visiblemente alterado—. Pensé que te habían echado de esta familia.

—Fui yo quien decidió abandonar el circo —respondo tranquilo, más centrado en la comida que en los gritos de Samuel.

—No puedes simplemente volver —dice él, tajante.

Entonces me levanto. Y él se sienta. De inmediato.

Podría haberse quedado de pie, pero aun así habría tenido que estirar el cuello para mirarme a los ojos. Ahora va a acabar con una tortícolis de campeonato.

—¿Y hay aquí algún hombre de verdad con las pelotas suficientes para echarme? —Cruzo los brazos.

Samuel se gira hacia su plato y empieza a jugar con el tenedor.

—Eso imaginaba —me vuelvo a sentar. Y antes de que pueda soltar otra estupidez, veo a una señora encantadora acercarse.

Lleva un sombrero rosa enorme con una margarita y un bolsito colgado del brazo.

—¡Sabía que eras tú! —se pone a mi lado, y yo no dudo en ponerme de pie—. ¡Mira qué guapo y elegante estás!

—Gracias, señora Warren —le beso las manos.

—Parece que los años de exilio le sentaron de maravilla al pequeño Kaleb —me sujeta las manos con calidez.

La señora Warren es una gran amiga de mi madre, casi como una segunda madre para mí. Y, usando sus propias palabras, el exilio fue lo que nos separó. No solo a ella y a mí, sino a muchos más.

Yo jamás habría vuelto aquí si no fuera por Sabrina... o por Anne. Por mí, no habría pisado esta casa otra vez.

—¿Y cómo están sus flores?

—Muy bien cuidadas —da una palmadita sobre mi mano—. Jacob había pedido un lote precioso de flores y dijo que era para ti. Para tu jardín. Comentó que a tu hijo le gusta mucho cuidar las plantas —añade con orgullo.

—Le encantan las hormigas. Pero los jardines y las hormigas tienen mucho en común, señora Warren. Y como dedica tanto tiempo a cuidar de las hormigas, que lo haga en un jardín bonito, con las mejores flores de Miami.

—Sigue siendo un galán —Melina Warren se vuelve hacia todas las mujeres de la mesa con una gran sonrisa—. Yo ya estoy fuera del mercado, muchacho, ¡no me provoques!

—Prometo contenerme —le guiño un ojo—. ¿No quiere sentarse con nosotros?

—Encantada. De hecho, me encantaría que la novia me dijera qué le parecieron las flores de prueba que le ofrecí. Dime, Sabrina, ¿quién organizó estos arreglos tan bonitos?

—Yo —responde Anne, justo detrás de mí.

No la había visto llegar. Y por su mirada… algo no va bien.

Capítulo 43

Anne Moore

Engañada.

Eso fue lo que fui.

¿En qué momento, en mil años, se me habría ocurrido sospechar que Kaleb era un Farrah? ¡Qué estúpida fui! La tensión y el miedo de no querer saber demasiado sobre la familia de la novia me dejaron completamente ciega.

¿Pero cuáles eran las probabilidades, por el amor de Dios? ¡Era solo mi vecino! ¿Cómo acabó pasando todo esto? ¿Y si… y si Sabrina mandó a su hermano para vigilarme? ¿Y si ella siempre lo supo, desde el principio, que Samuel tenía una amante?

Entré en crisis. De verdad.

Todo mi plan se estaba yendo al garete. Y sinceramente: ¡al diablo con ese plan!

Pensé que lo que Kaleb y yo estábamos construyendo era genuino. Que de verdad teníamos cosas en común y que, de alguna manera, él estaba intentando conquistarme más allá de nuestras mentiras y apariencias.

Pero, por lo visto, eso éramos: eso habíamos sido siempre. Solo eso. Mentiras y farsas.

Y cuando finalmente esta boda llegara a su fin, seguramente él desaparecería. Y yo no volvería a saber de él nunca más.

¿Cómo pude ser tan idiota?

Tienen los mismos ojos.

Y ahora todo encaja. ¡Claro que Kaleb es el dueño de prácticamente todo el barrio! Los Farrah son dueños de media Miami. ¡Él es el heredero! El legítimo heredero de los Farrah.

¿Entonces para qué toda esa historia de renegar de su familia? ¿También mintió con eso?

Vi a Kaleb y a Sabrina regresar al salón, pero para añadir más drama a la escena, Samuel también estaba allí. Genial. Justo lo que me faltaba. Todos juntos. Solo faltan los padres de la novia. Y yo... hago mi numerito.

¿Debería hacerlo? Una parte de mí dice que sí, que debería ir allí y soltarlo todo. Pero otra parte me dice que lo mejor sería quedarme aquí y preservar mi salud mental. Y también mis antecedentes penales, por supuesto.

Son diez en esa mesa. Con la señora que acaba de llegar, once. Muy bien, once en la cuenta del réu primario. No creo que al juez le hiciera mucha gracia esta historia.

—¿Quién organizó estos arreglos tan bonitos? —alcancé a oír que preguntaba la señora simpática.

—Yo —respondí, elevando un poco la voz para llamar la atención.

Todos se giraron a mirarme, curiosos. Sobre todo la señora. Me soltó las manos de Kaleb y vino directa a abrazarme.

—¡Ha quedado espléndido! —dice.

—Quiero decir… —intento soltarme de su abrazo, pero ella realmente es encantadora y huele a alguien muy rico y muy amable. Me cayó bien. Todos los ricos que conocí antes eran unos estirados y unos idiotas.

Y Kaleb… tampoco debería estar tan lejos de esa lista.

—Sweet Show fue la encargada de todo esto. Y yo soy una de las dueñas —me suelta despacio y me mira con admiración—. Anne Moore. Un placer.

Samuel se tapa la cara y casi se mete dentro del plato.

—Soy muy celosa con mis flores. Y estoy feliz con toda la decoración de prueba. ¡Imagínate el día de la boda! ¡Será tan elegante!

Asiento con la cabeza.

—Bueno, creo que todos ya conocéis a Anne, es la responsable del menú, así que si estáis comiendo bien, dadle las gracias a ella —

Sabrina alza su copa hacia mí y hace que todos los de la mesa la imiten.

Una novia no. Un ángel.

Jamás me perdonaría haber intentado arruinar la boda de esta mujer.

—Además de ser la responsable del menú y de la mermelada más deliciosa que hemos probado en toda nuestra vida… —empieza a decir Kaleb.

—¡La mermelada… espléndida! —La señora Warren se aferra a mi brazo—. ¡Necesito que me vendas un barril entero! —susurra.

—Anne Moore y yo… —él va a decirlo… Dios mío… no… que no lo diga…

—Estamos juntos.

Kaleb sale de su sitio y me extiende la mano.

No debería tomarla. No debería acercarme.

Lo correcto en una situación como esta sería gritar que he sido engañada por dos cabrones, volcar la mesa y salir corriendo.

Pero por impulso, tomé la mano de Kaleb y lo dejé acercarme.

—Tuve la suerte de conocer a esta mujer increíble antes que todos vosotros —siento su brazo rodear mi cintura—. Todo lo que hace… todo lo que dice… Anne Moore es mi persona favorita desde el primer momento en que la vi.

Veo a Samuel mover los labios hacia mí: «¿Estáis juntos?»

¡Esa cara! ¡Justo esa cara era la que yo quería ver! Un poco de espanto y horror. Una buena dosis de «perdí a esta mujer increíble» y «¿qué hice con mi vida?». Samuel se pone aún más pálido de lo que ya es y nos mira incrédulo.

—Estoy deseando saber cómo se conocieron —la señora Warren mira a un lado y a otro de la mesa, pero ya no queda ninguna silla libre.

Entonces le da un pequeño golpecito en la cabeza a Samuel con su bolso. Él se levanta, llevándose la mano a las sienes, y su mirada perdida no hace más que agrandarse.

—Gracias, querido, muy amable por tu parte —dice la señora con dulzura, y se sienta—. Contadme todo, me encantan las historias de amor.

—Eh… bueno… creo que debería volver a la cocina y… —intento escabullirme. No estoy preparada para ser desenmascarada.

La verdad es que la que quiere desenmascarar… soy yo.

Primero a Samuel, por supuesto. Ya pasé de sentirme herida por ser la otra, a pensar: «¿cómo ha podido hacerle esto a Sabrina?»

Y luego, claramente, a Kaleb. ¿Cómo pudo engañarme todo este tiempo? ¿Hacerme creer que había algo real entre nosotros?

Kaleb aparta la silla para que me siente.

—No es exactamente una historia de… —empiezo a gruñir.

—Desde el primer momento en que la vi, por la ventana de mi cocina, supe que era ella.

Siento un escalofrío recorrerme los brazos y tomar todo mi cuerpo. Incluso sacudo los hombros y la cabeza. Noto la respiración de Kaleb en mi nuca. Sus brazos me rodean con ternura y besa mi mejilla.

Samuel pasa del estado de horror al de angustia. Vale, puedo seguir fingiendo hasta que le dé un ataque epiléptico ahí mismo, en el suelo.

—¿Sois vecinos? —la mujer del sombrero con flor se agarra al brazo de Sabrina—. George y yo también lo éramos, de niños. ¡Y nos odiábamos a muerte!

—A veces el odio no es más que una máscara del amor —reflexiona Sabrina.

—¡Totalmente! Me acuerdo de haberme colado en su jardín y cortarle todas las camisas y pantalones el primer día que fue a la universidad. ¡Casi le da algo del enfado que cogió!

—¿Y qué hizo él? —preguntan Sabrina y todas las mujeres de la mesa, girándose hacia la simpática señora.

—Gritó como un loco, por supuesto.

—¿Y usted qué hizo?

—Le dije que estaba de lo más sexy con aquella camisa de mangas largas y los pezones al aire —remata, y rompe a reír con una carcajada contagiosa.

Y todas nos unimos a ella, riéndonos sin poder parar en ese momento tan divertido.

—Pero dejémonos del cascarrabias de George y de mí… ¡hablemos de vosotros! —dice mientras se sujeta el sombrero al balancearse de la risa.

¿Qué se supone que debo decir? ¿La verdad? ¿Me invento una historia para impresionarlas? Mi cabeza es incapaz de articular nada. Solo quiero gritarle a Samuel. Y a Kaleb.

—Canta mientras cocina —dice Kaleb—. Y también baila mientras espera a que la comida esté lista. La observaba por la ventana, pensando… ¿por qué canta y baila esta loca para la comida? ¿Será descendiente de alguna tribu indígena?

Todos en la mesa se ríen, menos yo.

No porque esté enfadada con todo esto, sino porque… es verdad.

¿Pero cuándo me vio hacerlo? He intentado controlarme todo este tiempo, cerca de él, para parecer la persona más normal del mundo.

—Y aunque no tenga la voz más dulce del planeta… —el desgraciado dice, y yo le piso el pie con fuerza—. Y baile como si le acabaran de dar una descarga eléctrica…

Aplasto más fuerte el pie, a ver si se le escapa una lágrima.

—Su energía me contagió. Es imposible despertarse, abrir la ventana y no pensar: «el día va a ser maravilloso. De hecho, ya lo está siendo, porque mi adorable vecina tiene una sonrisa capaz de espantar cualquier nube de tormenta».

—Precioso, Kaleb —dice la señora Warren, visiblemente emocionada—. Pero… ¿no me digáis que nunca habéis discutido? —inquiere, haciendo incluso una mueca.

Kaleb alza las cejas y niega con la cabeza.

—No me fío de las parejas que no tienen una buena bronca —dice pensativa y nos hace un gesto para que nos acerquemos,

porque va a susurrar—. El sexo mejora muchísimo después. Necesita una pizca de amor, pasión, lujuria y… rabia. En la medida justa, es espectacular.

—¡Señora Warren! —Sabrina intenta contener la carcajada, recostándose en su hombro.

—Ay, querida, he vivido mucho. Si no sientes un poco de odio por George de vez en cuando, la cosa no prende fuego.

—Gracias por el consejo —Kaleb asiente con la cabeza.

—Hacéis una pareja preciosa. ¡Me encanta! También quiero mis flores en vuestra boda.

—¿Boda? —Samuel suelta con desdén—. Si acaban de conocerse… ¿cómo que boda? —Mira a su alrededor, buscando apoyo.

—Por cierto… —Kaleb se inclina un poco más y coge mi mano, levantándola sobre la mesa.

¡Mierda!

¡Olvidé quitarme ese maldito anillo que debe valer más que toda mi existencia, desde mi primer llanto hasta el último suspiro!

—¡Anne ha dicho que sí! —anuncia Kaleb con orgullo.

Esa sonrisa es diferente a todas las que le he visto. Tan ligera y sincera, y al mismo tiempo tan contagiosa y encantadora.

Sabe mentir. Sabe muy bien cómo hacer que todos en la mesa se levanten, abran los ojos, se les caiga la mandíbula y fijen toda su atención en mí.

—Conozco este anillo… —Sabrina arquea las cejas, toma mi mano y me mira, con intensidad, directamente a los ojos.

¿Será que me odia? Seguro que es una reliquia familiar, y aquí estoy yo… llevándola puesta.

—Has cambiado de verdad, Kaleb —dice, con orgullo, a su hermano—. Jamás pensé que te permitirías amar de nuevo y… ahora lo creo. Has encontrado el amor.

—¿Pero qué puta mierda es esta? —murmura Samuel. Creo que oigo a Gabriela decir lo mismo.

La señora de las flores se levanta y se pone a mi lado, apoyando la mano en mi hombro.

—Ahora también formas parte de la familia, querida. ¡Bienvenida!

Dios mío… ¿en qué lío me he metido?

Capítulo 44

Anne Moore

Después de que me presentaran a toda aquella gente pija, tuve la sensación de tener ojos clavados en mí todo el tiempo.

Ahora parecía que la gente se acercaba a la cocina, no para felicitar o quejarse con los camareros por la comida, sino para verme trabajar.

Me sentí agobiada hasta que volví a casa.

Me resistía a la idea de marcharme con Kaleb. Dudaba si sería capaz de controlarme para no interrogarle ni acusarle de haberme engañado todo este tiempo.

Pero seamos justas: cumplió con todo lo que le pedí y dejó a Samuel en estado de shock. Eso era lo que quería desde el principio.

—¿Estás bien? —Kaleb chasquea los dedos—. Llevas todo el día callada y ausente. ¿Ha pasado algo?

Me había perdido en mis propios pensamientos mientras veía el paisaje desaparecer por la ventanilla y el cochazo último modelo nos llevaba de vuelta a casa.

—Solo tengo sueño.

—Ya estamos llegando y vas a descansar —su voz sigue siendo tierna y amable.

¿Cuándo se va a quitar la máscara?

¿Habrá un momento en que Kaleb me diga que es un Farrah? Que es multimillonario ya lo sé, pero eso... eso lo cambia todo. Estoy confundida y no sé qué pensar. Y tampoco quiero preguntarle nada, porque me da miedo la respuesta.

¡Maldita sea!

—¿Estás feliz?

—¿Debería? —me pongo a la defensiva.

—Ahora no solo aman tu comida, también te adoran a ti. Bueno, la parte que importa, claro. Mi abuela solía decir: «si estás haciendo algo y no tienes a nadie en contra, es que lo estás haciendo mal. Vuelve a empezar».

No es que Kaleb haya perdido su encanto. Para nada. Pero ahora todo se ve empañado por la niebla de la incertidumbre.

Pensé... qué ilusa fui... creí que íbamos avanzando hacia algo especial, pero todo formaba parte de mi plan retorcido desde el principio.

Debería haber preguntado si queríamos cruzar la línea y dejar atrás el teatro, pero tuve miedo... pensaba que las cosas estaban fluyendo de forma natural hacia una relación, pero...

—¿Anne?

—¿Sí?

—¿De verdad estás bien?

—Estaré mejor cuando duerma, te lo prometo.

Claro... si consigo dormir.

Kaleb aparca frente a su mansión y me acompaña hasta la puerta de casa. Sigo sin poder mirarle a los ojos, estoy hecha un lío y me siento herida.

Me abrí con él, le mostré mis vulnerabilidades y él sigue siendo el señor misterio.

Era demasiado bonito para ser verdad.

—Tengo que devolverte esto —intento quitarme el anillo, pero él me detiene antes siquiera de hacer fuerza.

—Es tuyo.

—En realidad es de tu abuela —intento apartar la mano.

—Y yo te lo regalé. Está mejor contigo. Quédate con él.

—Kaleb, no puedo aceptarlo.

—¿Pero quieres hacerlo?

Qué pregunta tan difícil. Yo... ya no sé ni lo que quiero.

En caso de duda, me lo quedaré hasta que todo esto termine.

—¿Viste la cara de Samuel cuando se enteró de que estamos juntos? —se divierte.

Es casi imposible no sonreír, intento contenerme para no dejar que los labios se me escapen solos.

—Ese imbécil se lo tenía bien merecido —es todo lo que digo.

—Eso —se ríe Kaleb.

—Sobre lo que dijiste, Kaleb...

—Mmm...

—¿Te lo inventaste? ¿O de verdad... me espías? —abro mucho los ojos al decirlo.

—¿Espiar? Qué palabra tan fea, ¿tengo pinta de trabajar para la CIA?

¡Este idiota no tiene remedio! Siempre acaba rompiendo el muro de hielo que intento construir entre nosotros, y cedo, aunque solo sea un poco.

Sus manos suben y bajan suavemente por mis brazos mientras se acerca despacio.

—¿Vas a decirme que nunca has echado un ojo por la ventana? —Kaleb levanta y baja las cejas como un crío.

Vaya que sí he espiado... pero ese no es el punto ahora.

—¿De verdad me has visto cocinar en casa? ¿Y bailar y cantar? —me tapo la cara del bochorno cuando asiente—. ¡Joder! ¿Por qué no me lo dijiste?

—¡Me pareció monísimo!

—¡Qué vergüenza! —me doy unos toquecitos en las mejillas para ver si dejan de arder—. No me lo puedo creer...

—Parecías una flor de loto.

—¿Una flor de loto? ¿Qué demonios se supone que significa eso?

—Una flor que brota en medio del barro. Tus ojos son muy expresivos, no puedes ocultar cuando algo no va bien. Y me di cuenta, todas las veces que pasé cerca de ti, que algo no encajaba. Aun así, nada de eso impidió que la flor de loto dentro de ti floreciera...

—¿Tú... pasaste por mi lado? ¿Cuántas veces? ¿Dónde? ¡No recuerdo haberte visto, Kaleb!

—Ya... lo sé. Soy demasiado normal como para que me notes —se burla.

—¡Idiota!

—Si me dices qué es lo que va mal entre nosotros, y si quieres que mañana aún exista un «nosotros», podemos hablar. Lo sabes, Anne. ¿Quieres hablar de algo?

Sí, Kaleb, quiero. ¿Qué pasa contigo? ¿Estamos actuando? ¿Vamos a volver a ser dos desconocidos cuando esto acabe? ¿Lo estás haciendo por tu hermana o por mí? ¿O hay algo más que no estás contando?

—Solo estoy cansada —bostezo.

—Puedes decirme cualquier cosa. Y puedes preguntarme lo que quieras. Seré honesto y transparente contigo, como lo he sido todo este tiempo.

¿De verdad has sido transparente, Kaleb?

—Solo debes de tener sueño, igual que yo. Será mejor que vayamos a dormir.

—¿En tu cama o en la mía?

Me doy unas palmaditas en las mejillas, con más fuerza esta vez.

—Era broma —se ríe con ese tono pícaro y se acerca.

Me aparto.

—No voy a morderte —susurra—. Solo cuando me lo pidas —me roba un beso rápido y se despide.

Ni siquiera mira hacia atrás, simplemente se va.

Y yo me quedo ahí, quieta, como una idiota viendo cómo se aleja.

Después de darme una ducha y prepararme para dormir, me doy cuenta de que no puedo.

Paso horas con el móvil buscando información sobre Kaleb Farrah y encuentro sus fotos de hace años y sus logros. Kaleb Farrah fue CEO de la empresa familiar, el responsable de transformarla en un imperio.

Él era el rostro visible de Farrah hasta que lo sustituyeron por una sucesión de CEO's que fueron cayendo uno tras otro. No sé por qué. Tal vez ninguno fue lo bastante bueno. Kaleb, claramente, tiene instinto para los negocios y para las personas, una combinación muy rara de encontrar.

Y ahí está él... Samuel.

El nuevo nombre que suena para el puesto.

¿Será por eso que Samuel se va a casar con Sabrina? ¿Para convertirse en CEO de Farrah? Eso explicaría muchas cosas. No solo el matrimonio, sino también la intromisión de Kaleb en todo esto.

Tal vez él...

Doy un salto en la cama al ver que el imbécil me está llamando. Rechazo la llamada y sigo buscando fotos de Kaleb.

La verdad es que era muy guapo de joven. No llevaba barba, tenía el pelo más corto y, por lo visto, ya tenía esa mirada que atraviesa hasta lo más profundo. Me estremezco solo de verlo en la foto.

Ahora está mucho mejor, de hecho. El tiempo le ha sentado de maravilla.

Su cuerpo está más trabajado, el rostro más maduro, los ojos tienen una firmeza que antes no tenían.

Tengo que dejar de hacer de detective para bajar las escaleras cuando recibo un mensaje de Samuel:

«Estoy en tu puerta», es lo que dice.

En cuanto salgo de la cama, me pongo el albornoz y me cubro con él. Bajo las escaleras y miro por la mirilla solo para asegurarme. Y ahí está. Semanas después de dejarme tirada en casa, aparece como si nada hubiera pasado.

Pero todo pasó.

—¿Sí? —abro la puerta dejando claro que no estoy de humor.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —frunce el ceño.

—Me quité el maquillaje —me encojo de hombros y lo empujo cuando intenta entrar, cerrando la puerta tras de mí.

Ese vampiro no entra. Prefiero salir yo misma.

—Tenemos que hablar.

—Tuvimos todo este tiempo para hablar, Samuel. ¿Por qué ahora?

Samuel se ajusta el abrigo negro sobre el cuerpo y cruza los brazos. Mira a su alrededor, desconfiado, y luego me lanza una mirada de psicópata.

—¿Dónde vive?

—¿Quién?

Intento seguir la conversación, pero estoy perdida.

Primero, jamás imaginé que este loco vendría a plantarse en mi puerta después de todo lo que pasó. Y segundo, yo no soy el tipo de persona que le ríe las gracias a un desequilibrado.

—Kaleb Farrah, por supuesto —escupe con amargura.

—Si has venido a hablar sobre Kaleb, no tengo tiempo —doy la espalda y me preparo para entrar.

—He venido a hablar de nosotros —me detiene Samuel.

—¿Y qué hay que decir sobre nosotros, Samuel? —me giro despacio, abrazada al albornoz. Y él, aferrado a su abrigo.

—Tú me amas —lo suelta sin titubear, así, a bocajarro.

Qué autoestima de mierda.

Sí, yo lo amaba. Y fue el amor más puro y verdadero que me permití sentir en los últimos diez años, prácticamente.

Pero no fue más que una mentira. Y estoy harta de mentiras.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

Claramente no se esperaba esa respuesta. Se nota en su cara. Samuel vuelve a observarme, me mira como si fuera una completa desconocida.

Y tal vez lo sea, ahora.

Han pasado muchas cosas y me enorgullece saber que he cambiado.

—Vamos a hablar y encontrar una forma de seguir juntos.

—Ya no hay forma de seguir juntos, Samuel —niego con la cabeza y empiezo a reírme, de puro nerviosismo—. Tuvimos una semana increíble, no hace tanto tiempo. Me dijiste tantas cosas

que... sentí que algún día sería yo a quien llevarías al altar, ¡no a otra mujer!

—Nada de lo que te dije fue mentira.

—Sí lo fue, Samuel, claro que lo fue. Si me amaras, al menos lo demostrarías. Me llamarías, responderías a mis mensajes, estarías para mí cuando te necesito y no solo cuando te viene bien.

Ahora sí, lo ve claro. Que soy otra persona.

La Anne de hace unos días jamás pensaría así. Ella diría: «pobrecito, está trabajando duro para darnos un futuro mejor» o «no me ha llamado porque se habrá quedado dormido». Dormido, claro... con otra.

Tengo que contenerme para no partirle la cara.

Este tío no vale nada. Ni siquiera mi antecedente penal.

—Me equivoqué —admite.

—Claro que te equivocaste, Samuel. Y se acabó. Estoy bien, he seguido adelante, he encontrado a alguien. Tú también. Vamos a fingir que nada de esto pasó y sigamos con nuestras vidas.

—Yo no quiero seguir sin ti.

Este tío no existe. De verdad. ¡Qué rabia me da!

—Tú no has encontrado a nadie, Anne —Samuel intenta cogerme las manos, pero no se lo permito—. Él te está engañando. Ese tipo es peligroso, su vida es un juego constante con la gente. Si crees que yo soy el malo, no dejes que ese tío te destruya.

—Soy adulta, Samuel. Sé cuidarme sola.

—¿Ah, sí? ¿De verdad sabes, Anne? ¿Haciendo fotos con tíos de discoteca? ¿Saliendo con un niñato mimado que no sabe perder y que está dispuesto a todo por hundir mi carrera?

—Buenas noches, Samuel.

—¡Kaleb es un desgraciado que no soportó perder la corona ni el trono! Y ahora vive estancado en el pasado, triste y deprimido, con el único objetivo de cargarse a cada CEO de Farrah —grita a mi espalda, tan alto que parece querer que todo el mundo le escuche.

Me detengo, pero no me doy la vuelta.

—Te está utilizando, Anne. Porque al usarte, al llevarte de vuelta a la mansión justo en la época de mi boda, lo que quiere es jugar con mi mente y dejar claro que ganó. Que se quedó con lo que yo más valoraba. ¡Y no voy a permitir que ese imbécil juegue contigo!

Me giro lentamente, mirándole, atónita.

—¿De qué coño estás hablando?

—No te das cuenta porque eres demasiado inocente. De eso quería protegerte, Anne. De tipos como Kaleb. Él solo quiere usarte ahora para desestabilizarme y arruinar mi boda. No. No amo a Sabrina, te amo a ti. Y quiero estar contigo en cada momento de mi vida. Pero primero necesito construir la vida que los dos merecemos. Y si casarme con una heredera caprichosa me garantiza el puesto de CEO, eso es lo que voy a hacer. Por ti.

—Samuel, es tarde...

—¡Escúchame!

—Tienes que volver con tu prometida.

—¡Que me escuches! —exige, sujetándome las manos contra mi voluntad.

Avanza hacia mí y me arrincona contra la puerta. Es angustiante y aterrador.

—Te amo. Estuve contigo durante estos diez años y tú eras feliz, ¿a que sí?

Sí. Yo creía que sí. Creía que era feliz… hasta que me di cuenta de que todo era una ilusión. Una ilusión larga y perversa en la que me permití entrar porque no me amaba.

Pero ahora me amo.

Me amo más de lo que amé a Samuel. Me amo mucho más que lo que siento por Kaleb. Me amo como si fuera lo más valioso del mundo, y voy a proteger ese amor.

—Cuidé de ti. Y voy a seguir cuidando de ti, para siempre. Solo somos nosotros dos en medio de un montón de desconocidos en Miami, amor. Somos de Nueva York. Somos distintos. Vamos a invadir el paraíso y lo vamos a hacer nuestro.

—Samuel, suéltame. Me estás haciendo daño.

—¡Anne, escúchame! —me grita.

—Samuel, por favor... me estás asustando y me estás haciendo daño —repito tan alto como puedo.

Aprieta mis muñecas y me golpea contra la puerta. Sus ojos están enrojecidos y ahora puedo ver su verdadero rostro.

¿Cómo no lo vi durante todos estos años? ¿Cómo no entendí que estaba en una relación abusiva?

¿Cómo dejé pasar tantas señales? ¿Cómo permití que llegara tan lejos?

No. No puedo culparme tan duramente ahora. Estaba ciega.

Tropiezo hacia atrás justo cuando la puerta se abre. Samuel cae sobre mí, intentando agredirme.

Veo a Emmanuelle encima de mí. Le da una patada en la cara a Samuel y le lanza agua caliente en la cara.

Él suelta un grito ahogado y empieza a retorcerse en el suelo. Ella, con toda la calma del mundo, lo patea hasta que se arrastra fuera de nuestra casa y cierra la puerta.

Luego la abre, le da un sartenazo perfecto en la cabeza y vuelve a cerrarla.

—¿Estás bien? —Emms se lanza al suelo, junto a mí.

Estoy empapada en sudor, temblando, prácticamente paralizada por el miedo.

He visto esta misma escena repetirse, una y otra vez. Porque llevaba un vestido demasiado corto... porque usé un pintalabios rojo y no dejaban de mirarme en el restaurante... porque no estaba de acuerdo con no tener redes sociales...

Pero yo pensaba que era protección.

Pensaba que... durante un tiempo... era cuidado. Era cariño.

Por favor, no me juzgues. Él fue mi primero. Y mi único durante todo este tiempo.

Y entonces conocí a un hombre dulce y amable que no me hizo nada de eso.

Me escuchó y se rió conmigo y de mí. Incluso cuando me compró la ropa más cara, elogió mis prendas más simples. Y me hizo sentir

cosas que jamás pensé que podría sentir.

... Y aun así... hizo todo eso solo para que construyéramos la química de nuestros personajes, para el teatro que sería esta boda.

—Voy a estar bien —me digo a mí misma.

Emms me acoge en su regazo y me abraza con fuerza.

—Yo... yo lo prometo... voy a estar bien —es lo único que consigo decir.

Capítulo 45

Anne Moore

La noche pasada fue una pesadilla. Creo que llegué a tener un ataque de pánico después de aquella visita absurda de Samuel.

Emms no se separó de mí desde que me defendió y se quedó a mi lado hasta que logré dormirme.

A primera hora de la mañana, antes de salir para el trabajo, Luna y Emms pasaron por mi cuarto para ver si estaba bien. Me desperté brevemente y luego volví a quedarme dormida.

Estoy agotada. Necesito ser honesta conmigo misma, necesito admitir que ya no puedo más. Todo esto es demasiado pesado para llevar sola, y hoy, al menos hoy, no me siento capaz de ir a la mansión de los Farrah.

Menos mal que Luna y Emms me tranquilizaron diciéndome que se quedarían en mi lugar, dándome apoyo moral, fuerza y ayudando en lo que puedan —porque cocinar, desde luego, no es lo suyo...

Me hago la higiene matutina, deben de ser más de las diez. Bajo sin prisa y veo la cocina patas arriba.

Anoche, con la adrenalina, Emmanuelle tiró un montón de cosas. Está todo hecho un asco, y claro, me toca a mí limpiar esto.

—¡Dios mío! —me llevo la mano al pecho y doy un salto cuando oigo golpes en la puerta, seguidos de alguien intentando forzar la cerradura.

¿A plena luz del día? ¡No puede ser!

¿Será posible que este imbécil no vaya a dejarme en paz nunca?

Agarro la olla a presión y la levanto como si fuera un arma. Camino de puntillas hasta la puerta y pego la cara a la mirilla. No veo a nadie.

—¡Cielos! —grito cuando veo que el pomo se mueve otra vez—. ¿Quién será?

La curiosidad acaba venciendo y abro la puerta solo una rendija. Luego dejo que el pequeño Nicolas empuje la hoja hasta colarse dentro.

¡Este trasto un día me va a matar del susto!

Alguien tiene que frenar a este niño antes de que se apunte a algún movimiento okupa, porque no es normal... le encanta entrar aquí.

Hoy lleva un conjunto muy peculiar. Es como mi pijama de cerdito, solo que más elaborado. Un pijama todo marrón, con patitas de hormiga en los costados que se mueven mientras camina, unos ojos enormes en la capucha que le cubre la cabeza y, por detrás, un culo descomunal que se agita de un lado a otro y hasta lo hace perder el equilibrio al andar.

Nicolas levanta la lupa y la pone entre nuestros rostros.

—Buenos días, Nicolas —le saludo con la mano.

—¡*Jomigas*! —dice, y se aleja casi dando saltitos por la casa, siguiendo el rastro.

¡Dios mío! ¡No me había dado cuenta!

—¡Emms debió tirar el bote de azúcar! —maldigo y sigo a Nicolas hasta la cocina para evitar que se corte—. Siempre estás muy pendiente de tus hormigas escapando del jardín, ¿eh, Nicolas?

El pequeño gira su carita hacia mí, se rasca la frente con el dorso de la manita y luego vuelve a mirarme. Su expresión es neutra y yo espero pacientemente su respuesta.

Pero no llega. Se agacha, se sienta en el suelo y sigue con la lupa el movimiento de sus amigas.

—¡Volved a casa! —ordena, y pone un morrito que da ganas de estrujarle las mejillas, pero no quiero ser demasiado invasiva.

—Parece que les gusta esta casa —pienso en voz alta.

—¿Quieres quedarte con ellas? —Nicolas me agarra de la pierna y me tira hacia abajo.

—¿Quieres que me siente contigo? Vale... muy bien... gran forma de empezar el día, ¿no? Viendo cómo las hormigas cargan azúcar —me siento a su lado.

Nicolas sigue mirándome, esta vez con cierto fastidio.

—¿Tu padre no se preocupa cuando sales así, de repente?

—¿Eso es lo que te he preguntado? —aunque suena brusco, no hay malicia en su tono.

¿Qué fue lo que me preguntó? Ya me perdí... veamos...

—Parece que tus hormigas están muy a gusto en mi casa. Creo que hasta se han encontrado con las que viven aquí.

—Las *jomigas* se ayudan —observa la larga procesión de insectos.

—Es verdad, me lo contaste.

Nicolas apoya sus manitas en el suelo y yo vigilo todos sus movimientos, con miedo de que se corte con algún vidrio. Se inclina hacia mí, coloca las dos manos sobre mi muslo, apoya la cabeza encima y me entrega la lupa.

—Esas son mías —señala con el dedo índice.

—¿Puedes reconocer cuáles son las tuyas y cuáles no? ¡Guau! Debes conocer a todas tus hormigas —pienso si es buena idea hacerle un poco de mimos en el pelo, pero como ya está prácticamente tumbado en mi regazo, no parece mala idea.

Nicolas se queda muy quieto mientras acaricio su cabello. Sus deditos rozan suavemente la parte superior de mi muslo.

—¿Le avisaste a tu padre que venías, Nicolas?

—No.

—¿Y eso no lo va a preocupar?

—Sí.

—Entonces, ¿por qué viniste?

—*Jomigas*.

Ah... prioridades, ¿verdad? Cada uno con las suyas. ¿Partirle el corazón a su padre? ¡Qué más da! Lo que le importa son las hormiguitas. No importa cuántos acuarios tenga en casa o cuántas

hormigas haya en el jardín. Se preocupa por cada una de ellas. Incluso por las que se escapan.

—Está bien. Voy a ayudarte a llevarlas a casa —lo tomo en brazos y me levanto.

Con ese pequeño gesto, quedamos de frente a la ventana. Al otro lado, en la mansión, Nicolas y yo vemos a Kaleb, que parece haber visto un fantasma.

Nicolas le hace un gesto de saludo y su padre desaparece de inmediato.

Unos segundos después, Kaleb está frente a mí, con los brazos cruzados y la mirada seria clavada en Nicolas.

—¿Qué te dije sobre salir de casa sin avisar, Nicolas? —lo reprende, aunque con dulzura en la voz.

—¿No se puede? —Nicolas se lleva un dedo a la boca y me mira.

—No, no se puede —le susurro.

—Dijiste que tenías que hacer algo importante y luego desapareciste —Kaleb se acerca a él.

—Sí.

—¿Y qué era tan importante?

—Esto —Nicolas abre los brazos. No sé exactamente qué intenta señalar, pero en su cabeza parece tener sentido.

—Tuvimos un pequeño incidente anoche —siento a Nicolas sobre la encimera y me coloco delante para evitar que se mueva bruscamente—. Emms tiró todo al suelo: tarros, ollas, utensilios... y como puedes ver, el bote del azúcar. Las amigas de Nicolas vinieron y, por lo visto, él vino a buscarlas —intento explicarle a Kaleb.

Él asiente.

—Las *jomigas* se ayudan —comenta Nicolas de forma aleatoria, y sus grandes ojos azules no paran quietos, igual que su cabecita. Empieza a mirar de un lado a otro.

Al final vuelve a subirse en mi regazo y trata de bajarse.

—Listo, al suelo —lo dejo con cuidado y lo observo correr por la casa, con ese trasero de hormiga enorme moviéndose de un lado a otro.

No puedo evitar reírme.

—Me encanta su pijama —señalo.

—Sí. Está inspirado en el tuyo —Kaleb se acerca, pasa a mi lado y toma la escoba y el recogedor para empezar a limpiar—. Está obsesionado, no quiere quitárselo ni para bañarse.

—Le queda genial —me apoyo en la encimera y lo observo recoger los cristales.

—Le queda muy bien —Kaleb termina de recoger los pedazos de vidrio y empieza a juntar el azúcar en un cuenco grande. Luego lo deja en el suelo, esperando que las hormigas entren solas allí—. Entonces, ¿qué huracán pasó por aquí anoche? —mira a su alrededor.

Me tapo la cara con la mano y me doy la vuelta.

—No sé si quiero hablar de eso.

—También me enviaste un mensaje anoche, de madrugada, diciendo que no necesitabas que te acompañara a la mansión Farrah. Ni hoy ni nunca más —Kaleb se pasa la lengua por los labios y no le quita ojo a Nicolas—. No sé si puedo ayudarte si no sé qué está pasando, Anne.

—¿Quieres ayudarme? —alzo una ceja.

—Quiero hacerlo. Acepté tu propuesta precisamente por eso. Para ayudarte.

—¿Estás seguro?

Kaleb suspira y se acerca a mí. Se detiene justo cuando estamos frente a frente, muy cerca.

—¿Por qué estás a la defensiva, Anne?

—Lo siento, Kaleb, pero no creo que haya otra forma de estar ahora mismo. Tengo mil cosas en la cabeza y... lo único que puedo hacer es mantenerme así.

—¿Por qué?

Es mi turno de suspirar.

Pensé que esta escena sería distinta. Quería escándalo, cámaras, a Oprah gritando y corriendo por todos lados y al público perdiendo la cabeza.

Pero la vida real no es un programa de televisión. Y tengo que conformarme con esta conversación sobria con Kaleb.

—Samuel vino aquí anoche, de madrugada.

Kaleb se pone inmediatamente tenso. Mira el caos que aún reina en la cocina y vuelve a fijarse en mí. Extiende las manos hacia mí y examina mi rostro, mi cuello, mis brazos.

—¿Estás bien?

—Estoy bien —aparto sus manos.

—Podrías haberme llamado.

—Sé cuidar de mí misma. Emms estaba aquí.

—¿Qué te hizo? —Kaleb se cubre el rostro con las manos—. No debería haberte dejado sola…

—No estaba sola. Mis amigas estaban conmigo, y Emmanuelle me ayudó justo a tiempo.

—¿Te puso una mano encima? —Kaleb se acerca de nuevo, buscando cualquier señal de daño—. Voy a matar a ese cabrón.

Una parte de mí se siente reconfortada al ver que, de algún modo, Kaleb se preocupa. La otra parte solo puede preguntarse si todo esto no será pura actuación.

—Kaleb... sé quién eres.

Kaleb descruza los brazos y parpadea despacio. Se toca la nariz con el dedo índice y vuelve a comprobar que Nicolas sigue por allí.

—Por milésima vez: no soy Christian Grey —pone los ojos en blanco.

—Ya sé que no, Kaleb. Sé que tú eres… —contengo el aire antes de soltarlo— Kaleb Farrah.

¿No lo dije? Esto tendría mucho más impacto si estuviera tirando cosas al suelo y Oprah levantando al público de sus asientos.

Pero estoy agotada. Basta de drama, basta de dolor, basta de mentiras. Basta.

La reacción de Kaleb es, como mínimo, inesperada. No cambia nada en su expresión. Se queda exactamente como está, congelado en esa postura.

—¿No vas a decir nada? ¿Un «puedo explicarlo» o algo por el estilo?

—No soy Kaleb Farrah —se limpia los labios y luego se frota las manos en los vaqueros gastados.

—Oh, venga ya —aliso la encimera con la mano y le doy la espalda.

—No soy Kaleb Farrah —repite.

—¡Kaleb, basta de mentiras! ¡Ya lo descubrí! Gente que te conoce me lo dijo, lo busqué en internet, ahora sé todo sobre tu pasado.

Siento cómo invade mi espacio personal cuando pone una mano en mi hombro y me gira con suavidad. Al notar mi tensión, da unos pasos para quedar frente a mí.

Solo quiero llorar. No puedo más.

¿Cómo he llegado a este punto? He cargado con tantas cosas y recién ahora me doy cuenta de que ya no puedo con todo esto...

Nicolas viene corriendo y me abraza la pierna. Creo que le oigo decir algo como:

—Cariño para ti —creo que es eso, mientras sus manitas acarician mi pierna.

—No quiero que me vea así. Llévalo a casa —le pido.

Kaleb lo toma en brazos y se aleja. Cuando pienso que se han ido, veo que Kaleb sienta a Nicolas en el sofá y le habla con mucha seriedad para que no se mueva de allí.

Cuando vuelve a acercarse a mí, me siento una porquería. No quería que me viera así...

—Estoy cansada, Kaleb. Ya no puedo más...

Él se coloca muy cerca de mí y abre los brazos. No debería, lo sé, no debería… pero me dejo abrazar, aunque sea —de algún modo— una representación.

—No soy Kaleb Farrah —susurra, cuando empiezo a calmarme un poco.

—Eres el hermano de la novia —ese es mi argumento.

—Sí, soy el hermano de Sabrina.

Entonces, ¿cómo no es un Farrah?

—Kaleb Farrah es quien fui en el pasado, Anne. Ya no soy ese hombre. Ya no soy ese pasado. Fui desheredado, no puedo usar el apellido, ya no tengo ningún privilegio de la familia. Mi padre me quitó todo lo que pudo. Si aparezco en público y digo que soy Kaleb Farrah, puede demandarme. Porque así es él. Kaleb Farrah es una creación suya. Y yo no tengo derecho a nada desde el día en que escapé.

Me suelto de sus brazos para poder mirarlo. ¿Qué es lo que está diciendo?

—Sí, soy el hermano de la novia. Y sí, desde el principio supe que querías arruinar la boda de mi hermana.

—Entonces ¿por qué tú…?

—Porque yo también quiero. Anne, ella no es feliz. Estaba bien, pero no para de adelgazar y enfermarse... yo también quiero poner fin a esto.

—Podrías habérmelo contado, Kaleb.

—¿Y qué diferencia habría hecho?

—¡Toda la diferencia, Kaleb!

—Anne —Kaleb sonríe, nervioso, y toma mis manos—. Era tu momento. Tu plan, tu rabia, tu hora de brillar. Estabas harta de ser la secundaria de tu propia historia y, en la desesperación, decidiste que querías ser la protagonista.

Trago saliva. Por más que esté enfadada, tengo que admitirlo... Kaleb tiene razón.

—No era mi momento de brillar, Anne. Yo ya tuve el mío. Ahora es tu momento. Y yo soy el secundario de tu historia. ¿Y sabes qué? No me importa ser el secundario, mientras tú seas la protagonista. Es lo único que quiero.

Una película entera pasa por mi cabeza. Desde nuestras primeras conversaciones hasta este momento.

Especialmente la escena en la piscina, en la que Kaleb me hizo reflexionar: ¿de qué servía vivir esa vida de lujo si no podía tomar sus propias decisiones? ¿Si no podía vivir como realmente quería?

—¿Por qué me estás ayudando, Kaleb? ¿Qué intereses ocultos tienes?

—Yo ya estuve en tu lugar, Anne. Yo también viví una relación abusiva y, cuando terminó, lo perdí todo. Solo me quedó Nicolas. Y yo... —Kaleb respira hondo—. Solo deseaba que alguien hubiera hecho por mí lo que yo hice por ti.

Bajo la cabeza.

—Pero no puedo cambiar el pasado. Solo el presente. Y por eso estoy haciendo por ti algo que espero que algún día hagas tú también por otra persona.

—¿Mentir? —siento que las lágrimas vuelven a subir a los ojos.

—Darme cuenta de que, cuando tú, una hormiguita —toca la punta de mi nariz— ya no puedes cargar con el peso... es hora de que alguien te ayude. Quién soy no importa. Lo que importa, Anne, es que no estás sola. No voy a dejarte sola. Si es demasiado pesado, yo lo voy a cargar contigo. Y vamos a llevarlo juntos hasta el final. Con boda o sin boda.

A pesar del dolor y de una profunda sensación de vacío, siento que he encontrado las respuestas que me atormentaban.

No estoy en paz ahora mismo, pero me voy a recuperar.

—No te mentí en ningún momento. Te mostré mi verdadero yo a cada instante —se acerca mucho. Puedo ver el brillo en sus ojos y una lágrima deslizándose—. Y aunque no lo entiendas o no me creas, aunque pienses que no es suficiente razón… cuando tú ya no estés aquí por mí, Anne, no tienes por qué dudar…

Mis labios ya empiezan a temblar.

—Yo voy a estar aquí por ti.

Capítulo 46

Kaleb Petterson

Esperé el tiempo de Anne para que pudiera recomponerse. Llorar y desahogarse parecía haberle hecho mucho bien; no la veía con el rostro tan sereno desde ayer por la mañana.

—¿No vas a ir hoy a la mansión Farrah?

—No, Kaleb. Necesito un tiempo para recuperarme —se pasa los dedos por la cara, termina de secarse las lágrimas y empieza a recoger algunas cosas en la cocina.

—Perfecto. Arréglate y estate lista en veinte minutos —miro el reloj, tomo a Nicolas en brazos, pero él se revuelve para que lo baje.

—¿Arreglarme para qué? —escucho a Anne preguntar detrás de mí.

—*Jomigas* —Nicolas estira los bracitos y empieza a agitarlos sin parar, mientras salimos de la casa de Anne.

—Vamos a llevar a las hormigas a casa, hijo. A todas ellas.

Anne Moore

No me lo podía creer. De verdad.

Ya había entendido que, para Kaleb, todo era más fácil. Al fin y al cabo, con dinero, contactos e influencia, conseguía lo que quería, cuando quería.

Y no fue diferente con el jet privado que nos trajo a Nueva York.

¡Ni me lo creía!

Cuando sobrevolábamos el espacio aéreo de mi tierra natal, el corazón ya me latía diferente.

Claro que Miami tenía un clima más agradable y limpio que Nueva York, pero allí sentía que tenía un refugio impenetrable. Un lugar solo mío donde podía descansar la cabeza.

Al principio lo negaba por completo. No quería venir, no entendía cómo pasar unas horas aquí podría ayudarme...

—¿¡Anne?! —mi madre abrió la puerta, alterada, y se lanzó a mis brazos en cuanto me vio.

Antes de llegar a casa, le advertí a Kaleb que mi madre, mi abuela y mis hermanos vivían en un lugar modesto en Brooklyn.

Un sitio muy distinto a los que él debe de haber frecuentado en su vida. Nada de lujo, ni cosas caras ni refinadas por allí.

Pero había cuadros llenos de fotos familiares en las paredes, macetas baratas con plantas comunes y ventanas por donde entraban la luz, el polvo y el inconfundible aire de Nueva York.

—¡Mamá! ¡Ven a ver quién ha venido a visitarnos! —mi madre gritó por el pasillo.

—Aquí se grita mucho —tuve que advertirle a Kaleb.

Él asintió y enseguida colocó los auriculares antirruido a su hijo, que seguía disfrazado de hormiga.

—No veo a las *jomigas* —se quejó Nicolas a su padre.

—Deben de estar por ahí, en algún lado —Kaleb se agachó y empezó a explicarle algo al pequeño.

Mi abuela se apretó las enormes gafas contra la cara y me abrazó. Me sentí atrapada entre las dos mujeres: Susan, mi madre, no me había soltado desde que me vio. Y ahora mi abuela Mary se unía al abrazo con todo su peso, dejándome sin aliento.

¿Y sabes qué? No hay mejor sensación.

Pasamos varios minutos abrazadas, lloramos juntas y cada una se limpió sus propias lágrimas. Kaleb y Nicolas lo observaban todo en silencio.

—¿Cómo van las cosas en Miami, hija?

—Van bien... dentro de lo posible... todo va a salir bien... eso espero —respondí entre respiraciones.

—¡Vamos, entra! ¡Cuéntamelo todo sobre Miami, las playas, tu tienda y la loca de Emmanuelle! —mi abuela entró agitando los brazos, como una fiesta andante.

—¿Quiénes son ellos, Annelise? —mi madre miró fijamente a Kaleb y a Nicolas. Más a Kaleb que a Nicolas, claro.

Kaleb es el tipo de hombre al que, cuando lo miras, no quieres apartar la vista. Es alto, atractivo, bien vestido, huele de maravilla y, lo más importante: tiene un corazón de oro. Es un vecino de espectáculo.

—Mamá, este es Kaleb, mi vecino —se los presenté.

Kaleb le tendió la mano y mi madre la estrechó. Tardó en soltarla. Se quedó balanceándola, como hipnotizada.

—Y este de aquí es el pequeño Nicolas. No le gusta que los desconocidos lo toquen —advertí enseguida, ya que ella había extendido la mano y el pequeño solo acercó la nariz para olfatearla —. Nicolas... bueno... cómo lo explico...

—Mi hijo es autista —Kaleb sonríe con dulzura—. No es de hacer travesuras, pero vive en su propio mundo. Solo vinimos a traer a su hija sana y salva, y volveremos para recogerla en breve. ¡Aprovechen el tiempo juntas!

—¡Pero si acabáis de llegar! —mi madre se ofende—. ¿Cómo que ya os vais? ¿Ni siquiera vais a entrar a tomar un café?

—Café no —Nicolas mueve el dedo índice en señal de «no»—. ¿Hay *jomigas*?

—¿Hormigas? —mi madre se gira hacia mí, con los ojos como platos.

—Digamos simplemente que Nicolas tiene cierta fascinación por las hormigas, mamá. Le gusta observarlas.

—Ya veo —ella analiza su conjunto—. La verdad, Nicolas, ¡hay hormigas por toda la casa! ¡Y termitas también! ¡Dios mío, ojalá el techo no se nos caiga encima!

Los tres terminamos riendo, y Nicolas, muy serio, frunce el ceño. Da un paso al frente.

—Quiero ver *jomigas* —cruza los brazos.

—¡Ah! Seguro que puedo enseñarte, ven a ver —ella le hace un gesto con la mano, y él va de inmediato, la toma de la mano y entra como si fueran viejos conocidos.

Me quedo parada, observándolos entrar, y Kaleb se coloca a mi lado.

—¿Se siente en casa siempre que hay hormigas por ahí? —reflexiono.

—Todos nos sentimos en casa cuando hay algo que amamos en ella —Kaleb da la respuesta perfecta.

—Gracias por traerme. Sé que fui muy terca al principio y que tuviste que prácticamente arrancarme del suelo para meterme en el coche e ir a por el jet...

Siento sus manos en mi hombro, subiendo con cuidado hasta llegar a mi cuello, donde acaricia suavemente.

—Anne, yo quiero lo mejor para ti. Y sé que no hay lugar mejor para recuperarse que con tu familia.

—Gracias otra vez.

—No me des las gracias. Solo aprovecha cada segundo con ellos, porque volveremos a Miami de madrugada. Sé que no parece mucho tiempo, pero... nunca es suficiente, Anne. Nunca lo es.

Asiento y empiezo a entrar en casa.

O, al menos, lo intento.

Su mano me detiene, y de inmediato siento su cuerpo acercarse. Kaleb me besa con tanta ternura que, en ese instante, ya no importa si estoy en Miami o en Nueva York. Hay algo especial en sus brazos, algo que me calienta por dentro y me reconforta en su beso.

Nuestros labios, al tocarse, encienden en mí una pasión arrolladora. Me siento, por fin, en el lugar correcto, en el momento justo, con la persona adecuada.

Y en el abrazo en el que nos mecemos uno contra el otro, y en la mirada que intercambiamos al separarnos con cuidado, siento que mi corazón se derrite hasta que el cuerpo queda tenso y blando al mismo tiempo.

—¡Annelise! —grita mi abuela desde dentro.

—¡Ya voy! —respondo a gritos.

Aliso el pecho de Kaleb con la mano, y él empieza a soltarme poco a poco, como si no pudiera dejarme ir de golpe.

Su mano afloja lentamente hasta que siento que puedo simplemente deslizarme y marcharme.

Entro corriendo, casi desesperada, y aún me da tiempo de ver a Kaleb entrando con calma. Cierra la puerta y se queda mirando las numerosas fotos en la pared.

Nicolas está completamente absorto observando unas hormigas en una grieta del suelo, y mi abuela ahora no para de preguntarme dónde conocí a ese bombón.

Siento que ya estoy mucho mejor.

Capítulo 47

Kaleb Petterson

Anne parecía otra persona ahora. Ni de lejos su llanto al reencontrarse con la familia se parecía al llanto de frustración, odio y rencor que vi en su casa.

No importaba cuánto intentara explicarle que necesitaba ese momento.

Hay cosas en la vida que, aunque se entiendan, no tienen ningún sentido. Hay que sentir. Hay que dejar que la piel, el perfume, los recuerdos y las caricias hablen por sí solos.

Y me emocioné, a mi manera cerrada, al observar todo aquello.

—¿Cuánto tiempo llevabais sin veros? —le pregunto a Susan, la madre de Anne.

—Desde que se fue a Miami —no necesita pensarlo mucho.

—¿¿Dos años??

Ella asiente.

—Creo que me vas a entender cuando te diga que: no puedo imaginarme dos años lejos de Nicolas. No en este momento.

—Es completamente comprensible, Kaleb. Y lamento decirte que… para mí, como madre, ella siempre será mi bebé. No importa cuánto crezca, madure o construya su propia vida... yo sigo preocupándome. Sigo preguntándome si ha tenido un buen día, si está comiendo bien y si es feliz, si está satisfecha.

—¿Eso no se pasa nunca? —apoyo los codos sobre las rodillas y el mentón sobre los puños cerrados.

Susan se ríe y niega con la cabeza.

—¡Ya volvimos! —Anne, su abuela y Nicolas regresan de la cocina —. ¿De qué hablaban ustedes dos? ¿Se juntaron para hablar mal de

mí, eh?

—¡Bastante! —Susan se echa a reír.

—¿Conoces Nueva York, Kaleb?

—Sí, de hecho viví aquí un tiempo, con Nicolas. Mi familia vive aquí.

—¿Tu familia no vive en Miami? —Anne se sienta junto a su abuela.

—La familia que elegí para mí, vive aquí —explico—. La familia que me acepta, me quiere y me apoya.

—¿Y para qué sirve exactamente la familia, si no es para eso? —Susan frunce el ceño y me analiza.

—Opino igual. Tenemos más en común de lo que imaginaba —la señalo con el dedo—. ¿Nunca habéis ido a Miami? ¿No conocéis las playas?

—¡Hijo mío, si yo ni siquiera conozco bien Nueva York! —la abuela de Anne se revuelve en la silla—. La vida es así: pasas la mitad de ella matándote a trabajar para gente que hace cosas importantes, sin saber exactamente qué hacen... y en otro momento solo quieres quedarte en casa descansando, por cada día, semana y mes que trabajaste.

—¿Unas vacaciones no te vendrían bien? —pregunto.

—¿Vacaciones? ¡Tirarme en mi cama es lo que yo llamo vacaciones!

—No tuvimos muchas oportunidades de viajar... —explica Susan —. Después de mi separación, sobre todo, mi exmarido se quedó con todo. Y tuve que reconstruirlo todo desde cero, con tres hijos que criar. Digamos que ahora la vida se ha estabilizado, pero... no puedo simplemente pensar «me voy a Miami». Necesito planearlo mucho para lograr algo así.

—¿Ah, sí? —me enderezo y le tiendo la mano—. Dame tu móvil.

Susan encuentra extraña la petición, pero saca el teléfono del bolsillo y me lo entrega.

—Este es mi número —guardo el contacto en su agenda y la llamo desde su móvil para tener el suyo también—. Y este es el

número de un hombre llamado Ethan Evans, es mi tío. Y este otro es de mi tía, Layla Cavalieri. Siempre que necesites algo, puedes llamar y decir que eres de la familia, puedes mencionar mi nombre y tendrás lo que quieras.

—¿Cómo dices?

—¿Quieres conocer Miami? —digo, corto y directo.

—Bueno... yo...

—¿Quiere ver las playas, señora Moore? —me dirijo a Mary, la abuela de Anne.

—Este chico me hace temblar las piernas —le susurra a Anne.

—A mí también, abuela, a mí también —le responde Anne.

—Podéis volver con nosotros. Conocerán la Sweet Show, las mejores playas, podrán pasar más tiempo con vuestra hija...

Las mujeres se miran entre sí, curiosas con la propuesta. Y entiendo perfectamente que se sientan algo intimidadas por la facilidad con la que transcurre mi vida.

Pero si mi dinero no sirve para esto, ¿para qué sirve? Lo tengo para que, en momentos como este, pueda ayudar a quienes realmente me importan.

—¿Va en serio? —Susan aún no lo cree.

—La casa de Anne es un poco pequeña para alojarlas, pero os aseguro que se hospedarán en un lugar amplio y cómodo.

—Siempre quise ir a la playa, Susan —Mary le da un codazo.

—Solo está siendo amable... —Susan me dedica una sonrisa débil.

Me levanto y les hago un gesto para que se levanten también.

—Documentos, señoras. Documentos, ropa ligera y lo que quieran llevarse —anuncio.

—¿Va en serio? —Mary vuelve a retorcerse en la silla y tira de la ropa de Anne—. ¿Es en serio?

—¿Queréis venir? Sé que acabamos de llegar, pero...

—¡No me insultes! —Mary se pone en pie y arrastra a su hija del sofá—. ¡Yo nací en Nueva York! ¡Y voy a morir neoyorquina! Si la

aventura me llama, ¡yo voy! No importa la edad, el peso ni los dolores de espalda... —y se marcha decidida hacia dentro de la casa.

—No tienes remedio —Anne niega con la cabeza. Pero sé que su corazón me aprueba. Y eso es todo lo que necesito.

—¿Y mis hijos? Ellos... —Susan se acerca a mí, preocupada.

—Los esperamos —respondo con naturalidad—. Vamos a recogerlos, estén donde estén. No hay prisa. Tenemos hasta medianoche...

Mary, la abuela de Anne, vuelve a aparecer en el salón. Ya ha pasado la cabeza por el vestido, pero no consigue sacar el brazo. Entonces se contorsiona y grita para que alguien la ayude.

—¡Soy de Nueva York, chico! —proclama—. ¡Aquí no existe otro tiempo que no sea el ahora! ¡Más tarde no me interesa! ¡Susan, me voy a ver la playa! ¡Dios mío! ¡Gracias, ya puedo morirme en paz!

—¡Por el amor de Dios, abuela! —Anne le da unos golpecitos.

Dejo que las tres se vayan a preparar y me siento en el suelo, junto a Nicolas, que tiene un recipiente transparente lleno de caramelos y hormigas.

—¡Mira eso! ¡Has hecho nuevas amigas, hijo!

—*Jomigas*.

—A donde sea que vayas, puedes hacer nuevas amigas. Siempre.

—¿En cualquier lugar? —se quita los auriculares protectores y me entrega el recipiente.

—En cualquier lugar. El mundo es muy grande. Y está lleno de hormigas. En cada rincón.

—¿Puedo conocer el mundo?

—Puedes, hijo.

—Vale —sigue con la vista una hormiguita que sube por su brazo, con la lupa en mano.

—¿Cómo estás, hijo? —vuelvo a ensayar esa pregunta.

—Sentado —responde con sencillez.

—Muy bien, sentado —le doy la razón—. ¿Y por dentro? —señalo con el dedo hacia su pecho.

Nicolas deja la lupa en el suelo, cierra el puño y extiende los dedos índices. Los lleva a los lados de la boca y, al tocarlos, los desliza hacia arriba, dibujando una sonrisa.

—Así.

—Ah, ¿te ha gustado venir a Nueva York y conocer a la mamá y a la abuela de Anne?

Nicolas parpadea, se distrae, vuelve a coger la lupa y se concentra otra vez en la hormiguita.

Mierda. Frase demasiado larga. Necesito ser más directo con él.

—¿Te ha gustado este sitio? —le pregunto.

Inmediatamente, se lleva los deditos a los lados de la boca y los sube.

—Contente.

—Contento —lo corrijo.

—Eso, los dos —se pone en pie, se acerca, me pone los dedos índices al lado de los labios y los sube, obligándome a sonreír.

Capítulo 48

Anne Moore

Volver a ver a mi familia después de tanto tiempo me provocó una sensación inesperada.

Estaba agotada, al borde de explotar, con cada pedazo de mí esparcido por el suelo. Y simplemente al ver a mi madre, me sentí bien. Me sentí consolada.

Su abrazo fue liberador, y cuando pasaba las manos por mi espalda, era como si limpiara toda la suciedad y arrancara de mí todo el peso innecesario que ya no tenía que cargar.

Durante el viaje de ida me pregunté si había hecho lo correcto al ceder a la presión de Kaleb. Y sí, fue más que acertado.

En cuanto mi madre y mi abuela estuvieron listas y llamaron a Joshua y Wilker, mis hermanos, Kaleb pidió una limusina y nos llevó a pasear por Nueva York.

Fuimos a sitios turísticos que mi abuela decía no haber pisado en su vida. ¡Y eso que nació aquí! Comimos un montón, reímos aún más e incluso hicimos algunas compritas.

Cuando Joshua y Wilker vinieron a nuestro encuentro, les presenté a Kaleb y a Nicolas y les expliqué que podían ir a Miami esa misma noche y volver temprano al día siguiente para trabajar. Y como buenos neoyorquinos, se preguntaron: ¿por qué no?

Cenamos en un restaurante elegantísimo llamado *Magnum Imperium*; Kaleb prácticamente lo cerró solo para nosotros.

Y después de este día tan ajetreado —aunque nada agotador— tomamos el jet rumbo a Miami.

Mi abuela y mi madre tuvieron que tomarse algo para dormir, porque en cuanto subieron al avión empezaron a ponerse nerviosas.

Wilker y Joshua, en cambio, disfrutaron del vuelo, de las bebidas, los aperitivos, y no paraban de preguntarse si todo aquello era real.

Como el asiento al lado de Kaleb estaba libre —ya que Nicolas dormía en su regazo—, me senté allí.

—Gracias por hoy —le dije en voz baja para no molestar a Nicolas, aunque con los auriculares puestos no creo que le hubiese importado.

—No ha sido nada —respondió Kaleb con suavidad.

—Sí que lo ha sido. Ha significado mucho para mí. No tenía ni idea de que... al venir aquí recargaría un poco de energía para continuar con esta boda... y con el trabajo... y con la vida —suspiro.

—Sé cómo es —Kaleb cambió a Nicolas de lado para poder girarse hacia mí.

El silencio entre nosotros dijo algo.

Algo reconfortante, sin duda, porque sentí el corazón más cálido. Y tuve que masajearme las mejillas para evitar que se me sonrojaran.

—A veces todo lo que necesitamos es alejarnos un poco, tomar distancia de lo que nos abruma y mirar la situación desde otro ángulo. Sé que ahora vas a poder con todo.

—Ajá.

—¿Por qué no viniste a ver a tu familia antes?

—Son muchas las razones, Kaleb…

—Menos mal que el vuelo aún dura una hora. ¿Crees que es tiempo suficiente para contármelas?

Torcí la boca y luego me mordí el labio inferior.

—No quiero agobiarte con mis problemas.

—Soy más fuerte de lo que parezco —me guiñó un ojo. Este maldito no se cansa de ser encantador.

Tras un largo suspiro y la insistencia de su mirada, decidí hablar:

—Me fui a Miami con un sueño. Y no quería volver a casa sin haberlo cumplido.

—No lo entiendo.

—La otra razón, que va de la mano con esa, es que... no tengo dinero, Kaleb. Invertí todo lo que tenía en la *Sweet Show*. Claro que la tienda puede pagar a los empleados y mantenerse..., pero aún no estamos generando beneficios. Bueno... después de esta boda... creo que vamos a ganar un poquito.

—¿Cuánto invertisteis?

—Ciento cincuenta mil dólares, cada una.

Kaleb asiente y sus ojos se pierden en el vacío, como si estuviera haciendo un cálculo rápido.

—¿La inversión ya se ha recuperado?

—Está en proceso.

—¿Y cuándo prevéis tener beneficios?

—Dentro de un par de años, quizás. Somos una empresa pequeña, compitiendo con otras mucho más grandes y locales de Miami… pero vamos bien. Esta boda de tu hermana hizo que entrara bastante dinero en caja…

—Ajá…

—Por primera vez pude montar un equipo de cocina de verdad, porque normalmente somos yo y otras cuatro o cinco personas intentando hacerlo todo…

—Quieres que tu familia se sienta orgullosa de ti. Y también quieres que tu sueño funcione. Y entonces irías a visitarlas con dinero de sobra y buenas noticias —evalúa él.

Kaleb es realmente muy observador. No tuve que decir mucho para que tradujera con tanta facilidad mis pensamientos más complejos.

—Tu familia ya está orgullosa de ti, Anne —extiende el brazo y pasa la mano por mi hombro—. Y tu sueño ya es una realidad. Es una empresa joven, con buenas ideas. Tiene sus limitaciones, pero funciona.

Asiento. Está en lo cierto.

—Cuando una familia se quiere, no se preocupa solo por las buenas noticias. Los lazos no se construyen solo con sonrisas. Las familias se unen cuando ven que la pared se está agrietando... que

la factura hay que pagarla... que alguien necesita un abrazo porque ha tenido un mal día, aunque el tuyo haya sido peor.

Para ser alguien que fue abandonado por su familia, Kaleb parecía entender muy bien lo que es una.

—Quieren tanto estar cerca de ti que aceptaron subirse al jet privado de un completo desconocido que apareció de repente en vuestra casa, solo para pasar unos días contigo en Miami… Saben que las necesitas. Y ellas también te necesitan a ti.

—¿Siempre tienes respuestas y frases para todo?

—No —corrige la postura y empieza a mecer a Nicolas suavemente—. Pero las familias son familias en cualquier parte. Y los problemas son problemas en cualquier parte. Y los sueños, sueños. Pasamos tanto tiempo estudiando lengua, matemáticas y geografía, que nos olvidamos de enseñar cosas simples sobre cómo vivir la vida. Yo lo aprendí por las malas. Tú no tienes por qué pasar por eso.

—¿Por qué no?

—Porque yo estoy aquí. Para ti.

—Gracias otra vez, Kaleb…

—Es siempre un placer ayudarte —Kaleb cierra los ojos y apoya la cabeza en el respaldo del asiento.

Paso el resto del vuelo dividida entre seguir el trayecto por la ventanilla y observarle dormir con el pequeño Nicolas en brazos.

Nadie había hecho esto por mí antes.

No me refiero a gastar dinero conmigo, sino a preocuparse. A prestar atención. A no juzgarme y quedarse a mi lado.

Y había algo aún más brillante en Kaleb, porque, a pesar de ser mucho más rico, atractivo e inteligente que yo, en ningún momento me menospreció ni se jactó de ser más que yo en nada.

Solo estuvo ahí. A veces en silencio, a veces con una sonrisa, sosteniéndome.

Nunca imaginé que amar fuera esto. No fue eso lo que sentí durante los últimos diez años. Tal vez eso fue lo que hice, dentro de mis limitaciones, pero nunca lo recibí de vuelta.

Y si amar no es exactamente esta sensación que tengo ahora en el pecho, al menos sé que amar no era lo que sentía por Samuel.

En medio de mis pensamientos, apoyé la cabeza en el hombro de Kaleb y también me dormí.

Capítulo 49

Kaleb Petterson

En cuanto llegamos a Miami, llevé a la familia Moore a uno de los yates.

Les presenté la playa y les deseé que se divirtieran y aprovecharan al máximo. También dejé al chófer y al jet privado a disposición de los hermanos de Anne, que tendrían que volver al trabajo por la mañana.

Anne se quedó con ellos y yo llevé a Nicolas a casa. Quedamos en encontrarnos al día siguiente en la mansión de los Farrah.

*

Como de costumbre, me desperté muy temprano y preparé toda mi agenda del día, así como la de Nicolas, que hoy pasaría por algunas pedagogas. Preferí que primero tuviera clases en casa antes de ir a una guardería.

No se sentía cómodo con el grupo de compañeros autistas, así que temí que, al principio, estar rodeado de niños desconocidos lo intimidara.

Cuando Nicolas ya estaba entretenido, fui a la mansión Farrah para encontrarme con Anne.

Ya estaba allí con su madre y su abuela, y parecía entusiasmada explicando cómo funcionaban eventos como ese. Les mostró cómo se hacían los preparativos con agilidad y cómo todo quedaba organizado.

—¿Habéis visto salir el sol? —fue lo primero que pregunté tras saludarlas.

—Simplemente precioso —doña Mary se aferró a mi brazo—. ¡Muchas gracias, de verdad! Al principio pensé que no lograría descansar, sobre todo durmiendo en algo que flota sobre el agua, ¡pero todo ha salido bien!

—Me alegra mucho oír eso, señora Moore.

—¿Cuándo necesitarás recuperar el yate? —pregunta Susan.

—No lo necesitaré —sonrío—. Podéis quedaros el tiempo que queráis. ¡Hasta que os hartéis de ver la playa y el amanecer y atardecer cada día!

—¡Muchísimas gracias, de verdad!

—Es lo mínimo que se hace por la familia.

—¿Kaleb?

Hablando de familia...

Me giro despacio hasta encontrar el rostro de mi padre, Zachary Farrah, y el de mi madre, Diana Farrah.

Hago un leve gesto de cabeza a la familia Moore y me alejo sin hacer alboroto hasta quedar frente a mis progenitores.

—Estás muy diferente —mi madre coloca ambas manos sobre mi barba—. Pareces un leñador.

—Me gusta.

—Había oído que estabas aquí, pero no lo creí. ¡Tuve que volver del viaje para verlo con mis propios ojos! —mi padre también me inspecciona.

—Como puedes ver, estoy aquí.

Ese reencuentro fue muy distinto a como lo había imaginado. Esperaba una docena de guardaespaldas, golpes, quizá incluso armas...

—Tenemos que hablar —mi padre, como buen hombre de negocios, acorta la conversación, me da la espalda e indica que lo siga.

—¡Qué alegría tenerte de vuelta en casa, hijo mío! —mi madre no me deja ir y me abraza con fuerza.

El abrazo no dura mucho, porque mi padre la arrastra del brazo.

—¡No tenemos tiempo! —gruñe, se sube a un carrito de golf y conduce hacia la mansión.

No tengo mucha prisa, así que lo sigo caminando. Pero no tarda en aparecer un guardia en otro carrito para llevarme hasta la propiedad.

Desde la entrada del hall hasta subir las largas escaleras y entrar en su despacho, mi padre guarda silencio y no me dirige la palabra.

Solo cuando se sienta en su sillón —o mejor dicho, su trono— vuelve a observarme y ahuyenta a mi madre con un gesto de la mano, sin mirarla.

Ella se va, obediente, y nos quedamos solos.

—Has vuelto, ¿no? —se burla, encendiendo un puro.

Me ofrece uno, pero no fumo.

Entonces me indica que me siente. Apoya los puños juntos sobre la mesa.

—Estoy aquí por Sabrina. Y por nada más.

—Fuiste expulsado de este lugar y de esta familia —no hay ningún sentimiento en su voz. Ni rabia, ni amor.

—Lo sé.

—No puedes volver cuando te plazca, ni por cualquier motivo.

—Lo sé —reitero.

El señor Farrah, mi padre, respira hondo y se aparta de la mesa. Coloca sus zapatos brillantes sobre la madera, cruzando los pies, y se recuesta en el sillón.

—Cinco años, Kaleb... cinco años...

Sí. Yo también vi pasar el tiempo, sé cada mes, semana, día, hora y segundo que han transcurrido desde que abandoné este lugar; él dice que me expulsó.

No voy a entrar en méritos, lo que importa es que dejé de ser su marioneta.

—Cinco años cambian lugares... personas...

—¿Y usted ha cambiado, señor Farrah?

Mi padre alza bien la ceja y me observa con detenimiento.

—Todos cambiamos.

—Claro que sí —asiento con la cabeza.

—Kaleb, necesito que entiendas que no guardo rencor. Llevas mi sangre. Eres mi hijo. Fuiste firme en tu decisión y, que yo sepa, supiste apañártelas, incluso con las sanciones que te impuse.

Sigue siendo el mismo. Habla de forma impersonal, como si yo fuera un simple empleado de su empresa.

Es incapaz de admitir que fui yo quien transformó la empresa en un imperio.

—¿Tú llamas sanciones a bloquear mi dinero, mis cuentas, intentar quitarme a mi hijo y alejar de mí a todas las personas que quería? —Es mi turno de alzar la ceja—. Yo llamo a eso perversidad.

—Llámalo como quieras —exhala una bocanada de humo—. Eso ya es agua pasada y has vuelto.

—Solo por la boda de Sabrina —aclaro.

—He reflexionado mucho desde tu exilio, Kaleb. Y he comprendido que eras joven e inmaduro... quise protegerte. Eres un genio con los números y aún mejor con las personas. Me irritaba imaginar que ibas a tirar todo eso por la borda solo por un hijo.

—¿Solo? —me levanto.

—Estaba equivocado —él también se levanta—. Es duro admitirlo, pero me equivoqué. Debería haberte apoyado. Tu carga habría sido menor si el niño hubiese crecido dentro del seno familiar...

Eso logra apaciguar un poco mi rabia. Solo con oír que ha dicho que «estaba equivocado» ya es toda una sorpresa.

—Pero te pido que me entiendas... no somos una familia cualquiera, Kaleb. ¡Somos los Farrah! ¿Qué crees que pensarían de nosotros si se enterasen de que teníamos un heredero con... limitaciones...?

—Nicolas no tiene limitaciones —golpeo la mesa con el puño cerrado.

—Es especial —el señor Farrah alza la voz—. Hace cinco años yo pensaba distinto. Y hoy veo que estaba equivocado, y me alegra que

tengamos este momento para dejar atrás el pasado y resolver nuestras diferencias.

—¿Qué es lo que quiere?

El señor Farrah se sienta con majestuosidad en su sillón y vuelve a acercarse a la mesa.

—Vuelve al seno de la familia y trae contigo a tu hijo. Seréis bien recibidos y recuperaréis todos los beneficios.

—No necesito tus beneficios, y tampoco los quiero.

—Pero nosotros te necesitamos a ti y a tu hijo, Kaleb. Somos distintos ahora. ¡Hemos madurado! ¿No puedes entender lo que ha sido para Diana pasar cinco años sin su hijo y sin su nieto? ¿Para Sabrina? ¿Y para mí?

Esto no va sobre él.

Tampoco sobre mi madre ni sobre mi hermana.

Yo conozco a este hombre. Sé que todo este discurso esconde algo, y necesito descubrir qué es.

—Te hemos echado de menos. Y queremos que Nicolas crezca aquí, como un Farrah, recibiendo los cuidados y beneficios como un miembro de esta familia.

—¿Y qué quieres a cambio?

Mi juego siempre es limpio y transparente.

No tengo tiempo para rodeos, ya he entendido su propuesta. Ahora solo necesito saber el precio.

El señor Farrah respira con lentitud y, en su mirada resbaladiza, logro ver la verdad detrás de sus palabras.

—Quiero que te cases con Gabriela Weiss.

Capítulo 50

Anne Moore

—¿Así que todo esto es de esta gente? —Mi abuela observa a su alrededor, atónita.

Le señalo dónde están los demás salones de fiesta, le muestro la piscina, el bosque... y cuando le enseño la mansión, casi se va de espaldas. Solo este salón de eventos es diez veces más grande que la casa donde me crie.

—Imagino que será una familia de... ¿setenta personas? —dice, sin dar crédito.

—Si no me he equivocado contando... creo que tres o cuatro. —Cruzo los brazos.

Parece marearse. Busca enseguida un sitio donde sentarse y se abanica con la mano.

—¿Todo esto? ¿Para cuatro personas? ¡Madre mía, qué despropósito!

—En Nueva York estamos más acostumbradas a los edificios. Pero ver todo este paisaje natural... y pensar que lo disfrutan tan pocos... es de película.

—Los Farrah son dueños de casi todas las tierras de esta zona de Miami. Y por lo visto, quieren seguir expandiéndose.

—¿Y tú y tus amigas habéis organizado todo esto? ¿La comida, la decoración, la música...? —Mi abuela sigue en shock.

—En todos los salones... y también en la mansión.

Se quita las gafas para limpiarlas, sin dejar de asentir con la cabeza.

—Lo único que no vamos a hacer es la tarta de boda. Pero lo demás... todo está bajo control gracias a Sweet Show. ¡Es el evento

más grande que hemos aceptado hasta ahora!

—¡Felicidades, cariño! —Mi madre me abraza fuerte—. Sabía que lo lograrías.

—Tardamos un poco en conseguir un encargo de este nivel... pero todo llega cuando tiene que llegar. No sé cómo habríamos manejado una estructura así hace unos años... pero ahora, después de aprender de nuestros errores y aciertos, hemos hecho un buen trabajo aquí.

—¿Buen trabajo? ¡Excelente! —Mi abuela se pone de pie, resuelta —. Quiero ayudar. ¿Qué puedo hacer?

—Tranquila, abuela. ¡No habéis venido a trabajar! Solo relajaos y disfrutad, que las chicas y yo lo tenemos todo controlado.

—¿Estás segura?

—Sí.

—¿Y los novios, Anne? ¿Dónde están? —pregunta mi abuela.

Mierda. Hemos llegado a la parte más complicada.

Kaleb Petterson

Me pilla totalmente por sorpresa esa propuesta. Mis pensamientos se alejan tanto que me quedo paralizado en la silla, intentando entender qué demonios está pasando.

Cuando salgo del trance, veo que el señor Farrah camina por la sala.

—La Farrah será aún más grande de lo que tú la dejaste. —Se da cuenta de que por fin tiene mi atención y se acerca—. Ha llegado el momento de ampliar nuestra influencia y echar raíces en la historia de Miami.

—¿Y eso es lo único en lo que piensas? ¿Poder y dinero? —provoco.

—¿Acaso hay algo más en lo que pensar? —responde con toda la calma del mundo—. ¿Cinco años te han ablandado, Kaleb? ¿Todavía no aprendiste que el amor no es una inversión? No te devuelve nada que valga la pena. En cambio, el dinero y el poder siempre devuelven lo que uno invierte.

Conozco ese discurso. Ahora viene disfrazado con un envoltorio más bonito, pero sigue siendo un regalo envenenado.

—No te estoy pidiendo que ames a esa chica. Es despreciable.

Mi boca se abre sola. ¡Por fin estamos de acuerdo en algo!

—Pero su padre, con mi apoyo y el de otros colegas, se convertirá en presidente de Estados Unidos muy pronto. ¿De verdad no ves la oportunidad que tienes delante, Kaleb?

¿La oportunidad de cometer un delito? Sí. La veo clarísima.

—¿No te gustó la propuesta? —Mi padre se apoya en la mesa y pasa el puño cerrado por encima—. Acabamos ahora mismo con la boda de Sabrina. En cuanto tomes la decisión correcta, se acaba este teatrillo y serás tú quien se case.

Ahora ha golpeado por debajo del cinturón. Muy por debajo.

—La estás utilizando...

—Kaleb, somos hombres y adultos. No te pongas moralista...

—¡Sabes que está mal! ¡Sabes que se está hundiendo emocionalmente! ¡Y aun así estás dispuesto a vender a tu hija por esto? ¿Por sobornarme?

—Sé que volverías por ella, ya que no volviste ni siquiera por tu madre. —Su voz tiene un deje de triunfo que me da náuseas—. Así que cogí al gusano más despreciable, le hice creer que conseguiría algo con todo esto... pero mi objetivo siempre fue el pez gordo. No se pesca sin un buen cebo, Kaleb.

—¿Y yo soy tu pez gordo?

—Ya no tengo tiempo de engendrar otro hijo y esperar a que cumpla la mayoría de edad. Y tampoco pienso reconocer a ninguno de los bastardos que dejé por ahí. El agua y el aceite no se mezclan. Lo mismo pasa con nuestra sangre y la de esa gentuza.

—Eres peor de lo que recordaba —murmuro para mí mismo.

¿Cómo pude ser tan ingenuo?

—La boda es dentro de dos días. Sabrina no necesita casarse, pero es una buena hija y respeta a la familia. Lo hace por mí.

—¡Lo hace porque la amenazaste! ¡Porque le dijiste que le quitarías todo, como hiciste conmigo! —Ahora me levanto y le grito, lleno de rabia.

—Hay personas que no entienden con razones. —Une las manos con parsimonia, como si nada lo alterara—. Así que necesitan un pequeño empujón...

—¿Al abismo?

—A donde yo quiera. —Su voz no tiembla—. Porque yo soy el jefe de esta familia y aquí se hace lo que yo digo.

Tengo que contenerme para no cruzar la línea y cometer una locura.

—¿Y ahora también me estás dando órdenes?

—Te estoy proponiendo que vuelvas a la familia y hagas este pequeño sacrificio por ella. Weiss y yo tenemos un trato desde hace años, pero un pacto de sangre, un matrimonio arreglado, siempre ha sido la mejor solución en casos así... desde mucho antes de la Edad Media.

—Han pasado los años y te has vuelto completamente loco, papá.

—No seas emocional. Somos hombres, Kaleb. No sentimos nada, salvo interés. No te estoy pidiendo que ames a la hija de Weiss. Cásate con ella y busca el amor donde te dé la gana. Pero el papel firmado es la garantía...

—¿De qué?

—De que Weiss me devolverá hasta el último céntimo que invertí para llevarlo a donde está, y no se olvidará de mí cuando llegue a la Casa Blanca.

Cruzo los brazos. Ahora soy yo quien lo analiza. Necesito asegurarme de que no está bromeando.

—¿Y qué te hace pensar que voy a cooperar con tus planes sucios ahora? Hace cinco años no lo hice. ¿De verdad crees que voy a ceder ahora?

Se ríe en mi cara con desprecio.

—Esta vez tengo una oferta mejor, Kaleb. El fin del matrimonio de tu hermana, tu regreso a la familia y, por fin, dejarás de huir. Pondré fin a nuestra guerra. Estaremos en paz. Y todo lo que tienes que hacer es decir «sí» cuando te pregunten por la unión. Después... eres libre de hacer lo que quieras.

Lo veo levantar el brazo y extender su mano hacia mí.

¿Quiere la respuesta ya?

—Necesito tu respuesta, Kaleb. El tiempo corre... rápido.

Capítulo 51

Anne Moore

—i¿¡Samuel?!? —grita mi abuela desde donde está, pero creo que se ha oído hasta en el último rincón de la propiedad.

—¿Pero no estabais juntos hasta hace un par de semanas? —Mi madre coge el móvil—. Tengo un mensaje tuyo aquí... es reciente... ¿cómo que se va a casar?

—¡Pensaba que se casaría contigo! —Mi abuela se levanta de golpe y soy yo quien la empuja de nuevo a la silla.

—Abuela, quédate aquí.

—¿Aquí? ¡Voy a ir a cazar a ese mocoso!

—Ya está todo bien, de verdad. Es mejor así.

—¿¡Cómo que es mejor así!? ¡Han sido diez años, Annelise! ¡Diez años! —Mi madre está horrorizada.

No tanto como yo, evidentemente.

Necesito un segundo para recomponerme, respirar hondo y frotarme la cara con las manos. Las llamo a las dos para que salgamos de la cocina, al exterior, donde podamos hablar con más libertad.

No voy a exponer mi vida privada delante de mis empleadas.

Lo último que quiero es que se monte un corrillo de chismes. Y no lo hago por Samuel, sino por Sabrina y por mí. En estos casos, la que siempre queda mal es la mujer.

A nadie le interesa lo que pasó en realidad. Solo quieren señalar con el dedo y buscar a quién culpar. Y en este caso, la que saldría perdiendo sería yo, sin duda.

—Sí. Fueron diez años —confieso, ya junto a la piscina.

—¿Y qué pasó?

—La vida, mamá. Pasó la vida. La vida me mostró que era mejor así.

—Pero ¿cómo ha podido dejarte tan rápido y buscar a otra para casarse? —Mi madre no sale de su asombro.

Y aunque ya estamos fuera, casi lo grita a los cuatro vientos.

—Te tuvo diez años colgada... —Mi abuela no da crédito. Parece que todavía no lo ha asimilado.

A mí también me costó digerirlo.

—Y me habría tenido colgada por otros diez más —me río.

—¿Y encima te ríes? ¡Has perdido el juicio, Annelise!

—Mamá, abuela... —Tomo a cada una del brazo, poniéndome entre las dos—. Escuchadme bien. Sé que en parte os quedasteis tranquilas con mi mudanza a Miami por Samuel. Pero él y yo ya no estamos juntos. Y sé cuidarme sola. No estoy sola. Tengo a Emms, a Luna... incluso a Kaleb y a Nicolas, ahora...

—¡Espera! —Mi madre se detiene dramáticamente—. ¿Estás con Kaleb?

Asiento con la cabeza.

—¿No te lo dije? ¿No te lo dije? ¡Podremos ser de todo, pero tontas no! —Mi abuela empieza a moverse como si celebrara un gol —. ¡Esta niña solo me da alegrías!

—Jo... y yo que pensaba que tenía alguna posibilidad... —mi madre bromea con tono dolido.

—¡Mamá! —la reprendo, sin poder evitar reírme.

—¿Qué pasa? ¿Has visto el tamaño de ese hombre? ¡Da para repartir entre cinco mujeres, por el amor de Dios!

—Pero es solo mío —digo sin pensar... y me callo al instante.

Eso es lo que yo creo, lo que quiero. Pero Kaleb y yo no tenemos nada oficial ni declarado... hasta la última actualización, esto seguía siendo una mentirijilla.

Una mentirijilla muy buena... y deliciosa.

—En realidad, Samuel...

—¡Que le den por culo a Samuel! —Mi abuela me suelta una palmada que casi me desmonta—. ¿Quién se acuerda ya de ese

niñato?

—aun así... —necesito aclararlo—. No quiero que depositéis ninguna esperanza sobre Kaleb. Mi vida va a seguir, esté él o no.

—Mejor con él —piensa en voz alta mi madre.

—Y sin él. —Mi abuela alza una ceja.

—Y con él. —Mi madre hace un gesto obsceno con la mano.

—Y sin él. —Mi abuela hace el gesto contrario.

—¡Dios mío, no puedo con vosotras dos! —Estoy escandalizada—. Ni hace falta prueba de ADN, ya sé que soy de esta familia. —Empiezo a reír y repito el gesto con la mano, pero muy rápido—. Con y sin, con y sin, con y sin...

Acabamos las tres riéndonos como bobas y abrazadas.

—Las cosas van a ir bien a partir de ahora, lo prometo. Y no por tener a un hombre en la ecuación...

—Y qué hombre —interrumpe mi abuela.

—...sino porque me he reencontrado conmigo misma. Y quiero luchar por mi felicidad, por mi negocio y por lo que es mejor para mí. Kaleb es alguien muy importante que ha llegado a mi vida, pero no se va a acabar si él se va.

—¡Annelise Jones Moore! ¡Como dejes escapar a ese hombre...! —Mi madre me lanza una mirada amenazante.

Al principio me río con su tono, pero tengo que admitirlo.

—Kaleb es un hombre inteligente, mamá. Si yo fuera él... saldría corriendo.

—¡Así se habla, Annelise! ¡Esa autoestima, bien arriba! —me regaña mi abuela.

Kaleb Petterson

Salí directamente de la reunión con mi padre rumbo a casa.

A las diez de la noche fui hasta la casa de al lado y llamé al timbre. Esperé a que alguien abriera y me alegré de que fuera Emmanuelle.

—¡Hola, vecino! —Viene corriendo, sin aliento, pero al verme se alisa la ropa contra la puerta y posa como si nada.

—Hola —la saludo.

—Annelise no está. —Abre la puerta de par en par y me muestra la casa vacía—. Solo estamos Luna y yo.

—Perfecto, es con vosotras con quien quiero hablar. —Entro sin esperar invitación.

Emmanuelle, pasmada, me sigue y llama a Luna para que baje. Luna se deja caer en el sofá del otro lado del salón y me observa, intrigada.

—¿Qué ha pasado? —pregunta Luna al llegar.

—Siéntate. —Le señalo el sofá—. Os adelanto algo: Anne ya sabe que soy un Farrah.

—¡Ah! ¿Será por eso que ella...? —Luna empieza a divagar.

—No, eso fue por culpa de Samuel. Luego se le pasó. Y ahora está con la familia en un yate... ya me imaginaba que era idea tuya...

Me encojo de hombros, y voy directo al grano. No quiero alargarme.

—¿Cómo va *Sweet Show*?

Las dos se miran. Creo que de todas las cosas que imaginaban que vendría a decir, su empresa era la última en la lista.

—Va bien... —responde Emmanuelle, con evasivas.

—¿Deudas? —Saco el móvil del bolsillo y abro una nota para escribir.

—Seguimos pagando un préstamo del banco, pero... ya podemos cobrarnos un sueldo simbólico de la empresa. Y pagar las facturas, el alquiler, la hipoteca... —Emmanuelle estira el cuello para ver qué escribo.

—Esta boda ha sido el encargo más grande que hemos tenido. Y va a dejarnos una pasta, gracias a Dios. —Luna se persigna.

Contengo la risa y sigo tomando notas.

—Tú... —Emmanuelle me señala.

—¿Sí?

—¡Tú! —Ahora suena casi como una acusación.

—¿Qué pasa?

—Si no fue Samuel quien nos contrató para este evento... y fue la novia... y ella no tenía ni idea de quién era Sweet Show... solo pudo haber sido...

—¿Yo? —Me rasco la punta de la nariz y asiento.

—¡Estoy en shock! —Luna le da un codazo a su amiga—. ¿¡Cómo!?

—Sí. Fui yo —admito—. Fui yo quien se lo propuso a Sabrina.

—¡Y nos hiciste creer que había sido Samuel! ¡Eres cruel!

—Sí, lo soy —tengo que darle la razón.

—¿Pero por qué?

Ah, esa es una muy buena pregunta.

—Porque estoy enamorado de vuestra amiga. Desde hace mucho —me siento incluso ridículo diciéndolo—. Más tiempo del que me gustaría admitir... y no sabía cómo acercarme a ella.

—¿Tú? —Luna casi se sube al sofá—. ¡Un tío como tú solo tiene que llegar, bajarse la cremallera y...! —Emmanuelle le tapa la boca justo a tiempo.

—No es tan fácil cuando llevas tiempo sintiendo algo y nunca te lo han correspondido.

—¿No correspondido? —Luna lo grita como si quisiera que se enterara todo el vecindario.

Emmanuelle, en cambio, me escucha con atención quirúrgica. Es como si entendiera incluso lo que no digo.

—Pensándolo bien... Anne estaba tan obsesionada con Samuel que no podía hacer nada más que centrarse en ese imbécil... —Pone los ojos en blanco—. Aun así, estoy sorprendida con esta confesión.

—No deberías.

—¡Guau! ¡Tienes que traernos más eventos que paguen seis cifras! —Luna da saltitos en el sofá.

—No seas indiscreta, Luna. —Emmanuelle tiene ese aire inconfundible de mujer de negocios. Aunque está encantada con lo que acabo de confesar, mantiene el porte serio—. Escuchemos al señor Farrah...

—Kaleb. Solo Kaleb —la corrijo.

—Muy bien, Kaleb, dinos qué podemos hacer por Anne y por ti.

—Ah, no estoy aquí por Anne...

—¿No? —preguntan las dos al unísono.

—No. Estoy aquí por *Sweet Show*. Quiero comprar vuestra empresa.

Capítulo 52

Anne Moore

Dos días con mi madre y mi abuela cerca de mí y ya me sentía otra persona.

Me pusieron al día de todo: los vecinos, la vida de mis hermanos, la rutina en Brooklyn... y todo eso con un paisaje maravilloso de fondo. Paseamos por la playa por la noche, vimos el amanecer antes de venir a la mansión Farrah y tuve que insistir mil veces para que se relajaran y simplemente disfrutaran.

Pero no hubo manera de convencerlas.

Cada vez que me distraía o tenía que ocuparme de algo, al volver a la cocina, allí estaban ellas... trabajando.

—¿No habíamos hablado ya de esto? —Tuve que ponerme firme.

—He pasado toda mi vida cocinando, ¿qué son unos días más? —Mi abuela parecía incluso más joven y llena de energía.

—¿Por qué no das un paseo y disfrutas del paisaje? —Intento convencerla a toda costa para que deje el trabajo en manos de las chicas.

—¡Qué tontería, Annelise! No nos cuesta nada. —Hasta mi madre se puso en mi contra, y ya estaba organizando los platos sucios.

Al poco rato, Emmanuelle y Luna llegaron, y entonces sí que empezó la fiesta, el alboroto y los abrazos por doquier.

—¡Pero mírate, lo que has crecido, chica! —Mi madre le dio una palmada en el trasero a Emmanuelle.

—Espero que te estés refiriendo a mi trasero, claro. —Emms se echó a reír y fue a ponerse al día con mi abuela.

Todas teníamos muchas cosas que contarnos. Aprovechamos para desayunar bien antes de ponernos manos a la obra.

Luna fue la primera en salir: tenía que revisar los últimos detalles en el salón de fiestas donde recibiríamos a los invitados.

Y hablando de invitados... ahora sí se entendía por qué había tantos salones.

La boda era mañana y aun así el lugar ya estaba abarrotado desde primera hora.

Menos mal que me había preparado con una producción en escala, porque ahora ya no podía rechazar la ayuda de mi familia: toda mano era bienvenida.

—No veo la hora de que esto termine y poder seguir con mi vida en paz —murmuro a Emms mientras vamos limpiando los platos que deben servirse a los invitados.

—¿En paz? —Emms deja caer el paño blanco y me mira de reojo —. ¿Entonces por fin has decidido poner la cabeza en su sitio?

—Algún día tenía que seguir adelante, ¿no, Emms?

Asiente, aunque sigue con esa expresión escéptica.

—¿Entonces ya puedo dormir tranquila sabiendo que no vas a envenenar la comida y cargarte a toda esta gente? —bromea.

—¡Emms!

—Hija, yo he visto *Juego de Tronos*. Sé perfectamente cómo funcionan las venganzas.

—Lo único que vamos a hacer es nuestro trabajo, impecable como siempre. Porque eso, por sí solo, ya es una vitrina para esta gente rica. ¿Te imaginas si alguno se interesa por nuestros eventos?

—Anne, sobre eso, tengo novedades.

—¿Sí?

—¿Estás preparada?

—Sí.

—¡Nuestra agenda está llena por lo menos para los próximos seis meses! —No se contiene, abre bien los ojos y me agarra de las manos.

Empezamos a dar pequeños saltitos como dos locas, sin movernos del sitio, conteniendo los gritos.

Cuando paramos, nos damos cuenta de que todas nos están mirando, asustadas.

—Volved al trabajo —las tranquilizo mientras paso un brazo por los hombros de Emms y nos agachamos para hablar en voz baja.

—¿Qué pasa?

—¿Cómo que los próximos seis meses? —Empiezo a taconear en el suelo, ella también.

—Y todos son eventos importantes, Anne. Tenemos más bodas, incluso cenas familiares de lujo. Por fin *Sweet Show* va a generar los beneficios con los que tanto soñábamos.

¡No me lo podía creer! ¡Por fin mi sueño estaba haciéndose realidad!

—Ni se te ocurra despedir a las chicas que contrataste para esta boda. Vamos a hacerlas fijas. A todas. Quizá hasta necesitemos más gente.

—¿De verdad? ¿De verdad vamos a ganar tanto dinero?

—Sí, amiga. El destino nos ha sonreído y ahora por fin vamos a poder tener beneficios, vacaciones... ¡y al menos un día libre a la semana!

—¡Jo! Ya era hora, ¿no? Dos años sin parar... ya estaba perdiendo la cabeza... —me desahogo.

—Lo sé, vivo contigo. —Emms me da un pellizco.

Más platos llegan a la larga mesa para ser servidos, así que los limpiamos con cuidado y los pasamos a los camareros, que se los llevan de cuatro en cuatro al salón. Otro camarero está organizando las guarniciones, platos, zumos, café y vasos en un carrito para llevar a los otros salones.

—Aún estoy revisando los números, pero ya te adelanto que necesitamos cambiar de local para Sweet Show.

Me quedo helada al oír eso.

—¡Luchamos tanto para conseguir ese sitio!

—¡Lo sé! ¡Lo sé, Anne! Pero escúchame...

Ya pongo morros y se me humedecen los ojos. El sitio es pequeño, sí, pero está en la ubicación perfecta...

—Vamos a encontrar algo más grande, por esa misma zona. Quiero el doble de espacio para tu cocina... quizá el triple. Vamos a comprar electrodomésticos nuevos, de última generación, para acelerar las preparaciones, y dejar la parte de hornear, cocinar y freír solo para el lugar del evento.

Pensándolo bien, eso agilizaría muchísimo nuestro trabajo...

—Y tú vas a poder descansar. Todas hemos trabajado duro estos dos años, pero tú no solo dirigiste la cocina: estuviste al pie del cañón, te sacrificaste demasiado... Ya es hora de que solo supervises y cocines cuando realmente te apetezca.

—Parece un sueño... No me lo creo.

—¡Pues créetelo! Esta boda aún no ha terminado y nuestra agenda está a reventar. ¡Hay gente peleándose por días y horarios! Por eso vamos a necesitar un gran equipo. Sweet Show va a poder hacer incluso dos o tres eventos el mismo día.

—Estás exagerando, Emms...

—¡Te lo juro! Vamos a dejar de ser una empresita para convertirnos en una marca gigante.

—¿Y no crees que estamos yendo demasiado rápido? —Aunque estoy emocionada y fascinada con la idea, necesito poner los pies en la tierra—. No me importaría esperar unos años más, si hiciera falta.

—¡Ya no vamos a esperar más! ¡Vamos a conquistar todo Miami!

Nos abrazamos celebrando, lo que llama la atención de mi madre y mi abuela, que vienen a ver qué pasa.

Emms les cuenta todo y se me saltan las lágrimas al ver cómo les brillan los ojos, cómo vibran con nosotras. Al final, acabamos las cuatro abrazadas y sin parar de dar gracias a Dios por lo que hemos conseguido.

Fueron años ahorrando, estudiando y trabajando sin parar, de lunes a lunes, para convertir esta empresa de nuestros sueños en una realidad. Y ahora era más que eso.

¡Ahora podíamos dar empleo a familias y llevar un pedacito de Sweet Show a cada rincón de Miami!

Estaba en una nube.

—¿Señorita Annelise Moore? —me llama un camarero.

—Yo me encargo —les digo a las demás, y me acerco a él—. ¿Qué pasa? ¿El imbécil del novio ha devuelto el plato? —gruño.

El camarero se queda desconcertado. Me hace un gesto con la cabeza para que lo siga y, para mi sorpresa, no nos dirigimos al salón, sino fuera de él.

Subimos a un carrito de golf y él conduce por toda la propiedad hasta llegar a la mansión.

Mientras recorremos el terreno al aire libre, observo, desde donde estoy, a toda esa gente. Es realmente una multitud. No puedo creer que vayamos a alimentar a tantas personas... Bueno, que ya lo estamos haciendo, porque justo acaban de servir el desayuno.

El camarero me deja frente a la mansión, una propiedad exuberante, con una fuente en la entrada donde cisnes blancos se dan un baño.

Al entrar, pienso que así debe de ser el interior de un palacio: cada detalle es lujoso, desde las alfombras escarlata hasta la lámpara de araña, que brilla en un dorado tan intenso que me hace entrecerrar los ojos.

Los cuadros en las paredes representan a varios hombres de la familia Farrah, y justo al llegar, veo que están colgando de nuevo uno de ellos.

Me acerco para ver y confirmo que es el retrato de Kaleb.

No es como está ahora, sino como lo vi en las fotos de Internet: sin barba, con el pelo corto y vestido de forma muy formal. Su mirada es la misma, muy imponente. Le falta algo de dulzura, pero encaja perfectamente con el resto de los cuadros, donde todos los hombres tienen una expresión cruel, incluso arrogante.

—Por aquí, señorita Moore —me indica un hombre impecablemente vestido, señalando las escaleras para que suba.

Hago todo el recorrido en silencio, y el tipo —que imagino que es el mayordomo— me deja frente a un recibidor, cuya puerta de madera es el doble de grande que la entrada principal de la mansión.

Me siento en el sofá de la esquina para esperar algo o a alguien. No pasan más de unos minutos y la gran puerta se abre con un estruendo que me hace dar un salto.

—El señor Farrah la recibirá ahora —dice el mayordomo.

Aún tengo tiempo de ver a Gabriela y a un hombre mayor saliendo del despacho antes de entrar.

Es exuberante, quizá incluso más que la entrada principal. Hay cuadros en las paredes que muestran a ese mismo hombre sentado tras el escritorio junto a figuras importantes del país, incluso expresidentes a su lado.

—Debe de ser la señorita Moore —dice el hombre sin dignarse a levantar la vista, mientras lee un documento.

—Sí, ¿señor…?

—Farrah. —Pasa una página y con un gesto de la mano me indica que me acerque.

Apenas doy el primer paso en su dirección, la puerta se cierra tras de mí.

Parece que no tengo otra opción más que avanzar y sentarme frente a él.

—No se corte, señorita Moore, tome asiento. —Su tono es amable, pero a estas alturas yo ya sé identificar a los abusivos.

No importa cuánta dulzura utilicen o la sonrisa que dibujen en la cara.

Me siento y espero a que se digne a decirme por qué estoy aquí.

Prácticamente tengo que verlo desayunar y revisar unas diez páginas antes de que firme, aparte los papeles y continúe comiendo mientras me analiza con frialdad.

—¿Le está gustando la comida? —intento romper el silencio.

El señor Farrah parpadea. Si asintió con la cabeza, no lo vi. Termina de masticar y luego bebe un sorbo de su café.

—Obviamente que sí. Si no, ya estaría fuera de aquí desde el primer día —remata con una mirada que intenta parecer paternal.

A mí me resulta más propia de un sociópata...

—Me alegro —respondo, porque creo que es lo que debo decir.

—Me han dicho que vino muy bien recomendada para este evento, y ahora entiendo por qué.

Inmediatamente me enderezo: hombros atrás, pecho hacia adelante y una sonrisa forzada que no quiere salir.

—No es por la comida —puntualiza—. La comida es excelente, claro. Pero usted tiene... presencia.

Ah, se refiere a mis pechos. Gracias, señor Farrah. Se lo debo a la genética.

Qué bonito, que me hayan llamado aquí para elogiarme, pero no precisamente por mi trabajo. Maravilloso, ¿eh?

—¿Cómo ha sido su estancia durante este largo evento, señorita Moore?

—Estupenda. Me voy con la sensación de deber cumplido.

Me felicita, toma la taza y bebe mientras me observa fijamente.

—A todos les ha encantado la decoración, la música, la comida... habéis dado vida a este evento tan aparentemente sencillo.

Asiento una vez más. Si solo me llamó para esto, podría haberme enviado un correo. O una carta, incluso.

—Vamos a hacer algunos cambios de última hora, señorita Moore.

—Ah... ¿van a llegar más invitados?

—Es probable que sí.

—No se preocupe, le garantizo que desde cocina nos haremos cargo de todo.

—No tengo ninguna duda —responde, dejando claro que ese es el menor de sus problemas.

—Si eso era todo, señor...

—Siéntese, señorita Moore —me interrumpe, destrozando mi ilusión de salir de esta suntuosa sala.

—Ah... ¿hay más asuntos que tratar?

—Sí —dice con simplicidad—. El matrimonio entre Sabrina, mi hija, y Samuel ha sido cancelado.

¡Vaya! Una buena noticia, por fin.

—¿Así que los rumores eran ciertos? —Se rasca la barbilla con lentitud—. Tú y Griffin teníais un lío.

En realidad, quien tenía un lío aquí era él con su hija, señor. ¡Conozco a ese imbécil, ese inútil sin alma, ese hijo de nadie, desde hace diez años!

Contengo a la loca que llevo dentro y solo le sonrío.

—No podía permitir que algo así saliera a la luz... El nombre de la familia es lo más valioso que existe. La reputación, en mi mundo, es el mayor activo que alguien puede tener. Y Samuel Griffin ha perdido la suya.

Mire qué bien. Noticias estupendas. Por fin se ha hecho justicia.

Ahora, si el señor me permite retirarme...

—Pero no la he llamado aquí para hablar de trivialidades sobre Samuel...

—¿No? —Eso sí que me pilla por sorpresa.

—Quiero hablar de otros rumores. Su cercanía con mi hijo Kaleb Farrah.

Asiento de inmediato.

—Kaleb y yo somos buenos amigos.

—Algo más que eso, supongo —dice mientras apura su café y aparta la taza. Su expresión cambia de repente, como del día a la noche; ahora parece más iracundo.

Mi respuesta es el silencio. Ya lo decía mi abuela: no estás aquí para aplaudirle al loco mientras baila.

—¿Dónde y cómo se conocieron?

Perdóneme, pero no he recibido ninguna citación oficial para este interrogatorio, así que...

—Si sus «rumores» son tan buenos, ¿por qué me lo pregunta?

—Qué descarada... —gruñe—. Ahora empiezo a entender algunas cosas.

—Si ha entendido algo, explíqueme usted, señor Farrah. Porque yo, sinceramente, estoy perdidísima.

El hombre que apenas se parece a Kaleb —con poco pelo, sin barba, mirada cansada y actitud disimulada— se levanta.

—Kaleb se casará en lugar de mi hija Sabrina.

—¿Con Samuel? —pregunto, incrédula.

—Con la hija del gobernador —aclara—. Gabriela Weiss. Seguramente habrá oído hablar de ella...

La he oído. La he visto. He hablado con ella.

—Sí.

—Le pido desde ya que lo comprenda, señorita Moore. Los negocios son negocios. Yo nunca me lo tomo nada como algo personal y espero que usted tampoco lo haga.

Entiendo. Ahora todo encaja.

Ahora comprendo lo que Kaleb quiso decir sobre el precio de ser quien es. Y que a veces, huir es la opción más sensata.

—Tengo asuntos importantes con la familia Weiss y necesito asegurarme de que nada los entorpezca. Y mucho menos una historia de aspirantes a Romeo y Julieta. Seguro que conoce cómo termina ese clásico...

—Lo sé.

—¡Muy bien! —El señor Farrah arrastra la silla junto a la mía y se sienta muy cerca—. No me importa lo que él sienta por usted. Como tampoco me importa lo que usted sienta por él. Mientras no arruinen mis planes, puedo... bendecirlos, llegado el momento.

Qué hombre tan generoso... puede hasta bendecirnos. Qué detalle, de verdad. No lo conocía hasta hoy y ya resulta que necesito su bendición.

—¿Cuál es su precio, señorita Moore?

—¿A qué se refiere?

—¿Cuánto quiere para mantenerse alejada de mi hijo durante cinco años?

Capítulo 53

Anne Moore

Simplemente no me lo puedo creer.

Pensaba que ese tipo de comportamiento era cosa del folclore, que personas como el señor Farrah jamás actuarían así. Pero me equivoqué. Y me equivoqué de lleno.

—¿Cómo... cómo dice, señor Farrah?

—Es bastante simple, en realidad —su mano viene hacia mi regazo, y eso me desconcierta—. Somos de mundos muy distintos.

—Desde luego que lo somos —pienso en voz alta.

—En mi mundo hay otras prioridades, más allá del amor, la pasión y esas ilusiones con las que vosotros, los menos favorecidos, os entretenéis... ya que no tenéis otras posibilidades en la vida y os aferráis a eso.

—Ajá...

—Dígame su precio. Todas las personas tienen un precio, señorita Moore.

—Yo no. Lo siento.

—¿Usted no? —se burla—. ¿Eso significa más ceros después del uno?

Estoy horrorizada. De todas las cosas que me han pasado últimamente, esta es la guinda del pastel. He tocado fondo. No hay otra explicación.

—No quiero distracciones en el camino de Kaleb mientras cumple con la tarea que le he encomendado.

—*¿Dis-trac-ción?* —repito, adelantándome a su discurso, y me pongo de pie.

El señor Farrah permanece impasible. Su expresión es una máscara de control y poder tan perfecta que no puede ser real... no es posible...

—Hay grandes planes en el horizonte. Y Kaleb debe centrarse ahora en lo verdaderamente importante, no en trivialidades.

—Gracias por la charla, señor Farrah.

—No ha dicho una cifra —insiste.

—Ni la diré. No necesito su dinero, ni lo quiero. Creo que Kaleb y yo somos perfectamente capaces de decidir eso por nosotros mismos, sin interferencias.

Ahí está. La grieta.

Parece que su personaje se desmorona.

El señor Farrah se levanta y camina hacia mí a grandes zancadas. Me agarra del brazo con fuerza, haciéndome daño, y su mirada me lanza una advertencia.

—Está en mi ciudad. Y en mi ciudad, yo soy la ley, señorita Moore.

Clavo las uñas en su mano hasta que suelta un gruñido y me deja ir.

—Dígaselo a alguien que le importe. —Me echo el pelo hacia un lado, dándole en plena cara—. Que tenga usted un buen día, señor Farrah.

—¡Mis abogados se pondrán en contacto con usted! —ruge.

Cariño, que me mande a sus abogados, a la perrera, al FBI, a la clínica psiquiátrica y hasta al fantasma de Michael Jackson haciendo el *moonwalk* en la puerta de mi casa. Me da exactamente igual.

Salgo de ese lugar igual que entré: con la cabeza bien alta, sabiendo que mis sueños, mis decisiones y mi vida me pertenecen solo a mí.

Y no hay dinero en el mundo capaz de comprarlos.

*

Llamo a Kaleb en todos los descansos que tengo, pero no me contesta. ¿Estará ignorándome?

Al pasar por el salón, me aborda la ancianita simpática, esta vez con otra flor diferente en un sombrero tornasolado.

—Disculpe, ¿no habrá visto a Kaleb por aquí?

Se lo piensa durante medio segundo y niega con la cabeza.

—Lo vi ayer, en la mansión. Parecía salir de allí bastante enfadado.

—Seguro que habló con su padre —digo en voz alta.

—Seguramente. —Se agarra de mi brazo—. Ambos tienen un carácter fuerte. Y les gusta tenerlo todo bajo control. Pero eso es lo que hacen la mayoría de los hombres de nuestro entorno, ¿no cree? Estos CEOs y multimillonarios solo piensan en controlar sus empresas... y a las personas.

—A veces confunden y creen que las personas también son empresas —reflexiono.

—Exacto. ¿Necesita ayuda, querida? Si está en mi mano...

—Solo si encuentra a Kaleb. Dígale que quiero verlo.

Asiente y me desea suerte.

Vuelvo a la cocina, donde todo está bastante adelantado para la cena, y me coloco en mi puesto para trabajar.

Necesito ocuparme con algo, no pensar... ni hacer ninguna locura.

Cuando por fin tengo un descanso más largo, vuelvo a llamar a Kaleb. Esta vez, me contesta.

—¡No! —escucho la voz de Nicolas al fondo.

—¿Hola? ¿Anne? —Es su voz. Y por un instante, me tranquiliza.

—Kaleb, tenemos que hablar. Es serio.

—Anne, no puedo. No ahora.

¿Cómo que no puede? ¿Qué está pasando? ¡El mundo ha girado tanto que ya no entiendo nada!

—¿Puedes verme esta noche? Te prometo que será rápido.

—Anne, no va a poder ser. Lo siento.

—Pero... tú... Kaleb, solo necesito entender qué está pasando...

—Lo entenderás, te lo prometo.

—Vale, pero ¿no puedes...?

—Tengo que colgar. Lo siento. —No da rodeos y cuelga en cuanto termina la frase.

¿Qué está pasando?

Su voz sonaba distinta. Y no parecía querer hablar conmigo.

Menos mal que todo el trabajo está tan avanzado que solo queda terminar las comidas y limpiar los platos, porque no estoy en condiciones de hacer nada en esta cocina que requiera pensar.

Así que activo el modo robot y trabajo sin parar hasta que llega la hora de volver a casa.

Capítulo 54

Anne Moore

Desde la mansión de los Farrah, mi madre, mi abuela y yo vamos directamente a casa.

Llegan entusiasmadas, entran como una tormenta y gritan que deberíamos pedir una pizza. Yo, en cambio, me quedo fuera, estirando el cuello tanto como puedo, buscando alguna señal en la casa de al lado. Pero parece completamente vacía.

—¡Ahora sí vamos a hacer una fiesta de inauguración de la casa! —proclama mi abuela.

—Abuela, ya casi es medianoche —le advierto.

—¡En alguna parte del mundo todavía son las nueve! ¡Así que celebremos! —Abraza a Luna y a Emms—. ¡Esta casa es preciosa!

—Sí..., aunque un poco desordenada... ¿Por qué hay tantas cajas de zapatos por todas partes? ¿Y esos vestidos de gala colgados por ahí? —Mi madre observa a su alrededor.

La verdad es que la casa está hecha un desastre.

Nada de lo que Kaleb me regaló cabía en mi armario, así que tuvimos que dejarlo todo por los rincones, apoyado contra las paredes.

—Toda casa necesita decoración. Y la nuestra está decorada con Gucci, Dolce & Gabbana y Prada —se ríe Luna.

—La verdad es que necesitamos un sitio más grande —confiesa Emms—. Anne recibió todo esto y no hay dónde guardarlo.

—¿Recibió? —Mi abuela frunce el ceño con tono acusador, aunque divertido—. ¿Y quién te lo dio, Annelise?

—Adivina —resoplo, girando los ojos.

—No puede ser... ¿ese hombre no tiene ni un defecto? —refunfuña.

Tal vez sí... pero yo aún no lo he descubierto. O quizás está delante de mí, más evidente que nunca: el defecto de Kaleb es que nunca va a ser mío.

Somos de mundos distintos, vivimos vidas diferentes, tenemos visiones opuestas sobre lo que importa, al parecer.

Y ahora está huyendo de mí... probablemente no vuelva a verlo nunca más.

—Conoced la casa, mi habitación es la primera a la izquierda subiendo las escaleras —les explico—. Voy a salir a dar una vuelta.

—¡No te alejes mucho! —gritan mientras corren para cotillear mi cuarto.

Cojo un chal que está tirado en el sofá y me lo echo sobre los hombros. Salgo de casa y camino hacia la mansión de Kaleb. Está completamente a oscuras, como nunca la había visto antes. No hay ni una sola luz encendida dentro.

Doy una vuelta por la propiedad, solo para comprobar si hay algún indicio de vida... pero no hay nadie.

Y como soy bastante terca, voy hasta la puerta, llamo al timbre y doy unos golpecitos, solo para asegurarme.

Nadie responde.

Llamo a Kaleb, y el teléfono suena sin parar. No se oye ningún sonido desde dentro de la casa, así que o está en silencio... o él realmente no está aquí.

O, quién sabe... quizá simplemente no quiere atenderme. Paciencia.

Desisto de intentar entender qué está pasando. Necesito descansar y prepararme para el último día del evento antes de la boda. Tal vez Kaleb aparezca mañana y me lo explique todo.

Salgo del jardín de la mansión y cierro la pequeña verja blanca al pasar.

Miro la hora en el móvil y empiezo a escribirle un mensaje, solo para asegurarme de que todo está bien y quizá recibir alguna

novedad.

—No te contesta, ¿verdad?

Al oír la voz de Samuel, doy un salto y miro a mi alrededor buscando cualquier piedra o palo que pueda usar como arma.

—¡No te me acerques! —Aprieto los puños.

—Tranquila, no he venido a hacerte daño.

¿Y tú te crees que voy a tragármelo?

Me alejo lo más rápido que puedo, pero él me sigue.

—¿Aquí era donde se escondía?

¿Se escondía?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Todo este tiempo, todos creíamos que se había ido de Miami... pero estaba aquí. Justo aquí, delante de nuestras narices —Samuel observa la casa con detenimiento.

—¿Y ahora vas a seguirme por todas partes? ¡No me sigas, Samuel, que no estoy para juegos! —Le doy la espalda y me encamino a casa.

—Él también te dejó, ¿no?

¡Maldita curiosidad! ¿Por qué no puedo simplemente seguir caminando?

—¿Cómo que «también te dejó»? —Me doy la vuelta, despacio.

—Ellos son así, Anne —Samuel se encoge de hombros.

Solo ahora me doy cuenta de que lleva el traje completamente desgastado, incluso rasgado en algunos puntos. El pelo lo tiene hecho un desastre y la cara... en fin, no es precisamente la de alguien que esté bien.

Vi a este tipo hace unas horas. Y no fue Emms quien lo dejó así, desde luego. ¡Estaba impecable hasta la hora del almuerzo!

—¿Ellos quién, cara pálida? Habla de una vez, es tarde y quiero entrar.

—¿Puedo ir contigo?

—Samuel, ¿dejaste el trabajo para dedicarte al stand-up? No es por ayudarte, pero tus chistes no tienen ninguna gracia.

—¿Aún no lo sabes? Ya no me voy a casar con Sabrina Farrah.

Me gustaría sentir algo de compasión por su estado, pero no puedo. Se merece cada golpe que la vida le dé en la cabeza.

—Obvio que lo supe. Tal vez incluso antes que tú, teniendo en cuenta que soy yo la responsable de la comida de este evento.

Samuel no va a decir nada útil, así que mejor entro de una vez...

—Somos objetos en sus manos. Piezas. Tenemos valor mientras somos útiles... Cuando dejamos de serlo, esto es lo que hacen con nosotros, Anne: nos desechan.

Me detengo, pero no me doy la vuelta. Que le hable a mi espalda, si quiere.

—Fui útil hasta ahora, y ahora me han descartado. Pero por lo visto... no he sido el único.

—Muy bien. Buenas noches, Samuel.

—Te lo dije, Anne. Te dije que cuando todo esto acabara, estaríamos juntos. Llevamos diez años de relación. Lo sabemos todo el uno del otro. Y tú sabes que encajamos perfectamente.

Prefiero creer que encajo mejor en el ataúd en el que me enterrarán algún día. Lo siento, Samuel.

—Se acabó. Y ahora estamos los dos, solos, abandonados por los que manejan el tablero. Nosotros somos las piezas y ellos, los jugadores.

—Ok. Si pasa algo, ya te aviso —me encojo de hombros.

—Sé que vas a intentar luchar por estar con él, pero... no va a funcionar, Anne. Esta gente, cuando no consigue lo que quiere, arrasa con todo a su alrededor. Aplasta lo que amas, descubre tus secretos y te amenaza. No hay forma de salir de esto sin seguir sus reglas.

Tal vez haya llegado el momento de hacer algo realmente importante.

Y ese «algo» es dejar las cosas muy claras con Samuel.

—Escúchame —me doy la vuelta y me planto delante de él—. Me usaste porque eres un aprovechado, un mentiroso y un imbécil. ¡Yo corrí detrás de ti, prácticamente me arrastré a tus pies durante diez

años, Samuel! Y todo eso que hiciste por mí, que yo creía que era amor, en realidad era pura mentira.

—¿Mentira? ¡Mentira es ese numerito tuyo con Kaleb!

—Pues mira, las dos semanas y media de mentira con Kaleb fueron mucho más verdaderas que los diez años de tus «verdades». Me cansé. No te amo. Y he descubierto que, en el fondo, nunca te amé.

Samuel baja la mirada y se ríe.

—No me amaba a mí misma, y por eso pensaba que necesitaba a alguien que llenara ese vacío. Pero mírame bien. —Me acerco un poco más—. ¡Mírame! —Le levanto la barbilla para que me mire a los ojos—. Soy maravillosa. Soy increíble. Y soy demasiado para ti.

—Has perdido la cabeza...

—Sola mantuve esta relación durante diez años, hasta darme cuenta de que tú nunca me amarías de vuelta. Porque tú no te amas. Me trataste como una mierda, porque tú eres una mierda. No sabes lo que es el amor, quizás nunca te hayan amado, y ahora quieres convencerte de que puedes venir aquí, hacerme cambiar de idea y hacerme creer que al final vamos a acabar juntos. —Ahora la que se ríe soy yo.

—Solo quedamos nosotros dos, Anne —dice, abriendo los brazos como si señalara el mundo entero.

Hago como Nicolas y levanto el dedo índice, negando con firmeza.

—¡No quedamos nosotros dos, Samuel!

—¿No?

—¡Yo no soy lo que queda! Yo estoy completa, estoy feliz, estoy reconstruyendo mi vida. Mientras tú te reías a mis espaldas y yo lloraba, me di cuenta de que no te necesitaba. Igual que no necesito a Kaleb. Igual que no necesito fingir ser alguien que no soy para encajar o agradar a nadie.

—¿Qué estás intentando decir?

—Estoy intentando decirte —ahora sí me acerco de verdad. Es la última vez que este desgraciado va a sentir mi perfume tan cerca—

que yo sola me basto.

—Te lo tienes muy creído...

—No estoy sola, estoy conmigo misma. Y eso es suficiente. Soy autosuficiente, cariño. Soy socia de una empresa que algún día va a dominar el mercado, y tú vas a seguir siendo la mascota, el perrito faldero que mueve la colita para agradar a sus dueños.

—Vas a volver llorando, pidiendo que volvamos, Anne —me amenaza.

Pero ya no le tengo miedo.

—Soy la dueña de mí misma —es lo único que le digo.

—Él va a casarse con Gabriela. Vas a trabajar como una criada en la boda del hombre del que estás enamorada —escupe con desprecio.

—Que se case con quien le dé la gana. —Me encojo de hombros —. He aprendido algo muy importante en los últimos tiempos, aunque no espero que lo entiendas.

—¡Ilumíname con tu sabiduría!

—No me importa si al final Kaleb se casa con Gabriela.

—¿No?

—No. —Me mantengo firme—. Solo me importa que sea feliz.

Samuel sigue burlándose.

—Sí, estoy perdidamente enamorada de él. Y espero que él también lo esté de mí. Pero si no lo está, le quiero tanto... y me quiero tanto... que lo único que deseo es que sea genuina y profundamente feliz.

—No te has dado cuenta aún de que él es una mentira... una farsa...

—Aunque lo fuera, seguiría siendo mucho más hombre de lo que tú soñaste ser en toda tu vida. Lo que no acabas de entender, Samuel...

—¿Qué?

—Que tus sueños se hicieron trizas, el día terminó... y fuiste tú quien vino a buscarme a mí, no al revés.

—¿Y qué?

—Se acabó, Samuel. Y el que jamás va a encontrar a alguien como yo... eres tú.

Capítulo 55

Kaleb Petterson

Hace unos días.

—Quiero que te cases con Gabriela Weiss —es lo que me pide.

El glamuroso despacho se sumerge en un silencio fúnebre. El señor Farrah espera mi respuesta.

—Te garantizo que recuperarás todo lo que siempre fue tuyo. Incluso la presidencia de Farrah... ¿o vas a decirme que ya no tienes interés en ser el CEO de la empresa y continuar con tu legado?

Me limpio los labios durante una fracción de segundo.

—Tienes mucho que ganar con este acuerdo, Kaleb. Estoy bajando todas las armas, anulando el matrimonio de tu hermana y aceptando a tu hijo.

—De acuerdo.

—¿Qué me dices?

—Acepto.

Anne Moore

En este momento

Si creí que el día anterior había mucha gente, es porque nada me preparó para el penúltimo día del evento. El lugar estaba realmente a reventar. Parecía un desfile de moda: todos con sus mejores trajes o vestidos, y yo estuve ocupada todo el día intentando alimentar a tanta gente.

—Creo que fallé en la previsión. Si mañana vienen diez personas más, no vamos a dar abasto —me desespero con Emmanuelle.

—No pasa nada, contrata a diez, veinte, cincuenta personas si hace falta. Nuestro nombre está en boca de todo el mundo y el servicio está siendo impecable. Anne, ¡vamos a salir de aquí con la agenda llena durante un año y medio! —celebra.

—Vale, voy a hacer unas llamadas.

El resto del día lo paso entre llamadas a cocineras, rehaciendo la lista de compras para el día de la boda y recibiendo la ayuda de mi madre y mi abuela para no perder la cabeza.

Entre cada llamada a una candidata para el puesto, llamo a Kaleb. Pero no contesta. Rechaza mis llamadas varias veces.

—Solo quiero entender... ¿Para qué tanto trabajo si no va a haber boda? —Luna me echa una mano cortando los brownies y sirviendo el helado en los platos, para que podamos poner los postres.

—Va a haber boda —respondo deprisa.

—¿Pero no dijiste que Samuel no se casa?

—Él no..., pero Kaleb sí.

—¿Cómo dices? —Luna se desespera más que yo.

—Es una historia larga, te la cuento luego, ¡no pares! —Sigo con los movimientos rápidos, pero al montar el plato, lo hago con

delicadeza.

Aunque, sinceramente, ¿qué le iba a explicar a Luna? Yo misma aún estaba intentando entender todo eso, pero era demasiado para mi cabeza.

El resumen es que: los ricos no se casan por amor, se casan por contrato. Y Kaleb recibió una propuesta de su padre que, al parecer, no rechazó.

Y la boda de mi ex, que pensé en arruinar, se convirtió en la boda del hombre del que me enamoré.

Y solo de pensarlo se me llenan los ojos de lágrimas y me tiemblan las manos...

—Tía, ¿estás bien? —Luna me pone la mano en el hombro.

—Puedo con esto —me digo a mí misma, resoplando, y sigo trabajando.

Voy a mil con cada comida, y todavía saco tiempo, por la noche, para entrevistar a algunas chicas que podrían ayudar en la cocina el día siguiente: el glorioso día de la boda.

Vuelvo a casa agotada, me doy una ducha larga y miro por la ventana para ver si Kaleb ha vuelto, pero por lo que parece, no.

Me tumbo en la cama e intento dormir, pero no puedo.

Fue fácil decir que lo quería feliz, por encima de todo... pero en realidad, lo que quería era tenerlo. Solo eso. ¿Por qué no podía?

«Porque no pertenecemos a su mundo», las palabras de Samuel flotan por encima de mi cabeza.

En fin, es hora de volver a las raíces: poner Evanescence, llorar toda la noche y mañana... servir el catering en la boda del hombre que me gusta, que se va a casar con la persona equivocada.

—¡Apaga esa mierda ya! —Emmanuelle casi tira abajo la puerta con sus golpes, patadas y gritos.

—¡Déjame sufrir! —le grito de vuelta.

—¡Deja de hacerte la loca y vete a dormir! —sigue golpeando con más fuerza.

Luego me manda un mensaje preguntando si estoy bien. Y necesito desahogarme con ella, así que se lo escribo.

«Estoy enamorada de Kaleb, Emms. Y mañana se casa con Gabriela… Ojalá todo esto fuera distinto, pero creo que no fui suficiente para él. Quiero de verdad que sea feliz…, pero hay una parte de mí que querría ser yo quien lo hiciera feliz».

Vuelvo a llorar, me tomo un analgésico y sigo intercambiando mensajes con Emms hasta que me quedo dormida.

Le agradezco que no haya venido al cuarto. Le pedí que no lo hiciera, porque me habría sentido aún peor.

Me he pasado el mes entero sufriendo por un hombre... Dios mío... este es oficialmente el fondo más profundo del pozo.

Capítulo 56

Anne Moore

Tengo que salir de casa antes de que amanezca.

Algunos vecinos mayores pasean con sus perros y les pregunto si han visto al vecino de la mansión, pero dicen que hace tiempo que no lo ven.

Llego a la mansión Farrah con el vestido más bonito que Kaleb me regaló. Si voy a encontrarme con él, y tal vez sea la última vez que nos veamos, quiero que me vea preciosa. Quiero que se quede con la mejor imagen de mí... porque es también la imagen que quiero guardar de él.

La mansión ya está llena desde bien temprano.

Algunos invitados se enteran solo el mismo día de la boda de que Sabrina y Samuel no se casan y que, en su lugar, lo harán Kaleb y Gabriela.

La familia de la novia recorre cada rincón criticándolo todo. Se quejan de la iluminación, de la música, de la comida... nada está a la altura para esa gente.

Por lo menos tengo el consuelo de escuchar a los invitados defenderlo todo, incluida mi comida, diciendo que ha sido fabulosa desde el primer día.

No me informaron de nada y no sé si ya se han casado por lo civil o si aún lo harán. Kaleb no responde a mis llamadas.

Entonces le envío un mensaje. Espero que no piense que soy una pesada.

«Kaleb, gracias por cuidarme. Gracias por estar a mi lado en el momento más crítico de mi vida. Y gracias por ver mis

locuras y no huir. Te deseo todo lo que tú me diste a mí: felicidad, esperanza, fe en mí misma, y sobre todo amor. Yo también voy a estar aquí para ti, incluso si tú no estás para mí (y pensándolo bien, eso entra en conflicto con la última regla que me enseñaste). De tu vecina, la que aprendió a admirarte y a quererte,

Annelise Jones Moore».

Mi corazón brilla.

En medio de tanto barro encontré mi loto, pero no lo arranqué. Lo dejé enraizado dentro de mí, porque así será eterno.

Una parte de mí quiere gritar, salir corriendo y llorar de pura frustración.

Pero otra parte está en paz, restaurada, convencida de que esto no es un adiós entre Kaleb y yo.

—La calidad de tu comida ha bajado mucho —Gabriela aparece para soltar su veneno.

Me seco rápidamente cualquier rastro de lágrimas y mantengo la compostura más profesional que nunca.

—¡Este iba a ser el día más importante de mi vida y lo has arruinado todo!

—En realidad, iba a ser el gran día de Sabrina —no puedo evitar responder—. Tú fuiste más bien... el plan B. O C.

—¿Cómo te atreves?

—¿Has venido solo a hablar de la comida, Gabriela? Porque si es eso, ya la he probado yo, la han probado todos los invitados y, lo más importante: tú no me contrataste. Estoy haciendo esto únicamente por Kaleb. Porque me da igual que sea tu gran día. Solo me importa que sea el suyo. Y como amigo suyo, estoy aquí para dar lo mejor de mí.

—¿Amigo?

—Amigo, por falta de una palabra mejor.

—¿Y por qué no «amante»? —avanza.

—Ahí lo tienes. Ya fui amante una vez, no me importa repetir. Amante de Kaleb. Me quedo más que satisfecha con ese título.

—Eres más insolente de lo que imaginaba... —Esta vez viene decidida, dispuesta a golpearme.

—¿¡Gabriela!? —Se detiene al instante al oír la voz de su madre —. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—Poniendo en su sitio a los criados.

«Criados». Mira tú qué bien. Vive anclada en el siglo XVI.

—Y yo que estaba aquí pensando... —Observo cada detalle de su vestido impecable con perlas—. Si este es el mejor día de tu vida y ya estás actuando así porque «ganaste», no quiero ni imaginar el peor día de tu vida, cuando pierdas. —Le guiño un ojo y me marcho por mi cuenta.

—¡Prepara la comida! —ordena.

—Ahí fuera tienes mucho césped. ¡Disfrútalo!

Salgo de la cocina y dejo a todos boquiabiertos. Nunca fui la chica mala, pero no podía dejar pasar este momento.

—¿¡Has perdido la cabeza, Annelise!? —Mi madre viene corriendo, desesperada.

—La perdí. La perdí del todo. Si quieren seguir cocinando, adelante. Yo me cansé. No pienso hacerlo más.

—La ha recuperado —mi abuela me agarra de los hombros—. Esta niña que se ha hecho mujer no va a dejar que una niñata mimada pase por encima de ella. ¡Es de Nueva York! —grita.

—¡Eso! —asiento—. ¡Soy de Nueva York! —Y me quito los zapatos.

—¿Qué estás haciendo?

—Voy a relajarme y disfrutar de la fiesta. El hombre del que estoy enamorada se casa hoy, y nunca más podré tenerlo entre mis brazos. Así que voy a saborear todo este dolor, todo este vacío y todas las ganas de huir de lo que siento. No soy un robot. No puedo seguir en la cocina, no después de todo esto.

—Que sepas que estamos muy orgullosas de ti, Annelise. Has crecido muchísimo y aprendiste a cuidarte sola.

—Gracias, mamá.

Ellas vuelven a la cocina y yo me quedo caminando sin rumbo por la propiedad.

Por primera vez en mi vida estoy del otro lado: ya no detrás del telón, sino donde ocurre todo.

Y veo a los ricachones de Miami bebiendo y divirtiéndose, a las mujeres exhibiendo sus collares, anillos y pendientes, a los niños corriendo por los jardines.

A nadie le importa esta boda. Y a mí tampoco va a importarme.

Me siento en una mesa y le pido al camarero el mejor vino de la casa.

—¿Está ocupada esta silla? —aparece la ancianita de las flores.

—Tome asiento, por favor. —Yo misma le acerco la silla.

—¡Por fin te tomas un descanso! Eres la jefa y no paras de trabajar. —Sigue mirando al público, saludando cada vez que pasa un hombre en traje, pero no deja de prestarme atención.

—Me gusta tanto tener el control de las cosas que... me he dado cuenta de que no tengo control de nada. Ni siquiera de mi corazón.

—¿Y quién de nosotras lo tiene? —Me mira horrorizada.

—Los más ricos.

—¡Ni los más ricos, querida! Esos son los que menos control tienen. Viven atados a normas anticuadas y contratos pasados de moda. Cuando yo nací ya era así, y me temo que moriré viendo este mismo circo.

—Lo siento.

—No lo sientas. ¿Vas a ir a la boda? Es a las ocho, en la mansión.

—No, gracias. Me quedaré aquí. Si Kaleb quiere encontrarme, sabe dónde estoy.

—Entonces me quedaré contigo, ¿te parece? He asistido a muchas bodas. Siempre tengo la esperanza de que alguno de los novios diga «no», pero nunca lo hacen. Llega un punto en la vida en que, después de ver cientos de bodas iguales, solo deseas una diferente. Y como esta no se va a salir del molde, no pienso perder mi valioso tiempo.

—Usted es la persona más inteligente que conozco. —Levanto mi copa para brindar.

Ella levanta su champán, chocamos las copas y bebemos.

Pasamos el resto del día conversando y compartiendo historias de vida. Esta mujer resulta ser una multimillonaria que cultiva flores raras como hobby, aunque tiene floristerías normales por todo Miami.

Le tiene mucho cariño a Kaleb y me alegra saber que eso tenemos en común. Me cuenta anécdotas increíbles de cuando él era joven, lo rebelde que siempre fue, cómo iba a contracorriente...

La charla es tan buena que, cuando me doy cuenta, ya ha caído la noche. El salón sigue lleno, pero gran parte de los invitados ha ido a la mansión.

El servicio no se detiene en ningún lado: la comida sigue saliendo, las copas se siguen llenando, la música continúa.

—¿Crees que ya se habrán casado? Ya es hora... —Entorno los ojos para intentar ver la multitud a lo lejos.

—Las bodas siempre se alargan, querida.

—¿Cree que... serán felices?

—Solo si algún día me vuelvo senil —responde, tomando otra copa cuando pasa el camarero.

—Espero que ellos... —Pero me interrumpe la vibración del móvil en mi regazo.

Siento que el corazón va a salírseme por la boca. Me pongo toda erizada y el teléfono casi se me escurre de las manos cuando lo cojo para mirar quién llama.

—Perdón, tengo que atender esto. —Me levanto y vuelvo a mirar la pantalla.

Es él. Kaleb me está llamando.

¿Debería contestar... o ignorarlo, como él hizo conmigo todo este tiempo?

Lo ignoro.

Salgo del salón y busco el mejor ángulo para ver la mansión. Está realmente abarrotada y parece que la ceremonia sigue en marcha.

—No vas a rendirte, ¿verdad? —murmuro, cuando vuelve a sonar el móvil—. ¿Puedes hablar desde el altar o qué? —gruño apenas contesto.

—Puedo hacer todo lo que me dé la gana. —Su voz me estremece. Es él, de verdad.

—Eres un arrogante y un cretino...

—¿Te estás divirtiendo mucho?

—La verdad, Kaleb, descansé. Dejé la cocina y dejé que las chicas siguieran trabajando, estaba tan nerviosa que casi me corto la mano...

—¿Y por qué estabas tan nerviosa?

—Porque no podía concentrarme.

—¿Y por qué no podías concentrarte?

—¡Pues porque... no estaba preparada para todo esto!

Respiro hondo y contengo el llanto. No quiero preocuparle, y tampoco quiero parecer una llorona ahora.

—¿Conseguiste lo que querías con Samuel?

Parpadeo sin parar y regreso lentamente al salón.

—Creo que sí. En realidad, Samuel ya es una página pasada en mi vida. Ya no me importa, pero creo que sí, que le rompí el corazón... tal y como tú me enseñaste. Fuiste un buen profesor.

—Y tú una alumna excelente.

—¿Qué pasa? ¿La señorita Weiss te dejó plantado en el altar? ¿Por eso tienes tiempo libre?

—Perdón por no haberte contestado antes, tuve una gran emergencia.

—¿Estás bien? ¿Qué ha pasado?

Kaleb suspira de un modo que me deja inquieta.

—Nicolas se puso enfermo después del viaje a Nueva York. Y por la noche, se levantó con fiebre muy alta y se cayó sobre el acuario... este se rompió encima de él...

—Dios mío...

—Se hizo bastante daño. Tuve que llevarlo al hospital y luego lo trasladaron a Nueva York.

—¿Pero está bien, Kaleb? ¡Dime que está bien!

—Lo peor ya ha pasado. Ahora está ingresado, recibiendo transfusiones y descansando...

—Yo... no tengo palabras, lo siento muchísimo.

—Anne.

Mi nombre. Dicho por él. Aunque lo escuche por el móvil, me estremece.

—¿Sí?

—¿Tú estás bien?

—Creo que sí... después de oír eso, ahora estoy más preocupada por Nicolas. Rezaré por su recuperación, y si puedo verle, quiero hacerlo.

—Gracias. Claro que puedes, a él le gustas.

Me alegra oír eso y cruzo el salón hasta el otro extremo, parece que hay alboroto en alguna parte y yo, que soy muy curiosa, quiero ver qué está pasando.

—Estás especialmente guapa hoy. ¿Todo esto por mi boda?

—Sí, quería que tuvieras un buen último recuerdo de mí... espera. ¿Estoy especialmente guapa hoy? ¿Me estás viendo?

—Como la noche observa a la luna, por supuesto.

Giro la cabeza como Samara en *The Ring*. ¿Dónde está? ¿Me está viendo por una cámara? Miro a mi alrededor, pero hay demasiada gente y ahora todos están saliendo del salón para ver qué está pasando en la mansión.

¡Puedo oír los gritos desde aquí!

Tomo el camino contrario, hacia la piscina, donde hay menos gente.

—¿Está todo bien por ahí? ¿Qué está pasando? —pregunto.

—Estoy muy orgulloso de ti. Por haber superado al maldito Samuel y por haber salido de esta historia con la cabeza bien alta.

—¿Tú crees que salí con la cabeza alta? —Camino hasta situarme frente a la piscina, prefiero quedarme aquí, no quiero estar en medio del huracán. —Tuve más derrotas que victorias en esta batalla.

—Pero terminaste con un vestido precioso.

Miro por todos lados. ¿Dónde está este desgraciado?

—No terminé con lo más importante: el novio. —Empiezo a reírme.

Doy un salto cuando siento unas manos detrás de mí, subiendo por mi cintura hasta llegar a mis pechos.

—¿Quién ha dicho que no? —susurra Kaleb en mi oído.

Capítulo 57

Kaleb Petterson

—¿Cómo es que estás aquí y no allí? —Anne se sorprende.
—Estoy donde realmente importa.
—Tú y tus frases dramáticas...
—Anne, quiero contarte algo.

Hace unos meses.

No importa la cara de pocos amigos que le ponga, a Nicolas le da absolutamente igual. Intento por todos los medios explicarle que no puede salir de casa sin avisar, pero simplemente no le importa.

—¿Por qué solo decides escaparte de casa en los momentos más raros? —me pregunto en voz alta, a ver si así encuentro la respuesta.

Llueve a cántaros y trato de equilibrar a Nicolas en un brazo y el paraguas enorme en el otro.

—¿Qué hacen las *jomigas* cuando llueve?

—Se quedan en casa, bajo tierra, porque es más seguro. —Tengo que esquivar un coche que casi me atropella.

Y antes de decidir si protesto, veo quién lo conduce. ¡Ese imbécil! ¿Qué demonios hace aquí?

—¡Esta vez será diferente, lo prometo! —escucho su voz.

La puerta del coche se abre y una chica sale. No le importa empaparse, pero antes de alejarse, se cae bruscamente cuando Samuel la agarra por la chaqueta.

Ella se desprende de la chaqueta, se levanta y se aleja cojeando hacia su casa.

—¡Siempre vuelves a mí! —grita él.

Corro para alcanzarla y la cubro con el paraguas, pero ni siquiera me mira. La acompaño hasta la puerta de su casa, me hace un gesto de agradecimiento, pero sigue cubriéndose el rostro mientras llora.

—Si necesitas... —intento decir, pero me cierra la puerta en las narices.

Me quedo allí quieto, intentando entender qué demonios acaba de pasar. Solo me muevo cuando el coche arranca y desaparece calle abajo.

—Solo quería ayudar a las *jomigas* —intenta justificarse Nicolas.

—Está bien, hijo. Vamos a casa.

Algún tiempo después.

Pensé en ir a ver cómo estaba mi vecina después de aquella tarde lluviosa. Pero sentí que podría estar invadiendo su espacio personal y siendo un pesado, además de que Samuel volvió a aparecer por allí un par de veces, así que imaginé que ya era un asunto resuelto. Aun así, me sonaba raro.

Desde la ventana del salón vi a Anne llorar con sus amigas y contarles toda su vida. No podía oírlas, pero observaba sus expresiones.

Había un cúmulo de cosas en ella: dolor, inseguridad, presión y decepción consigo misma.

Pero no era solo eso.

También había fuerza, valentía, trabajo y perseverancia.

Esperé el momento adecuado para acercarme a preguntarle si estaba bien, pero ella se recuperó sola.

Los días de desolación absoluta se convirtieron en un espectáculo de aromas deliciosos y canciones clásicas de los años noventa.

Parecía otra persona cuando cocinaba, ya fuera para ella misma o para sus amigas. Había un brillo en su mirada que lo cambiaba todo, incluso su aspecto. Y se lanzaba el pelo frenéticamente hacia todos lados, desfilando por la casa, y yo, siguiéndola por cada ventana, riendo y preguntándome si realmente estaba bien.

Y lo estaba.

Anne había encontrado una forma de sobrevivir a su infierno y renacer a través de su amor por la cocina.

Aunque pasaran los días, no conseguía quitármela de la cabeza.

Ya sabía que estaba bien, que seguía con su vida...

Pero siempre sacaba un momento del día para echar un vistazo y comprobar con mis propios ojos que todo estaba bien en la casa de al lado.

A veces no.

A veces parecía que el mundo se le venía abajo dentro de esa casa, como una tormenta de culpa, desesperación y tristeza.

Como si los relámpagos le cruzaran la cabeza y los truenos salieran disparados por pura rabia.

Y otras veces llegaba la brisa del mar, el sol volvía a brillar.

Y entonces el mundo volvía a su caos habitual, desordenado y divertido, en pijama, usando una sartén como guitarra mientras se despeinaba, resbalaba y, de repente, decidía ponerse seria.

—¿Qué haces?

Me sorprendió ver que Nicolas mostraba interés por algo que yo hacía. Me agaché e intenté explicárselo a mi manera:

—Estoy mirando por la ventana.

—¿Y qué se ve por la ventana?

—¿El mundo entero? —Le acaricio el pelo.

—¿La casa es nuestro acuario de *jomigas*?

—A veces me asustas, hijo. De verdad.

Nicolas parpadea e intenta subirse solo a la ventana.

—Pero aún no es Halloween —dice, en referencia a eso de «asustar».

Lo cojo en brazos y le dejo mirar a través del cristal.

Nicolas observa cada rincón, el jardín que hay justo delante, la valla, la calle y los coches que pasan por ella...

—Ya quiero bajar, ya he visto el mundo entero. —Empieza a forcejear hasta que lo dejo en el suelo otra vez.

*

Mi curiosidad me llevó a investigar todo sobre la vida de Samuel. Seguía trabajando para Farrah, pero debido al despido de varios de los hombres de confianza de mi padre, acabó ganándose su confianza y ascendiendo de cargo con el paso de los años.

Vivía en un buen piso en el centro de Miami y siempre se le veía acompañado de mujeres.

Después de aquel incidente bajo la lluvia, lo vi al menos un par de veces por el vecindario, aunque no tengo certeza de que fuera con mi vecina.

Mi mayor sorpresa fue descubrir que Samuel se estaba acercando a Sabrina, y que ella estaba enamorada de él.

No hace falta decir que intenté convencerla de que merecía a alguien mejor, que ese tipo no aportaría nada a su vida.

Pero la pasión puede cegar a las personas, haciéndolas ver solo lo que quieren.

Y si pensaba que ya estaba bastante sorprendido, Sabrina me informó, de la noche a la mañana, que iba a casarse con ese espécimen.

A esas alturas, como ya conocía *Sweet Show* y un poco de cada una de sus socias fundadoras, se las recomendé a Sabrina, solo para dejar que el universo tuviera la buena voluntad de sumar 1 + 1 y que alguna criatura inteligente pudiera decir: 2.

Desenmascarar a Samuel, sin embargo, se convirtió en el menor de mis problemas. Lo que realmente me preocupaba eran sus actitudes, tanto con mi hermana como con Anne.

Sabrina y yo no podíamos mantener mucho contacto porque, desde que mi querido progenitor me expulsó de la familia, ha intentado encontrarme para destruirme e incluso quitarme la custodia de mi hijo.

Ni siquiera saben que sigo viviendo en Miami. Decidí volver hace poco para cerrar de una vez por todas ese ciclo maldito y encargarme de lo que debería haber hecho desde el principio.

Yo fui el hombre que convirtió a Farrah en lo que es hoy, y fui borrado de su historia.

La empresa dejó de tener un propósito y de hacer lo correcto, para convertirse en una máquina de lavado de dinero para el gobernador corrupto y para mi padre.

Yo construí al monstruo. Y ahora, lo destruiría de una vez por todas.

Capítulo 58

Kaleb Petterson

—¿Te acostaste con todas las accionistas y socias de Farrah? —Jacob monta un escándalo. Y no es para menos.

—Conseguí que invirtieran en la empresa, así que seamos justos: me corresponde a mí ponerle fin a eso —es mi réplica. El sexo estuvo bien, pero fue más bien un intercambio de favores.

—¿Y qué conseguiste con eso?

—Son inversoras, así que quieren ver beneficios. Y Farrah les da el beneficio que necesitan.

—Qué mierda.

—Pero... ¿qué harán cuando Farrah se vea envuelta en varios escándalos con el gobierno actual? ¿Cuando sus acciones se desplomen y empiece una verdadera operación de caza de monedas dentro de esa empresa?

—Las asustaste.

—Y les hablé de LEÃO&DOURADO, la mayor competidora de Farrah. Es del mismo sector, una empresa que domina todo lo que está por debajo de México... y yo le debo algunos favores al tío Ethan, así que... cumplo mis promesas, salgo sin deudas y consigo lo que quiero.

—¿Y qué dijeron?

—Que abandonarán el barco si se hunde y se irán a L&D si hace falta.

—¿Y entonces?

—Entonces voy a hundir ese barco, Jacob. Mi padre se cree dueño del mundo porque tiene poder y dinero. Pero si le quito eso, ¿qué le queda?

Jacob levanta su taza de chocolate con leche y brinda conmigo.

—Eres muy maquiavélico —dice.

—Ahora dame algo de claridad sobre la vecina.

—¿Qué pasa con la vecina?

—No consigo sacármela de la cabeza.

—Kaleb, por el amor de Dios, ¿te has tirado a qué? ¿Quince mujeres en los últimos tres días? ¡Dame un respiro! Nadie merece tanta atención.

—Ella parece que sí.

Jacob pone los ojos en blanco y termina de beber el chocolate que tanto criticó por culpa de las exigencias de Nicolas.

—Métete en su casa, agárrala del pelo y arrástrala hasta tu cama.

—Muy hombre de las cavernas. Me parece anticuado.

—Pues habla con su padre y haz un contrato de matrimonio, qué sé yo.

—No estás ayudando...

—Kaleb, entre nosotros, ¿cuándo tú o yo hemos tenido que conquistar a una mujer? Solo aparecemos y... ya sabes. Ellas nos miran. No sé, preséntate frente a ella. Desnúdate. Sacude esa campanita de Belén en su cara y todo arreglado.

—Ahora entiendo por qué estás soltero. —Ese es mi diagnóstico final de este paciente.

—Estar soltero es un arte, Kaleb. ¿Para qué tener una mujer cuando puedes tenerlas a todas?

—Muy bien entonces... gracias por los consejos medievales...

Pero no tuve que ir hasta ella. Fue ella quien vino a mí.

*

No sé en qué espejo suele mirarse Anne, pero me da la impresión de que tiene una visión bastante distorsionada de sí misma. No ve en ella todo lo que yo he visto: ¡es increíble, auténtica, una joya

rara! Y, sin embargo, lo que más desea es... ser como todas las demás mujeres.

¿Por qué?

¿Por qué no puede simplemente... seguir siendo ella misma?

No lo entiendo. Y por eso la observo de cerca. Siempre. Hay algo en esta mujer que capta toda mi atención y no consigo descifrar qué es.

Tenemos un odio en común, lo que ya nos une. Y ella me necesita para algo, lo que me permite estar siempre cerca y tratar de descubrir qué tiene que no me deja dejar de pensar en ella.

La mejor parte de todo esto es que ahora ya no necesito verla desde lejos, desde la ventana. Ahora puedo ir a su casa, hablar con sus amigas, estar cerca y ayudarla en lo que haga falta.

Y no importa lo que digamos o hagamos, siempre acabamos riendo como dos adolescentes idiotas.

Y lo mejor: le gusta Nicolas. No, mejor aún: a Nicolas le gusta ella.

¡Hasta mi hijo la quiere! Y Nicolas no quiere absolutamente nada que no sean sus hormigas...

No puede ser. Estoy obsesionado con Anne y ya no consigo controlarme.

Quiero tocar su piel, quiero sentir su olor de cerca. Quiero conocer su historia, quiero verla feliz y satisfecha, quiero asegurarme de que nunca más vuelva a llorar por culpa de un imbécil.

El brillo de sus ojos es capaz de cegarme. Y cuando me veo reflejado en su iris, veo a mi verdadero yo.

No al Kaleb del pasado, el que solo pensaba en dinero y mujeres. El que no tenía tiempo para ningún sentimiento, sobre todo después de perder a alguien tan querido...

Ahora... me siento preparado.

Preparado para sumergirme en sus misterios, preparado para redescubrir la vida al lado de alguien... preparado para amar y, por supuesto, lo más difícil: dejarme amar.

*

Durante la visita a Ethan Evans

—¿Quieres hablar de ello? —Ethan se acomoda las gafas y me examina con una seriedad profunda.

Valentina, la esposa de Ethan, lleva a Nicolas al salón donde está Noah y luego regresa, cierra la puerta y se sienta junto a su marido.

Intenté articular alguna palabra, cualquier cosa, pero es bastante difícil.

—Es difícil, ¿verdad? —Ethan se divierte—. Y también da miedo.

—¿El qué?

—Sentir esto después de tanto tiempo. Descubrir que... aún eres capaz de enamorarte y, de repente, amar a alguien...

—No sé si «amor» es la palabra adecuada. Me gusta ella.

—Sí, se nota que te gusta —Valentina es muy amable.

—El amor no es un gran acto. Y tampoco aparece ocupando el cielo en una nube de humo, eso sería una bomba atómica —Ethan toma las manos de su esposa sobre su regazo—. El amor es la persistencia... en cuidar, ayudar, construir, observar, dejar que ocurra... como el trabajo de una hormiga. Cada granito marcará la diferencia al final.

—Ahora hablas como Nicolas...

—El amor se construye en la rutina, Kaleb. En cada «buenos días» o «¿cómo estás?» que le dijiste. En cada vez que escuchaste sus problemas sin juzgarla. En cada momento en que notaste que necesitaba un abrazo y te ofreciste sin que ella tuviera que pedirlo. El amor es entender que no tienes los mismos problemas que ella, y aunque tú estés viviendo días increíbles, igual escuchas sus días

tristes y demuestras que estarás ahí, aunque el día no termine como esperabais —Ethan hace una pausa larga.

—¿Estás diciendo que, de una forma u otra... al acercarme tanto a ella después de decidir ayudarla... estamos construyendo el amor?

—Sobre la pasión que ya sientes por ella —dice Valentina—. Y que... de alguna forma... parece correspondida.

—Pero ella... es tan confusa...

—Porque es una mujer y no una ecuación matemática, por el amor de Dios. ¿Quieres relacionarte con algo que puedas entender? ¡Pues ve y bésate con una fórmula! —Ethan no pierde oportunidad para burlarse.

—Creo que lo que Ethan quiere decir, a su manera, es que no importa cuánto te confunda... lo que importa es que no te rendiste con ella.

Ethan se quita las gafas, y por primera vez veo sus ojos azules clavados en un punto fijo del comedor.

—No vas a darte cuenta del día en que empezaste a amarla. Ni del día siguiente. Solo llegará un momento en que... dejarás de preocuparte por sus debilidades. De hecho, ya las habrás absorbido y transformado en fuerza propia. Y te darás cuenta de que amar no es mirar la armadura...

—El cuerpo —traduce Valentina.

—Es mirar más allá, a algo que los ojos no ven, que la nariz no huele, que trasciende el tacto... es como si... algo tuyo viviera en ella y algo de ella viviera en ti... y ese día... —Ethan señala con el dedo hacia mí.

—¿Qué? —pregunto ansioso.

—Ese día dejarás tu relación con las ecuaciones y te lanzarás de cabeza al infierno y al paraíso que supone amar a una mujer.

—¿Infierno? —le pregunto a la tía Valentina.

—Y paraíso —responde ella.

Capítulo 59

Anne Moore

Kaleb termina de decir todo lo que quería.

Mi cabeza da vueltas, me quedo clavada en el sitio, incapaz de moverme. Había ensayado algunas palabras para responder, pero con cada frase suya, perdía el aliento y me hundía aún más en su relato.

¿Entonces ya se había fijado en mí desde antes? ¿Cómo? Yo no me había dado ni cuenta.

—¿Y no te sentiste mal cuando te pedí que fingieras ser mi novio solo para fastidiar a Samuel? —es lo único que consigo decir.

—Yo ya estuve en tu lugar, Anne. En una relación distinta, pero con la misma herida. Sé que hace falta tiempo para aprender, para superar el dolor del pasado. Pero mírate ahora...

No puedo mirarme. No hay ningún espejo aquí. Pero me veo en los ojos de Kaleb. Y estoy impresionante, con un vestido carísimo, el pelo perfectamente arreglado y mi cóctel en la mano izquierda. ¡Estoy que arraso!

¿O quizá me veo aún más guapa porque me reflejo en su mirada?

—Ahora sabes quién eres. Tú, Anne Moore. Sin Samuel, sin nadie más. Te has redescubierto después de pasar diez años diciéndote que tenías que ser una buena novia, una buena compañera, que debías aguantarlo todo... Y sabes que me partiste el corazón más de una vez por el camino, ¿verdad?

—¿Te lo partí? —solté un gritito. Él respondió con una media sonrisa.

—Sí. Me dejaste en visto varias veces. Y me hiciste preocuparme... Eres como un volcán a punto de entrar en erupción.

—Supongo que es lo que pasa cuando se guarda tanto del pasado...

—Por cierto, he comprado Sweet Show.

Doy un paso y pierdo el equilibrio por completo, tengo que apoyarme en él para no caer.

—El 25 % por cinco millones de dólares —dice.

No tengo palabras. Es como si el tiempo y el espacio se congelaran en ese lugar, y aunque la gente se acerca desde todas partes, solo puedo mirarle a él.

—¿Cómo dices?

—Tú y tus amigas sois increíbles, y estoy convencido de que este negocio va a valer mucho más en el futuro. Considera ese dinero una inversión para contratar más personal, ampliar la cocina, alquilar un local más grande. Vamos a llevar Sweet Show a todo Miami, y luego a todo Estados Unidos.

—¿Estás loco?

—Tienes un sueño increíble. Yo soy el tipo con el dinero. Y esto es rentable. Además, tómate unas vacaciones, baja el ritmo. Lo necesitas. Has trabajado muchísimo todo este tiempo. Te mereces un respiro para volver con toda la energía.

Si antes no sabía qué decir, ahora es como si se me hubiese olvidado hablar. Abro la boca, pero no sale nada. Incluso cuando intento pensar una frase, mi boca no responde. No puedo creer que haya hecho eso...

—¿Eres feliz? —Siento sus manos en los lados de mi cara.

¿Feliz? Estoy radiante, ¡pero parece que me hubieran inyectado bótox en toda la cara!

—Yo... madre mía... no... o sea... sí... quiero decir... estoy feliz, Kaleb.

—Perfecto.

—Pero... espera... ¿entonces eso significa que ya no te vas a casar?

Doy un paso atrás en cuanto lo veo arrodillarse delante de mí. Me coge la mano y roza el anillo que me dio.

—Cuando algún día aceptes casarte conmigo, entonces estaré seguro de que me casaré. Por ahora, me conformo con haber transformado esta fiesta increíble, con toda la alta sociedad de Miami reunida, en el funeral de Farrah, del gobernador Weiss y de mi padre. Ah, y de Samuel también. Él mismo hizo algunos negocios bastante turbios en nombre de Farrah.

Tiro del idiota para levantarlo del suelo. ¡Dios mío, qué escena! ¡Ha captado la atención de todo el mundo! Lo reprendo con la mirada e intento fingir que no ha pasado nada.

—¿Así que tú también querías venganza?

—Tenemos eso en común. Queríamos vengarnos. Tú a tu manera, yo a la mía. Y...

—¿Y?

—Y en medio de todo esto... creo que descubrimos que tenemos algo mucho más fuerte en común que el odio hacia personas abusivas.

—¡No podría estar más de acuerdo!

—Ahora... —Kaleb toma mis manos y las lleva hasta su pecho—. Sobre tu mensaje... quiero que sepas que yo también aprendí a admirarte y a amarte. No fue una mentira, Anne. Ningún momento a tu lado fue en vano. Desde tu primera vez en la playa o en el yate... ayudarte a recomponer tu corazón y verte recuperar las ganas de vivir... redescubrí esa sensación que creí que no volvería a experimentar jamás...

—¿Qué sensación?

—Creo que lo sabes. Sabes que nada fue una farsa. Estuve contigo en cuerpo y alma en todos esos momentos, y cada uno fue increíble. Hoy eres esencial para mí, y no pienso permitir que te alejes de mi vida. Me gusto más a mí mismo cuando estoy contigo.

—A mí también me gustas... —respondo—. Cuando estás conmigo. Te vuelves... encantador.

Kaleb baja el rostro y me muerde el dedo.

—¿Vas a tratarme así ahora?

—Claro que sí. Aprendí unos truquitos para tenerte a mis pies, y pienso probarlos contigo... —Hago un puchero.

—Ya estoy a tus pies —susurra acercándose a mi rostro, con la voz tan cerca que me eriza la piel—. Y pronto estaré encima de ti... debajo de ti... dentro de ti... fuera de ti...

Es como si mi mente se apagase por completo. Cuando me doy cuenta, mis brazos ya están enredados en su cuello y nuestros cuerpos se funden, casi en un baile lento, cálido, íntimo.

Es como si todos los momentos que compartimos hasta hoy nos mecieran en este instante.

Él cantando la canción de *Pretty Woman*, cargándome a la espalda hasta la playa, curándome el dedo que me corté, lanzándome sobre la cama después de invadir su habitación, llevándome a ver el mar en una noche mágica, comprándome vestidos carísimos solo para luego decirme que estaba más guapa con mi ropa vieja...

Huelo el perfume de Kaleb en su pecho, me estremezco, igual que la primera vez que lo sentí.

También recuerdo la primera vez que lo vi, por la ventana... aquella obra de arte haciendo todo un espectáculo que probé... y quise repetir.

Esto no se parece en nada a lo que un día sentí por Samuel.

Aquello era solo obsesión, miedo a ser reemplazada, rabia por haber sido engañada...

Lo que Kaleb me hace sentir es distinto... más auténtico. Y no depende solo de mí, lo cual me alivia. Porque él se ha implicado, se ha comprometido desde el principio a estar a mi lado, a cuidarme, a reír conmigo y a no juzgarme por mis defectos ni por mis debilidades.

Ahora me siento más fuerte que nunca.

Y lista para amar de verdad.

Capítulo 60

Kaleb Petterson

Para poder salir de aquel infierno, Anne y yo tuvimos que atravesar lo que parecía una auténtica procesión, de tanta gente que había. Un empujón tras otro, un caos absoluto. Creo que esos ricachones estirados jamás habían estado tan pegados unos a otros.

En mitad del camino, acabo chocando con Ethan.

—¡Te encontré! —Acerco a Anne hacia él—. Ethan, quiero que conozcas a Anne. Anne, este es mi tío Ethan.

—Ojalá pudiera haberlo conocido en un momento mejor, señor Ethan —Anne sonríe con amabilidad.

—En realidad, el momento es más que oportuno —responde Ethan.

Va vestido con su estilo clásico: gafas de sol, sombrero Fedora y, sin duda, el traje más caro que pueda encontrarse en Nueva York, azul marino y hecho a medida. A su lado, deslumbrante, con el pelo recogido, una corona de flores blancas y un vestido que le marca las curvas, está su esposa, Valentina Evans.

—Un placer conocerte, Anne. Hemos oído hablar mucho de ti. Y déjame decirte que tu presencia no decepciona en absoluto —Valentina le da dos besos en las mejillas.

—¿Gracias? —Anne parece algo desconcertada, pero se siente cómoda frente a la pareja.

—¡Esta es mi casa! ¡Soltadme! —Todos nos detenemos al ver cómo el señor Farrah es arrastrado fuera del lugar por una escolta del FBI. Dos agentes enormes tienen que llevarlo a la fuerza, porque se niega a irse.

¿Cómo iba yo a destruir su reinado sin que sus súbditos lo presenciaran?

—¡Teníamos un acuerdo! —gruñe al pasar junto a mí. Me sorprende que, en semejante situación, aún sea capaz de distinguirme entre la multitud.

—¡Por el amor de Dios! —Tío Ethan, la voz del sentido común, logra silenciar a todos—. Somos americanos. No hacemos pactos con corruptos ni con terroristas. ¡Llevad a ese hombre de aquí! —señala con la mano para que lo saquen.

La propuesta del señor Farrah habría sido muy tentadora para el antiguo yo.

Me habría deslumbrado con nuevas migajas: regresar a casa, ser tratado como parte de la familia. Eso era lo que yo quería... hasta que entendí que la verdadera familia, muchas veces, no es la de sangre. Es la que crea lazos reales contigo.

Personas que, sin ninguna obligación, deciden acogerte, aceptarte y amarte.

Gente que no te pide nada a cambio, que no necesita hacer tratos ni, bajo ninguna circunstancia, intenta alejarte de quienes tú amas...

Ese acuerdo me habría salido carísimo. Y no estaba dispuesto, otra vez, a cargar con un collar en el cuello, haciendo lo que esperaban de mí.

Igual que Anne, yo también tuve que romper la ilusión de que estaba siendo amado, deseado y valorado... por alguien que, en realidad, solo quería usarme y destruirme por dentro, para que siempre fuese fácil manipularme según su conveniencia.

Yo tenía mis propios deseos.

Y no iba a renunciar ni a mis principios ni a tener a Anne a mi lado.

—¡Este es el momento perfecto para decirte algo! —Ethan chasquea los dedos y me agarra por el hombro.

—¿Sí?

—Lilith[1] siempre dice que hay cosas que solo deben decirse en el momento adecuado, y creo que este es uno de ellos —explica.

—Todo lo que dices siempre es bien recibido, tío Ethan.

—No me convertí en uno de los hombres más poderosos de Estados Unidos para permitir que cualquier listillo de turno destruya nuestros valores y manche nuestra patria, por el amor de Dios —protesta mientras vemos cómo la familia Weiss es escoltada hacia la salida.

—¡Has arruinado el mejor día de mi vida! —grita Gabriela en mi dirección.

Perfecto. Buena acción del día completada. Ojalá el karma sea generoso.

—¿Sí, tío Ethan?

—La gente de mente pequeña se deslumbra con el poder. Y, seducida por él, abandona quién es en realidad para prostituirse por los privilegios que el poder, ilusamente, les hace creer que tienen.

—Vale... Es bastante información para procesar.

—Pero... —Ethan enfatiza esa palabra—. ¿Sabes cuál es la cosa más importante que he aprendido en todos estos años?

Estoy impaciente por escucharlo.

—Lo primero que hago al despertar no es pensar: «vaya, soy uno de los hombres más influyentes de Estados Unidos y Mano Oculta de la Colmena[2]». No. No es eso lo que hago. Lo primero que hago es preocuparme por mi esposa, que está ahí a mi lado. Necesito saber si ha dormido bien y si está dispuesta a tener el mejor día de su vida conmigo, ese día.

Anne inclina la cabeza para escucharle con más atención, parece genuinamente interesada.

—Después comprobamos si nuestros hijos están bien. Si nuestra gran familia está bien. Si nuestros amigos están bien. Si nuestros empleados están bien. ¿De qué sirve el poder si no tienes con quién compartirlo? El poder va y viene. Te seduce... pero también te abandona. Tu familia, tu verdadera familia, las personas que te aman de verdad, esas no lo hacen.

Anne se queda entre nosotros dos, solo escuchando.

—Vas a amar y vas a odiar a tu familia, porque son reales y no van a fingir ser otra cosa para que los aceptes. Aférrate a la gente auténtica que tienes a tu alrededor. A quienes te aman y a quienes tú también amas, al menos. Todo en este mundo pasará, incluso el poder y el dinero. Pero los lazos que nos unen... son esos los que te levantan, los que te dan ganas de luchar y de vivir de la mejor forma posible.

—Gracias, tío Ethan —Anne le da un apretón de manos, para su sorpresa.

—De nada.

—¡Ahora a divertirse! ¿No se suponía que esto era una fiesta? —Valentina se aleja, junto a su esposo.

—Necesito ver si mi madre y mi hermana están bien —le digo a Anne.

—Vale, te espero... o puedo ir contigo —responde sin dudar ni un segundo.

—Después volveré a Nueva York para pasar la noche con Nicolas. Vine solo para resolver un asunto rápido y tengo que regresar.

—¿Qué asunto?

—Volví por ti, Anne. Te dije que estaría aquí por ti.

Ella baja el rostro y puedo ver cómo se sonroja. Incluso entre la multitud, es imposible que mis ojos se fijen en otra persona que no sea ella. Hay algo que nos conecta, algo que nos atrae, algo en ella que me da paz... y al mismo tiempo me enciende.

Y he aprendido a saborear esos sentimientos contradictorios cuando estoy con ella.

—Quiero ir contigo a Nueva York a ver a Nicolas. Estoy preocupada por él.

—Está bien. Gracias por preocuparte.

—¡Eh! —Anne toma mis manos y las sacude suavemente.

—¿Sí?

—Yo también estaré aquí por ti.

Capítulo 61

Anne Moore

Mientras espero a que Kaleb encuentre a su madre y a su hermana, aviso a mi familia que debo ir a Nueva York a resolver algo importante y que volveré pronto.

Después, Kaleb conduce hasta su mansión —justo al lado de la mía— para recoger algunas cosas. Aprovecho ese rato para darme un buen baño y ponerme ropa cómoda. Me encanta ir elegante, pero nada supera unos *leggings*, unas zapatillas y un *cropped* súper cómodo. Y, por supuesto, el abrigo, ya que nos dirigimos a una ciudad fría.

—Tú y tu increíble arte de estar aún más irresistible cuando vuelves a tu estilo de siempre —comenta al encontrarnos.

—Nada gana a la comodidad —doy una vuelta para lucir mi atuendo.

El trayecto hasta el jet privado es rápido. Todavía me estoy acostumbrando a esta vida en la que, apenas decides algo, todo está listo. Kaleb acaba de llegar a Miami y ya quiere volver a Nueva York, y con un chasquido de dedos, sus deseos se cumplen.

Una vez en el aire, con el vuelo tranquilo, por fin puedo pensar con claridad y hablar con Kaleb sobre los detalles.

—¿Vas a ser de esos tipos pesados que invierten una fortuna en mi empresa y luego me llenan de exigencias absurdas?

Siento su palma en mi cabeza. Cuando sus dedos comienzan a moverse lentamente, un escalofrío me recorre. Es delicioso.

—Compré *Sweet Show* porque quiero que tu sueño tenga la calidad que mereces y te devuelva el bienestar que necesitas.

Cuando recupere mi inversión, la empresa será 100% vuestra y yo no tendré parte en ella.

—¿En serio?

—¿Todavía crees que cuando digo algo no va en serio? —replica, acercando su rostro al mío.

—O sea que… básicamente… ¿la compraste solo para ayudarme?

Su otra mano se posa ahora en mi cuello. Sus dedos presionan mi piel y suben hasta mi mentón. Apoya su nariz en mi mejilla, y cuando su barba roza mi piel, otro escalofrío me sacude.

—Sí. Lo hice por ti.

—¿Por qué?

—¿Aún no lo entiendes o solo estás coqueteando? —me mordisquea.

Su mano me atrae hacia él, pero soy yo quien elige besarlo. Siento que mis dedos tiemblan cuando sus labios se deslizan sobre los míos, cuando su lengua recorre el contorno de mi boca antes de adentrarse con una dulzura que me enciende.

En cambio, sus manos son intensas. Ya no están en mi cabeza, sino en mi cintura. Kaleb me aprieta, me arrastra hacia él y, antes de darme cuenta, estoy con las rodillas sobre el asiento, sentada a horcajadas sobre él.

Su agarre es tan firme que ni el tejido grueso del leggings me salva de sus marcas. Sus manos me estrujan, me amasan, me masajean y encienden un calor infernal que me obliga a quitarme el abrigo.

—Lo hice por ti. ¿Qué no haría por ti?

—Buena pregunta —murmuro, acariciando su rostro.

Él responde con una palmada fuerte en el culo.

—Haría cualquier cosa por ti —afirma.

¿Qué demonios es esta sensación extraña? ¿Nunca me acostumbraré a Kaleb?

Sus palabras me siguen erizando la piel, su tacto me fascina y su mirada me paraliza.

No sé qué es esto que siento. Pero sé una cosa: no quiero que se vaya. Nunca.

—Quiero que seas mía.

—¿De verdad? —no puedo ocultar mi sorpresa.

—Si ya somos buenos siendo del otro… en plan ficticio, ¿no crees que seríamos perfectos haciéndolo de verdad? —susurro, mordisqueando su labio inferior—. ¿De veras?

—Nicolas, lo siento mucho, pero hay un nuevo experto en refutaciones en la ciudad… y es increíble.

Kaleb no aparta la mirada de mí. Acerca su rostro lentamente y, con los dientes, roza el tejido fino del cropped sobre mis pezones. Ese simple gesto basta para que me derrita.

—Yo también te quiero, Kaleb. De verdad.

Parece que no necesita más para entrar en acción.

Y, efectivamente, es *muy* bueno.

Me desnuda sin prisas. Tenemos al menos tres horas para disfrutarnos, y él hace que cada segundo valga un millón de dólares. Todo con él se vuelve valioso.

Alzo los brazos para que me quite el *cropped* y lo observo lamer mis pechos antes de llevarse uno a la boca, mientras masajea el otro. Cuando me muevo sobre su regazo, noto su erección palpitar contra mí.

Una cosa es segura: ya no me siento insegura. No hay miedo, ni vergüenza de mi cuerpo, ni dudas sobre si soy suficiente. *Lo soy*. Y Kaleb lo demuestra con cada mirada, cada caricia… como si no pudiera haber nada mejor.

Inclina el asiento y cambiamos de posición.

En un instante, me quito las zapatillas y bajo los *leggings*, pero me distraigo. Porque ahora tengo mi *espectáculo privado*: veo cómo su traje carísimo cae al suelo, cómo sus bíceps se tensan al desabrochar los botones de su camisa, revelando un torso esculpido. Cuando la prenda cede, ya estoy solo en bragas, observándolo.

Se quita el cinturón, los zapatos, los calcetines, patea los pantalones y avanza hacia mí.

Me levanto, por supuesto. No voy a perderme tocar su piel, admirarla tan cerca, ahogarme en su perfume… Ni que sus manos moldeen mi cuerpo en un abrazo que acelera mi corazón hasta sentirlo en cada poro.

En ese abrazo ardiente, lo giro con suavidad y lo empujo de nuevo hacia el asiento.

—¿Qué ha sido eso? —Kaleb ríe e intenta levantarse. Yo lo detengo—.

—¿A dónde crees que vas? —Lo obligo a recostarse con un empujón en los hombros.

Desciendo por su pecho: beso sus pezones, saboreo sus abdominales marcados, arrastro la lengua hasta la cintura… Y, al bajar sus calzoncillos solo un centímetro, su polla emerge, tiesa y palpitante, rozando mi mejilla.

—Esta vez, el espectáculo lo doy yo —guiño.

Kaleb, intrigado, sigue cada movimiento. No hago mucho: ni siquiera la sostengo (no lo necesita, está tan rígida que se mantiene erguida sola).

Con la punta de la lengua, recorro su longitud. Empiezo por los testículos, subo hasta el glande hinchado… y allí me detengo, dibujando círculos lentos. La mitad del placer es saborearlo; la otra, ver su reacción.

Kaleb agarra los reposabrazos hasta blanquear los nudillos, retorciéndose.

—Tranquilo, cariño, si ni siquiera he empezado —me burlo.

Apoyo una mano para lamer con más firmeza, y la excitación me invade al notar que lo está disfrutando. ¿Disfrutando? ¡Está al borde del éxtasis!

Ojos cerrados, cuerpo convulso, jadeos entrecortados…

—Esto… esto es… joder… —murmura.

Ahora Kaleb siente una pizca de lo que él me provoca: ese toque que me eleva hasta el límite…

Y es mi turno de demostrarle que yo también puedo *destruirlo*.

Kaleb Petterson

Ese lado de Anne no lo conocía; nunca la había visto así. Y estoy completamente emocionado por descubrir qué otras facetas esconde de mí. Quiero conocerlas todas, del infierno al paraíso.

Ella usa ambas manos para masturbarme, y no sé qué es más placentero: ver su *espectáculo* o sentir cómo me toca.

Pero me sorprende aún más cuando coloca mi polla entre sus pechos y comienza a deslizarse arriba y abajo con suavidad, mientras su boca —orientada hacia abajo— besa, lame y chupa el glande.

No puedo… simplemente no puedo quedarme quieto viendo esto.

Lo único que deseo es levantarme, agarrarla del brazo, del pelo, del cuerpo… de cualquier parte que pueda tocar, y hacerle entender que está jugando con fuego.

Y espero, de corazón, que el piloto de esta aeronave esté preparado. Porque Anne y yo vamos a causar turbulencias.

Si ya era excitante mirarla, y más aún verla desnuda, ahora la tengo aquí, completamente desinhibida, sensual… solo para mí. Me duele la polla de lo mucho que late.

—Necesito entrar en ti. Ahora. —gruño.

—¿Tanta prisa? —me provoca.

¡Esta mujer quiere fundir los últimos tornillos de mi cordura! ¡No es posible!

—Tenía curiosidad por saber cómo te sientes dentro de mí. —Sigue con la mirada los movimientos bruscos que hago entre sus pechos.

—Anne… —No puedo evitar una risa baja—. No juegues conmigo… —Me muerdo el labio inferior con fuerza.

Ella se levanta. Apoya una rodilla en el asiento y levanta la otra pierna para pasar sobre mi polla. Luego baja las caderas y frota lentamente mi glande contra su entrada.

—Yo también quiero chuparte. —Mis manos recorren sus muslos.

—Ya estoy bien mojada para ti. —Sus manos rodean mi cuello.

Maldita mujer. ¡Prácticamente se ríe en mi cara mientras me ve perder la cabeza!

—Pero no solo quiero dejarte mojada —respondo—. Me gusta tu sabor, tu olor… también te quiero a ti…

Ella niega lentamente con la cabeza.

¿No? ¿Cómo que no?

—Tendrás todo el tiempo del mundo para disfrutarlo. Pero hoy no.

Anne no aparta los ojos de mí. Empuja sus caderas hacia abajo y siento cómo sus labios me devoran, apretándome. Es una sensación inconfundible: todo mi cuerpo se electriza, como si cada parte de mí se apagara un poco solo para concentrarse en el contacto de su piel con la mía.

Y esta maldita sonríe mientras me ve perder el control.

Anne Moore

—Aprovecho cada segundo en que mi cuerpo traga la polla de Kaleb, pero eso no es lo mejor. Nuestras miradas lo hacen todo más excitante, y noto que lucha por mantener el control para no llenarme de cachetes.

Siento sus dedos pellizcando mis pechos, me agarro a sus hombros y arqueo las caderas de nuevo. Él se desliza fuera de mí con lentitud, dejándome la piel erizada.

Cuando me penetra por segunda vez, introduce casi la mitad de su verga. Me retuerzo, moviendo las caderas con sutileza hasta encontrar la posición perfecta para disfrutar de su cuerpo y alcanzar un orgasmo…

Uno de verdad.

—¿Por qué me miras así? —Aparto todo el pelo hacia un lado.

—Solo estoy admirando la vista —murmura, con la voz ronca.

—Estás deseando tomar el control, ¿verdad? —Fruncio los labios.

—Apuesta a que sí.

—Y dejar mi culo marcado con la huella de tu mano —Me inclino hacia él, haciendo que su polla casi salga de mí, pero sin llegar a soltarla del todo.

—Me lees la mente.

Contengo una risa y observo de cerca cómo se le altera el rostro cuando mi vagina lo engulle casi por completo.

Su aliento caliente acaricia mi piel, pero su mirada dice que no será piadoso… al menos no por mucho tiempo.

—No sabes con quién te metes —me amenaza.

—¿O tal vez sé exactamente lo que hago? —Muevo las caderas sobre él.

Kaleb estira el cuello y deja escapar un gemido gutural, perdiendo por completo el control. Y eso es justo lo que quería ver.

Al instante, me lanza contra la pared del avión. *Ojalá el piloto sea bueno… ya habrá enfrentado tormentas allá afuera, pero esta vez… el peligro está aquí dentro.*

—Puedes follarme como quieras ahora —Le pellizco los pezones mientras siento su respiración agitada y furiosa sobre mí.

Su boca devora la mía con voracidad, aplastándome contra el cristal de la ventana. Kaleb levanta mis brazos y me inmoviliza contra la pared mientras su cuerpo sudoroso impregna el aire con su aroma.

Me gira de espaldas y siento el ardor cuando su mano golpea mi nalga con fuerza. Arqueo el culo un poco más.

—Puedes pegar más fuerte, no me romperé.

Y lo hace. Luego me empala sin aviso, clavándome su polla hasta el fondo.

Admiro que haya aguantado tanto antes de gemir… yo no tengo esa suerte. Un grito de placer me escapa mientras me apoyo en la pared, viendo las luces de la noche abajo y las estrellas radiantes arriba.

Sus embestidas no solo aumentan en ruido, sino en velocidad. La fricción entre nuestros cuerpos me enloquece, y entre jadeos apenas distingo las nubes que quedan atrás mientras volamos hacia algún lugar.

Es como si Kaleb tuviera un mapa de mi cuerpo y mis deseos. Sabe exactamente cómo masajear mi clítoris con delicadeza mientras me folla con una fuerza que me deja sin aliento.

Me obliga a girar la cabeza hacia él para besarme mientras mi cuerpo se entrega al placer, la lujuria, el deseo… y también al amor.

Es esa combinación lo que me derrite, dejándome las piernas temblorosas. Pero incluso cuando ya no puedo sostenerme, él me levanta y sigue embistiéndome sin pausa.

Nunca pensé que llegaría el día en que no tendría que fingir el placer. Ni que encontraría a alguien que no solo me lo daría, sino que me haría sentir bien, aceptaría mis locuras, mis problemas, sería mi amigo… y quizás, más loco que yo.

—Kaleb, voy a… ¡voy a…! —Apoyo la mano en el cristal empañado.

Incluso después de que mi cuerpo empieza a temblar y a chorrear, él no se detiene.

Está sediento. Quiere mucho más de mí. Y yo estoy dispuesta a dárselo hasta que aterricemos en Nueva York.

Kaleb me aparta de la pared, me lanza sobre el asiento reclinable y se abalanza sobre mí para demostrar que el espectáculo no ha terminado.

Me limpia con su lengua, y enloquezco al sentir la destreza de sus labios, que casi me obligan a retorcerme.

—Tú me provocaste —Se incorpora, su cuerpo brillante de sudor, el pecho palpitante por la respiración agitada.

Vuelve a penetrarme con fuerza, clavándome la mirada mientras una sonrisa canalla se dibuja en su rostro.

—Ahora tendrás que aguantar.

¿Qué cosa de esta delicia me pide sonriendo que no haría llorando? *Vaya suplicio… tener que soportar dos horas más en este avión siendo tratada como una princesa, justo como siempre quise, en mi propio cuento de folladas.*

¿Cómo consiguió este tipo en semanas lo que nadie logró en diez años?

Y mientras me hundo en el asiento, dejándole darme todos los «certificados médicos» que quiera —hasta que llegue a Nueva York en silla de ruedas—, solo puedo pensar:

No es un mentiroso.

No es un cabrón de mierda.

…¡Pero qué hijo de puta más desgraciado!

Capítulo 62

Anne Moore

Unas semanas después.

En cuanto suena el despertador, me pongo de pie de inmediato y voy al baño a lavarme la cara y hacer mi rutina de higiene. Al volver a la habitación, abro de par en par las cortinas y veo, en la ventana de la mansión de al lado, a Kaleb Petterson.

Lleva su albornoz azul marino, el pelo revuelto y el pecho completamente al descubierto.

—¡Esto es un barrio familiar! —le reprendo en cuanto contesta el móvil.

—Tengo calor —se abanica con la mano y se baja el albornoz por los hombros hasta dejarlo caer a la altura de la cintura—. ¿Quieres venir? Un café, unas palmaditas en el culo, una ducha...

—Acepto todo —respondo sin pensar, porque loca estaré, pero no soy tonta. Bueno, loca sí que soy, pero aún no he perdido el juicio—. ¡Estoy ahí en un minuto!

Me visto apropiadamente para visitar a mi *vecino*, es decir: unos shorts vaqueros bien gastados, una camiseta ancha por encima, el pelo recogido y mis viejas Converse.

—¡Qué guapa está mi amiga! ¿Adónde vas? —Emms me detiene justo antes de salir.

—Kaleb y yo vamos a acompañar a Nicolas hoy con una pedagoga.

—¡Ah! ¡Qué bien! ¿Está mejor?

—Cada día mejor. ¿Y tú, Emms, qué vas a hacer?

—No lo sé —suspira—. Hace tanto que no sé lo que es estar de vacaciones... solo pienso en números, cuando en realidad debería estar tumbada, relajándome...

—Ya tendrás tiempo de sobra para pensar en números, contratos, nuevos eventos... y todo será más grande y mejor a partir de ahora.

—¡Dios te oiga, Annelise! —deja la taza sobre la mesa—. ¡Ah! Kaleb me pidió que te recordara que mañana, sin falta, iremos a revisar los nuevos locales de Sweet Show, ¿vale?

—¡Perfecto! —me despido y salgo rumbo a la mansión de al lado.

Cruzo la valla blanca con toda la ilusión del mundo y llego a la puerta lo más rápido que puedo. Por el camino, no puedo evitar fijarme en que el jardín está impecable y, por lo que parece, las hormigas están a tope por ahí.

—Tú no eres Vincent —Nicolas abre la puerta y mira mis pies.

—Gracias a Dios —decimos al unísono. Yo conteniendo la risa, él visiblemente sorprendido.

—¿Estás esperando a Vincent?

Nicolas aparta los deditos de la puerta. Su otro brazo está escayolado y decorado con hormiguitas; las dibujé yo misma. Al principio no soportaba el yeso, quería quitárselo a toda costa, así que se me ocurrió pintarlo con rotulador.

Da media vuelta y entra dando pequeños saltitos por el suelo.

Cierro la puerta al entrar y, antes de que pueda sentarme a la mesa, veo a Kaleb bajando las escaleras. Lleva una camisa blanca de manga larga y un pantalón azul marino. El cinturón y los zapatos son de un tono caramelo oscuro precioso.

—¡Qué alegría verte tan temprano! —Pasa junto a mí y me da un beso en la frente, luego en los labios—. ¿Dormiste bien?

—Después de que saliste de madrugada, sí.

Kaleb pone una lechera con agua al fuego y saca el termómetro del armario.

—Por cierto, no solo desmontaste mi cama. ¡La rompiste de verdad! —Cruzo los brazos—. ¡Era una reliquia, Kaleb!

—Te compro otra.

—¿Así, sin más? ¿Simplemente vas a... comprar otra? Dudo que aún fabriquen camas como esa.

—La mando a un carpintero —es tan práctico que me deja sin argumentos—. ¿Nicolas?

Tiene que llamar al niño al menos cuatro veces antes de que aparezca con sus auriculares puestos. Le ayudo a sentarse en la silla.

—¿Qué vas a hacer hoy, Nicolas? —le pregunto.

—*Jomigas* —parpadea esperando su batido de chocolate.

—¡Ah, entonces va a ser un día genial! —Le muestro todo mi entusiasmo—. Cada día es genial gracias a las hormigas, ¿a que sí, Nicolas?

—*Jomigas* —repite.

No esperaba otra cosa por su parte.

Los tres desayunamos juntos. Kaleb y yo hablamos de cosas cotidianas y Nicolas nos interrumpe de vez en cuando preguntando por palabras que usamos y que él no entiende.

Pasamos el resto del día observando cómo se adapta a sus nuevas profesoras. Al principio se muestra indiferente, pero luego, cuando le proponen actividades relacionadas con lo que a él le gusta, se concentra totalmente.

Y en algunos momentos no acepta que la actividad termine. Le gustó tanto la idea de pintar ilustraciones de hormigas que quería seguir dibujando aunque ya no quedara espacio para más color o trazos.

*

De camino a casa, Kaleb se detiene en un parque. Bajamos del coche para ver el atardecer y caminamos por el césped mientras Nicolas se lanza al frente con su lupa en la mano.

—Gracias por venir conmigo.

—Es lo mínimo que podía hacer, Kaleb. Y es tan divertido ver a Nicolas en acción... incluso yo me quedo fascinada cuando algo le interesa y se entrega por completo para hacerlo...

—Debo decir que a mí me pasa lo mismo —responde, y terminamos riéndonos juntos—. Cuando algo le entusiasma, a mí me entusiasma al instante también. Pero dime, ¿qué opinas de que vaya al colegio y pase buena parte del día sin que yo pueda supervisarlo?

Buena pregunta...

—Creo que ambos necesitan ese espacio de ausencia para poder echarse de menos —hago un pequeño puchero.

—Buen punto —Kaleb me pasa un brazo por los hombros.

Seguimos caminando tranquilamente mientras Nicolas no para quieto, lleno de energía.

—Pero todo llegará a su debido tiempo, ¿no? Primero aprenderá en casa... luego tendrá clases particulares en casa de sus profesoras... hasta que un día irá a un colegio y conocerá a un montón de Vincents —no puedo evitar reírme al final.

—Va a pegarse los cascos con pegamento y no se los quitará nunca más —concluye Kaleb—. ¿Y qué tal están Susan y Mary?

—Están genial. No ven la hora de volver a Miami para ayudarme con esta nueva etapa de Sweet Show. Ya les dije que no hace falta..., pero algo me dice que no quieren estar lejos de mí.

—¿Te gusta vivir aquí? —me pregunta.

—Claro que me gusta.

—Podemos abrir una sucursal en Nueva York, si quieres.

Eso sí que es tentador... me deja sin palabras.

Kaleb es quien gestiona ahora las finanzas de Sweet Show, y a diferencia de Emmanuelle, no necesita entrar en pánico: el dinero no es un problema.

—Me gusta vivir aquí. Y, sobre todo, me encanta estar contigo aquí —le guiño un ojo.

Kaleb y yo nos detenemos. Se gira hacia mí, pasa las manos por mis hombros, luego baja hasta mis brazos.

—A mí también me encanta estar contigo. En cualquier sitio. Habla con tu familia. Si quieren mudarse aquí, puedo buscarles trabajo a tus hermanos... y una mansión donde vivir, también. Igual que si decides irte a Nueva York... bueno... tal vez entonces tenga que mudarme yo también.

—¿Y si esperamos a ver cómo se estabiliza Sweet Show después de todos estos cambios y, cuando te devolvamos la inversión...?

—No tengas prisa...

—...entonces lo pensaremos, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —Kaleb acerca su rostro al mío y me besa con calma.

Disfrutamos juntos del anochecer, con los cuerpos pegados, los labios tocándose y los corazones latiendo con fuerza.

—¿Dónde está Nicolas? —murmuro.

—¡Nicolas! —Kaleb sale corriendo en busca de su hijo.

*

Al final de la noche, Nicolas me dice que entre, porque tiene una sorpresa para mí.

Vamos juntos a su habitación y noto que todo ha cambiado allí. Ya no está el gran acuario que solía tener; en su lugar, toda la habitación ha sido redecorada para parecer un hormiguero.

—¡Qué bonito, Nicolas! —miro a mi alrededor.

Él se acerca a la cama, coge una caja y me la entrega.

—¿Qué será esto? —pregunto.

—*¡Jomigas!* —dice entusiasmado.

¿Cómo así?

Al abrir la caja, descubro un pijama de hormiga de mi talla... y tiene una cola exactamente igual a la que lleva el de Nicolas.

—¡Qué chulo! ¡Me ha encantado el regalo! ¡Gracias!

Nicolas corre al armario, saca su pijama y me lo enseña.

—Sí, ¡ya sé que tú también tienes uno! ¡Qué divertido!

Al salir del cuarto, me encuentro con Kaleb en el pasillo... llevando el mismo pijama.

—¡Dios mío, qué susto! ¿Te imaginas si fueran así de grandes? —me llevo la mano al pecho.

Nicolas se encierra en su habitación el tiempo justo para salir vestido con su pijama. Corre por el pasillo y luego regresa, moviendo la colita del pijama de un lado a otro.

—¿Qué pasa? —le pregunto, al verlo mirarme fijamente.

—Creo que está esperando a que tú también te lo pongas —sugiere Kaleb.

—¿Ahora?

Nicolas asiente con la cabeza.

Está bien...

Entro al baño y me pongo el pijama encima de la ropa, ya que ha refrescado un poco y así estaré más calentita. Además, es increíblemente cómodo... siento como si me envolviera el mejor edredón del mundo.

—*¡Tachán!* —salgo del baño moviendo la cola de hormiga.

Nicolas empieza a saltar en el sitio, entusiasmado, y su padre tiene que sujetarlo para que no se caiga y se haga daño en el brazo.

—¡Perfecto! Ahora que estamos todos debidamente preparados, ¡vamos a cenar! —nos llama Kaleb.

Y es al final de esta noche cuando me doy cuenta de que todo ha cambiado.

No solo en mi vida o en la de Kaleb... sino en la vida de ambos, juntos.

Qué ingenua fui... Busqué amor en alguien que no quería darlo.

Y, por puro azar, descubrí que aquí había amor de sobra... para dar y recibir.

—¿Y esa sonrisa, Nicolas? —le pregunto, nunca lo había visto tan alegre y sociable.

Nicolas señala hacia él, luego hacia su padre, y después hacia mí.

—Estamos los tres de *jomigas*, ¿no? —empiezo a reír.

—Familia —dice—. Los tres.

Epílogo

Anne Moore

Dos años después.

Muchas cosas han cambiado en estos dos años.

Nicolas sigue con sus clases particulares, pero ya va al colegio. Kaleb y yo nos turnamos para llevarlo y recogerlo. Aprende rápido, muy rápido, pero nunca abandona su fascinación por las hormigas, que siguen siendo su puerta mágica para descubrir cosas nuevas.

Mi madre y mi abuela se vinieron a vivir a Miami.

Lo sé, ni yo misma me lo creía.

Según mi abuela, necesitaba encontrar un madurito surfista y rico. Ese era su nuevo objetivo vital. Y mi madre, que vino solo para estar cerca de mí, acabó conociendo a un tipo genial. Como Kaleb dejó aquel yate a su disposición, ahora se pasa el día navegando con su nuevo novio.

Tontas no son, ¿verdad? ¡Salí a ellas!

Emms aún no ha encontrado a nadie. Quiero decir... ¿para qué tener solo uno si puede tener todos los que quiera? Sigue en el juego.

Y Luna, más que nosotras dos, está totalmente centrada en el trabajo.

Ah, claro... ¿qué puedo decir de *Sweet Show*?

La inversión de Kaleb lo cambió todo. Bueno, Kaleb lo cambió todo. No solo es brillante con los números, también lo es con las personas.

Kaleb logró cerrar eventos tan exclusivos y caros que tuvimos que abrir sucursales para dar abasto. ¡Sucursales!

Y hablando de Kaleb...

—Te veo muy feliz, ¿qué pasa? —el muy canalla sonríe con ese aire de pillo mientras se sienta frente a mí, en la nueva oficina de *Sweet Show*.

—¡Ha llegado el gran día! —digo entusiasmada.

Le veo abrir los ojos de par en par.

—Estoy impresionado... ¿dos años? ¿Dos míseros años? —Mira a su alrededor—. ¿Estáis seguras de que organizáis eventos? ¿No estaréis metidas en corrupción o blanqueo de dinero?

—Nos meterías en la cárcel, ¿verdad?

—Ni lo dudes —responde, cada palabra dicha con lentitud, antes de robarme un beso largo.

—Ahora solo queda ir al banco para devolverte tus cinco millones.

Kaleb está en shock. Yo aún más.

Jamás imaginé que podría devolverle ese dinero tan rápido, pero todo cambió. Todo se volvió más ágil, más fácil. Ahora podemos gestionar muchísimos eventos a la vez, nuestro equipo creció muchísimo y, si todo sigue así, a final de año estaremos abriendo sucursales por todo el país.

—Estoy muy orgulloso de ti, amor —Kaleb me abraza con fuerza.

—Nada de esto habría sido posible sin ti...

—Tú fuiste la que soñó con todo esto. Yo solo puse el dinero —se encoge de hombros, restándole importancia al éxito—. Siempre supe que lo lograrías... enhorabuena.

Un nuevo ciclo comienza ahora.

He tenido tiempo suficiente para cerrar heridas y vacíos que me dejó una relación tóxica del pasado.

A veces, sí, me vienen pensamientos oscuros. Me siento insuficiente, no tan fuerte o tan buena como debería. Pero entonces recupero la conciencia de la nueva Anne que soy. Que me he convertido. Gracias a los sacudones de Emms y al apoyo incondicional de Kaleb.

Pero lo más importante al cerrar un ciclo...

—Kaleb...

—¿Sí?

—Si tu propuesta sigue en pie, ahora sí acepto irme a vivir contigo —prometí que solo lo haría después de pagar toda la deuda que tenía contigo.

Para que pudiéramos empezar con el pie derecho.

—Vaya... justo ahora que ya me había acostumbrado a ser tu vecino... —ironiza.

—Un espectáculo de vecino —le guiño un ojo.

Kaleb se arrodilla frente a mí y toma mi mano, la misma donde llevo un anillo que nunca me he quitado. Desde que él me lo puso, hace dos años.

—¿Entonces ahora sí aceptarás casarte conmigo, Anne Moore?

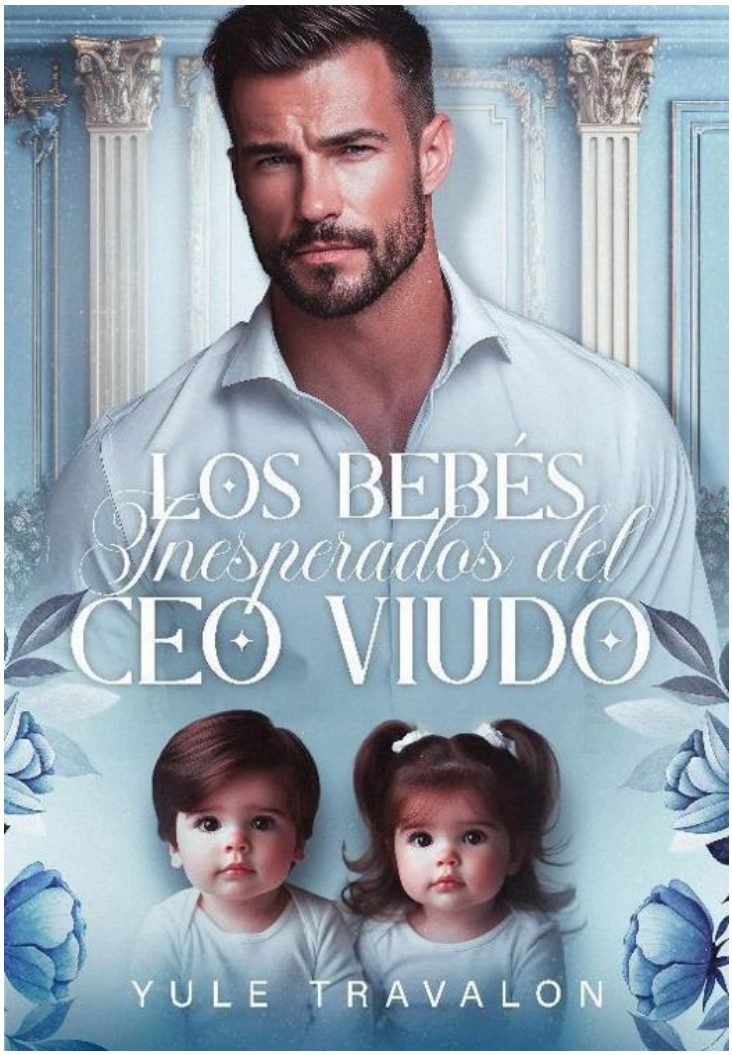
Como ya dije: más importante que cerrar ciclos, es empezar otros.

La primavera siempre vuelve, año tras año. La luna atraviesa todas sus fases hasta regresar a su forma más luminosa. Y en este nuevo ciclo... seré la Annelise que siempre soñé ser.

—Sí. ¡Acepto!

Fin.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FCSK147T

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE Y EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + ROMANCE RÁPIDO + NIÑO ADORABLE

Massimo Zampieri, un viudo italiano de 37 años, viaja a Brasil para vender uno de los hoteles de su familia. Desde la muerte de su esposa, ha volcado toda su vida en cuidar de su pequeño hijo y

dirigir los negocios familiares, convirtiéndose en un hombre frío, sin tiempo para relaciones y con el corazón cerrado al amor.

Pero algo cambia cuando sus ojos se cruzan con los de Gabriela.

Un malentendido los une, desafía sus convicciones y pone en duda todas sus prioridades.

Gabriela Sierra creció en un orfanato y conoció las durezas de la vida desde niña. Al cumplir los 18 años, la echaron sin nada más que los recuerdos de las monjas que la cuidaron. Decidida y con el sueño de formar una familia, lo único que tiene es su trabajo como camarera en el Hotel 6 Continentes, frente a la playa de Copacabana.

Hasta que un hombre misterioso aparece y amenaza con quitárselo.

Massimo le ofrece un mundo lleno de lujo, protección y poder. Gabriela se encuentra dividida entre un amor imposible y una familia italiana que la ve como una interesada, mientras secretos oscuros comienzan a salir a la luz.

Con un embarazo inesperado y el choque de dos mundos opuestos, ¿lograrán Massimo y Gabriela superar los obstáculos y descubrir el verdadero significado del amor?

No recomendado para menores de 18 años. Contenido explícito.



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F35JTX14

AGE GAP + JEFE / EMPLEADA + EMBARAZO INESPERADO + FAST BURN + GRUMPY vs SUNSHINE + SEGUNDAS OPORTUNIDADES

OLIVIA MÁRQUEZ

Jamás imaginé que una bendición como un embarazo se convertiría en una carga más en mi vida. Cuando me involucré con Daniel, aunque sabía que un romance con el jefe no era el tipo de relación ideal, nunca pensé que me sentiría tan devastada.

La forma en que me trató y las humillaciones a las que me sometió jamás serán olvidadas, porque están grabadas en mi corazón. Suponer que soy una oportunista detrás de su fortuna y creer que usaría a nuestro bebé, la mayor bendición de mi vida, como moneda de cambio fue demasiado bajo.

Voy a hacerle sentir en cada célula de su cuerpo el peso del arrepentimiento, porque cuando me desee —y lo hará—, lo despreciaré con aún más intensidad de la que él tuvo conmigo.

Daniel va a pagar.

¿Te gustó esta historia? Espero que haya calentado tu corazón y te haya entretenido. Pretendo traducir varios libros al español, así que, por favor, si tienes algún comentario, sugerencia u observación que pueda ayudarme, ¿podrías enviármelo por correo electrónico? Siempre estoy abierto a escuchar y mejorar tu experiencia con mis libros.

¡Cariño para ti!

Yule Travalon.

?? yuletravalon@gmail.com

---

[1] «Lilith» es el nombre en clave de un personaje de Yuleverso (el universo de mis libros) llamado Elizabeth Boccutti Leão. Es un personaje secundario en muchos de mis libros. Fue la mentora de Ethan Evans y otros personajes importantes.
[2] La «Colmena» es una sociedad secreta ficticia creada como telón de fondo para mis libros. Conecta todas las historias, ya que los protagonistas forman parte de ella.